Universidad de Deusto
Biblioteca

R. Moreno Goñi

ELLOS
Y
NOSOTROS.

EPISODIOS DE LA GUERRA CIVIL

POR

D. SABINO DE GOICOECHEA.

BILBAO:
IMPRENTA, LIBRERÍA Y LITOGRAFÍA DE D. JUAN E. DELMAS,
calle del Correo, número 24.
1876.

Universidad de Deusto
Biblioteca

LO QUE DE ESTE LIBRO PIENSA UN VIZCAINO QUE SE DEDICA Á ESCRIBIRLOS.

I.

Nueve años hace, cuando se publicó el libro que hoy se va á reemprimir notablemente añadido y mejorado, escribí un artículo dando á conocer mi humilde opinion acerca de él, pero por circunstancias que no es del caso explicar, quedó inédito aquel artículo. Soy, y he sido siempre de parecer que el prólogo de todo libro debe escribirle el autor y nadie más, por la sencilla razon de que el prólogo debe tener por único objeto dar explicaciones que hagan mas útil la lectura de la obra, y estas explicaciones nadie las puede dar mejor que el autor de la obra misma. Sin embargo de esta opinion mia, he tenido que escribir prólogos ó cosa parecida para libros extraños, y hoy lo hago una vez más movido por tres principales razones: porque el autor, á quien tengo

Universidad de Deusto
Biblioteca

mucho cariño, lo quiere así; porque lisonjea mi vanidad el ver públicamente unido de algun modo mi nombre al suyo, y porque se trata de un libro esencialmente vizcaino y encaminado á un fin nobilísimo, cual es, el execrar la guerra fratricida y exaltar los sentimientos generosos.

Véase, pues, lo que yo pensaba hace nueve años acerca del libro y su autor, y luego se verá lo que hoy pienso acerca del autor y de su libro.

II.

«Con el título de ELLOS Y NOSOTROS se ha publicado en Bilbao un libro escrito por D. Sabino de Goicoechea. Como casi soy el único vascongado que se dedica exclusivamente al cultivo de las letras, es muy posible que haya algunas personas que deseen saber lo que me ha parecido el nuevo libro vascongado. Voy, pues, á decirlo con la franqueza con que digo siempre las cosas.

El libro del Sr. Goicoechea es la narracion de unos cuantos episodios de la guerra civil entre isabelinos y carlistas. Su título es ingenioso, pero para comprenderle es menester explicarle, lo que quiere decir que tiene el defecto de ser oscuro. Ha procurado el Sr. Goicoechea no ser *blanco* ni *negro*, como lo advierte al comenzar el libro, diciendo que este no tiene de blanco mas que el papel, ni de negro mas que la tinta. El Sr. Goicoechea es bastante jóven para no haber tomado parte en la Guerra de los Siete Años, y bastante justo para juzgar desapasionadamente á carlistas é isabelinos, y suponiendo que la mayoría de sus lectores no es imparcial como él, deja que el lector carlista llame á los isabelinos *ellos* y á los carlistas *nosotros*, y que el lector isabelino llame *nosotros* á los isabelinos y *ellos* á los carlistas. Un poco pesada es esta explicacion, pero si es clara, poco importa su pesadez.

Como el Sr. Goicoechea es nuevo en la república literaria, y por mas que se haya dicho en contrario, la personalidad del escritor es parte muy importante de todo escrito, y particularmente de los escritos de sentimiento, voy á decir quien es el Sr. Goicoechea. Es un arquitecto bilbaíno, hijo de otro arquitecto benemeritísimo, cuya muerte llora hace cerca de dos años Vizcaya, á cuyo servicio se consagraba hacia más de treinta. Por si hay algun suspicaz que confunda el amor que todo vascongado, sea absolutista ó sea liberal, tiene á la tierra nativa y á sus seculares y libres instituciones, con el carlismo que fué aquí la opinion dominante en el vulgo, debo advertirle que el padre del autor de *Ellos* y *Nosotros* ganó la cruz de Cárlos III defendiendo á Doña Isabel II en los muros de Bilbao. El Sr. Goicoechea, tan simpático y bueno en la vida privada como es natural suponerlo al leer su libro lleno de nobles arranques y generosos sentimientos, no tiene pretensiones de literato: ama la literatura como todas las personas apasionadas á lo bello, y escribió un libro de sentimiento por la razon que nos mueve á cantar cuando sabemos que nadie nos oye. Por esta misma razon canta el pájaro en la enramada solitaria. Un aficionado al canto y conocedor de sus bellezas oye los cantares del pájaro, y dolido

de que se pierdan en la soledad, los reduce á notas musicales y los arroja al público para que se deleite con ellos. Esta es, en hiperbólico resúmen, la historia del libro del Sr. Goicoechea que tiene un epilogo digno de conocerse porque revela la modestia literaria y el pundonor del autor. El libro del Sr. Goicoechea iba á aparecer anónimo; impreso ya, sin nombre de autor, hubo quien recordó á este la máxima del padre del ilustre Prescott... «nadie debe escribir lo que no se atreva á firmar.» El Sr. Goicoechea, que tiene la lealtad por virtud superior á la modestia, arrancó la portada de su libro y la reimprimió añadiéndole su nombre y apellido.

III.

En materia de estilo literario, la sencillez no consiste en lo que muchos se figuran: el estilo que camina rodeado de oscuridad, y por consiguiente á tropezones, no es estilo sencillo; es, cuando mas benévolamente se califique, estilo rústico. Las cualidades principales del estilo sencillo son la claridad y la suavidad, y precisamente la falta de estas cualidades es lo que mas caracteriza el estilo de los que no saben pensar ni escribir. El estilo del Sr. Goicoechea es sencillo, pero un poco desaliñado, defecto que procede no de que el autor no sepa pensar ni escribir, que sabe muy bien uno y otro, sino de que cuando cantaba, creia que cantaba para él solo.

En las guerras hay mucho malo y algo bueno: lo

malo es la carniceria, el incendio, el saqueo, la desolacion; lo bueno es el patriotismo, aunque sea mal entendido, el valor, la abnegacion, la lealtad, el recuerdo de Dios y del hogar y la familia que surgen en el corazon del soldado con mas vehemencia que nunca, en el momento de mas peligro en que mas exaltados estan sus nérvios y su espiritu. El Sr. Goicoechea ha penetrado en los combates y apartando con horror sus ojos del lado donde se mata y se incendia y se saquea, los ha dirigido al lado donde se compadece y se piensa en Dios y en la pátria y en el hogar y en la familia. No es un libro de sangre y horrores el suyo como pudieran hacerlo creer los sitios y la época en que ha colocado sus cuadros; es un libro que hace llorar mas de consuelo que de horror. La guerra es solo el medio de que el escritor se vale para hacer brotar las flores del sentimiento, como la tempestad suele ser el medio de que Dios se vale para hacer brotar las flores del campo.

Falta con frecuencia al Sr. Goicoechea el arte que solo se adquiere con la práctica, pero suple esta falta con el instinto de lo justo y lo bello. Véase un ejemplo de las bellezas que como *sin querer* ha sembrado el autor en su libro. Un carlista que piensa á todas horas, en medio del infierno de sangre y fuego en que vive, en su apacible hogar de las faldas del Itúrburu, rodeado de frescas y misteriosas arboledas, y en su santa madre, y en su inocente hermana, que á su vez piensan allí á todas horas en él, sabe que su madre está espirando y corre á recibir su última bendicion, y á consolar y amparar á su hermana. El soldado deja ya á su madre entregada al descanso eterno á la som-

bra de la humilde iglesia de la aldea, y torna á reunirse con sus compañeros de armas llevando consigo á su hermana que ya no tiene en el mundo más amparo que el que su hermano espera proporcionarle confiándola miéntras dure la guerra á una buena familia de Abadiano. Envuelto el lector en esta especie de atmósfera de sentimiento filial que el autor ha ido creando con el relato del viaje del soldado á la casa paterna, siente sus ojos próximos á reventar en lágrimas, y el nombre de su madre, viva ó muerta, próximo á exhalarse de su corazon y sus lábios. Caminando por las alturas de Auntzagana los dos pobres huérfanos se encuentran de repente con un cristino, y el carlista se echa el fusil á la cara para matarle ántes que él pueda hacer uso del suyo que no tiene aun preparado. «¡¡Madre!!» esclama el cristino por ese instinto que nos mueve á invocar el dulce nombre de madre, en los momentos de supremo peligro. Y al oir el carlista aquella esclamacion que hiere todas las fibras de su corazon dolorido, el fusil se cae de sus manos, y sus brazos se abren para estrechar á aquel á quien iba á matar.

Rasgos como este abundan en todo el libro. El que no llore al leerlos, ese..... *nunca ha tenido madre!*

Goicoechea la tiene, y muy amada y digna de serlo.

Dios bendiga al autor que sabe agitar dulcemente los corazones, porque eso solo saben hacerlo los que sienten dulcemente agitado el suyo!»

IV.

Esto era lo que yo pensaba del libro de Goicoechea y de su autor hace nueve años, y esto mismo pienso

ahora de ámbos, aunque desde entónces acá han pasado tantas cosas en Vizcaya, que es muy comun hallar desconocidos á los hombres, y parecer monstruoso lo que parecia mas hermoso y natural en ellos.

El libro se ha enriquecido con nuevas joyas de sentimiento y observacion, y el autor se ha enriquecido tambien con la esperiencia de la vida y con la aureola de la consecuencia política y patriótica que han arrojado al suelo y pisoteado tantos españoles, y singularmente tantos vizcaínos, desde 1868 á 1876.

Dios perdone á los apóstatas como yo los perdono, y bendiga á los consecuentes como yo los bendigo!

Bilbao 2 de Mayo de 1876.

ANTONIO DE TRUEBA.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Á LOS SUSPICACES.

No faltará algun lector *avisado* que vea en ELLOS y NOSOTROS algo de *negro* y de *blanco*.

Cierto: blancas son las hojas de este libro, y negros los caracteres que en ellas se han impreso. Luego... no trato de negar una verdad de Pero Grullo.

Pero si ese tal, intenta ver mas allá de lo que ve cualquier miope, tenga entendido que pierde el tiempo miserablemente.

Miserablemente, sí: porque bien sabe Dios que el autor de estos Episodios se ha descartado al escribirlos, de toda mira ó tendencia política.

¿Cómo no, si el objeto que se ha propuesto está por encima de las miserias humanas?

Trátase con Ellos... y Nosotros de curar, de estirpar, si posible fuera, ese cáncer venenoso que roe el corazon del hombre, y que se llama la *ingratitud*.

Una cura, solo una que alcancen dará por bien empleado el tiempo que ha tardado en emborronarlos,

El Autor.

Universidad de Deusto
Biblioteca

LA ACCION DE GORBEA.

En un viaje que hice desde Bilbao á Guernica el 2 de Abril del año 1864, tocóme por único compañero de diligencia un aldeano, que representaba tener cincuenta años.

Tres horas mortales llevábamos de ir juntos, y pocas é insignificantes palabras nos habíamos dirigido el uno al otro.

Acabábamos de subir á la cima de Auntzagana, con toda la velocidad que pueden comunicar dos parejas de bueyes aguijoneados por los gritos de los conductores, y por tal cual puyazo de marca mayor. Mi compañero, que hasta entónces no habia dado señales de fumador, encendió una pipa llenita hasta el borde, y parecia querer devorarla, segun el furor con que de ella tiraba. Pocos momentos despues creí ver que se pasaba la mano por los ojos á fin de enjugar una lá-

Universidad de Deusto
Biblioteca

grima, que yo la atribuí á la fortaleza del tabaco que fumaba. Pronto me convencí que el efecto era cierto, pero no la causa.

—Siempre que paso por este sitio, me dijo con un acento conmovido, recuerdo el dia 2 de Abril. ¡Y hoy precisamente...!

—Le ha sucedido á usted alguna desgracia en este sitio?

—Una desgracia, dice usted? No señor. Y sin embargo, añadió como hablando consigo mismo, cuando me acuerdo de *él*, no puedo menos de llorar.

No recuerdo si fui yo el que supliqué á mi interlocutor me refiriese el suceso que tanto le afectaba, ó fué él quien, deseoso de dar espansion á su ánimo, se brindó á ello. Es lo cierto, que despues de haberse cruzado algunas frases, dió principio á su narracion, que yo deseára trascribirla íntegra, en los mismos términos en que me la refirió, pues la sencillez y sinceridad del relato, fueron quizá las principales causas del efecto que en mí hizo.

—«Yo, empezó diciendo mi compañero de viaje, fui voluntario de las tropas de D. Cárlos, á la edad de 20 años, y casi desde el dia que se dió el grito en Vizcaya.

Medio año, poco ménos, hacia que andábamos de un lado para otro, batiéndonos al principio como javalíes acosados, y más tarde despedazándonos como lobos hambrientos, cuando una mañana que nos hallábamos acampados en Abadiano, recibí aviso de que mi pobre madre estaba á punto de espirar.

Pedí permiso á mi coronel para ir á verla, y me le otorgó. Verdad es que aunque no me le hubiese otorgado, hubiera sido lo mismo. Para mí lo primero era mi madre.

No diré á usted lo que tardé en atravesar las cuatro leguas que separan á Abadiano de Larrabezua, que era donde vivian mi madre y mi hermana, que ápenas tenia 16 años. Solo sé que llegué á tiempo de recibir el último suspiro y la bendicion de aquella.

Poco despues, volvia á encaminar mis pasos al campamento, con el arma al brazo, miéntras el otro servia de apoyo á la pobre huérfana.

Ya puede usted figurarse cual seria el estado de nuestro ánimo. Yo era ciego por mi madre, como que, si me incorporé sin vacilar, cuando casi era un niño, en las filas de D. Cárlos, fué por ella, solo por ella, que no cesaba de repetir que aquella era una causa tres veces santa; la causa de Dios, del rey y de los fueros.

Mi hermana lloraba y rezaba; yo....yo creo que maldecia, á juzgar por lo que pasaba aquí, en mi interior.

De repente puse una mano en la boca de mi hermana á fin de ahogar sus sollozos, y con la otra hice que se detuviera inmediatamente.

Creí haber oido el confuso rumor de voces y pisadas.

En aquel instante nos allábamos al otro lado de un cercado de zarzas, que aún hoy se vé del alto de Aunzagana. Asomé la cabeza por entre las ramas, y me cercioré de que no me habia equivocado. Era una columna de cristinos que se dirijia hácia donde nosotros estábamos, y la vanguardia se hallaba ya tan cerca que el mas pequeño descuido podia costarnos la vida.

Créame usted; si hubiera estado solo, aquel instante hubiera sido el último de la mia. Precisamente estaba

Universidad de Deusto
Biblioteca

yo deseando encontrar un pretesto para perderla. ¿Y qué mas podia yo apetecer, que morir en defensa de mi rey y de mis fueros, cuando aún se hallaban calientes las cenizas de la que me habia enseñado á venerarlos? Pero no era yo solo el que me sacrificaba, y no creí tener derecho á disponer de la vida de mi hermana.

Tiréme inmediatamente boca abajo, y empujé á esta á fin de que cayera á mi lado. ¡Pobrecilla! No necesité hacer grandes esfuerzos para conseguirlo.

Un momento despues, los primeros soldados pasaban á corta distancia de donde nosotros nos hallábamos, y veinte minutos más tarde, que fueron para mi otros tantos siglos, solo se oía el eco de los pasos que se iba debilitando poco á poco.

Cuando me convencí de que no habia peligro, me levanté y ayudé á mi hermana á que hiciera lo mismo. ¡Pobre niña! Muchas veces me lo dijo despues; no habia llegado á comprender que tuviéramos la vida colgada de un hilo, durante aquellos veinte minutos mortales.

Abrí una brecha con la culata de mi fusil en aquella muralla de zarzas que nos habia servido de pantalla, y salté é hice saltar á mi hermana á esta parte del vallado.

No habia aun puesto el pié en el suelo, por decirlo así, cuando cáte usted que me encuentro frente á frente con un soldado de los negros, como entonces les llamábamos. Hallábase este en una posicion embarazosa; no era por consiguiente en aquel instante enemigo temible, y tanto menos cuanto que el fusil lo tenia arrimado junto á un árbol.

Echéme el mio á la cara, y soltando un tremendo

taco, me dispuse á cometer un crimen. Porque no otro nombre merece la muerte dada á un semejante indefenso, casi, casi á traicion.

—¡¡Madre!! fué la sóla esclamacion de mi adversario cuando al oir el ruido del gatillo, á la vez que mi juramento, se encontró su vista en direccion del cañon. Solo este nombre de madre, tan sagrado, y mas aun para mí en aquellos momentos, pudo hacerme vacilar dando tiempo á que mi hermana María gritase, ahogada por el llanto:

—¡Detente, Juan! ¡No le mates, por Dios!

Todo esto pasó en mucho menos tiempo del que yo he tardado en contároslo.

Bajé el fusil de la posicion horizontal en que lo tenia, y cogiendo el de mi prisionero dije á este, en tono áspero, y en ademan de darle un culatazo:

—Ea, echa á andar hácia adelante. Por aquí..... y le indiqué el camino que pensaba yo seguir, que era el mas solitario de todos los que conducian á Abadiano.

No dijo mi prisionero una sola palabra. Tomó el camino señalado por mí, y detrás de él iba yo, seguido de mi hermana, mas muerta que viva.

Un cuarto de hora habriamos andado, sin que ninguno de los tres hubiésemos proferido una sílaba, cuando volviéndose el militar hácia mí, díjome con acento claro, aunque conmovido:

—¿A dónde me llevas?

—Pocas palabras, que no tengo ganas de conversacion.

Yo creo haber tenido un corazon generoso, y hasta compasivo, pero con la misma franqueza diré á usted, que en aquel dia estaba deseando hacer daño. No pa-

Universidad de Deusto
Biblioteca

recia sino que esto debia de aliviarme del dolor que estaba sufriendo.

Dió el soldado unos cuantos pasos hácia adelante, pero volvióse á detener de nuevo, diciendo con el acento del que ha tomado una resolucion irrevocable:

—No me muevo de aquí, si no me dices á donde vamos.

Lleno de ira, echando espumarajos por la boca, levanté uno, ó no sé si los dos fusiles, con ánimo de dejarlos caer sobre aquel infeliz, pero mi hermana me agarró del brazo gritando:

—¿Qué vas á hacer, Juan? ¡Nuestra madre te mira de allí arriba!

Vuelta á entrar la reflexion en mi, y vuelta á decir á aquel hombre que anduviera. Pero habia éste formado el propósito de no moverse mientras no le dijera á donde le llevaba; y así fué, que sentándose junto á un árbol, repitió con acento mas firme que antes:

—¡No! ¡No me muevo mientras no me digas á donde me llevas!

—¡Ira de Dios! ¡Tú te has propuesto acabar con mi paciencia, y lo vas á conseguir!

—Pero tiene razon, repuso mi hermana. ¿Por qué no le dices á dónde vamos? Yo se lo diré á usted. Vamos á Abadiano.

Mudó de color el cristino al oirlo, y dijo en tono desfallecido:

—Entónces lo mismo dá que me maten aquí que allí.

—¿Por qué le han de matar á usted? dijo mi hermana, y añadió dirigiéndose á mí: ¿Verdad que no le matarán?

—No, creo que no... Esto lo dije despues de un momento en que no supe que contestar á una pregunta tan sencilla como inocente, y al fin debí de hacerlo tan mal, que mi hermana comprendió que no tenia conciencia de lo que dije.

—¡Oh! ¡Esto es horroroso! dijo interponiéndose entre mi adversario y yo.

Luchando en mi interior, entre acabar con aquel hombre ó dejarle completamente libre, pues no veia más caminos que uno de los dos, oí que decia á mi hermana:—Sepárese usted jóven, bastante ha hecho usted ya, Dios y mi madre se lo pagarán á usted.

¿Qué pasó por mi en aquel instante para que separando á mi hermana con una fuerte sacudida me adelantára resuelto á acabar de una vez con el prisionero? ¡Miserable de mí! Me habia cegado la envidia. Sí, tuve envidia de aquel hombre que, no obstante la posicion en que se encontraba, era más dichoso que yo. ¡Tenia madre!

Decidido á consumar el delito, apunté con uno de los fusiles al pecho del soldado, y tiré del gatillo fatal.

¡Oh! ¡Bendito Dios mil veces, que no quiso se consumára aquel horrible crimen!

Por una feliz casualidad, efecto del furor que me cegaba, habia tirado mi arma al suelo, y valídome de la del prisionero, que estaba descargada.

Púsose este en pié al ver mi equivocacion, no podré decir á usted si con ánimo de acometerme ó con el de huir. Mi hermana se agarró á él, y yo avergonzado del papel que estaba haciendo, no pude ménos de esclamar:

—¡Soy un miserable!

. . . . . .

Universidad de Deusto
Biblioteca

Pasáronse algunos minutos en silencio. No eran aquellos momentos oportunos para hablar. Pero yo quise rehabilitarme á los ojos, no solo de mi víctima, sino á los de mi hermana tambien, y dije dirigiéndome al prisionero en tono suave, aunque no totalmente exento de envidia:

—¿Tienes madre...?

—Sí.

—Y quizás padre, hermanos...

—No, solo tengo madre: mi padre hace un mes que está en el cielo.

Yo no sabia qué hacer; estaba avergonzado de mi conducta anterior. No obstante, habia que tomar alguna resolucion, y para esto me convenia conocer á aquel hombre...

—¿Eres voluntario? le pregunté.

—No, soy quinto. Pero no fué la suerte la que me hizo soldado, sino la avilantez é infamia del sargento de mi compañía.

—No te entiendo.

—Yo diré á usted. El cupo de soldados que correspondia á mi pueblo, que es Quintanapalla, junto á Búrgos, era el de cuatro. Yo saqué el número cinco, por lo que me consideraba libre, pues los cuatro que me precedian tenian todas las condiciones que la ley exige para ser soldado. Pero el sargento, encargado de verificar la talla, hizo de modo que uno de los mozos, que era mas alto que yo seguramente, no llegára á la marca, y tocóme á mí reemplazarle. Mi padre, que estaba algo enfermo, no ha podido resistir las fatigas que han pesado sobre él, despues de mi separacion, y ha fallecido víctima de la maldad de aquel hombre.

Mi pobre madre se halla sola; ¡la esperanza de volver á verme la sostiene en el mundo!

Durante esta narracion, mi hermana lloraba á mas y mejor, y yo me reconciliaba completamente con aquel niño; porque no habia observado hasta entónces que todos mis arranques de furia se habian dirigido contra un jóven, que á lo sumo podria tener 18 años.

Mi plan ulterior estaba resuelto: todo dependia de la conducta del prisionero.

—En tí consiste, dije á este, que salves tu vida.

—¿Qué debo hacer?

—Yo no puedo ponerte en libertad: primero, porque faltaria á mi deber, y luego porque seria completamente inútil que te dejase marchar, pues ántes de que te incorporases á tus compañeros, caerias en manos que darian buena cuenta de tí. Pero, prométeme hacer lo que te diga, y yo respondo de tu vida.

—¡Lo juro por mi honor!

—Por tu madre.

—¡Lo juro... por *nuestras* madres!

¡Ah! ¡La mia debió escuchar desde el Cielo aquella palabra empeñada en su nombre, porque ella decidió de mi porvenir, de mi vida toda!

Confiado en tan sagrada promesa, entregué su arma al que desde aquel instante consideré como á un amigo, mas aún, como á un hermano, y pusímonos en marcha los tres, como si lo fuésemos realmente.

¿Qué tiene de notable que lo pareciera, cuando nuestros corazones se habian identificado, por decirlo así, al recuerdo de nuestras madres? ¿Y qué extraño es que así sucediera, cuando nuestra conversacion se limitaba única y exclusivamente á hablar de ellas,

Universidad de Deusto
Biblioteca

solo de ellas? Si el jóven contaba algun rasgo de la suya, creia yo ver retratada á la mia, y cuando yo referia algun hecho de esta, exclamaba aquel, lleno de entusiasmo:—¡Lo mismo es mi madre!

Esto dará á usted á conocer que nos encontráramos á la entrada de Abadiano, sin haberlo siquiera apercibido, y sin que mi hermano, pues así lo llamé desde entónces, preguntára cuáles eran mis intenciones respecto á él. Así fué que al hallarse de repente entre mis compañeros de armas, me preguntó todo azorado:

—¿Qué va á ser de mí?

—Déjate guiar sin decir una sola palabra; y tú, María, no contestes tampoco á ninguna de las preguntas que te hagan respecto á nuestro hermano.

Fuimos directamente á la casa en que vivia el general, seguidos de un sin número de curiosos que no adivinaban la presencia del *negro* entre los *blancos*.

Dejé á mi hermana temblando en la puerta, porque no sabia lo que iba á suceder, y entramos en la casa, despues de pedida la vénia.

—Mi general, dije apenas nos vimos en su presencia; presento á V. E. un voluntario que viene decidido á morir, si es preciso, por su Rey.

—¡Bien! Esta clase de gente es la que nos conviene, dijo aquel echando una mirada, de los piés á la cabeza, al voluntario por fuerza. Jóvenes, por si la guerra durase medio siglo, que traza tiene de ello.

—Ya envejecerá, dije yo, en el campo de batalla.

—¡Dios lo quiera! replicó el general, que amaba á sus soldados como á sus hijos; y despues del saludo de ordenanza, salimos á buscar á nuestra hermana, y desde allí al alojamiento.

No habia dicho Lázaro—este era el nombre de mi hermano—una sola palabra. La verdad es que no pudo decirla; tal fué la sorpresa que experimentó al oir su presentacion por mi al general. Quiso luégo á solas hacerme reconvenciones, y convencerme de que su honra estaba manchada, y que no podia, sin el borron mas feo para un militar, aceptar el perdon con tales condiciones.

Yo le recordé el juramento que habia empeñado á nombre de nuestras madres, miéntras que el que habria dado como soldado, sin serlo legalmente, delante de la bandera de Isabel II, le habia sido arrancado á la fuerza, y, lo que es aun peor, por la infamia que con él cometieron al presentarlo en caja como soldado.

Mis reflexiones, á las que se reunieron los ruegos de mi hermana, pudieron disuadirle del propósito de presentarse como reo. Habia además otra razon que debia obrar en él, y que efectivamente obró con mas fuerza que las demás. En el momento en que declarase la verdad, me hacia cómplice en el delito, y por consiguiente sufriria la misma pena que él.

Conformóse por tanto con su suerte futura, y nos pusimos á pensar en la de mi hermana.

Yo tenia ya formado mi propósito, respecto á este punto. Así es que salí de casa, y sin vacilar me dirijí á la del cura parroco de la villa, sacerdote tan venerable como anciano.

Le manifesté la posicion embarazosa en que me encontraba, pues ni podia dejar sola á mi hermana, jóven, niña aun, abandonada á sí misma, ni menos llevarla conmigo á los campos de batalla.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Aquel dignísimo sacerdote, con una delicadeza de que por desgracia hay pocos ejemplos, porque hay pocos corazones tan hermosos como el suyo, no se limitó á aceptar la carga que yo le imponia, sino que me rogó encarecidamente, llevase á mi hermana en el momento, pues era un favor el que le hacia.

—No somos en casa, recuerdo que me dijo, mas que mi hermana y yo; pobres viejos achacosos, necesitabamos de una persona jóven que cuidara de nosotros, y Dios nos envia á su hermana de usted, que se encargará de hacerlo, en la seguridad de que nosotros seremos padres solícitos y cariñosos para ella.

Y lo fueron realmente hasta el dia en que les llamó el Hacedor á recibir el premio debido á sus virtudes.

En medio de mi amarga desgracia, no podia quejarme de la suerte. Encontraba un hermano para mi, y unos padres para Maria. ¿Qué mas podia yo apetecer?

Desde aquel dia me pareció la campaña menos trabajosa. Es, que la compartia con mi hermano que no se separaba un momento de mi lado, pues en los ratos de ócio—que no deja de haberlos aun en tiempo de guerra—se entretenia en enseñarme á leer y escribir. Cuando no teniamos esta ocupacion, pasábamos las horas muertas hablando de nuestras madres. Él habia escrito á la suya diciendo que me debia la vida, ¡y su pobre madre bendecia mil veces mi nombre en todas sus cartas! No era yo, no, acreedor á aquella deuda de gratitud, y bien sabe Dios que al leer que me queria ya como á un segundo hijo, oprimíaseme el corazon y tenia vergüenza de mi mismo.

Verdad es tambien, porque es necesario decirlo todo, que despues del dia en que encontré al que entonces era mi hermano, fuilo yo para él, con cariño tan ciego, que mil vidas que hubiera tenido las hubiera dado por salvar la suya. Queria, por decirlo así, revindicarme, mejor dicho, lavar el borron que habia echado sobre mi al querer cometer aquel crimen, evitado por Dios y... yo creo que por intervencion de mi madre, que está en el cielo. Mi hermano era acreedor á mi cariño, y pocos habia que tratándole no le apreciaran de todas veras.

Un año pasa pronto, y aun cuando pudiera referir á usted muchas escenas acaecidas en aquel periodo, de las que fui testigo presencial, y aun parte en algunas de ellas, quiero concretarme únicamente á lo que tiene directa relacion con el episodio que refiero, y que tanto influyó en mi porvenir.

Durante aquella época, mi hermano adquirió el grado de sargento, en el mismo campo de batalla, y yo, gracias á la instruccion que él me dió, llegué á cabo primero.

. . . . . .

Ibamos á celebrár el aniversario de nuestro encuentro casual. ¡Pero de qué modo! ¡Dios mio!

Aquel dia, el 2 de Abril de 1835, trataba nuestro general de impedir el paso á las tropas de Espartero, que se dirigian á Bilbao por el valle de Arrátia. Con este objeto nos posesionamos del alto de Gorbea, estendiéndonos hasta Villaro.

Pensábamos dar un magnífico golpe de mano; pero los cálculos mejor combinados salen á veces fallidos. Contábamos batirnos solo con la columna de Espartero, pero apenas nos habiamos hecho dueños de los puntos indicados, vinieron á avisarnos que las tropas

Universidad de Deusto
Biblioteca

del general Iriarte se dirigian por aquel sitio á Vitoria.

Era, pues, preciso batir á estas y luego á las otras. Como usted comprende era racion doble, y teniamos que despachar la primera á paso de carga, pues si dábamos tiempo á que D. Baldomero nos atacase por la espalda, éramos gente al agua.

Así sucedió desgraciadamente.

No llevábamos nosotros la peor parte en la primera refriega, mas vinosenos pinchando por retaguardia antes del tiempo calculado, atraidos sin duda por las *salvas* de nuestra funcion, y ¡allí fué Troya! Empezó á cundir la alarma entre los nuestros, y aunque siguió batiéndose el cobre de lo lindo por espacio de una hora, conocíase que no nos batiamos por alcanzar la victoria, sino por defender nuestras vidas.

Mi compañia, que se hallaba en la cumbre del monte, era, por decirlo así, el centro de operaciones. Segun iban perdiendo terreno los nuestros, se acortaban las distancias, é ibamos quedando acorralados entre dos fuegos. ¡No habia esperanza para nosotros! Así se lo dije á Lázaro, recordándole que era una espiacion de mi conducta para con él en el momento de encontrarle, y una predestinacion, sin duda, de que mi familia habria de morir en tal dia.

—¡Calla, me dijo, no seas blasfemo! Vendamos caras nuestras vidas, y Dios, que es misericordioso, cuidará de... lo demás.

Yo comprendí bien que en ese demás iba envuelto un recuerdo á su madre, á mi hermana, á nuestra madre y hermana mas bien; así fué que apretándole la mano le dije:

—¡Pobres mujeres!

Hallábame yo á cuatro pasos de Lázaro cargando el último cartucho que me quedaba, y... la verdad, mirando á todos lados para ver como podriamos escaparnos despues de agotados los últimos recursos, cuando de pronto oí que me gritaba aquel:

—¡Guarda, Juan!

Bajé la cabeza maquinalmente, y sentí en aquel mismo momento que una bala me arrancaba un mechon de pelo. Un instante de descuido, ménos aún, y, en lugar de perder aquellos pelos, hubiera perdido la vida.

Volví la cabeza hácia mi hermano para darle las gracias, y ví—no diré con sorpresa, porque esto era de esperar mas pronto ó mas tarde, pero sí con un dolor profundo,—que se hallaba en tierra, no sabia aun si muerto ó vivo. La bala que iba dirigida á mi, se habia estrellado contra él.

Lleno de coraje, apunté con mi fusil á un sargento fornido y bigotudo que ví delante, y lo mandé á la eternidad.

Bien sé yo que no es muy santo lo que voy á decir, pero, la verdad, todavía no me he arrepentido, y temo que aun en mi última hora no me arrepienta sinceramente, porque siempre he creido que al cometer aquella muerte habia cumplido la justicia del cielo.

Aquel hombre fué el mismo que habia cometido la infamia de hacer soldado á Lázaro, sin corresponderle, y el mismo tambien que le hirió.

Descargado mi furor y mi último tiro, cojí á mi hermano en brazos y eché á correr sin saber por dónde.

Yo corria, corria, y como ciervo acosado saltaba de una peña en otra sin reparar que habia á mis piés un abismo tras otro.

Universidad de Deusto
Biblioteca

De repente ofuscóseme la vista, y sentí que me faltaban las fuerzas.

No podré decir á usted lo que despues pasó: cuando abrí los ojos creí que soñaba, pues me encontré acostado, y á la cabecera de mi cama á mi hermana María.

—¿Y Lázaro? fué lo primero, mas bien lo único que dije.

—Vive, pero no hables, calla: me dijo aquella, llevando el pañuelo á los ojos para secar una lágrima que se desprendió de ellos.

Callé efectivamente, y la verdad es que no me costó hacer grandes esfuerzos para obedecer á mi hermana, pues no me sentia con fuerzas bastantes para continuar la conversacion. Tenia el cuerpo magullado, y comprendí que habia recibido alguna contusion mas que regular.

Despues supe que á la caida de la misma tarde de la batalla, nos halló un aldeano á mi hermano y á mí abrazados fuertemente debajo del monte de Gorbea, y á una distancia inmensa del punto en que tuvo lugar la accion. Cómo llegamos alla, sólo Dios lo sabe, pero yo supongo que debió ser rodando como una pelota, de un precipicio en otro.

Dos meses tardé en restablecerme, aunque no completamente, en disposicion de poder volver al servicio.

Lázaro, si bien se encontraba aliviado de los golpes, no lo estaba tanto de la herida. Los facultativos opinaban que sería cosa larga, y que en el estado en que se hallaba el enfermo, lo que sobre todo necesitaba era fortalecerse.

Resolví por lo tanto llevarle, y á mi hermana tambien, acompañados de la del cura párroco de Abadiano, pues éste habia pasado á mejor vida en el intérvalo que medió en todas estas bromas; resolví llevarle, digo, á un punto de Vizcaya, en dónde no hubiera que temer una escursion de las tropas de Isabel II.

Yo conocia uno que estaba en este caso, y, obtenido el permiso del general para el traslado, llevé al herido al caserío de Gorosarri, situado entre Munguía y Morga.

Es un caserío aislado, rodeado de montes, siempre verdes, eso sí, pero que se confunden con el cielo, y sin mas horizonte que el que puede descubrirse por una boca que dejan estos entre sí.

Pero no faltaba, como no falta hoy, un gran cuadro delante de la casa, formado de otros mas pequeños, sembrados de legumbre y hortalizas, y salpicados de un ciento de frutales, que nada tienen que envidiar á los mas afamados de Aragon.

Allí, en aquel sitio, que no ha sido nunca visitado por las tropas de la reina, permaneció Lázaro seis meses, cuidado por María y la hermana del párroco, como pudiera estarlo por su madre.

Llamó Dios á la segunda á reunirse con su buen hermano, y esto, y las noticias que daban los facultativos respecto á la herida de Lázaro, de las que inferí que no podia esperarse una cura radical, me hicieron tomar una determinacion.

Aprovechando uno de los muchos manifiestos del general en jefe del bando opuesto, en los que perdonaba á todos los arrepentidos, conseguí indulto para Lázaro, y un salvo-conducto de nuestro general, á quien constaba que no podria aquel volver al activo servicio, y marchó con mi hermana á casa de su madre.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Un año poco mas hacia que se hallaban en Quintanapalla, y aunque no me arrepentia de la resolucion tomada, confieso que me costaba mucho trabajo conformarme con el sacrificio que hacia.

Al cabo de este tiempo recibí una carta en la que mi hermano por simpatía, me decia que venia á serlo de hecho, pues daba la mano á María. Habia escogido para la celebracion de los esponsales el dia 2 de Abril de 1837, en conmemoracion de nuestro encuentro casual.

El mismo dia del año siguiente, mi hermana era ya madre de una niña hermosísima.

Pocos meses despues, hallábame yo una tarde sentado en el cuarto de mi alojamiento, engolfado en los recuerdos que me traia consigo la casa del virtuoso sacerdote, que la tenia enfrente. Pasé revista á todos los seres mas queridos de mi vida, é iba detallando concienzudamente el dia 2 de Abril de 1834, cuando vinieron á decirme que una mujer preguntaba por mi. ¡Dióme un vuelco el corazon! ¡Parecia presagiarme algun suceso funesto!

Salí inmediatamente al encuentro de la persona que me buscaba, y al llegar al zaguan pudieron oirse estos dos gritos casi á la vez:

—¡Madre mia!

—¡Hijo de mi vida!

Largo, muy largo rato pasó antes de que me convenciera que no soñaba, que no era aquel el epílogo de mis recuerdos del momento.

¿Quién era aquella mujer en cuyos brazos me encontraba, retrato vivo de madre querida, y que tan espontáneamente habia respondido al grito salido del

fondo de mi corazon? ¡Ay! Yo lo adiviné, como usted lo habrá adivinado ya.

¿Y María? ¿Y Lázaro? ¿Qué se han hecho? ¿Dónde están?

A estas preguntas que yo repetia sin cesar, la madre de Lázaro, pues era ella, deshecha en llanto, no respondia una sola frase, no articulaba una sola palabra.

Pero mas significativo que todo lo que pudiera decirme, fué para mí una indicacion hecha con la mano, señalando al cielo.

¡Aun hoy lo tengo por un sueño, despues de veintisiete años trascurridos dia por dia, hora tras hora! ¡Qué mucho que no quisiera dar crédito á lo que entonces se me indicaba!

Lo que por mí pasó cuando pude, ó mas bien, cuando quise comprender aquella horrible verdad, no he podido explicarlo nunca.

Mucho tiempo trascurrió antes de que mi segunda madre llegase á recobrar la tranquilidad bastante para poder darme cuenta de la desgracia que sobre nosotros pesaba, y cuando yo se la oí referir, costóme gran trabajo persuadirme de que todo aquello no era, no, una horrible pesadilla.

Uno de esos cabecillas que no conocian otra bandera que la del bandolerismo, pero que á la sombra de cualquiera de las dos que se disputaban en buena lid el triunfo de su causa, cometian todo género de crímenes, habia entrado ocho dias antes en Quintanapalla. Y sobre si Lázaro perteneció á los blancos ó á los negros, despues de parodiar horriblemente un Consejo de guerra, condenáronle á ser fusilado en la plaza del

Universidad de Deusto
Biblioteca

pueblo. Mi hermana creyó que abrazándose á él le salvaria, pero aquellos facinerosos, para quienes lo mismo era cometer dos crímenes que uno, y que no respetaban ni sexo ni edad, acabaron con los dos á la vez. ¡Pobres hermanos mios! ¡Dignos eran ambos de mejor suerte.»

. . . . . .

Calló mi interlocutor breves instantes, que sirvieron á él para que enjugara las lágrimas que asomaban á sus ojos, y á mí para reponerme de la impresion que me hizo el final de su relato.

—«La madre de Lázaro, continuó, á quien recogieron en los primeros momentos los vecinos del pueblo, salió de este con la niña en brazos—¡pobre criatura! ¡no habia reparado en ella!—resuelta á encontrarme donde quiera que estuviese.

. . . . . .

Mientras duró la guerra, permaneció mi segunda madre en Abadiano, que era á donde yo solia ir á parar con mas frecuencia.

Hecha la paz nos trasladamos al caserío de Gorosarri, renunciando por mi parte á los honores de teniente, adquiridos en los campos de batalla y merced á la instruccion que debí á Lázaro.

Allí vivimos contentos y felices, haciéndome yo la ilusion de que ha sido un sueño todo cuanto he contado á usted.

Porque la madre de Lázaro es mi primera madre en figura, en voz, en acciones; en fin, en todo.

Mi sobrina no lo es, no, sino mi hermana en cuerpo y alma. A no haber pasado tantos años, no habria nadie que me convenciera de lo contrario.

Y para que la dicha sea completa, se ha unido á un hombre que ha heredado el corazon de Lázaro.

La familia de estos es la mia. Vivo, pues, con mi madre, con mi hermana; tengo hijos, nietos..... toda una familia, en fin, sin tener realmente nada.

Todos los años, el dia de hoy, oigo una misa en la iglesia de Nuestra Señora de Begoña, como aniversario de la muerte de mi primera madre, y por la noche celebramos en la mesa el encuentro de Lázaro conmigo, y el natalicio de mi segunda hermana.

Si usted quiere visitarnos algun dia, ya verá, ya, que nuestra felicidad es completa, y que solo puede turbarla algun tanto el recuerdo de los que no pueden disfrutar de ella.»

. . . . . .

En aquel instante llegaba la diligencia á un camino que se halla á la izquierda de la carretera, á dos kilómetros próximamente de Guernica, y allí se apeó mi compañero de viaje, reiterándome sus ofrecimientos, que yo se los agradecí de todas veras, sin echarlos en saco roto.

Perdóneme Juan de Vidaurre si he abusado de su confianza, relatando, como he podido, este hecho de su vida privada.

Universidad de Deusto
Biblioteca

¡MADRE MIA!

I

—*Zoaz, neuri semia: Jauna eta foruac decluten dentzue eurac defendietura. Izan zaitez bijotz, andi eta noblia: ez zaitez aztu emoten dentzu dazan armac ondo erabili jagaz, logranco dozula izatia bijotz andico eta noblia. Ezaitez iñoz euracaz balijo goituta dago nagaz. Echizu beste gustija..... Jaungoicoarena escuetan. Berac gorde zaizala.*

Tales fueron las palabras con que el anciano *Chomin* (1) de Aurre se despedia de su hijo único, jóven de diez y ocho años.

Marchaba este á incorporarse á las filas de los batallones vizcainos que, hacia pocos meses aun, sostenian la lucha que debia terminar al cabo de seis años en los campos de Vergara.

Pocos instantes despues, el jóven, de facciones varoniles, á la vez que dulces, de aire suelto y marcial sin afectacion, Matias, que este era el nombre del mancebo, dirijia sus pasos por uno de los senderos

(1) Domingo.

Universidad de Deusto
Biblioteca

que rodean el monte de Motrella, para ir á desembocar en el llano de Marquina.

Era su marcha, lenta unas veces, veloz otras.

Lenta, porque el amor paternal le retenia, le atraia mas bien.

Veloz, porque el grito de pátria y fueros, decia á su noble corazon: *¡Aurrerá!*

Muchas veces, mientras trasponia la escarpada loma del Motrella, volvia el jóven la cabeza para contemplar á su buen padre, que mudo, con los ojos fijos en su hijo, se hallaba apoyado, ó sostenido quizás, contra el muro de su casa.

Llegó por fin Matias al punto en que debian desaparecer de su vista todos los objetos tan amados por su corazon de niño, virgen aun de sensaciones..... Y cuando al volver la cabeza hacia atrás, vió únicamente la falda del monte, que parecia abrumarle con su peso, se detuvo un momento, y fija la mirada en direccion á su casa, y fijo el pensamiento en su padre, dió al viento con toda la fuerza de que era capaz su constitucion robusta y varonil un *¡Hiujujú!*.....

Aquel *sanso* (1) resonó en el monte, y en el valle, y en la casa, y fué á estrellarse en el pecho de su anciano padre.

Extremecióse este, é hizo un esfuerzo para poder contestar. *¡Hiuj!*.... fué lo único que pudo expresar: la voz se ahogó en su garganta, y dos lágrimas que hasta aquel instante habian permanecido encarceladas, corrieron por las tostadas mejillas del venerable Aurre.

(1) Grito de guerra en la antigüedad.

Trascurrieron algunos instantes sin que el viento llevase á los oidos de Chomin, ni el ruido de las zarzas con que su hijo chocara, ni el eco de sus pasos, ni un nuevo grito que hiciera palpable, evidente su existencia; nada, en fin, que rompiera el silencio de la muerte.

Sí: un momento despues creyó oir otro *sanso*, que resonando casi imperceptiblemente en el monte, y en el valle, y en la casa, fué apagándose ténue, macilento, inestinguible, en los oidos, en el corazon, en el pensamiento del pobre anciano.

Giró este su vista extraviada hácia el punto por donde creyó apercibir la voz, ó tal vez, aspirar el aroma del aliento de su hijo, y haciendo un esfuerzo jigante, ó más bien un esfuerzo de padre, largó al viento un *sanso* que hubiera hecho honor á los pulmones del mas robusto y fornido vascongado.

Aquel *¡Hiujujù....!* subió á la cima del monte, y lo traspuso, y se deslizó suave y rápido por la falda opuesta, y fué á estrellarse lleno, sonoro, vibrante, en el pecho del voluntario.

La contestacion no se hizo esperar mucho tiempo. Aquella voz debió extinguirse mucho antes que descendiera al valle, y antes tambien que traspasara la cumbre del Motrella para otros oidos que no fueran los de un padre.

Empero este la oyó clara, distinta, quizás con los sentidos del alma mas bien que con los corporales, pero la oyó ¡oh, sí! y por eso quiso dar el último adios, como hace el moribundo que trata de despedirse de los séres queridos que rodean su lecho de muerte: mas agotadas sus fuerzas por aquel supremo

Universidad de Deusto
Biblioteca

esfuerzo, cayó al suelo, sin conseguir el logro de sus deseos.

. . . . . .

II.

Al pié del monte Oiz, entre Guerricaiz y Arbácegui, á la márgen izquierda del riachuelo que á corta distancia toma el nombre de rio Lequeitio, existe aun hoy una casita humilde.

En su fachada de piso bajo y principal, con escalera exterior, que desemboca en un balcon de madera, haciendo oficios de recibimiento, antesala y comedor á veces, se encuentra una gruesa y corpulenta parra, de la que arrancan multitud de ramificaciones, que culebrean por todo el muro, para ir á morir en un alero-*marquesa*.

Cúbrense unos y otros tallos de una nube de verdes hojas, que oculta casi por completo de la vista la arquitectura sencilla, y más que sencilla humilde de aquella casa; y la vid, que en un principio produce sombra y frescura, dá mas tarde ricos y sabrosos racimos de moscatel.

Las otras tres fachadas de aquella vivienda, se conservan mas ó menos verdes todo el año, merced al cariño con que la yedra se ha apegado á la piedra de sus muros.

Esta era la casa que servia de morada á principios de 1834 á Chomin de Aurre, armero guipuzcoano, de sesenta y cuatro años de edad, que despues de haber trabajado en su oficio durante treinta con laboriosidad y honradez, consiguió algunos ahorros, con los

que podia vivir, si no holgadamente, con un trabajo menos penoso y asiduo que el suyo de hasta entonces.

Casóse Aurre con Ana Mari, jóven y robusta marquinesa, y de este matrimonio ejemplar vino al mundo el niño Matías, consuelo y embeleso de su madre, gloria y esperanza de su padre.

Pasáronse muchos años sin que el mas mínimo recelo llegase á turbar la paz y tranquilidad que disfrutaba aquella familia patriarcal, en su vida de labrador, exenta de ambicion y remordimientos, pero colmada de dicha y de verdadera felicidad.

Empero llegó un dia en que los tambores y las cornetas resonaron en las crestas de las montañas, é hiciéronse luego oir en sus faldas, y mas tarde en los valles, y por último, reprodújose el eco bélico en las casas y en los pechos de los euskaros.

Desde el primer momento juzgó Chomin que todo el que llamándose vascongado tuviera fuerzas para coger un fusil, debia prepararse para el combate, y así se lo iba á decir á su hijo el mismo dia en que este fué á pedirle su consentimiento para correr á la defensa de su país.

Chomin sabia que no podria esperar de Ana Mari que dejara marchar á Matías al cumplimiento de aquel deber.

¿Qué madre consiente de buena voluntad que hagan trizas un pedazo de sus entrañas? Y la que ha amamantado su hijo á sus pechos, la que le ha criado, la que no se ha separado ni un instante de su lado; la que le ha visto nacer, crecer, desarrollarse, hacerse hombre; la que ha sido su compañera, su amiga, su confidente, ¿cómo es posible, decid, que pueda fácilmente,

Universidad de Deusto
Biblioteca

y por solo ese vano nombre de «pátria» desprenderse, para siempre quizás, de tan caras y dulces afecciones, de toda su dicha, de toda su felicidad en este mundo?

Chomin, que lo comprendia así, esperó el dia en que Ana Mari fuese con la vendeja á Marquina, y en ese dia hizo entrega á su hijo de dos pistolas, construidas por el mismo Chomin, cuando fué armero.

En los cañones empavonados de aquellas armas, estaba incrustado en letras de plata un lema santo para todo el que se llame vascongado: *Jaungoicoa eta foruac.*

—Marcha hijo mio, le dijo. El Señor y los Fueros te llaman á defenderlos. Sé valiente y generoso: no olvides que solo haciendo buen uso de las armas que te entrego, serás lo uno y lo otro. No las emples jamás contra el vencido..... Dios hará lo demás. Él te ampare.

Tales fueron las palabras con que el anciano Chomin se despidió de su hijo.

. . . . . .

Largo rato permaneció el honrado Chomin en estado de estupor, hasta que poco á poco fué recobrando el sentido, y se hizo cargo, é hizo memoria de todo lo que habia acontecido.

Antes de ponerse en pié, apoyóse en las rodillas y pidió al Dios de las batallas y de la misericordia que hiciera de su hijo un héroe; que le amparase, librándole de la muerte.

Despues se secó dos lágrimas rebeldes que asomaban por la centésima vez á sus pupilas, se sonó, tosió, encendió su pipa, y sacando de la casa un pequeño banco de pino, se sentó arrimado á un castaño vetusto, compañero inseparable de todo caserio vizcaino, y

púsose á fumar con impaciencia, y quizás involuntariamente empezó á tararear un zortcico de sus buenos tiempos.

Esperaba á Ana Mari con toda la tranquilidad exterior de que pudo revestirse.

III.

Un año ha trascurrido desde la partida del jóven Matias al campo del honor, y en todo este tiempo no han podido secarse, ni un solo instante, ni de dia ni de noche, los ojos de la inconsolable Ana Mari. ¡Ella hubiera tenido valor para verle marchar, solia decir, pero no tenia valor para no volver á verle!

Los recuerdos del pasado, su vida del presente, su esperanza en el porvenir, todo, todo se hallaba resumido para ella en las palabras ¡hijo mio!

Tambien de los ojos de Chomin brotaban lágrimas, mas amargas, si cabe, que las de su pobre mujer, porque se veia obligado á contenerlas en presencia de esta.

Nada sabian de Matias desde el dia en que marchó á incorporarse con sus hermanos de armas. ¿Dónde estaba? Tendido quizás en el campo del honor, espera á oir la trompeta final para volver á la vida.

Esta idea hacia estremecer á Chomin, que no se atrevia á manifestar sus dudas á la afligidísima Ana Mari.

—Volverá, no lo dudes, solia decirle: y volverá cubierto de gloria, me lo dice el corazon.

Si su corazon decia á Chomin que su hijo vivia aun, su imaginacion y la de su esposa le veian tendido en

Universidad de Deusto
Biblioteca

en el campo de batalla, cubierto su cuerpo de heridas, exhalando el último suspiro.

—¡Hijo de mis entrañas! esclamaba la desconsolada madre: ¡ya no te volveré á ver en este mundo! ¡Dios mio, llévame pronto á su lado!...

. . . . . .

Es la noche del 6 de Marzo de 1835.

El cielo se halla enlutado con un espeso y negro manto que lo cubre todo; y allá, á lo lejos, déjase ver tal cual ráfaga de fuego que cruza el espacio, mientras el aquilon brama como si quisiera desgajar de raiz los mas robustos árboles.

De vez en cuando confúndese con el silbido del viento, el monótono esquiloneo de las reses, y el acento apagado del pastor contesta al ladrido del fiel guardador del rebaño.

Poco despues, el relámpago se acerca: enciéndese el espacio, sígue un espantoso trueno que hace estremecer las montañas en sus cimientos, tras él, rásgase la nube vomitando un turbion de agua y granizo que rueda impetuoso por la falda del monte, é invade el valle y arrasa todo cuanto encuentra al paso.

En la cocina del piso bajo de la casa que ya conocemos, hállanse Chomin de Aurre y su mujer Ana Mari, que dispone hacendosa la frugal cena de costumbre.

Ninguno de los dos ha dicho una sola palabra que dé á entender que oye bramar el huracan por la parte de fuera, y sin embargo, lo sienten y aun lo palpan toda vez que disfrutan de la luz de los relámpagos y de las ráfagas del viento, merced á lo holgado de las puertas y ventanas de la habitacion en que se hallan.

Pero lo mismo la mujer que el hombre, tratan de

evitar toda conversacion que pueda traer como corolario el recuerdo de su hijo.

¡Y sin embargo, ese recuerdo no se separa ni un momento de la imaginacion de ambos!

¿Quién sabe? ¡Quizás lo quieran saborear en silencio, á solas, cada uno para sí, sin darse participacion mútua de aquel sentimiento, mezcla de alegría y tristeza....!

La mujer empero no pudo reprimir por mas tiempo, y dijo á media voz:

—Mala noche está.

—No está muy buena, contestó Chomin queriendo manifestar en su «no está buena» que aun podia ser peor.

Hubo un momento de pausa, despues de la cual volvió á decir Ana Mari:

—¡Pobres de aquellos á quienes coja la tempestad en el campo!

—¿Y quién quieres tú, replicó Chomin, que se halle á estas horas y con este tiempo fuera de casa?

—.....Soldados que estén de marcha.....

—Buen cuidado habrán tenido sus jefes de acamparlos bajo cubierto, contestó el anciano cuidando de usar el tono mas natural que pudo.

Nuevo silencio, que fué interrumpido por la madre.

—Nuestro hijo no llevó abrigo, Chomin.

—Sí hay tal: llevaba puesto el capote que se le hizo para el dia de tu santo.

—Desde entonces á hoy, ¡cómo le tendrá do raído y agujereado!

—¡Bah! ¿Crées tú eso? Pues á mi me parece que si todos los males consistieran en eso.....

Universidad de Deusto
Biblioteca

—¡Si todos los males consistieran en eso!.... ¿Qué es lo que quieres decir?

—¿Yo? nada.

—¡Nada! ¡¡Pobre hijo mio!! ¡ya no volveré á verle!

Y Ana Mari dió rienda suelta al llanto que estaba comprimiendo.

—Vamos, Mari, ¡por Dios! no pensemos en lo peor. ¿Quién sabe? cuando menos lo esperemos, puede suceder que lo tengamos aquí.

En aquel instante un trueno seco hizo temblar la casa, y confundido con este extremecimiento general, creyeron oir golpear la puerta por de fuera.

Marido y mujer pusiéronse maquinalmente en pié, y se miraron sin articular una palabra; pero sus miradas les decian que por la imaginacion de los dos habia cruzado al mismo tiempo una idea quimérica. ¿Seria su hijo el que llamase á la puerta?

No obstante, ninguno de los dos se movió para abrirla, temiendo, sin duda, que se desvanecieran demasiado pronto aquellas risueñas esperanzas.

Unos instantes despues volvieron á oirse golpes repetidos que no podian confundirse con ningun otro ruido.

Chomin ya no vaciló, y mientras su pobre mujer caia de rodillas, ó porque le faltaban las fuerzas para ponerse en pié, ó porque creyó que debia dar gracias á Dios por la alegria que en aquel momento esperimentaba, Chomin corrió á la puerta, desprendió la tranca que la sujetaba, y figurándose que perdia un tiempo precioso preguntando quien era, abrió, ó mas bien, ayudó á abrir al que por la parte exterior empujaba con ánimo de entrar.

Entró efectivamente un hombre embozado hasta as cejas, en el mismo momento que una ráfaga de viento apagaba el candil que alumbraba la cocina.

Pero la ténue luz de los resplandores que despedia la llama del hogar, y aun mas la claridad de los relámpagos que sucedian sin interrupcion, bastaron para dar á conocer á los dos ancianos, que el recien llegado estaba ¡ay! muy lejos de ser Matías, su hijo amadísimo.

—Buenas noches, dijo el embozado, sacudiendo su capa empapada de agua y lodo.

—A Dios sean dadas, contestó Ana Mari por costumbre, pues no sabia ciertamente lo que se decia, ni lo que hacia al tratar de encender el candil, mientras Chomin entornaba la puerta, volviendo á colocar la tranca trasversalmente.

—Perdonen ustedes, dijo el desconocido pasados que fueron algunos minutos, que sirvieron para que se repusieran todos de la primera sorpresa, se encendiera el candil y se hicieran cargo uno y otros de sus respectivas posiciones.—¿Me dan ustedes hospedaje por esta noche?

—Nunca se ha cerrado mi casa á los necesitados, contestó Chomin.

—Gracias.

—Puede usted acercarse á la lumbre y sentarse, indicó Ana Mari.

El desconocido, que permanecia siempre embozado, traia la cabeza descubierta, el pelo en desórden, y estaba tan empapado de agua y fango, que no era posible descifrar ni el color, ni la forma de la capa, que le cubria por completo.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Aceptó sin hacerse de rogar la invitacion de la mujer, y arrimándose al fuego hasta tocarlo, exclamó al cabo de un rato, extremeciéndose como si tuviera frio.

—Esto dá la vida.

—¿Por qué no se quita usted el capote? se secaria usted mejor y mas pronto, le dijo Chomin.

El que era objeto de aquella pregunta se desentendió de ella, y preguntó á su vez:

—¿Está lejos de aquí Durango?

—Unas dos horas y media de camino.

—¡Dos horas y media! Crei que estuviera mas cerca.

Trascurrieron algunos instantes en silencio.

—¿Vá usted á Durango, segun infiero? dijo el anciano Aurre.

—Si; pero no conozco el camino.

—¡Ah! Entonces.....

—Me he extraviado, y he andado toda la noche de un lado para otro, sin saber el terreno que pisaba.

Los amos de la casa se miraron de un modo, que parecia indicar que recelaban del huésped.

—Entonces..... volvió á decir Chomin, fijando una mirada escudriñadora desde los piés á la cabeza del desconocido.—Entonces..... usted no es vascongado.

—No: soy castellano.

—¡Castellano! ¿Y en qué filas?.... y no acertó á concluir la frase del partidario de D. Cárlos.

—Ello tiene que ser, balbuceó el desconocido como hablando consigo mismo; y añadió levantando la voz:

—Soy... soldado...

—Pero, bien; ¿soldado... carlista?...

—No: cristino.

Y al mismo tiempo echaba la capa á ambos costados, descubriendo efectivamente el uniforme de capitan del ejército isabelino, y una figura digna y simpática de un jóven de veinticinco años próximamente.

—*¡Ene!* ¡Jesús, María y José! pudo con dificultad decir Ana Mari, santiguándose y retrocediendo asustada, hasta dar con una de las paredes del cuarto.

—¡Cristino! exclamó el anciano poniéndose en guardia.—Y bien ¿qué busca usted aquí?

—Ya lo he dicho; me he extraviado, y busco hospitalidad, si me la quiere usted dar.

El noble Aurre vaciló para poder contestar, pero un segundo bastó para que se decidiera á decir:

—Yo tambien creo haberle dicho que nunca se cierran las puertas de mi casa á los que de ella necesitan.

Y añadió á poco rato:

—No tenga usted miedo.....

—¡Miedo! No le tengo. El hombre que como yo, cumple con su deber, ni debe, ni puede tener miedo, porque tiene la conciencia tranquila.

—Tiene usted razon, replicó Chomin; en todos los bandos hay hombres honrados.

El uniforme del cristino trajo nuevamente á la pobre madre el recuerdo de su hijo, y se atrevió á preguntar á aquel:

—¿Hace mucho tiempo que está usted en Vizcaya?

—Desde que empezó esta guerra de lobos carniceros.

—Es verdad, ¡oh, sí! tiene usted razon, esta guerra es de lobos carniceros, replicó como un eco Ana Mari.

Poco despues, reanudando sus ideas, exclamó:

—¡En cuántas acciones habrá usted estado!

—Sí; han menudeado bastante: demasiado.

Universidad de Deusto
Biblioteca

—Y habrán muerto muchos, ¿es verdad?

—Dispense usted, dijo Chomin interrumpiendo la conversacion. Nuestro hijo, de quien nada sabemos hace mucho tiempo, está en las filas de D. Cárlos. Mi pobre mujer se figura que ha muerto, por eso.....

—¡Pobre madre! tambien yo la tengo, y comprendo por consiguiente su agonía de usted. Pero las malas nuevas se saben pronto, y cuando nada han sabido ustedes de él, es de creer que no haya tenido novedad.

—¿Ves? Lo mismo que yo la digo: si hubiese muerto...

—¡Hijo de mis entrañas!

—¡Pobre madre mia! balbuceó el desconocido como respondiéndose á sí mismo.

Un cuarto de hora despues de esta escena, hallábase el capitan frente á una pequeña mesa, y al lado de Chomin de Aurre y de Ana Mari, su mujer, que compartian con él su frugal cena, aumentada en obsequio al convidado, con media docena de huevos frescos y un jarro de riquísima leche, que acababa de ser ordeñada de la vaca, cuya cabeza asomaba por una ventana baja que ponia en comunicacion la cocina con la cuadra.

El capitan referia la causa de su fortuita desercion.

Estando de marcha con su regimiento que iba á Durango, les sorprendió el temporal, y su caballo se asustó de los relámpagos y truenos, acabando por desbocarse. El militar que creyó poder contener al animal, fué llevado por él, hasta que rendido éste, despues de haber corrido media hora, tropezó en una zarza ó vallado, y dió con su ginete en tierra, felizmente.

El capitan, que no conocia el terreno, ni sabia donde estaba, anduvo á tientas dos ó tres horas; pero rendido al fin, mojado y estropeado, sin esperanza ya de hallar á sus compañeros, resolvió guarecerse en la primera casa que encontrara.

Su buena estrella le condujo á la del noble Aurre.

Concluida la cena, le dijo Chomin que tenia una cama para él, la de su hijo; que descansara en ellá, y él se encargaba de llamarle al amanecer y de acompañarle tambien hasta Durango, por camino seguro.

La proposicion era halagüeña, y como quiera que el capitan conociera que necesitaba recuperar sus fuerzas perdidas, si habia de estar unas horas despues en disposicion de emprender la caminata, aceptó la cama que le ofrecian, y á poco rato subió acompañado del noble anciano á la habitacion de arriba.

—Aquí tiene usted la cama que está esperando á mi hijo hace un año, dijo Chomin húmedos sus ojos por aquel recuerdo, y añadió:—Vaya, buenas noches.

—Muy buenas, amigo, contestó el capitan alargando una mano, que el anciano se apresuró á estrechar.

Cuando Chomin volvió al lado de su mujer, díjole esta:

—Ya podias haber traido la ropa de ese pobre hombre para secarla á la lumbre; sino mañana es imposible que pueda ponérsela.

—Tienes razon, mujer, voy á buscarla.

Y efectivamente, poco despues volvió Chomin al cuarto del capitan, en donde entró diciendo:

—¿Está usted ya acostado?

—Sí; pues ¿qué se ofrece? contestó el oficial algo sobresaltado por aquella visita inesperada.

—Voy á llevarme su ropa de usted para secarla al

Universidad de Deusto
Biblioteca

fuego. ¡Diantre! y ¡cómo pesa la condenada! decia el anciano al cogerla de encima de la silla en que se hallaba colocada.

Acabada de levantar la última prenda, dió Chomin un grito ahogado, que hizo sentarse en la cama al capitan.

—¿Qué es eso? preguntó este; ¿se ha hecho usted daño?

—No..... no es nada.

—Con las espuelas quizás.....

—Sí, eso ha sido, se me ha metido por una uña.....

—Haga usted que sangre, es mejor, replicó el capitan, no viendo herida ninguna en la mano del anciano.

—Sí..... eso haré, balbuceó con voz trémula el viejo Aurre: y salió tambaleándose del cuarto del alojado.

No era empero el peso de la ropa de este lo que hacia que Chomin vacilara al andar; no, no era eso; porque al salir á la sala la dejó caer al suelo, y sin embargo, continuaba andando como si estuviera bebido.

Entró en el cuarto en que se hallaba su mujer, tan pálido, demudado y fuera de sí, que Ana Mari no pudo contener una exclamacion de sorpresa.

—¿Qué tienes Chomin? ¿Qué te ha sucedido? se apresuró á decir esta, acercándosele llena de sobresalto.

Chomin, que apenas podia sostenerse en pié, apoyado contra la cama, no escuchaba las preguntas que le dirigia su mujer. Fuéle preciso á esta sacudirle, agarrándole de un brazo para que saliera aquel del estado marmóreo en que permanecia hacia ya algunos minutos.

—¡Habla, por Dios, Chomin! ¡Di lo que te pasa! decia por la centésima vez la pobre Ana Mari.

—¡Ah! balbuceó por fin el anciano Aurre. ¡Dios lo ha traido á mis manos! ¡Es un castigo de la Providencia!

Y acercándose á un rincon en que se hallaba depositada una escopeta, la cogió y la examinó detenidamente, cerciorándose de que estaba bien cargada y cebada.

Hecho esto, sin atender á las preguntas reiteradas ni á los ruegos y llantos de la desconsolada Ana Mari, se sentó en un arcon que se hallaba á un lado de la cama y encendió su pipa, compañera inseparable de las grandes emociones de su vida.

La mujer, que conocia á su marido, vió llegado el momento en que este se explicara. Así fué que acercándosele y poniendo un brazo sobre el hombro del anciano, le dijo cariñosamente:

—Vamos, Chomin, cuéntame ya lo que te sucede. ¿O es que despues de mas de veinte años que no tenemos un secreto el uno para el otro, reniegas de mí?

—Mira, Dios lo ha traido á nuestras manos, volvió á decir el viejo Aurre como si delirara.

—¡Oh! ¡Chomin se ha vuelto loco! exclamó anegada en llanto la infeliz esposa.

—¡Loco! ¡Ojalá estuviera loco! Pero..... no, no, yo la he visto.

—Pero ¿qué es lo que tú has visto? ¡Pobre de mí!

—¡La pistola!....

—¿Y qué pistola, señor?

—La de Matías, la de nuestro hijo..... ¡La tiene él!

—¿Pero quién?

—¡El capitan! ¡¡El cristino!!

—¡Ah! ¡¡Mentira!! ¡¡Mentira!! Tu sueñas. ¡Chomin, Chomin, despiértate! ¡Mira, soy yo, tu Ana Mari!

Universidad de Deusto
Biblioteca

—¡Pobre Ana Mari! dijo el anciano con acento dulce, haciendo sentar á su lado á su mujer.

Pasaron unos minutos de silencio, interrumpido únicamente por los sollozos de la mujer y por la ahogada respiracion del anciano.

Mientras tanto la tempestad seguia rugiendo; los relámpagos y truenos se sucedian sin interrupcion, y el viento y el agua azotaban á porfia las ventanas y puertas exteriores de la casa.

Aurre dijo al cabo de un rato:

—Al coger la ropa de ese hombre para secarla ¡es providencial! he visto bajo de ella una de las pistolas de Matías, de nuestro hijo..... No me he equivocado, no. ¡Si las construí yo!....

—¡Ah, no, eso no será! ¡Habrá muchas que se las parezcan!....

—*Jaungoicoa eta foruac.* Claro, distinto, yo lo he leído: y luego mi cifra. ¡Letras blancas sobre negro! Ya tú ves.....

—Entonces..... ¡ese hombre ha matado á nuestro hijo!.... ¡Ah! ¡¡Que muera tambien él!!

—Eso, eso he pensado. ¡¡Morirá!!

Pero arrepentida la pobre mujer de su mal pensamiento, se apresuró á decir á su marido:

—¡Ah! no sé lo que he dicho; perdonémosle, Chomin. Dios quiere que perdonemos á nuestros enemigos: solo así podremos llegar á reunirnos un dia con nuestro pobre hijo ¡¡Hijo de mis entrañas!!

—¡Dios lo ha dispuesto, toda vez que le ha traido á mis manos!

—Dios no puede querer tal cosa, Chomin; en esto anda el diablo. ¡No, tú no le matarás, no!

—Vamos á dormir, dijo el anciano Aurre variando de conversacion, con el tono mas natural del mundo.

—¡Dormir, dormir cuando sabemos ya que no existe nuestro hijo! Yo quiero dormir, sí, pero para no despertarme, Chomin.

A fuerza de ruegos consiguió este que su mujer se echara vestida en la cama, mientras él, sentado sobre el arca, apoyaba la cabeza en esta.

La pobre Ana Mari no quiso tratar de conciliar el sueño mientras su marido no le ofreciera el perdon del presunto matador de su hijo; pero pudo mas en ella el cansancio y la fatiga que su voluntad, y una hora despues comprendió Chomin que su esposa se hallaba traspuesta, á juzgar por su respiracion acompasada.

Se levantó entonces con toda la precaucion posible para no hacer ruido, se acercó de puntillas al rincon en que se hallaba la escopeta, la cogió cuidadosamente, y salió del dormitorio con el silencio del aleteo de una mosca.

De puntillas tambien se dirigió á la alcoba en que descansaba el capitan. En el corto tránsito entre uno y otro cuarto, tropezó con las ropas de este que habian quedado en el suelo, y faltó muy poco para que aquel contratiempo inesperado echara á rodar todos sus planes.

Despues de la sorpresa que le produjo el tropezon, escuchó atentamente por saber si al ruido que hizo habia despertado á su mujer ó al capitan, ó á ambos quizás, y cerciorado de que no se habian movido, marchó sin vacilar en busca de su víctima.

Llegado que hubo á la puerta del cuarto, la empujó

Universidad de Deusto
Biblioteca

con ánimo resuelto, y levantando inmediatamente la llave de la escopeta, apoyó la culata en su hombro, y la boca del cañon en la sien del capitan.

Dormia este con la tranquilidad del justo. Cubierto con la manta hasta mas arriba de la boca, apenas dejaba en descubierto mas que los ojos y la frente.

En el mismo momento en que el anciano Chomin de Aurre iba á tirar del gatillo fatal, oyósele decir en sueños al jóven militar:—¡Madre mia! y simultáneamente un relámpago iluminó la alcoba.

El anciano vaciló al oir la voz de la víctima, y se extremeció al resplandor producido por la electricidad.

Y era que habia fijado maquinalmente la vista en el capitan, y creyó ver á su hijo; pues era moreno como este, y como este tambien tenia el pelo ensortijado.

Y creyó oir una voz interior que le decia ¡parricida! y temblando como un azogado, tropezando en las paredes, tambaleándose, en fin, salió como un réprobo del cuarto en que quedaba el jóven, diciendo nuevamente ¡madre mia!

Entró Chomin en su alcoba, pero no pudo hacerlo tan callando que no le oyera Ana Mari, la que al verle con la escopeta en la mano, y tan tembloroso, pálido y demudado, dió un grito abalanzándose á su cuello, y exclamando:

—¿Qué has hecho, Chomin? ¿que has hecho?

—Le he perdonado, contestó el anciano. ¡Así Dios me perdone á mí!

—¡Gracias sean dadas al Señor, que te ha tocado en el corazon!

. . . . . .

Aquella noche la pasaron toda ella los dos ancianos

roganto por el eterno descanoo de su hijo, y cuando antes de rayar el alba dejaba Chomin á su mujer, para ir á llamar al capitan, díjole esta:

—He estado pensando una cosa, Chomin.

—¿Qué es ello?

—¿Por qué no preguntas al cristino, cómo ha adquirido esa pistola?

—Ya me ha pasado por la imaginacion el preguntárselo, pero he desistido luego, porque sé que si le hago esa pregunta..... tendré que matarle.

—Entonces..... no, no le preguntes ¡Dios le ampare!

Chomin se dirigió á la alcoba del capitan, quien dormia tan tranquilo y sosegadamente, que le costó trabajo despertarle.

—Ya es hora, jóven, le dijo, cuando abrió los ojos. Póngase usted esa ropa de mi hijo que la dejó ahí, porque aparte de que la de usted no está en disposicion de echársela uno encima, es muy expuesto que le vean á usted con ella.

—Cubierto con el capote.....

—No puede usted llevarlo, porque pesa mas que un pecado mortal.

Dicho esto, se salió de la alcoba sin querer escuchar las sinceras gracias que le daba el militar, por su solicitud paternal para con él.

Media hora despues, despidiéndose el capitan de la infeliz Ana Mari, que no hacia mas que repetir—¡Dios le ampare á usted!—salió acompañado del venerable Chomin de Aurre.

Cuando Ana Mari sintió los pasos de los que se iban, levantó la cabeza, que hasta entonces la habia tenido oculta entre sus manos, y fijando sus miradas

Universidad de Deusto
Biblioteca

en el jóven, soltó una exclamacion de sorpresa, y corrió hácia él diciendo:

—*¡Ene!* ¡Dios me valga! Crei que era usted mi hijo con esa ropa.

—¡Pobre madre! ¡el Señor querrá devolvérselo á usted! me lo dice el corazon.

—Vamos ya, dijo Chomin en tono desabrido, queriendo desentenderse de las frases del capitan, mientras su mujer quedaba balbuceando.

—¡Cómo se parece, Dios mio! ¡Cómo se parece!

IV.

La noche de aquel mismo dia, se hallaban Chomin de Aurre y Ana Mari, silenciosos, mudos, sentados junto al hogar; hogar que no parecia sino que tomaba tambien parte en la tristeza de los dos ancianos, segun lo apagada y macilenta de la lumbre, que ardia chisporroteando, efecto de la humedad del combustible.

No se veia junto á las ascuas ninguna cazuela ni cacharro alguno en que estuviese confeccionándose la cena de costumbre.

—Pues qué, ¿no cenas hoy, Mari? dijo Chomin al cabo de media hora de silencio no interrumpido.

—He merendado: por eso..... pero voy á preparar la cena para ti.

—No; yo he comido demasiado en Durango, y no tengo ganas.

Ana Mari y Chomin mentian: ni aquella habia merendado, ni este habia probado bocado en todo el dia.

Pero puede asegurarse que ninguno de los dos echaba de menos la cena. Ambos tenian el pensamiunto

fijo en su hijo, en el cielo, que era donde realmente le veian, y mientras pudiera sostenerles este alimento del alma, no necesitaban el alimento del cuerpo.

—Pidamos al Señor, dijo la mujer sin poder desprenderse de la idea que tenia clavada en el corazon, pidámosle, que no nos abandone, que nos lleve á los dos en un mismo dia, al lado de nuestro pobre y desgraciado hijo.

—¿Desgraciado él? ¡no! exclamó el anciano lleno de febril entusiasmo. No es desgraciado quien muere por su señor y por sus fueros.

—Pero..... ¡ha muerto! repetia la pobre mujer: argumento que para ella no tenia réplica. ¡Ha muerto!

—Dios recompensa por una eternidad á los que mueren en defensa de su pátria. Es una causa santa...

—¡El era bueno! eso es verdad.

—¡Y valiente! ¡Era mi hijo!....

Y los dos ancianos, puestos de hinojos ante una imágen de Dios crucificado, pidiéronle, mas bien que el perdon de su hijo, la gracia de que los llevara á su lado en el mas breve plazo posible.

Dios, que es infinita su misericordia, oyó los ruegos de aquellos desconsolados padres.

En el momento en que acababan la súplica diciendo:—¡Señor, tened compasion de nosotros!—se dejó oir ténue, lánguido, apagado, lejano en fin, un *¡Huijujú!*....

Aquel *sanso* dejó mudos y sin aliento á los dos ancianos.

No se atrevian á hablar, no querian respirar, temiendo perder la postrer vibracion de la voz que lo habia producido.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Acercáronse hasta cogerse de las manos, y esperaron..... esperaron uno, dos, tres minutos, fijas sus miradas en la puerta, atento el oido al exterior.

Aquellos instantes de incertidumbre, de dudas, de zozobra, fueron horribles para los dos desventurados ancianos. Era el suplicio del reo á quien van á leer, ó su sentencia de muerte, ó su perdon.

Volvió empero á oirse un *¡Hiujujú!*.... claro, distinto, sonoro, vibrante, cual si salido hubiera de la casa misma, y antes que concluyera de extinguirse su eco entre los muros de esta, el anciano Aurre, ágil y vigoroso, como si hubiera rejuvenecido con el hálito de aquel grito, corria presuroso á la puerta, y arrancaba, mas bien que soltaba, la tranca con que estaba cerrada, al mismo tiempo que sentianse golpes de la parte de fuera, y oiase una voz que decia:

—*¡Ama! ¡Aita!* (1)

Ana Mari permanecia aun arrodillada, tendiendo sus manos hácia la puerta, como si esperara á alguien que la ayudara á levantarse.

Un segundo despues cayó Matías en los brazos de su padre, que exclamaba fuera de sí:—¡hijo mio!—y seguidamente besaba y acariciaba el hijo á su madre, que no cesaba de repetir:

—*¡Neure semia! ¡Neure semia!* (2)

Y cogiendo la cabeza del jóven entre sus manos, le contempló un instante, exclamando por fin:

—*¡Se ederra da!* (3)

Cuando no es la cabeza, sino el corazon y solo el

(1) ¡Madre! ¡padre!
(2) Nuestro hijo.
(3) ¡Qué hermoso está!

corazon el que toma parte en un acontecimiento cualquiera de la vida, no es posible reproducirle: *las locuras racionales*, si cabe definirlo así, se sienten, no se explican.

¿Quién es capaz de explicar lo que sienten un padre y una madre que ven resucitado al hijo á quien creyeron, ó mas bien á quien vieron ya cadáver?

¿Qué placer cabe mas grande, mas intenso, que el de poder besar, abrazar al ídolo de su corazon, al hijo de sus entrañas, muerto, perdido por una eternidad hacia un instante?

Locos estuvieron en los primeros momentos los sencillos personajes que figuran en esta escena; fué preciso que trascurriese algun tiempo para que pudieran entenderse, para que llegaran á creer lo que veian, para que no dudasen de lo que palpaban.

Repuestos ya de las primeras emociones, el viejo Aurre fijó una mirada escudriñadora en su hijo, y acabó por desabrocharle con febril impaciencia el capote que le cubria.

—¡No veo mas que una pistola!.... ¿y la otra? preguntó á su hijo con voz tan alterada y en tono tan desusado, que Matías quedó un momento parado, sin acertar á responder á una pregunta hecha tan *ex-abrupto*.

—No la tengo, contestó al fin, y añadió en tono humilde.—No me riña usted, padre, cuando usted sepa...

—Habla pronto. Explícate, por Dios.

—Sí, hijo, cuéntalo, di qué has hecho de la pistola, añadió la madre con voz alterada tambien.

—Voy á decirlo, madre. A los ocho dias justos de mi llegada á las filas, el 7 de Marzo, tuvo lugar la ac-

Universidad de Deusto
Biblioteca

cion de Sollube. ¡Fué una batalla de prueba! exclamó el soldado lleno de entusiasmo. En ella perdimos al valiente brigadier Armencha. A su lado estaba yo cuando fué hecho prisionero. Yo debí correr la misma suerte que él.... ¡fué fusilado!

Tuvo el jóven que suspender la narracion por breves instantes para dar lugar á que sus padres pudieran oirle; tal fué la impresion que produjo en ellos el comienzo del relato.

—Me habian herido en el pecho, madre, continuó el jóven; y la pobre Ana Mari se abalanzó á su hijo con ánimo de reconocer la herida y de curarla, y de sanarla tambien.

—Está ya cicatrizada, dijo el soldado, interrumpiéndose para contestar á la solicitud, muda, pero espresiva, de su cariñosa madre.

—Me habian herido en el pecho y el brigadier me dijo:—Retírate, muchacho, antes que te falten las fuerzas.—Mi brigadier, contesté yo, despues de usted.

El brigadier me alargó su mano; ¡la mia fué la última mano amiga que estrechó entre las suyas aquel valiente!

Y el soldado vertió dos lágrimas en obsequio de la memoria de su jefe.

—Poco despues estábamos rodeados de enemigos que nos acosaban diciendo:—¡Ríndete, perro! ¡date!

Yo habia tenido que apoyar la rodilla en tierra para poder hacer fuego; pero el fusil pesaba ya demasiado para mis escasas fuerzas, y eché mano á las pistolas.

En aquel momento me acordé de usted, padre mio, y de usted, mi querida madre, la verdad, fué un instante, nada mas que un instante.

El tiro de la primera pistola lo disparé en defensa de mi jefe, á quien un granadero iba á asesinar á boca de jarro. No le heri, pero sirvió para que el soldado, dejando al brigadier, se avalanzara á mí, y despues de dispararme su fusil, cuya bala no hizo sino arrancarme la boina, lo cogió por la culata, y soltando una blasfemia lo levantó en el aire para descargarlo sobre mi cabeza.

Yo no podia hacer uso de la segunda pistola, pues me precisaba apoyar en el suelo la mano en que la tenia para no acabar de caer.

Ví el fusil en el aire y.... cerré los ojos maquinalmente.

Ana Mari no pudo contenerse al oir esto y se abrazó al jóven exclamando:

—¡Hijo!

—Volví á abrirlos, maquinalmente tambien, continuó el carlista, y ví que un oficial de los suyos tenia cogido por la espalda del granadero el fusil con que este pretendia matarme, y oí que decia:—Acompaña á llevar aquel prisionero, señalándole á mi brigadier, á quien tenian cogido entre tres ó cuatro, sin poderlo sujetar.—Deja á este pobre diablo, que poco daño puede ya hacer.

Recuerdo que el granadero contestó:—Pueden hacerse las dos cosas, acabar con este y....—Haz lo que te digo, replicó el oficial en tono de mando.

Cuando marchó el granadero, se acercó á mí el oficial, diciéndome:—A ver si puedes colocarte sobre mis espaldas, te dejaré donde puedas salvarte.

Traté de hacer lo que me decia, pero con aquel movimiento se me cayó de la mano la pistola, que

Universidad de Deusto
Biblioteca

aun conservaba cargada, y como tratase de cojerla, me dijo el oficial de muy mal humor:—Tentado estoy por dejarte, al ver que pierdes un tiempo precioso por llevarte una arma que para nada la necesitas; como no sea que trates de usarla contra mi.—Señor, le contesté, ha sido construida por mi padre....—¡Ah! entonces tienes razon para no dejarla; y la recogió él mismo del suelo.

Me condujo á unos doscientos pasos de allí, y cuando llegamos á un vallado que nos ocultaba de la vista del ejército isabelino, me dejó en tierra, diciendo:—Nos vamos á retirar, y por consiguiente, aquí no te cogerán. Así Dios te salve de tu herida, como estás fuera del riesgo de morir fusilado. Toma la pistola. ¡Adios!—Quédese usted con ella, le contesté devolviéndosela. Esa pistola recordará á usted, si trata de olvidarlo, el bien que ha hecho..... Dígame usted su nombre para que yo lo grave aquí en el corazon.....—Mi nombre no hace al caso. Si te he salvado, ha sido porque en el momento en que iban á descargar sobre tu cabeza el golpe que debia acabar contigo, te oí exclamar ¡madre mia! y recordé á mi madre, cuyo santo es hoy, y he querido celebrarlo, haciendo lo que hago, por ella, solo por ella, ¿lo entiendes? No tienes, pues, nada que agradecerme. Adios!.... y me dejó, y no le he vuelto á ver.

—¡Yo le he visto, hijo mio! gritó el Anciano Aurre, llorando como un niño en brazos del jóven.

—Sí, hijo de mis entrañas, sí, aquí ha estado tu salvador, nuestro bienhechor, aquí, con nosotros, hace muy pocas horas aun.

Y contaron á Matías la llegada del capitan, y las sospechas, dudas, temores ó incertidumbre mas bien, que habia infundido en sus ánimos la pistola que vieron en poder de aquel.

Y el anciano Aurre, que creyó en conciencia deber contar el milagro que salvó al hombre á quien debia mas que su vida, supuesto que le debia la de su hijo, en la que estaban encarnadas tres existencias, refirió la horrible escena, en que apoyada la escopeta sobre la sien del capitan, oyó que decia este:—¡madre mia! —y una voz interior que le gritaba á él: ¡parricida!

. . . . . .

Satisfechas las almas de los tres aldeanos despues de haber dado pruebas manifiestas de gratitud á Aquel que todo lo vé y lo oye, pensaron en sus cuerpos, que protestando en contra de lo que los dos ancianos habian manifestado hacia poco tiempo, pedíanles de cenar.

Cenaron, pues, mas y mejor de lo que tenian por costumbre, y Chomin manifestó al levantarse de la mesa, que se ausentaba antes de amanecer para volver á la hora de la comida.

—Mañana es 7 de Marzo, dijo Matías.

—Sánto Tomás, añadió la madre, ¡bendito seas!

—Lo celebraremos, exclamó el anciano, y hago voto de celebrarlo, despues de haber satisfecho ese dia, todos los años, una deuda de conciencia.

. . . . . .

Al siguiente dia estaba efectivamente el venerable Aurre de vuelta de su escursion, para las doce, hora en que se sentaban á la mesa.

¿A dónde habia ido? A Durango, á estrechar la mano de su bienhechor y á pedirle perdon por el delito que habia cometido.

Universidad de Deusto
Biblioteca

No le satisfizo empero el perdon sincero que le otorgó el capitan, con mas un estrecho abrazo, símbolo de franca y verdadera amistad, y antes de salir de la villa, entró en la iglesia y se confesó contrito y arrepentido de la maldad cometida y del crímen que estuvo á punto de consumar.

El sacerdote escuchó hasta el fin el relato, y al concederle la absolucion del pecado cometido y del crímen *non-nato*, le dijo las siguientes palabras, que el buen Chomin las grabó en su corazon, repitiéndolas delante de su mujer y de su hijo, en el momento en que iban á celebrar el segundo natalicio de éste, Santo Tomás de Aquino:

—«El homicidio es una injusticia que compendia en sí todas las injusticias, porque la vida es el fundamento de todos los bienes de la naturaleza, y la muerte es el mayor de los males.

»El primer deber del hombre es el de respetar la vida del prójimo, porque este es la hechura de Dios, y el primer deber del hombre es amar á Dios».

FIN DE ¡MADRE MIA!

LA BATALLA DE GUERNICA.

Universidad de Deusto
Biblioteca

LA BATALLA DE GUERNICA.

I.

Un faccioso.

Dos horas hacia que el sol del 1.º de Mayo de 1835 se habia puesto entre negros y rojizos nubarrones, verdadero reflejo de las escenas de luto y de sangre ejecutadas momentos ántes por los descendientes de Cain.

Aquella tarde habia tenido lugar la accion que en los anales de la guerra civil se conoce con el nombre de batalla de Guernica.

En la cocina de una casita humilde en la apariencia,—pero noble en su orígen, como lo son todos los caserios *cuscaldunac*,—situada en la vega de Guernica, y barrio de la Rentería, á un cuarto de legua próximamente de un árbol que es en Vizcaya lo que la cabellera fué para Sanson, hallábanse dos mujeres: entrada en años la una; jóven, mas bien niña, la segunda.

La que parecia tener cincuenta años, movia las manos al compás del huso en que arrollaba el lino convertido en hilo, y sus lábios articulaban una oracion.

Universidad de Deusto
Biblioteca

No la pregunteis lo que hace, porque no sabrá decíroslo. Mueve el huso como mueve los lábios; maquinalmente. Su pensamiento está en otra parte.

La niña de quince años cuidaba de un pucherillo arrimado á la lumbre, pero lo hacia tan torpemente que casi la habia apagado, á fuerza de verter sobre ella parte del líquido contenido en aquel.

En ambas fisonomías estaba retratada la ansiedad, el desasosiego; y aquel moverse de un lado para otro, y sentarse y volver á levantarse, y aplicar el oido á una ventana, indicaban claramente que era esperado alguno que no llegaba.

Y sin embargo, ni la una ni la otra se habian comunicado sus recelos, sus temores. ¿Habia acaso necesidad de ello para que se entendieran? ¿No eran en aquel momento sus dos corazones uno mismo?

¿No pudiera suceder que mientras hablasen, dejáran de oir lo que escuchaban tan ansiosamente?

¿Podrian sus palabras decir lo que expresaban sus rostros?

En este desasosiego nervioso, y dejando escapar alguno que otro monosílabo que salia del fondo de sus corazones, habian trascurrido dos horas que debieron ser dos siglos, ó tal vez dos segundos, para una madre que espera inútilmente al hijo de sus entrañas, y para una..... amiga que cree perdido el ídolo de su corazon.

Fundada era la causa de aquella zozobra. ¡Ah! El que debia llegar era soldado de las filas de D. Cárlos, y pertenecia á uno de los batallones que tan heróicamente habian peleado momentos ántes en los campos de Guernica y de Rentería.

¡Qué mucho, pues, que le creyesen perdido para siempre al hijo de sus entrañas, al ídolo de su corazon!

De repente, pusiéronse ambas de pié, con la cabeza inclinada hácia la ventana, y una mano colocada en el pecho, la otra en los lábios, como si trataran de imponer silencio al corazon, cuyos latidos era lo único que podia impedirles oir lo que escuchaban:

—*¡Emen dá!* (1) dijeron las dos á un tiempo, echando á correr hácia la puerta.

El afan que tenian por llegar á ella, hizo que tropezasen al salir de la cocina, perdiendo algunos segundos que eran siglos en aquellos momentos. Por fin, la jóven, mas ágil que la otra, alcanzó el cerrojo y lo descorrió, tirando de él con todas sus fuerzas. No necesitaba, en verdad, hacer uso de ellas, pues la puerta era á la vez empujada por la parte exterior. Al abrirse esta, una ráfaga de viento apagó el candil.

Quedó por fin la puerta de par en par abierta, y dió paso á un hombre que, cual si tropezara en la entrada, cayó cuan largo era, retumbando la estancia toda, al ruido que hizo su cuerpo contra el empedrado del zaguan.

—*¡¡Neure semia!!* (2).

—¡¡Mariano!!

—¡Presente! contestó una voz fresca y alegre, en el umbral de la puerta.

Volviéronse atónitas aquellas dos mujeres hácia el punto de donde salia la voz, sin poderse dar razon de lo que estaba pasando, y, ántes de que pudieran pro-

(1) Aquí está.
(2) ¡Hijo mio!

Universidad de Deusto
Biblioteca

ferir una sola silaba, distinguieron un hombre que, conocedor sin duda del terreno que pisaba, echó á andar hácia dentro con la mayor desenvoltura. A los primeros pasos tropezó con el que yacia en tierra, y y vino á dar en ella sin poderlo remediar.

—*¿Nor da emen? ¡Ama!* (1). ¡Maria!

Esta habia corrido á encender el candil, y aquella no acertaba á decir una palabra.

Un instante despues quedó alumbrada la estancia por los débiles resplandores que despedia la mecha de algodon empapada en grasa, pudiendo contemplarse un grupo formado por dos mujeres abrazadas extrechamente á un hombre jóven y esbelto, que vestia el capote pardo de los soldados carlistas.

—*¡Ay ene! ¡Eritur zaude su!* (2) gritó de pronto la madre, cogiendo una de sus manos empapada en sangre.

—*¡Es Andria! ¡Baña orain oroitcen naiz!* (3) y desprendiéndose como pudo de los brazos que le ligaban, cojió el candil y se fué derecho al zaguan.

Un hombre, á juzgar por las apariencias ya cadáver, hallábase allí tendido, hecha girones su ropa, lleno de lodo y cubierto de sangre. Su traje estaba, no obstante, en disposicion de dar á conocer que habia militado en las filas de Isabel II, y por algunos restos de insignias que aun conservaba sobre sus hombros, se distinguia en él el grado de capitan.

Acercóse el jóven á aquel tronco, y despues de le-

(1) ¿Quién está aquí? ¡Madre!
(2) ¡Tú estás herido!
(3) ¡No señora! ¡Pero ahora recuerdo!

vantarle la cabeza y contemplarle algunos instantes, púsole una mano sobre el corazon.

Hubo un momento de ansiedad imposible de describir. Parecia que aquel hombre queria desprenderse del fuego vital de que estaba poseido, para comunicarlo todo entero al cuerpo inanimado que tenia delante. Las lágrimas que vertian las dos mujeres, testigos de aquella tierna escena, denotaban el interés con que la observaban.

El jóven debió conocer sin duda que aun palpitaba aquel corazon sobre el cual apoyaba su mano, porque cargó sobre sus hombros, con una fuerza hercúlea, aquella masa inerte, y la condujo á una de las dos únicas alcobas que tenia la casa.

—*¡Laster nator!* (1) dijo, y salió de ella á toda prisa.

Quedaban aquellas dos pobres aldeanas inmóviles, mirando al capitan de hito en hito, pero sin atreverse á tocarle, ni aún siquiera á acercarse á él; y Dios sabe hasta cuando hubieran permanecido en aquella posicion estatuaria, á no haberse oido, al cabo de un rato, un quejido ahogado que hubiera pasado desapercibido en cualquiera otro sitio que no fuera aquella estancia, en la que reinaba tan profundo silencio. Miráronse una á otra, y respiraron tambien á la vez, como si se las quitara un peso del corazon.

Momentos despues, antes de que tuviesen tiempo para reponerse de la sorpresa que habian esperimentado, el herido hizo un movimiento convulsivo, dejando escapar un ¡ay! que sacó á aquellas dos mujeres de la inmovilidad en que estaban.

(1) ¡Vuelvo enseguida!

Universidad de Deusto
Biblioteca

Acercáronse al lecho, como movidas por un resorte, en el instante en que el militar, abriendo los ojos y queriendo fijar su vista estraviada en todo lo que le rodeaba, preguntaba con voz débil:

—¿Dónde estoy?

Sin duda la pregunta no debió ser oida, pues no obtuvo contestacion. Volvió á hacerla nuevamente añadiendo:

—¿Quién me ha traido aquí?

—*No entender*, dijo una de las dos que se hallaba á la cabecera de su cama.

—¡Agua! ¡Tengo sed!

—No entiendes *romance* (1) nosotras, replicó la jóven.

Fué inútil esta contestacion, porque sin hacer caso de ella volvió á decir el herido:

—¡Tengo una sed horrible! ¡Agua! ¡Yo me ahogo! ¡Agua!

Todo en vano. Su peticion no obtuvo respuesta de ninguna clase. Despues de volver á hacerla inútilmente repetidas veces, paseó el militar la vista á su alrededor, y haciendo un esfuerzo sobrehumano se incorporó en el lecho. Acto continuo, como si estuviera en contacto con una chispa eléctrica, dió un salto sobre él, y arrebatando una pila de agua bendita que estaba colgada á la cabecera de la cama, la llevó á sus lábios y apuró la poca agua que contenia, volviendo á caer sobre el lecho, agotadas sus fuerzas, despues de esta sobrescitacion nerviosa.

No podia espresarse con mas claridad el deseo del

(1) Castellano.

herido, por lo que María salió á toda prisa de la alcoba, volviendo inmediatamente provista de un vaso de agua con azucarillo.

Al verla el oficial alargó ambas manos, arrebató el vaso de las de la jóven, y vertiendo una gran parte del líquido sobre la cama, agotó el resto de un solo sorbo.

—¡Gracias! fué lo único que pudo decir, pero su fisonomía indicaba bien á las claras que aquella pequeña espresion de agradecimiento salia de lo íntimo de su corazon.

Un segundo vaso de agua, clara y fresca, que trajeron al herido, lo llevó tambien á los lábios tan ansiosamente como el primero, y así que la hubo bebido, cerró los ojos, pronunciando luego frases inconexas. No obstante, entre muchas palabras sin sentido, se le oian estas ú otras semejantes:

—¡Firmes, soldados! ¡No tireis hasta que estén á boca de jarro! ¡Dejadles que se acerquen! ¡Dejadles! ¡Ahora! ¡Fuego!!....

Y cayó luego en un profundo letargo, sintiéndose su respiracion oprimida, cual si fuera el estertor de un moribundo.

Aquellas dos débiles mujeres cayeron instintivamente de rodillas, pidiendo á Dios, no se sabe si por la vida ó por el alma de aquel hombre.

En este momento supremo, se oyó la voz de Mariano que decia:

—Adelante, Petriquillo; por aquí.

Y se presentó en la alcoba, acompañado de un hombre ya entrado en años, cuyo rostro tostado por el sol tenia sin embargo un no se qué, que le separaba del tipo del labrador á que por su trage parecia pertenecer.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Mientras que la madre, que corrió presurosa al encuentro de su hijo, le referia todo cuanto habia acontecido durante su corta ausencia, el nuevamente llegado se fué derecho á la cama en que se hallaba el herido, tomóle el pulso, le levantó uno de los párpados y reconoció minuciosamente la retina del ojo.

Despues de este exámen, hecho concienzudamente, trató de averiguar la clase de herida ó heridas que pudiera haber, y halló muy luego entre otras muchas de menos importancia, una profundísima en un muslo.

—¡Bueno! dijo cuando se cercioró de que aquella era la mas grave de las innumerables de que estaba acribillado el capitan.

—¿Hay esperanzas? preguntó Mariano *sotto-voce*.

—No es un caso tan desesperado como tú has creido, y sino sobreviene una hemorragia, que es como *nosotros* llamamos cuando se van en sangre, mucho podremos hacer.

Dió Petriquillo, que este era el nombre de aquel facultativo, las órdenes convenientes para que pusieran agua á calentar, á fin de hacer un emplasto de ciertas yervas que él traia, y dispuso tambien que mataran una gallina para dar al herido caldos frecuentes y sustanciosos; pues, segun decia, una de las cosas que podian matarle era la debilidad que sentia.

Salieron las mujeres á disponer todo lo ordenado, pero antes tuvo buen cuidado, la mayor de ellas, de sacar de una gran arca, que estaba á los piés de la cama, las sábanas mas finas de su ajuar.

Poco despues, mientras los dos hombres arreglaban la cama y acostaban en ella al herido, se oyó el

cacarear de una gallina, que era inmolada en aras de la caridad.

Hecha la cataplasma, y colocado antes que esta un apósito con ungüento que trajo Petriquillo á prevencion, y vendada la herida con la maestría de un cirujano consumado, dijo este que nada mas podia hacerse por entónces, sino esperar el resultado.

—Esperaré media hora para observar si se detiene la sangre, dijo; haz el favor en este tiempo de contarme lo que habeis hecho esta tarde, pues aunque he oido algo, la verdad, como cada uno contaba una cosa, no he podido atar cabos. Vaya, cuéntamelo tú que habrás estado en el mejor sitio para ver la funcion, y te habrás enterado de ella perfectamente.

—No quisiera, contestó Mariano bajando la voz, que las mujeres supieran la verdad de lo que ha pasado, porque ya sabe usted que luego empiezan con lloriqueos, y no le dejan á uno cumplir con su obligacion.

—Ahora se hallan muy ocupadas en la cocina; y aunque viniesen ¿tienes mas que seguir hablando en castellano?

—¿Y si lo oye el que está en la cama?

—De ese respondo yo. ¡Quiera Dios que pueda oir mas tarde!

Sentáronse los dos interlocutores, y bajando Mariano aun mas la voz, empezó su relacion *histórica*.

—Hemos roto el fuego á las dos de la tarde, y tal ha sido el brio con que el enemigo nos ha acometido, que habiéndonos rechazado de nuestros puestos, nos ha arrollado hasta las calles mismas de Guernica.

—Hasta ahí lo he presenciado; despues es cuando mi deber me ha llevado al hospital de sangre, y no

Universidad de Deusto
Biblioteca

he sabido ya con certeza otra cosa, sino que os habeis desquitado, y bien.

—Una vez en Guernica, nuestro General que veia lo mal que iba aquello, se puso al frente de los batallones, y nos dijo con una voz que pudo ser oida por los enemigos: «¡Muchachos! ¡Si quereis que el enemigo deje de atacarnos, no tenemos mas que abandonar la villa en que se halla plantado el árbol de nuestros fueros! No traen otro objeto que el de cortarle y llevárselo. ¿Qué haremos? ¿Marchar á nuestras casas á contar á las mujeres que somos unos cobardes, ó echarlos á la bayoneta?»—¡A la bayoneta! ¡A la bayoneta! gritamos todos á una voz, y antes de que el General tuviera tiempo de mandar tocar á ataque, ya estábamos nosotros sobre el enemigo que, cojido de improviso, retrocedió al primer empuje. Se rehizo, sin embargo, á poco rato, y nos dió frente. Aquel era el momento supremo en que debia decidirse de la suerte de unos y otros. ¡Solo Dios sabe quien hubiera sido el vencedor, si en aquel momento decisivo no llegan dos batallones guipuzcoanos por la altura de Burgoa, acometiendo impetuosamente á el ala izquierda del enemigo, que se vé obligado á destacar una parte de su fuerza para hacerlos frente: ¡Ya no hay que dudarlo, la victoria es nuestra! Y matando unas veces á bayonetazos y á culatazos otras, y pisando sobre los que dejábamos tendidos en tierra...—¡oh, aquello era una cosa horrible!—llegamos al puente de la Renteria, llevándolos siempre por delante.... ¡Dios haya tenido piedad de los que quedaban atrás! ¡Nosotros no la hemos tenido!

Alli hubo que hacer alto, porque un batallon enemigo, que habia estado de refresco, nos esperaba á pié firme. A la primera descarga que hicimos á boca de jarro, vimos caer á su jefe; pero inmediatamente ocupó su lugar otro que pudo contener el desórden que parecia empezar á cundir entre los soldados, cuando vieron caer al que los mandaba. Tres veces consecutivas acometimos á la bayoneta, y las tres fuimos rechazados. No he visto hombre mas valiente que aquel capitan. No dejaba á su gente disparar un tiro hasta que estuviésemos á quema-ropa.—¡No tireis todavía! ¡Esperad á que se acerquen! se le oia decir, clara y distintamente.

—¡No tireis todavia! ¡Esperad á que se acerquen!... repetia delirando el herido.

Dió un salto Petriquillo en su silla al oir que, como un eco, repetia el capitan las palabras de Mariano, mientras que este añadia bajando la voz:

—Ahí teneis al valiente que nos detuvo por espacio de media hora, dando lugar á que escaparan desordenados los demás batallones, y por consiguiente, salvando la vida á miles de padres, de esposos, de hijos.

—¡Qué lástima que no fuera de los nuestros! exclamó Petriquillo entusiasmado y con un si és ó no és de envidia.

—Era necesario acabar de una vez. Volvió á decirnos nuestro General, que pasáramos por encima de aquellos hombres, y por encima de ellos pasamos, pues el puente rebasaba de cadáveres! . . . . . .

. . . . . .

Venia yo á mi casa con el sentimiento de no haber podido salvar la vida de aquel hombre,—¡porque hay

Universidad de Deusto
Biblioteca

tan pocas que valen tanto!—cuando, mire usted por donde, al entrar en mi casa lo primero con quien tropiezo es con él. Dios me lo ha enviado. Lo demás ya lo sabe usted.

—Ya, ya sé que nos hemos metido en un berengenal, que Dios quiera tambien que salgamos de él con toda felicidad.

—¿Tiene usted *bildurra* (1) Petriquillo?

—No, porque al cabo mi obligacion es curar, y guardar cuantos secretos se me confian. Pero, la verdad, temo que al fin y al cabo se descubra lo que estamos haciendo.

—Ya puede usted estar tranquilo, porque usted no lo contará, yo tampoco, con que.....

—Pero ¿y las mujeres? ¿Quién responde de las mujeres?

—¡Yo! contestó Mariano de un modo que no daba lugar á replicar.

—¡Hermano! ¡Hermano mio! decia el herido en aquel instante.

Acercáronse los dos hombres y vieron que el paciente abria los ojos.

—¡Siempre esta horrible pesadilla! exclamó fijándolos en el uniforme de Mariano.

—¡Animo, capitan! dijo este á media voz.

—¿Quién me llama?

—Un amigo.

—¿Dónde está? ¿dónde?

—Aquí. Yo.....

—¿Usted? ¿Y quién es usted?

—Soy;.... pero no acertaba Mariano con la contestacion, y viendo el capitan la dificultad que tenia para darla, exclamó repentinamente:

—¡Ah! todo lo comprendo. ¡Yo estoy prisionero!

—No por Dios; la herida es lo único que le impide á usted marchar á donde quiera. Pero yo espero que pronto se curará, y entonces.....

—Vaya, basta de charla, interrumpió Petriquillo mezclándose en la conversacion; no conviene á usted hablar mucho, le dijo al capitan.

—Una palabra, antes que guarde el silencio que decís me conviene. ¿Sabeis de mi hermano?

—No tenga usted cuidado por él, se ha escapado: contestó Petriquillo con todo el aplomo del que está acostumbrado á mentir á los enfermos, sin remordimiento de conciencia. Pero contra lo que esperaba, el militar, haciendo un esfuerzo con el que faltó poco para que lograse sentarse en la cama, exclamó con voz fuerte:

—¡Es falso! ¡Mi hermano no huye jamás!

—Yo no he dicho.....

—Mi amigo Petriquillo se ha expresado mal, le interrumpió Mariano; lo que ha querido decir ha sido que puede usted estar tranquilo respecto á su suerte, pues no se halla entre los muertos, ni tampoco entre los prisioneros.

Pero el apuro de ambos creció de punto cuando el herido, recobrando sin duda todas sus facultades intelectuales, repuso con una expresion de duda:

—¿Pues qué, ustedes conocen á mi hermano?

Entonces tocó á Petriquillo sacar de apuros á Mariano, que se hallaba perplejo sin saber qué contestar.

—No señor, le dijo, pero como suponemos que per-

(1) Miedo.

Universidad de Deusto
Biblioteca

tenezca á su batallon de usted y no hay mas que un solo jefe de baja, de ahí el que aseguremos á usted, sin temor de equivocarnos, que no debe temer por él.

Esta contestacion pareció satisfacer al capitan, y antes de que tuviera tiempo de recapacitar sobre ella, añadió inmediatamente:

—Vamos, vamos, basta de conversacion: lo que conviene á usted sobre todo, es el descanso.

Cerró efectivamente los ojos el militar, y media hora despues, que se despidió Petriquillo hasta el siguiente dia por la mañana, parecia que dormia, ó por lo menos que dormitaba, segun lo tranquila que era su respiracion.

Mariano echó un jergon al lado de la cama, y se encargó de estar al cuidado del herido, no obstante las instancias que le hicieron su madre y María para que se fuera á descansar de las fatigas de aquel terrible dia.

La noche la pasó bien el herido, si se esceptúa algunos ratos de delirio y aun de quejidos, previstos ya por el curandero, hombre práctico en la materia.

Al amanecer del siguiente dia, 2 de Mayo, volvió el curandero á casa de Mariano, en el momento en que el jóven se hallaba muy ocupado en la alcoba próxima al herido, en limpiar el fusil y demás equipos de guerra.

—Ya me han dicho las mujeres, dijo entrando donde se hallaba Mariano, que la noche la ha pasado bastante bien.

—Sí; no obstante, debe haber tenido dolores muy agudos, porque ha habido momentos en que ponia el grito en el cielo.

—Ya lo creo. Peor fuera que no se quejara, porque entonces sería prueba de..... Sigue, sigue preparando esos chismes, que hoy debeis tener revista.

—¿Revista? ¿y por qué? ¿para qué?

—Voy á ver al enfermo y vuelvo.

Volvió efectivamente al poco rato y entró diciendo:

—Está durmiendo muy tranquilo. Supongo que le mudarias la cataplasma y que no le tocarias el trapo del ungüento.

—Todo se hizo como usted dijo. ¿Pero qué diablo de revista es esa que decia usted? Así como así, yo estoy libre de ella porque tengo licencia para estar en casa mientras no tengamos que salir de estos alrededores. Creo que nos darán algunos dias de descanso, y me alegraré que así sea, porque no sé como habrian de componerse estas mujeres solas con el herido.

—¿Pues qué, no estoy yo aquí?

—Sí, pero usted no puede estar mas que cortos momentos, no solo por sus ocupaciones, sino tambien por evitar sospechas.

—Y sino..... Cuando te digo que no es cosa de tomarlo á broma. ¿Sabes para que es la formacion de hoy?

—Como usted no me lo diga me quedo sin saberlo, pues no pienso salir de casa.

—Pues es para mandar al otro mundo á los infelices que pescásteis ayer.

—¡Eso no puede ser! ¡Si acaban de hacer los ingleses un convenio para que no se fusile á nadie!....

Mariano tenia razon. El tratado de Elliot fué firmado por el General en jefe del ejército de operaciones del Norte D. Gerónimo Valdés, el 27 de Abril de 1835,

Universidad de Deusto
Biblioteca

y por el General carlista D. Tomás Zumalacárregui el 28. Sin embargo, no llegó á tener cumplimiento en todo el teatro de la guerra hasta muchos dias despues.

—Eso, no obstante, siguió diciendo Petriquillo, como hace unos quince dias mataron ellos á dos de los nuestros, en cambio vamos á matar hoy á diez de los suyos.

—A ese paso nos vamos á matar todos unos á otros; porque mañana cojerán á algunos de los nuestros y los fusilarán por la misma razon. Debe usted estar equivocado, á la fuerza.

—¿Equivocado? Mira, aquí tienes la lista de los que están en capilla.

Cogió Mariano un papel de manos de Petriquillo, y se puso á leer en voz alta. «Lista de los que han de ser fusilados hoy 2 de Mayo á las once de la mañana, en represalias de los dos soldados carlistas que fueron asesinados hace tres dias. El coronel comandante de Gerona; otro coronel del Príncipe, D. Francisco Antonio Cronet; el teniente coronel mayor de Córdoba, D. Fernando Balboa; los capitanes D. Félix Quirós, del Príncipe; D. Felipe Maldonado, de Córdoba; los tenientes D. Antonio Castro, del Príncipe, *D. Pedro Camoex.....*»

Al llegar á este punto oyóse un rugido horrible, comparable solo con el de la leona del desierto en el momento que le arrebatan sus cachorros.

Quedaron aquellos dos hombres inmóviles, mirándose el uno al otro, sin resolverse á averiguar la causa de lo que tan hondamente les habia impresionado, hasta que Mariano, armando la bayoneta en el fusil que tenia á mano, corrió hácia la alcoba inmediata, resuelto á vender cara su vida.

Tras él iba Petriquillo, mas muerto que vivo.

¡Tan horrible como inesperado era el espectáculo que se presentó á su vista! Encontraron al capitan revolcándose por el suelo, teñida la boca de espuma sanguinolenta y blandiendo en señal de triunfo, en una de sus manos, el vendage con el apósito.

El suelo estaba empapado en la sangre que corria de la herida, como corre el agua del caño de una fuente.

Repuesto Petriquillo del susto, y con la serenidad del hombre que está acostumbrado á tales casos, puso una mano sobre la boca de la herida y mandó á Mariano que sujetase los brazos del capitan. Forcejeaba éste por desasir la mano de Petriquillo que apretaba la herida á fin de contener el derramamiento de sangre, y gritaba desaforadamente:

—¡No! ¡No quiero que maten á mi hermano! ¡Asesinos!.... ¡Matadme, matadme á mí tambien!.... Y bramando como una fiera, y fijando sus ojos fuera de la órbita en Mariano y Petriquillo, les decia:

—¿Con qué derecho os oponeis á que yo muera? ¿quiénes sois vosotros que os encuentro en todas partes y á todas horas? ¡Ah! ¡Sí, ya os conozco! ¡Vosotros sois los que asesinais á mi pobre hermano! ¡Asesinos! ¡Asesinos!

—*Ichiozú leyoac arin* (1) dijo Petriquillo á las mujeres que habian acudido á los gritos. Temia, y no sin razon, que si pasaba alguno por el campo, se enterase de lo que debia ser un secreto para todo el mundo.

Iban ya faltando las fuerzas al herido, y entonces

(1) Cerrad esa ventana pronto.

Universidad de Deusto
Biblioteca

mandó el facultativo á Mariano que arreglase inmediatamente un nuevo apósito, dándole para ello un frasquito que contenia el ungüento. Hecho este, lo colocó en la herida vendándola, y volvieron á meterle en la cama.

Petriquillo renegaba del retroceso que habia tenido el herido, y Mariano por su parte temia que al despertar volviese á tener un ataque tan fuerte como el anterior; pero aquel le aseguró que no habia que temerlo, porque desgraciadamente no quedaban al herido fuerzas para ello.

Un cuarto de hora despues dispertaba este balbuceando el nombre de su hermano, y cuando Mariano, acercándose al lecho, trataba de consolarle, vióse á aquel hombre, que momentos antes parecia un leon en el lleno de la calentura, echarse en brazos de Mariano llorando como un niño y diciendo:

—¡Qué desgraciado soy, Dios mio! ¡Qué desgraciado!

¡Era aquel un cuadro tierno y consolador!

Vióseles abrazados como hermanos á aquellos dos hombres que horas antes se habian batido frente á frente como buenos, vertiendo lágrimas de dolor y de consuelo, y humedeciéndose recíprocamente sus rostros, rostros manchados por la pólvora y tostados por el fuego del cañon. ¡Todos lloraban allí! hasta Petriquillo, cuyo corazon no latia ya en presencia de escenas desgarradoras, se vió obligado en aquel momento á llevarse el puño á sus mejillas, á fin de enjugar dos gruesas lágrimas que corrian por ellas.

. . . . . .

Cuatro dias estuvo el capitan luchando con la muerte, sin que Mariano se separase un solo instante de la cabecera de su cama, ni Petriquillo dejase de cumplir con su obligacion; las mujeres por su parte cumplian tambien con la suya, orando constantemente porque Dios conservase la vida de aquel desgraciado.

Al cabo de este tiempo la crisis se resolvió favorablemente: Petriquillo disminuyó desde aquel momento sus visitas, y las mujeres alternaban ya sus oraciones con cantares del pais.

El capitan y Mariano se daban muestras recíprocas de cariño sincero, contándose los secretos mas intimos de su vida. Supo éste que el primero se llamaba D. Juan Camoex, y que era solo en el mundo, desde el dia en que habia perdido á su hermano: que horrorizado ya de los terribles efectos de aquella guerra, á la que se habia lanzado con entusiasmo, pensaba abandonarla si Dios le sacaba con bien, y marchar á Madrid, en donde poseia una pequeña propiedad.

Mariano solo tenia en el mundo á su madre y á María á quien amaba como á una hermana: así lo decia él por lo ménos, pero á juzgar por el calor con que se expresaba, debia quererla todavía mas. María era de la inclusa, pues que habiendo perdido la madre de Mariano una niña, quiso llenar el vacio, y trajo á María de la casa de expósitos de Bilbao. Hacia un año que habia fallecido el cabeza de aquella familia, y desde entonces corria esta á cargo de Mariano; pero como creia este que era tambien un deber imperioso el de servir á su pais, habia cogido las armas, y alternándolas con la azada, pasaba su vida entre el humo de la pólvora y el polvo del arado.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Dos dias despues se vió obligado Mariano á abandonar á su huésped, porque el tambor volvia á llamarle á las filas. La despedida de aquellos dos jóvenes fué digna de ellos: no se hicieron ofrecimientos de ninguna clase, porque comprendieron que no tenian necesidad de ellos. En un fuerte abrazo que se dieron, quedó el uno con el corazon del otro.

La salud del capitan ganaba terreno rápidamente: á los pocos dias se levantaba ya, y daba sus paseitos por la alcoba. Hacia algunos dias que Petriquillo no parecia por allí, porque le habian llamado en otra parte. Solo esperaba D. Juan á que las tropas de la Reina estuviesen por aquellos alrededores, para incorporarse á ellas.

. . . . . .

A las altas horas de la noche del 21 de Mayo, oyóse llamar á la puerta de la casa. Se dispertó el capitan sobresaltado al ruido que hacian los golpes, y creyendo, ó mas bien, en la seguridad de que venian á prenderle, se echó de la cama, vistiéndose lo mas pronto que pudo, y cogiendo una escopeta vieja de Mariano que yacia empolvada en un rincon de la alcoba, se dispuso á vender cara su vida. Los golpes arreciaban, y las mujeres, sospechando tambien que pudieran venir á prender al huésped, corrieron presurosas á avisarle para que tratara de esconderse en el desvan, ó saltara si podia por la ventana. Sin atenderlas, pues comprendia muy bien que de nada le serviria huir, se fué derecho al zaguan, y sin hacer una sola pregunta, ni soltar una sola espresion, descorrió el cerrojo, dejando que empujaran la puerta por defuera, á fin de ganar terreno para disponerse al combate.

—¡Quién va! gritó, haciendo la punteria hácia el vacio, apenas estuvo abierta la puerta.

—¡Capitan! replicó una voz muy conocida: era Petriquillo.

Echó aquel á un lado la escopeta, y los brazos al recien llegado, exclamando lleno de gozo:

—¿Cómo vá?

—Hay salud, gracias á Dios. A usted no hay que preguntarle. Ea, échese usted encima cualquiera cosa, que la noche está fresca para enfermos, y andando, que nos esperan.

—¿A dónde?

—A Guernica, que allí están los de usted.

¡Solo Dios sabe lo que en aquel instante pasó por la mente del capitan! Pero el deber de narradores nos impone decir, que el silencio que siguió á la nueva dada por Petriquillo, debió ser empleado por el capitan D. Juan Camoex, en elevar una plegaria al Supremo Hacedor por las mercedes sin fin que le estaba otorgando.

Cuando aquellas infelices aldeanas, que no habian aun vuelto del susto pasado, supieron por Petriquillo la marcha del capitan, no acertaban á espresar su gozo, si bien no estaba exento de amargura, porque el cariño que tenian á este, hacia sensible la separacion.

Cojió la madre de Mariano la manta de mas abrigo y se la echó en los hombros á D. Juan, que no acertaba á decir una palabra y se dejaba gobernar como un niño.

—Vámonos ya, capitan; dijo Petriquillo, viendo que no daba muestras de moverse.

Alargó aquel las manos á la madre de Mariano y á

Universidad de Deusto
Biblioteca

Maria; pero no satisfizo esto á ninguno de los tres. Impulsados por un mismo sentimiento se echaron á un tiempo los brazos al cuello, y dejaron á sus corazones que dieran rienda suelta al sentimiento. Petriquillo comprendió que aquello iba á prolongarse demasiado, así fué que, cojiendo al capitan de un brazo, le separó como pudo de las dos mujeres, y le llevó hácia la puerta.

—¡Adios! fué lo único que pudo decir aquel hombre, que no se habia inmutado ante la muerte.

—¡¡Abur!! fué el último saludo de aquellas dos mujeres, sencillo en la apariencia, pero que en el fondo encerraba un cúmulo de bendiciones.

Marchaba el capitan apoyado en el brazo de Petriquillo, y volvia sin cesar la cabeza para contemplar hasta el último instante la luz del candil que se reflejaba en el zaguan, porque las mujeres no cerraron la puerta hasta que dejaron de oir el eco de sus pasos.

Poco despues llegaban aquellos dos hombres al frente de la iglesia de San Juan, donde Petriquillo hizo alto, á fin de que entrase el capitan solo en Guernica, pues no queria que se llegase á traslucir que habia él contribuido á salvarle.

D. Juan manifestó querer pagarle, pero Petriquillo, sin dejarle concluir la frase, le interrumpió diciendo:

—Vaya, mi capitan, hasta otra vez; aliviarse por completo y mandar si algo se ofrece.

—Pero yo no puedo permitir que por lo menos deje usted de cobrar sus honorarios, y espero que me diga usted á donde.....

—No hablemos de eso, capitan. Tenga usted entendido que si fuí á curarle, fué por Mariano: sí, solo por

Mariano, á quien quiero como á un hijo. Eso sí, ¡qué diantres! tambien digo una cosa como otra; despues que he conocido á usted me he alegrado de haber hecho lo que he hecho.

—Enhorabuena. Pero ya que no pague á usted todo lo que le debo, porque eso tampoco seria posible, siquiera las dietas.....

—Corriente; no quiero marcharme sin que usted me pague..... ¡venga un abrazo, y en paz!

Y aquel hombre, tan avezado á presenciar escenas de sangre y de muerte, tuvo que echar á correr desprendiéndose de los brazos del capitan, porque sentia palpitar su corazon mas de priesa que otras veces.

Se fué el capitan poco á poco hácia la villa, y preguntó al primer soldado que halló al paso por el alojamiento del coronel.

—¡Santa Tecla! ¡Dios me valga! exclamó el soldado, dando un brinco, y haciendo al mismo tiempo la señal de la cruz..... ¡Señorito! ¡O yo estoy equivocado, ó usted es mi amo!

—¡Hola Francisco! No te habia conocido.

—¿Con qué no me he equivocado? ¡Viva la Reina! pero ¿de dónde diablos sale usted? añadió mirando de hito en hito al militar, y observando su cara demacrada y su traje de valenciano. Si le he rezado á usted mas padresnuestros.....

—Gracias, Francisco.

—Pero usted no se ha muerto ¿verdad mi amo?

La primera sonrisa que asomó á los lábios del capitan, al cabo de tanto tiempo, se la debió á la simpleza de su asistente.

—Creo que no, contestó despues de un rato. Va-

Universidad de Deusto
Biblioteca

mos, acompáñame á casa del coronel, y ayúdame á andar, pues yo no puedo ir solo.

—¡Ah! ya me hago cargo; debe usted tener el cuerpo con mas agujeros que una criba. ¿Quiere usted que le lleve?....

—No; basta con que me cojas del brazo.

—Ya sabe usted, dijo el soldado segun iban andando, que este á quien vamos á ver no es nuestro coronel.

—Pues lo que yo quiero es ir á la casa del nuestro.

—Es decir, este es el nuestro.....

—¿En qué quedamos?

—Es nuestro coronel de ahora, porque el que usted conoció quedó de estiercol—¡Dios le haya perdonado!—para abono.....

—Ya lo sé, ya.....

—Es verdad, que usted lo vió mejor que yo todavia.

Guardó silencio el soldado un corto rato; mas luego, rascándose detrás de la oreja, dijo á media voz y tartamudeando:

—No, no sé si sa... sabrá usted que el señorito D. Pedro tam..... tambien.....

—Sí, tambien lo sé, replicó el capitan, interrumpiendo al narrador.

—Eso sí, ¡murió como un valiente! añadió este entusiasmado.

D. Juan no soltó una sola frase; quizás no pudo hacer otra cosa que detenerse, apoyándose en la pared, y enjugar una lágrima que asomaba á sus ojos.

El asistente comprendió que afligia á su amo, así fué que tratando de distraerle le preguntó repentinamente:

—¿Se acuerda usted del sargento Pelagatos?

—Sí.

—Pues se las guilló.

—¡Como! ¿Se pasó al enemigo?

—¡Ba! ¿pasarse él? ¡para eso estaba! Por no querer rendirse hicieron que pasara á ver al Padre Eterno.

—Lo siento, porque era un valiente.

—Tambien el teniente García se fué á hacerle compañia, y el comandante Fernandez.....

Fortuna fué que en aquel instante llegasen á la casa en que se hallaba alojado el coronel, pues si los minutos que duró la caminata se hubieran trasformado en horas, no hubiese quedado vivo ni un solo soldado afiliado en las tropas de Isabel II, segun la facilidad con que el asistente los iba despachando.

Sacáronle al capitan una silla del cuerpo de Guardia, y se sentó en ella á descansar, que bien lo necesitaba. Poco tiempo bastó para que cundiera la nueva de su aparicion; así fué que antes de que subiera la escalera á presentarse al coronel, la bajó este acompañado de varios oficiales. No cesaban unos y otros de acosarle á preguntas, que satisfizo como pudo, pero siempre ocultando las señas de la casa en que estuvo y el nombre de su salvador, pues comprendia que podia comprometerle.

II.

Un negro.

Mala noche fué para el capitan, aquella en la que parecia habian concluido sus padecimientos y temores. No pudo apartar de su imaginacion, ni aun de su

Universidad de Deusto
Biblioteca

vista, todas las impresiones que habia esperimentado desde el dia en que cayó herido; y cuando rendido, agotadas ya sus fuerzas, empezaba á conciliar el sueño, dispertóle el asistente que, fiel á la consigna que habia recibido la víspera, le llamaba á las cinco de la mañana.

Vistióse el capitan ayudado por aquel, y salieron ambos de casa acto contínuo, mandándole D. Juan á Francisco que le guiara al sitio de que habian hablado el dia anterior.

El capitan marchaba ensimismado, y el soldado, contra la costumbre que tenia de hablar sin ton ni son, no decia tampoco una sola palabra.

Cuando hubieron llegado al costado meridional de la iglesia de Santa María, detuvo este al primero diciéndole con voz trémula:

—¡¡Aquí!!

D. Juan miró á sus piés y vió que el terreno estaba removido: cayó entonces de rodillas sobre la tierra, húmeda aun por el rocío de la mañana, y su criado le imitó por un movimiento impulsivo. Besó repetidas veces aquellos terrones, que debieron ser no há mucho tiempo removidos por la azada, y dejó que su rostro se inundara de lágrimas, y que se desprendiesen tambien, regando aquel suelo, santo para él. ¡Allí estaba su hermano querido! . . . . . .

Grande, inmensa debió ser la dolorosa satisfaccion que experimentó aquel hombre, pidiendo á Dios por el eterno descanso de su hermano, pues cuando, pasada ya una hora, le recordó el asistente que no podia serle provechosa la humedad que estaba cogiendo, y que además se iba haciendo tarde.

—¡Es imposible, dijo, que sea tan tarde como dices!

—Sí señor, las seis y media han dado ya. ¿No oye usted los tambores que están tocando al rancho? Las siete están al caer.

El capitan continuaba sin moverse. Su asistente, comprendiendo que de nada valian las palabras, le agarró del brazo diciéndole:

—Vámonos, mi amo; no haga el diablo que se marchen y nos dejen solos.

No parecia sino que el capitan se habia unido á la tierra, segun el trabajo que le costó al asistente desprenderle de ella.

Levantóse por fin, y despues de un desgarrador ¡adios! lanzado con ánimo de que fuese oido por aquel á quien iba dirigido, se encaminó lentamente hácia la poblacion; tan lentamente, que no las tuvo todas consigo su acompañante, hasta que perdieron de vista el sitio que, cual un iman, atraia las miradas y acortaba los pasos del capitan.

Aquella misma tarde salieron para Amorevieta los dos batallones que estaban en Guernica, á fin de reunirse con el grueso del ejército en aquel punto.

D. Juan iba á retaguardia, montado en un caballo de bagaje, pues sabido es que no estaba en disposicion de poder andar. Durante su marcha, el asistente le referia mil proezas que habia hecho, mientras le creyó muerto, á fin de vengarle.

Poco antes de anochecer llegaban las tropas al alto de Auntzagana, desde donde creyeron oir un vivo fuego de fusil hácia Amorevieta. No se equivocaron; poco despues avisó la vanguardia, con algunos disparos, que el enemigo se hallaba al frente. Avanzaron

Universidad de Deusto
Biblioteca

los batallones en órden de ataque, y como el capitan quedara atrás con el asistente, mandó á este que fuese á saber la importancia de la accion, pues le extrañaba no oir ya á poco rato disparo alguno.

Entretanto quedóse solo el capitan: tendió maquinalmente la vista á un lado y creyó distinguir, junto á un matorral, un bulto que se movia, como tratando de ocultarse entre las sombras del ramaje. Bajóse del caballo como pudo, y cogiendo las pistolas del arzon, se fué con las mayores precauciones en busca del que sospechaba fuese un enemigo. Cuando hubo llegado al lado opuesto del obstáculo que le separaba de aquel á quien buscaba, levantó la cabeza, y apuntando una de sus pistolas amartillada al pecho de un soldado carlista;—pues tal era el que allí se ocultaba—le dijo:

—¡Date, ó te dejo en el sitio!

Echó este el fusil á la cara para hacer la puntería, con tanta sangre fria como si tratara de hacer el ejercicio, y al levantar la cabeza para conocer al enemigo con quien tenia que entenderse, se oyeron estas dos exclamaciones á la vez:

—¡Capitan!

—¡Mariano!

Y arrojando este el fusil léjos de sí y saltando con la ligereza de un gamo por sobre las zarzas, vino á echar los brazos al cuello de su amigo, que le recibió con los suyos abiertos. Pasado el primer momento de recíproco cariño, dijo el primero todo azorado:

—¡Huya usted Mariano! ¡Huya usted pronto, por Dios!

¡Ya era tarde! En aquel momento volvia Francisco

á decír á su amo que todo habia acabado, y como viera que su amo estaba abrazado á un carlista, creyendo naturalmente que se hallaba luchando á brazo partido, gritó en todo el lleno de su voz:

—¡Ah perro! Tú me las vas á pagar todas juntas, y preparó su arma en ademan hostil.

—¡Francisco! ¡No tires! exclamó su amo, lleno de ira y de temor por la vida de su amigo.

—No tenga usted cuidado, mi amo. Separe usted un poco la cabeza y le dejo como á un pajarito.

—¡Bárbaro! decia el capitan, tratando de ocultar con su cuerpo á Mariano, pero sin atinar con el medio de hacer que su criado desistiera del empeño de matar á quien debia la vida.

—¡Por vidá del otro Dios! Ya se conoce que le faltan las fuerzas á mi amo.—Y daba vueltas en rededor del grupo por ver de encontrar una ocasion á propósito de concluir con el carlista.

—¡Echa ese fusil, Francisco! Échale al suelo te digo. ¡Ah! Si llegas á disparar, te mato sin remedio.

El capitan vociferaba inútilmente, pues Francisco, lejos de obedecerle, seguia espiando el momento de disparar el fusil con la seguridad de no errar.

Todo esto pasó en menos tiempo del que se tarda en describirlo.

Viendo D. Juan, en aquel trance tan apurado, á un sargento de su batallon, le llamó á voces.

—¡No hace falta mi amo, no hace falta! decia resentido su amor propio, el asistente.

El sargento acudió á los gritos, y antes de que pudiera hacerse cargo de lo que estaba pasando, oyó á su jefe que le decia en tono de ira:

—¡Sargento García! quite usted á Francisco el fusil, quíteselo usted sin admitir contestacion.....

Y como tratara aquel de cumplir las órdenes del capitan, prorumpió el soldado en denuestos, oponiéndose á ello.

—¡Orden, Francisco! ¡Orden!

—Pero si es que.....

—¡Orden he dicho! y abajo el fusil, ó te mando á cenar con Pedro Botero, y le apuntó el sargento con el suyo.

En vista de una insinuacion tan categórica, bajó el arma Francisco, no sin que dijera algo á regañadientes.

—¡García! le dijo entonces el capitan; ahí le entrego á usted este prisionero de cuya vida..... y buen trato, me responde usted con la suya.

—Está bien, mi capitan. ¡Toma! pues yo no habia observado.....

—Pues por eso era por lo que yo apuntaba con tanta gana.....

—¡Con mayor te voy á apuntar yo ahora! dijo don Juan lleno de coraje, apuntando efectivamente con una de las pistolas al pecho de su asistente.

En el momento en que, trémulo de furor, tiraba del gatillo para vengar á su amigo, cojióle este del brazo, desviando el tiro que iba derecho al corazon del soldado.

—¡¡Socorro!! ¡Mi amo se ha vuelto loco!....

Ratificando el juicio de Francisco, tiró su amo de la espada resuelto á atravesarle de parte á parte. Merced á la intervencion de los dos testigos de esta escena, pudo aquel librarse de una muerte cierta.

—Bien merecido lo tendria por haber faltado á la disciplina militar desobedeciendo á un jefe; aducia el sargento con la mejor buena fé.

—¡Modérese usted por Dios! dijo Mariano al oido del capitan.

Comprendió este, algo mas sereno ya, que aquel alarde de enojo podia hacerle sospechoso, sirviendo solo para perjudicar á su amigo, por lo que con la mayor calma que pudo, se dirijió á su asistente diciéndole:

—Ea, traeme el caballo.

Mas muerto que vivo el soldado obedeció á su amo, quien montó despues de dar á hurtadillas un apreton de manos á Mariano, marchando todos juntos hasta encontrar el grueso del ejército, en donde hubo que hacer entrega del prisionero, para reunirle con los demás que habian tenido su suerte.

Pensando quedaba el capitan, antes de buscar alojamiento, como haria para que Mariano quedase pronto á salvo, cuando llegó á sus oidos la infausta nueva de qué al siguiente dia debian ser fusilados; no se sabia si todos ó algunos de los prisioneros hechos aquella tarde.

No pudiendo dar crédito á lo que oia, corrió á informarse del coronel. Díjole este que el general en jefe habia mandado que fuesen quintados los treinta y cinco, que era el número de prisioneros. Costó trabajo al capitan guardar el secreto que hervia en su pecho; pero comprendiendo que de nada le servia el franquearse, sino que, por el contrario, seria quizás un obstáculo para trabajar, sin hacerse sospechoso, en favor de Mariano,—si tenia la desgracia de ser uno de

Universidad de Deusto
Biblioteca

los que debian morir—se calló, marchando á su alojamiento con el alma traspasada de dolor, pero resuelto á encontrar un medio, cualquiera que fuere, que sirviera para librar á su amigo.

Encerrado en su cuarto, lo recorrió á grandes pasos como un loco en su jaula, formando mil proyectos á cual mas descabellados para el logro de su intento, que iba desechándolos uno tras otro conforme se agolpaban á su imaginacion. Los momentos aquellos eran preciosos, y sin embargo, perdíalos inútilmente, echándose en cara la suerte que cupiera á Mariano, y sintiendo con todo su corazon no haber matado á Francisco, al sargento García y á todos cuantos pudieran haber contribuido á la aprehension de su salvador. Al cabo de un cuarto de hora de esta lucha consigo mismo, exclamó, como queriendo rechazar de su imaginacion aquella pesadilla horrible:

—¡Eh! ¡No es posible que el que tanto vale, y tanta falta hace en este mundo, perezca tan miserablemente! Esta incertidumbre es mas terrible que la realidad misma. ¡Salgamos pronto de ella! ¡¡Francisco!! y tan formidable fué la voz con que llamó á su asistente, que este solo se atrevió á asomar las narices por la puerta entreabierta.

—Entra y cierra la puerta, le dijo su amo de un modo que hizo temblar á aquel de piés á cabeza.

—¡Señor! dijo obedeciéndole; ¡perdóneme usted! No lo hice con mala intencion.

—¿Acaso te he dicho yo algo?....

—No señor, pero como veo á usted que.....

—No hablemos de lo pasado. Verdad es que tú debiste obedecerme inmediatamente, pero conozco que

te cegó el cariño que me tienes, y eso basta para que te disculpe. No hablemos de ello, repito, ni cuentes á nadie una palabra; ¿has oido?

—Pierda usted cuidado, mi amo.

—Bueno. Ahora necesito que hagas una cosa que te voy á encargar. Vé á la casa de ayuntamiento, que es donde están los prisioneros, y tráeme la lista de los que deben ser fusilados mañana. En este instante estarán quizás echando suertes. ¡Dicen que no debe perderse tiempo!

Esto último, lo dijo en un tono tan sarcástico, que Francisco quedó sin saber si tomarlo á broma ó formalmente.

—Voy allá, contestó al fin, haciendo ademan de marchar.

—Espera. Ten mucho cuidado en apuntar los nombres. ¡Mira no te equivoques!

—No señor; pierda usted cuidado. Le diré al sargento García que los anote.

—Es verdad. Si te pregunta para que lo quieres, le dices que.....

—¡Toma! Le digo que es porque me gusta saber quiénes son los enemigos que no tengo que temer.

—Bien; díle lo que quieras, pero vuelve pronto.

Diez minutos poco mas tardaria en volver Francisco, pero al capitan le parecieron diez siglos. Cuando sintió sus pisadas en el pasillo, no tuvo la suficiente calma para esperar á que entrase en la alcoba y le salió al encuentro, preguntándole apresuradamente:

—¿Traes?

—Sí señor, aquí están. El sargento.....

—¡Basta! y arrancándole el papel de la mano, cerró

Universidad de Deusto
Biblioteca

la puerta de un golpe, faltando poco para que cogiera entre ella y el marco la cabeza de Francisco.

¡Tenia su sentencia en la mano! Sintió tal ardor al contacto de aquel papel, que le arrojó sobre la mesa como si fuera un ascua.

Un instante le bastaba para salir de la incertidumbre en que estaba, y, sin embargo, tenia miedo de saber la verdad. Acercóse por fin á la mesa, se sentó, ó mas bien cayó sobre una silla próxima á esta, despues de un momento de indecision cruel, durante el cual, con la rapidez del relámpago, se hizo cargo de toda la deuda que tenia contraida con Mariano, arrebató el papel, le abrió y..... no vió nada. Estaba completamente ofuscado.

Pasóse la mano por los ojos, y se detuvo un momento con el fin de serenarse. Volvió á mirar y vió.... «Mariano Zabala» ¡el primero!

Aquel nombre hizo en el capitan el mismo efecto que el rayo: dejó paralizadas completamente sus facultades físicas é intelectuales. Al volver en sí, á impulsos de un sacudimiento nervioso, alargó la mano á una de las pistolas que tenia sobre la mesa, la amartilló, puso la boca del cañon bajo la barba, y tiró del gatillo fatal. Todo esto lo hizo como una máquina, sin que sus lábios dejasen escapar una sola sílaba. ¡Un ángel velaba por la vida de aquel hombre! La pistola se hallaba descargada, pues era la misma con que atentó á la vida de su asistente.

—¡Ni siquiera esto! dijo arrojando el arma lejos de sí, y puestas las manos en la cabeza y los codos apoyados en la mesa, pasó una hora y otra hora.

En el momento que daban las diez en el reloj del

pueblo, sacudia el capitan su cabeza inundada de sudor, y si la oscuridad que reinaba en el cuarto, pues la vela se habia consumido sin que él lo hubiese notado, hubiera permitido ver sus facciones, coligiérase por ellas que no estaba tan cerca como ántes la hora en que debia morir Mariano.

El capitan, comprendiendo entonces que habia cometido un doble crimen al atentar contra su vida, atentando tambien de este modo contra la de Mariano, á quien dejaba indefenso; cayó de hinojos pidiendo perdon á Dios, á la vez que auxilio en la lucha que iba á emprender.

Cuando concluyó su oracion, que sirvió para aliviarle del peso que sentia en el pecho, llamó á Francisco. Trajo este una vela, y al observar que la otra se habia consumido por completo, sacó la siguiente consecuencia: «Mi amo se ha dormido sin conocerlo».

—Mira, le dijo el capitan; es necesario que averigües ahora mismo cómo se llama y en dónde vive el cura que está encargado de confesar á esos desgraciados; ya sabes de quienes hablo, de los que van á ser fusilados mañana. Quiero encargarle unas misas....

—Está bien, y se dirijió Francisco hácia la puerta.

—No seas tan vivo de génio,—escucha. Si son varios curas, basta el nombre del que confiesa á los primeros. Si son muchos, no tengo dinero para tanto.

—Es claro, y volvió Francisco á hacer rumbo hácia la puerta.

—¡Dale! estoy temiendo que con tu oficiosidad no me hagas cosa buena.

Universidad de Deusto
Biblioteca

—¿Con la oficialidad ha dicho usted? Ca, no señor, ya preguntaré.....

—No, hombre, no es eso. Quiero decir, que si no tienes paciencia, no vas á hacer cosa buena. Es preciso que preguntes á cualquiera del pueblo, pero asi..... como si no te importara.

—Por supuesto, sí, que no se yo.....

—¿Qué sabes? di lo que sabes; exclamó arrebatado el capitan, agarrándole fuertemente del brazo.

—¡Ay, ay, ay! señor, que me hace usted daño.

Largó D. Juan el brazo de su criado, y comprendiendo que habia cometido una necedad, quiso remediarla.

—¿Con que sabes el nombre del cura, y no me lo decias?....

—¡Qué he de saber! no señor. Lo que queria decir es, que ya me las compondria para averiguarlo sin que conozcan que deseo saberlo.

—Eso, eso es. Vamos, veo que sabes hacer las cosas. No te pesará.

Un cuarto de hora despues, que el capitan lo empleó en escribir, entró Francisco en el cuarto diciendo muy ufano:

—Pues señor, ya lo sé.

—Vamos, di como se llama.

—D. Francisco. Tiene el mismo nombre que yo. ¡Para que se me olvidára!

—Pero..... ¿y el apellido?

—¡Ah! y es verdad, el apellido. Pues señor, el apellido..... ¿Como diablo es el apellido? Ya recuerdo que es una cosa que acaba en *tia* y empieza con *arre*, pero lo de en medio.... Vamos, estos demontres de nombres tan revesados que tienen los de esta tierra, solo los moros son capaces.....

—No te vengas ahora con moros ni con moras; el apellido es lo que necesito.

—¡Ah! ¡Toma! Pues si ahora me acuerdo que me le han apuntado en un papel, que *véle* aquí,—y sacó uno de cigarro en el que habia escrito, en gruesos caractéres que lo ocupaban todo, «Francisco Arrietagoitia».

—Ya decia yo que empezaba con *arre*.

—¿Dónde vive?

—A las dos puertas de aquí, segun se va para arriba.

—Está bien, ya te puedes acostar, y me llamas mañana á las ocho en punto. ¡Cuidado no lo olvides!

—Duerma usted descansado, mi amo.

Poco despues, cuando calculó que Francisco dormia á pierna suelta, que la verdad sea dicha, sucedió en cuanto puso la cabeza en la almohada, salia el capitan de su casa, y segun la agilidad con que bajaba las escaleras, no parecia el mismo hombre de la mañana.

Llegó á la casa en que debia vivir D. Francisco Arrietagoitia, y preguntando por él, pasáronle á su estancia.

—Dispénseme usted, le dijo en cuanto entró, que venga á tales horas; pero la causa que me trae no admite demora.

—Usted dirá en que puedo servirle.

—Segun he sabido, usted es el sacerdote encargado de ayudar á bien morir á esos infelices,—y señaló con el dedo hácia el punto en que se hallaba situada la casa de ayuntamiento.

Universidad de Deusto
Biblioteca

—Si señor: cumplo este deber, bien en oposicion con mi carácter particular, ciertamente.

—Lo creo; porque nada tiene la mision de grata. Motivos que no puedo revelarlos á usted en este instante, pero que, le juro por lo mas sagrado, son dignos y nobles, hacen que venga á solicitar de usted un favor.

—Yo pido á usted que se explique..

—Quisiera que..... Mariano Zabala, que es el primero que creo esté anotado en la lista de los condenados á muerte, fuese trasladado á una alcoba, separado de los demás.

—No comprendo.....

—Deseo hablar á solas con él, y no veo otro medio...

—Pero ¿cómo podré yo alcanzar lo que usted solicita?

—Fácilmente. A un reo de muerte no se le rehusa una peticion razonable. Que el mismo Mariano pida la traslacion á esa alcoba; pero por Dios que no sepa que esta peticion ha sido iniciada por mí.

—No veo en verdad motivo que me impida complacer á usted; me ha asegurado usted que la causa de su peticion es digna.....

—He dicho á usted, y lo repito, poniendo á Dios por testigo, que nada hay en esto que no sea noble y digno, y ahora añado, que de ocho á nueve de la mañana, volveré á ver á usted, y entonces prometo confiarle lo que ahora debe ser un secreto para todo el mundo, y que entonces lo será tambien para todos, menos para usted. ¿Con qué en vista de estas explicaciones podré esperar?....

—Yo haré cuanto pueda por servir á usted.

—Gracias. Solo exijo á usted el secreto para todos, incluso para Zabala. ¡Ah! Se me olvidaba decir á usted, que si por algun motivo que yo no preveo, no pudiera usted conseguir lo que solicito, se sirva usted avisarme. Vivo en esta segunda casa á la izquierda.

Ya en su casa D. Juan, pasó algunas horas escribiendo, como que cuando se echó sobre la cama vestido y calzado, daban las dos en el reloj de la parroquia.

Por muchos esfuerzos que hizo para llamar al sueño, huia este de sus párpados, pues no pudo cerrar los ojos hasta muy entrado el dia, y aun entónces rindióle la fatiga, que no el sueño.

Francisco vino á llamarle á las ocho, y como le viese sin desnudarse, sospechando que habia pasado mala noche, le entraron tentaciones de dejarle dormir. ¡Ay de él, si asi lo hace!

El capitan despertó todo azorado, y dando un brinco de la cama al suelo, preguntó que hora era.

—Las ocho. ¿No me dijo usted que á las ocho en punto?....

—Sí; pero creí que era mas tarde.

Cojió unos papeles que tenia debajo de la almohada y los metió dentro de un sobre, lacrándolo. A poco rato le dijo á Francisco, con pretexto de alejarle de allí, que fuese á ver si habia alguna carta para él.

—He pasado muy mala noche, añadió. Si pregunta alguno por mí, no le dejes entrar, ni entres tú tampoco con la contestacion. Me duele mucho la cabeza y voy á acostarme. A la hora de comer me llamarás: hasta entónces no quiero que entre nadie ¿has oido? nadie, incluso tú.

Universidad de Deusto
Biblioteca

—Está bien.

Cuando sintió que habia salido Francisco, metió en un bolsillo la pistola cargada, corrió á la alcoba de éste, cojió la bayoneta de su fusil, la guardó entre el pecho y la solapa de la levita y salió tambien de la casa con toda la velocidad que pudo.

Cinco minutos despues estaba frente del sacerdote D. Francisco de Arrietagoitia. No es fácil adivinar lo que hablaban, porque la conversacion la sostenian ambos *sotto-voce*. Sin embargo, conocíase bien que el capitan pedia algo, á que su interlocutor no accedia. El diálogo, sin salir del secreto con que se habia entablado, era cada vez mas vivo y animado. Por último vióse al capitan D. Juan Camoex arrodillarse ante el sacerdote, pronunciando clara y distintamente el acto de contricion. . . . . .

. . . . . .

En una de las alcobas interiores del piso bajo de la casa ayuntamiento de Zornoza, se hallaba Mariano Zabala, solo, frente á frente con su conciencia. Tan limpia y hermosa la tenia, que no podia temer el presentarse ante Dios á dar cuenta de los actos de su vida. Apreciábala como buen cristiano, y no hacia alarde de despreciar la muerte. No era pues el miedo de morir lo que podia tenerle en el estado de abatimiento en que estaba, no. Otra era la causa de aquella palidez mortal que se observaba en su rostro. Juzgaba, y juzgaba bien, que al extinguirse su vida debia concluir tambien la de los dos seres, unidos á él como tres almas á un cuerpo. Su madre y María no podrian resistir el golpe que iban á sufrir.

Si hubiera podido desterrar de su memoria aquel

recuerdo querido, si pudiera no tenerlas constantemente ante su vista..... ¡ah! es seguro que entonces se le viera marchar al lugar de la ejecucion con paso firme y rostro sereno. ¡Habia cojido las armas en defensa de Dios, de su país y de su rey! ¿Por qué habia de temer perder la vida si la sacrificaba en aras de tan nobles causas?

Cansado de aquella lucha terrible, sin poder conseguir el olvido, ni por un momento, de todo lo que le ligaba á este mundo, para pensar solo en el otro, se sentó en un banquillo, y puestos los codos en las rodillas y las manos en la frente, volvió por la milésima vez á dar tortura á su imaginacion agolpando en ella, precisamente, aquellos recuerdos que trataba de rechazar.

Tan ensimismado estaba, que no sintió el ruido que hizo la puerta del cuarto al abrirse para dar entrada á un sacerdote, ni los pasos de este que se acercó hasta ponerle una mano sobre el hombro, diciendo:

—¡Animo, Mariano!

Levantó entonces la cabeza. ¡Habia tenido el consuelo de llorar!

—Esperaba á usted, Padre.

—¿A mí?

Pasó Mariano la mano por los ojos, á fin de secarlos completamente, y fijándolos en el sacerdote, se echó en sus brazos exclamando:

—¡Tambien á usted, capitan!

—¡Gracias, Mariano!

Ninguno de aquellos dos valientes tuvo valor para decir mas palabras que estas, durante los primeros minutos que permanecieron abrazados.

Universidad de Deusto
Biblioteca

—¡Pero este traje!.... ¡No comprendo!.... dijo por fin Mariano, fijándose en el traje talar del capitan.

—Es preciso no perder tiempo, expuso éste repentina y rápidamente, respondiendo á una idea que tenia, como si Mariano supiera á lo que se referia.

Mariano callaba, porque no comprendia al capitan.

—Vamos, añadió este, quítese usted el capote, pronto, que el tiempo urge. Apenas si nos queda ya un cuarto de hora.

Y acompañando la accion á las palabras, echó á un lado la capa en que estaba envuelto. Mariano seguia callado, mirando á su amigo, sin comprender, sin querer comprender lo que veia.

—¿No oye usted lo que le digo? Venga ese capote, y póngase usted pronto esta capa.

—¿Está usted loco, D. Juan? ¿Qué quiere usted que haga yo con esa capa?

—¡Ponérsela! ¡Por Cristo, que no creí que fuera usted tan torpe de entendimiento! exclamó el capitan fuera de sí.

—¡Lo que usted quiere es imposible, capitan!

—¡Imposible! ¿Y por qué?

—Porque yo no puedo permitir que se sacrifique usted por mí.

—Hé aquí un hombre que se sacrifica por los demás, y no consiente que los demás se sacrifiquen por él. ¿Cree usted acaso que está autorizado por alguna ley divina, que tiene algun privilegio para hacer solo las buenas obras y gozarse en ellas, y que los demás carguen con los remordimientos?

Y fué tal la expresion con que dijo esto el capitan,

que Mariano quedó por un momento sin saber qué responder.

—No se canse usted, D. Juan, porque no puedo aceptar lo que usted me ofrece, contestó al cabo de un rato.

—¡Está bien! Si son inútiles mis ruegos, é inútiles tambien mis mandatos—porque usted no me negará que tengo el derecho de pagar mis deudas,—é inútil por último evocar el recuerdo de aquellas dos pobres mujeres que morirán de pena ó de miseria cuando les falte el único apoyo que tienen en este mundo; si todo esto es inútil, basta; el tiempo urge y no puede perderse en vana palabrería. Ya que se opone usted á que se haga una buena accion, no podrá oponerse á á que se cometa un crimen. ¿Qué digo? Usted será la causa de él.

Dicho esto, se sentó en el banquillo, sacó una pistola y se puso á juguetear con ella.

—¡D. Juan! ¡D. Juan! ¡Eso no lo dice usted en sério! ¡Eso lo hace usted por asustarme! exclamaba Mariano abrazándose al capitan.

—En el momento en que se abra esa puerta para llamar á usted, me pego un tiro.

Dijo esto con tanta sangre fria, con una indiferencia tal, como si se tratara de beberse un vaso de agua.

—¡Y lo hará como lo dice! ¡Oh! ¡de fijo! Pues bien, mi capitan; usted puede pagarme lo que cree deberme siendo el amparo de mi madre y de María. ¡Hágalo usted así y Dios se lo premiará!

—Ahora me toca á mí decir: ¡es imposible!

—Pero ¿cómo quiere usted que yo consienta que

Universidad de Deusto
Biblioteca

maten á usted en lugar mio? ¿No conoce usted que toda mi vida?.....

—¿Cuál es peor? ¿El que accediendo á lo que yo pido nos salvemos los dos, ó que oponiéndose á ello, muramos tambien los dos?

—Pero si consiento, le matarán á usted.

—Tal vez no.

—Y si no consiento.....

—Con seguridad..... me mata usted.

Calló Mariano por un instante. Por último, alzando la vista como si quisiera preguntar á Dios lo que debia hacer, exclamó:

—¡Consiento, capitan! ¡Dios me perdone! Ahí va mi capote.

—Hé aquí mi capa: ahora el sombrero. Perfectamente. Eche usted á andar. Cuide usted de taparse la cara, pero sin infundir sospechas. ¡Ah! se me olvidaba. Tome usted por si desgraciadamente tiene usted que abrirse camino—y le entregó la bayoneta de Francisco.—Lleve usted tambien la pistola, que mas falta le hará á usted que á mí.

Mariano, dueño de aquellas armas, pensó por un momento faltar al compromiso que habia contraido con el capitan, pero desechó inmediatamente tal idea como un mal pensamiento. Quiso abrazar á su libertador, pero D. Juan se contentó con alargarle la mano, porque temia, y no sin razon, ver desbaratados sus planes, si daba rienda suelta al sentimiento.

—¡Adios D. Juan! ¡¡Hasta la eternidad!!

—¡Mariano!... ¡Hasta la vista!

Aun dudó un momento Mariano ántes de dirijirse á la puerta, pero el capitan llamó á ella resueltamente

y empujó luego á su amigo dejándole en primer término. Apenas sintió, pues no tuvo valor para mirar, que se cerraba aquella tras Mariano, corrió á poner el oido en un resquicio á fin de oir los pasos de este. No tuvo, empero, serenidad bastante para escucharlos hasta el fin; conoció que le faltaban las fuerzas, y solo pudo aprovecharse de las que le quedaban para llegar hasta el banquillo y dejarse caer en él, apoyando la cabeza en la pared.

Poco despues oyó como en sueños que decian:

—Vamos, jóven, ha llegado la hora. ¡Animo! ¡Qué diablo! Todos tenemos que ir por el mismo camino.

Era el sargento García, que venia á buscar á Mariano para llevarle al patíbulo.

Se levantó el capitan maquinalmente: dió un paso hácia la puerta, y ántes de que el sargento tuviera tiempo de acercarse á socorrerle, cayó redondo sobre el entarimado, haciendo retumbar la estancia toda.

—¡Mil rayos! ¡Este hombre se ha desmayado!

Mas al acercarse á él, vió en el suelo un charco de sangre.—Vaya, este se ha querido marchar antes de tiempo. ¡Guardia! ¡aquí! ¡Socorro!

Al llamamiento acudieron varios soldados, y entre ellos estaba Francisco, que tenia curiosidad de ver como marchaba el prisionero que decia habia él hecho.

—¡Eh! Echad una mano aquí, dijo el sargento, tratando de levantar al capitan, y al acercarse Francisco con este objeto, gritó todo despavorido y trémulo:

—¡Socorro! ¡Socorro!

—¡Calla, animal! le decia el sargento, no parece sino que..... Habia de morir dentro de cinco minutos,

Universidad de Deusto
Biblioteca

con que no me parece que la próroga vale la pena de tanto grito.

Pero Francisco continuaba gritando en tales términos que alborotó á todo el cuerpo de guardia y al piquete que estaba preparado para escoltar á los reos.

Acudieron algunos oficiales, y Francisco no hacia mas que repetir:

—¡Mi amo! ¡mi amo! ¡Socorro! ¡Allí! ¡Muerto!

—¡Cuerno! ¡pues tiene razon!—exclamó repentinamente Garcia, dejando caer, como si le quemara, el cuerpo del capitan sobre el entarimado.—¡El capitan D. Juan Camoex! ¡En esto anda el diablo, por fuerza! —y se santiguó.

Acercáronse todos á contemplar las facciones del que se hallaba tendido, y todos se convencieron de que era él, real y efectivamente, el capitan D. Juan Camoex.

Colocáronle en un colchon, y mandó el coronel que viniese el físico. Del reconocimiento practicado resultó que la herida del capitan, que no habia estado aun completamente cicatrizada, se habia abierto á causa, no solo de lo mucho que anduvo aquellos dias, sino tambien por las fuertes y sucesivas impresiones que habia esperimentado.

Vuelto en si de aquel desmayo, que poco faltó para que fuera eterno, dejáronle algunas horas sin tomarle declaracion ni dirigirle palabra alguna, á fin de que recobrara fuerzas para que pudiera contestar ámpliamente á los cargos que se le hicieran.

Presentóse el General á las cuatro de la tarde, y se encerró á solas con él. El capitan le refirió con gran trabajo, pues se hallaba muy débil aún, todo cuanto

le habia acontecido desde el momento en que llegó á la casa de Mariano; y concluyó la relacion preguntándole:

—¿Qué hubiera usted hecho en mi lugar?

—Lo que usted. Sin embargo, usted comprende que la ordenánza militar es muy estricta y no puede prescindirse de formar á usted consejo de guerra.

—Yo no puedo protestar contra lo que es justo, ¿Qué mérito le quedaba á mi accion, si no hubiera jugado la vida al ejecutarla?

—Mañana le llevarán á usted á Bilbao y allí se resolverá la cuestion.

Al siguiente dia, salió efectivamente el ejército para Bilbao, á donde llegó el capitan en bastante mal estado. Sin embargo, merced á una naturaleza privilegiada, y á los cuidados que se le prodigaron, se repuso algun tanto, lo bastante para que le presentaran ante un Consejo formado de un coronel y seis capitanes. Los jueces eran sus amigos, apreciaban en todo su valor la abnegacion de su compañero, y sin embargo, condenáronle, con sujecion á las leyes militares, á ser pasado por las armas. Ya el capitan sabia bien el resultado que tendria el juicio, como no ignoraba tampoco, pues así se lo habian hecho saber, que no se llevaria á efecto la sentencia. Consultáronla á Madrid, haciendo relacion circunstanciada del hecho, y pocos dias despues vino la real órden esperada, conmutando la condena en seis meses de prision en el castillo de Santoña.

El dia en que marchó á sufrirla, que fué cuando le consideraron que estaba completamente restablecido, quemó un paquete lacrado; era su testamento esten-

Universidad de Deusto
Biblioteca

dido en la noche que formó el proyecto de salvar á Mariano. Al hacer aquel auto de fé, se le oyó decir entre dientes:—No lo perderán todo.

III.

Un cristino y un carlista.

La diligencia *La Castellana* paraba el 22 de Mayo de 1855 ante una de las administraciones situadas en el Arenal de Bilbao. Apeáronse de la berlina, un caballero como de unos 50 años, dos niños de ocho á diez, y una señora, jóven todavía.

A un observador hubiera indudablemente llamado la atencion, la fijeza con que el carabinero, encargado del registro, miraba al viajero que acababa de bajar de la diligencia. La curiosidad del militar, era natural. Habia creido distinguir bajo el gaban de verano que aquel vestia, bordada sobre su pecho, la cruz laureada de San Fernando, insignia que hace distinguir á los valientes entre los valientes.

Poco despues se acercó á aquella familia otro viajero que habia venido en el cupé, y que tenia todas las trazas de un veterano.

—Francisco, dijo el primero á este, cuida de reunir todo el equipaje en un punto, para que pueda hacerse el registro mas fácilmente.

—¡Francisco! gritó el niño; ten cuidado de mi caja.

—¡Y de la mia, Francisco! añadió la niña.

Al bajar el equipaje, distinguió el piño una caja en la vaca y empezó á gritar:

—¡Aquella! ¡aquella es mi caja!

—¡No, que es la mia! ¿Verdad mamá, que es la mia?

—Yo no lo sé hija; pero no tengas cuidado, que las dos estarán ahi.—Efectivamante, en aquel momento mismo bajaban dos cajas, como de media vara en cuadro, tan idénticas, que los niños las equivocaron al querer coger cada uno la suya.

—Esta es la tuya, Maria, y esta otra la tuya. ¿No ves que dice aqui «Mariano»?

—Esperad un poco: no tengais tanta priesa; que hay que abrirlas para el registro, dijo el padre.

—¿Qué contienen? preguntó el carabinero.

—Juguetes.

—Basta; no hay necesidad de registrarlas.

Y hecha, en obsequio de aquella cruz laureada, una mera fórmula de registro en los baules, se dispusieron los viajeros á subir á la fonda.

A las 9 de la mañana del siguiente dia, salia de Bilbao, en direccion á Guernica, un coche, en cuyo interior iban el caballero, la señora y los dos niños. Al lado del cochero se habia colocado el criado Francisco, encargado muy especialmente, por los dos últimos, del cuidado de los cajones dichos, que llevaba á sus piés.

La conversacion de los viajeros se reducia á satisfacer á las mil preguntas que á los niños se les ocurria hacer sobre todo lo que veian y aún sobre lo que no veian.

Tambien la señora parecia demostrar grande inte-

Universidad de Deusto
Biblioteca

rés en saber los acontecimientos que tuvieron lugar, durante la guerra civil, en todos y cada uno de aquellos sitios; y el caballero, que parecia estar muy bien informado de ellos, se los referia con minuciosidad de detalles, que entretenian á la madre y á los hijos.

Cuando llegaron á Zornoza, el criado empujó el ventanillo del coche, y metiendo la cabeza por él, preguntó:

—Mi amo ¿se acuerda usted?

—Ya, ya, Francisco, no es para olvidado.

—Ahí estuvo usted y por poco hacen una atrocidad,—añadió aquel señalando la casa de ayuntamiento:—allí estuvimos alojados, y mas allá vivia mi tocayo.

—Tienes buena memoria.

—Ya desearia yo, dijo la señora terciando en la conversacion, ver la alcoba en que pasaste aquellos momentos tan terribles.

—No sé si la habrán variado ya, pero de todos modos, á la vuelta nos detendremos para verla. Ya sabes que he citado á D. Francisco á la una, y no quisiera que llegáramos un minuto mas tarde.

Cuando estuvieron en el alto de Auntzagana, tiró el amo de la chaqueta al criado y le dijo señalándole un mato:

—¿Te acuerdas Francisco? Allí fué donde hiciste, con la mejor buena fé, aquella *atrocidad*, que á poco me cuesta la vida.

El criado no contestó á la indirecta, pero pegó un palo á los caballos, soltando un

—¡Arre! ¡que parece que os habeis dormido!—mientras que con la otra mano se arrancaba un pelo del bigote.

El capitan D. Juan Camoex, contó con tal motivo por la milésima vez á su cariñosa esposa, el por qué y cómo habia él entregado en manos del verdugo, al mismo que le habia salvado de la muerte.

Apenas llegó el coche á la entrada de Guernica, acercóse á la portezuela un sacerdote, ya entrado en años, preguntando:

—El señor D. Juan.....

Antes de que terminara la pregunta, ya estaba éste en sus brazos, esclamando:

—¡El mismo, si señor! Pero no como usted ¡vive Dios! que está mas fuerte que hace veinte años. Mi esposa y mis hijos,—añadió presentándolos.

—Rosario conoce á usted ya, porque me ha oido hablar un millon de veces, del 23 de Mayo de 1835.

Rogó acto continuo el capitan á D. Francisco, que le esperase un momento con su esposa y niños, pues él tenia que hacer por breves instantes. Quiso aquella acompañarle, dándole á entender que suponia á donde iba, pero él se opuso á ello, marchando solo con su criado.

No fué larga la caminata. Un minuto despues se arrodillaban el capitan y el asistente sobre la verde y frondosa yerba que crece al costado meridional de la iglesia de Santa María. Rezaron allí un corto instante por el eterno descanso del teniente D. Pedro Camoex, y al levantarse tuvo D. Juan que llevar el pañuelo á los ojos, porque los tenia arrasados en lágrimas. Francisco quiso hacer que no veia, pero, mal que le pesase, se le hicieron garabitos los ojos, por

Universidad de Deusto
Biblioteca

lo que no tuvo mas remedio que llevarse á ellos la manga de la chaqueta.

—Vengo de cumplir un deber sagrado, dijo D. Juan al llegar al coche.

—Papá, papá, hemos rezado un padre nuestro; gritaron los dos niños á una voz.

—Tus hijos te dicen que tambien nosotros le hemos cumplido.

—¡Gracias! ¡Gracias!—y dió un apreton de manos á D. Francisco, un beso en la frente á su esposa, y colmó de caricias á aquellos dos ángeles, cuyas inocentes plegarias, pensaba él, no podrian menos de ser escuchadas por Dios.

El cura indicó al cochero el sitio á donde debia dirigirse, y echó á andar el coche con un viajero mas.

En el puente de la Rentería hizo Francisco, señalando al lado derecho del camino, la siguiente observacion á su compañero de pescante:

—Allí cayó mi amo, y al verle en tierra, nos esparramamos todos por esos campos, como si hubiéramos salido de un estornudo. ¡Válgame Dios! ¡Qué noche aquella! Cuando á la mañana siguiente llegué á Lequeitio, iba yo con mas cardenales que un Concilio de Trento.

Tambien D. Juan recordaba con dolor, mezclado de noble orgullo, la jornada aquella, por la que ostentaba en su pecho la cruz laureada.

Cien pasos mas allá se detuvo el coche. Apeáronse los viajeros, y Francisco cargó con las cajas, de las que sus dueños no estaban dispuestos á separarse.

Tomaron un sendero que conducia á una casita blanca.

¡Qué recuerdos hizo nacer en la mente del capitan la vista de aquella casa!

En el instante que llegaban á ella, asomaba á la puerta un hombre, en el vigor de su edad, con una fisonomía hermosa por lo noble, en la que se retrataba la inmensa satisfaccion que siente el alma, cuando la tranquilidad de la conciencia sirve de premio á las buenas obras.

—¡D. Francisco! dijo corriendo al encuentro del sacerdote; y dirigiéndose á los que le acompañaban, añadió:—Bien venidos sean ustedes señores.

Devolvieron todos y cada uno aquel saludo cordial, teniendo D. Juan necesidad de hacer un esfuerzo supremo para no darse á conocer.

—¿Hay posada para tanta gente, Mariano? preguntó el cura.

—Si la voluntad no me engaña, todos caben. Pasen ustedes adelante, señores,

—¡Adelante! dijo D. Francisco, mas al ir á entrar D. Juan el primero, le detuvo Mariano diciendo:

—A este caballero le conozco yo.

—¿De veras? dijo D. Juan sin poderse contener.

—Si señor. Yo le he visto á usted en alguna parte.

—Piénselo usted. Tal vez se acuerde....

—¿Dónde ha sido, señor?

—Quizás en Madrid.

—No señor, yo no he estado nunca en Madrid. Pero ¡calle! ¿Qué veo? ¡Santos Cielos! Pero no es posible. Si fuera usted el que yo pienso, ya se hubiera usted echado en mis brazos.

—¡Eh! ¡Basta ya de tonterías!—y no pudiendo re-

Universidad de Deusto
Biblioteca

sistir á la tentacion de echar los brazos al cuello de su antiguo amigo, le sepultó en ellos esclamando:

—¡¡Mariano!!

—¡Hoy hace precisamente veinte años!....—fué lo único que pudo balbucear este, porque los sollozos ahogaron su voz.

En aquel abrazo bienhechor, mezclado de lágrimas y suspiros, se encerraba toda una historia sublime de abnegacion!

Fué necesario mucho tiempo para que pudieran serenarse, no solo los protagonistas de aquella escena, sino tambien los espectadores todos; tan activa fué la parte que tomaron en ella.

A aquel desahogo de los ánimos, sucedió el desahogo de las lenguas. Las preguntas y respuestas que se hicieron, parecian un fuego graneado.

—¿Y la madre? ¿Y María?

—Tan buenas. ¿Y la herida? ¿se curó completamente?

—Sí. Ya supe que el bueno de Petriquillo.....

—Si señor; pasó á mejor vida.

Y como aquello no tuviera trazas de concluir, dijo D. Francisco:

—Vamos á dentro, donde supongo que estarán las mujeres y los niños.

Mas antes de que tuvieran tiempo de pasar del zaguan, apareció María, y, agarrados á su saya, dos hermosísimos niños de seis á siete años.

—María, ¿á ver si conoces al señor? dijo Mariano.

—Si. *Este ser* el capitan.

—¡Bravo por la fisonomista! dijo D. Juan, y sobre todo, porque veo que ha aprendido el castellano; y

dió un fuerte abrazo á que contestó con toda la efusion de su alma la sencilla aldeana.

—Aquí tienes, Rosario, uno de los ángeles que Dios envió á la cabecera de mi cama en aquella noche de prueba.

Y Rosario, que tenia un corazon tan hermoso como el de aquel á quien estaba unida, corrió á abrazar á María, que por su parte no se atrevió á ser tan espresiva como lo fué con su esposo.

—¿Conoce usted á este buen sujeto? dijo D. Juan señalando á Francisco.

—Este creo que sea el que.....

Pero antes que concluyese la frase, Francisco, fiel á su sistema de no hablar de lo que no le convenia, esclamó:

—Vamos, muchachos, á abrir los cajones. ¿No veis que están ya esperando vuestros amigos? Venga aquí la gente menuda:—y aun cuando en un principio no hicieron grande efecto, á los de casa, las palabras de Francisco, cuando vieron que salian de aquellas nuevas cajas de Pandora, un ajuar de casa, una muñeca, escopeta, sable, soldados.... no pudieron resistir á la tentacion de acercarse; y una vez dado este primer paso, difícil sino imposible era que retrocedieran ante una tentacion tan halagüeña. Al principio se contentaron con mirarlos, luego se atrevieron á tocarlos, y á los cinco minutos, ya se habian posesionado de todo cuanto pudieron haber á las manos, jugando con sus nuevos compañeros, como si se hubieran conocido toda su vida.

—¿Y la abuelita? ¿dónde está? dijo D. Juan.

—En la cocina; los años la tienen imposibilitada.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Efectivamente, la pobre mujer se hallaba impaciente, sin poder levantarse de la silla en que estaba sentada, deseando saber cual era la causa de todo aquel ruido.

—¿*Zelan daos*? (1) dijo el capitan abrazándola.

—*Ondo, ¿eta beori capitan jauna*? (2) replicó la anciana, haciendo un esfuerzo por levantarse, y manifestando en su semblante la satisfaccion con que volvia á ver á su antiguo huésped.

—No llega mi vascuence mas allá del *zelan daos*, que lo aprendí á fuerza de oirselo á mis bienhechoras cien veces al dia, aquellos en que no oia una sola palabra de castellano.

Sentáronse todos al rededor de la anciana, é inmediatamente dijo Mariano dirigiéndose á D. Juan.

—Hablemos claro, capitan; esa cantidad que me manda usted todos los años por medio del señor don Francisco.....

—¿Y quién le ha dicho á usted que yo le mando cantidad alguna?

—Si no me lo hubiera dicho mi corazon desde el primer dia, al ver á usted ahora con D. Francisco, que nunca ha querido decirme el nombre de mi bienhechor, me prueba.....

—Bien, no hablemos mas de eso; que ahora me interesa otra cosa. Estamos sin almorzar, yo y conmigo mi gente; todos tenemos gana de tomar leche.

—Bien, contesto yo como usted, pero exijo en cambio que no vuelva usted á mandarme....

---

(1) ¿Cómo está usted?

(2) Bien, ¿y usted señor capitan?

—¿Quién le ha dicho á usted, repito, que yo le mando esa cantidad?

—¿Volvemos á lo mismo?

—No es á mí á quien debe usted.....

—Dále.....

—No. Ese dinero es el premio de esta que llevo aquí, y señaló la cruz laureada. Ahora bien; ¿quién la ganó? ¿Usted ó yo? Que sea juez D. Francisco.

—Que lo sea, replicó Mariano.

—Usted la ganó, capitan, dijo el árbitro en la cuestion.

—¿Vé usted?....

—Pero usted supo conservarla, Mariano. Luego para usted debe ser la gloria, D. Juan; y para usted, Zabala, el provecho.

—Han hecho ustedes juez á D. Francisco y no creo que vayan á desairarle, observó Rosario terciando en la conversacion.

—Basta: no digo una palabra mas sobre este asunto: voy á traer la leche.

. . . . . .

Seis horas pasaron los viajeros entre aquella buena gente, y tan breve se les hizo el tiempo, que cuando hubo llegado la hora en que debian partir, tuvo necesidad D. Francisco de tomar la iniciativa, no una, sino repetidas veces, para que se decidieran, chicos y grandes, á abandonar aquella casa tan grata para ellos.

Se despidieron con la promesa de volver el próximo año; pero Mariano, que quiso aprovechar hasta el último instante de la presencia del capitan, le acompañó hasta Guernica, donde los viajeros pensaban pasar la noche.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Cuando hubo llegado el coche frente á la iglesia de San Juan, dió un apreton de manos al capitan y á Rosario, un beso á cada uno de los niños, y sin proferir una sola palabra se apeó apresuradamente. No queria que le viesen llorar.

—¡Hasta el próximo verano! ¡Mariano! exclamó don Juan, asomándose á la portezuela del coche.

—¡Bueno!.... fué lo único que pudo contestar este, pero sin que para hacerlo se atreviese á volver la cabeza.

Desde aquella época, pasan reunidos, estos dos hombres, un dia del año. ¿Sabes, lector pacientísimo, á qué está reducida su conversacion periódica? A maldecir una y mil veces los horrores de la guerra civil: á bendecir mil y una veces el dia en que se dieron el abrazo de hermanos.

FIN DE LA BATALLA DE GUERNICA.

LA BATALLA DE NAZAR.

I.

¡Vedla!

Pálida, desencajada, con el pelo tendido y el vestido en desórden, ved á esa mujer que se agita de un lado para otro, corre, se detiene, se inclina hasta el suelo, para volverse á levantar, mas agitada, mas convulsa, mas desesperada, mas.... loca, que esa es la palabra que expresa el estado de escitacion en que se encuentra la pobre madre.

Porque es una madre ¡si! una madre que busca un pedazo de sus entrañas, allí, donde unas horas antes se han despedido de este mundo para una eternidad tantos y tantos hijos, tantos y tantos padres, tantos y tantos..... hermanos.

. . . . . .

Es la noche de 29 de diciembre de 1834.

Noche nebulosa, oscura, triste, reflejo exacto de la lucha fratricida, del encarnizado combate que ha tenido lugar entre cristinos y carlistas, entre españoles y.... españoles, en los campos de Nazar y Asarta.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Por un lado Oraá y Lorenzo, por el otro Zumalacárregui, habianse acometido ámbos bandos, no como hombres, sino como fieras, que solo se dan por vencidas cuando han exhalado el aliento postrero.

Quemado el último cartucho por los soldados carlistas, reunió el caudillo de estas tropas á los mas valientes; despues de arengarlos, púsose al frente de ellos, y, á semejanza del primer Napoleon en el paso del puente de Arcole, avanzó al arma blanca contra el enemigo, deteniendo el impetuoso oleaje con que este parecia querer envolverle.

No tuvo, empero, Zumalacárregui la suerte del gran capitan del siglo, pues, estrechado por los flancos, y por el frente y por la espalda, por triple número de fuerzas, vióse obligado á ceder el campo, no sin que costara cara, muy cara la victoria á los soldados del ejército isabelino.

El primer momento de la retirada fué en confuso tropel, pues la metralla que vomitaban la bocas de los cañones de montaña, y las descargas cerradas de la fusilería, no dejaban á aquellos valientes el claro ni el espacio suficiente para reorganizarse y poder hacer frente al enemigo.

Acosados los carlistas sin tregua ni descanso, llegaron á Santa Cruz de Campezu, y una vez allí hicieron alto, para marchar, unidos, compactos y en correcta formacion, á descansar en Otco.

A la cabeza del puente de Arquijas hallábase una mujer, jóven aun, y cuyas hermosas facciones descompuestas revelaban muy á las claras la angustia de que se hallaba poseido su corazon, mientras clavaba su mirada de águila en cada uno de los soldados

que traspasaban á paso acelerado de la una á la otra orilla.

Al cabo de algun tiempo, aquella mujer, á quien sin el latente é impetuoso movimiento de su seno hubiérasela tomado por una estátua, atropellando las filas, mezclándose entre los soldados, empujando á los unos, deteniendo á los otros, estorbando el paso á los mas, exclamaba en el colmo de la desesperacion:—¿Dónde está mi hijo? ¡Mi Luis! ¿Donde está?

Estos la empujaban para hacerse paso, sin detenerse á contestarla; aquellos la miraban, contentándose con encojerse de hombros; y algunos pocos, muy pocos eran los que únicamente se detenian á hacerse cargo de las preguntas, amenazadoras unas veces, suplicantes otras, repetidas á cada instante por aquella mujer:—¡Mi hijo Luis! ¿dónde está? decidme, vosotros que le habeis llevado, decidme ya, por Dios crucificado, ¿dónde está?

Llegó un momento en que conociase que habia crecido el interés que inspiraba aquella mujer, entre los soldados que pasaban rozándola. Y al acercarse un jóven, cuyo rostro cubierto todo de sangre, fresca y líquida aun, daba á conocer que habia visto de cara al enemigo, cuando con el acento trémulo de la desesperacion repetía la madre por la milésima vez:—¡Decidme ya dónde ha quedado el hijo de mis entrañas!.....—Paróse á contemplar un instante, balbuceando:—¡Luis!....—¡Sí, sí! contestó aquella, cogiéndose del capote del soldado, si, eso es, Luis, tú le conoces, tú me lo vas á decir...—¡Animo! ¡qué diablo! mas tarde ó mas temprano...—¡Oh! Acaba ya, por lo que mas ames...—¡Allí ha quedado!...

Y al soldado, que quizás no pestañara al recibir la bala que estuvo á punto de matarle, faltáronle el va-

Universidad de Deusto
Biblioteca

lor y la serenidad bastantes para afrontar la mirada de fuego de la madre, trasformada en leona á quien arrebatan sus cachorros.

Miró la madre al soldado un instante, nada mas que un instante, pero de manera tal, que su vista parecia querer penetrar, como por las paredes de un fanal, en el pecho de aquel que sabia «dónde» habia quedado el hijo querido de su corazon.

—¿Dónde?... le preguntó, deteniendo al soldado con la mirada, al mismo tiempo que con ambas manos. ¿Dónde? volvió á preguntar rápidamente, con una voz, con un acento, con una espresion, en fin, que encerraban toda una epopeya de dolor, de angustia, de desesperacion.

Aquel valiente no tuvo ni la calma ni la serenidad necesarias para poder articular una sola palabra, limitándose á levantar un brazo en sentido horizontal y señalar con el dedo índice la direccion del campo de batalla.

Un grito agudo, penetrante, un grito salvaje, que lo mismo pudo ser arrancado por el dolor de un corazon herido, como por la satisfaccion de la evidencia, fué la contestacion que recibió aquella muda, pero expresiva manifestacion del soldado, y, rápida como el pensamiento, echó á correr la madre, fuera de sí, hácia el norte de su esperanza.

¡Vedla!

Pálida, desencajada, con el pelo tendido y el vestido en desórden; vedla, pocos instantes despues, que se agita de un lado para otro, que corre, se detiene, se inclina hasta el suelo, para volverse á levantar, mas agitada, mas convulsa, mas desesperada, mas... loca, que esa es la palabra que expresa el estado de escitacion en que se encuentra la pobre madre, que

busca un pedazo de sus entrañas, allí donde unas horas antes se han despedido de este mundo, para una eternidad, tantos y tantos hijos!...

Detiénese un instante para tender su vista estraviada por aquel estenso campo donde aun humea la sangre de Abel.

Nada ve: pero llegan á sus oidos los gritos inteligibles de los heridos, los ayes de los moribundos, y hasta cree percibir el último aliento del que se vá; y en cada grito, en cada quejido, en cada suspiro, arrancado quizás al aire que susurra, cree oir claro, distinto, el quejido, el ¡ay! el último aliento del hijo de su alma.

Cien veces, lo menos, se ha bajado y acercádose á examinar cien inertes rostros, jóvenes, pálidos y hermosos; ¡hermosos, sí! manchados no, sino lavados como estaban por el lodo, por la pólvora y por la sangre.

¡Todo inútil! No tropiezan sus negros ojos con los ojos de cielo que buscan; no palpan sus diminutas manos el rostro de aquel tantas veces por ellas acariciado; no se entrelazan sus trenzas de azabache con el pelo de oro ensortijado, confundidos aún pocas horas há en un apasionado beso. ¡Nada! Uno á uno y todos juntos, los rostros examinados, no dan una sola de las facciones que busca.

Los soldados que se ocupan en recojer los heridos y enterrar á los muertos, miranla con estrañeza en un principio, con interés despues y con respetuosa admiracion mas tarde; y es que adivinan en la conducta de aquella mujer algo de noble, hermoso y digno.

¡Ah! Es que tambien allí, donde se halla aun impresa la huella del combate, donde no hay una sola

Universidad de Deusto
Biblioteca

pulgada de terreno que no haya sido campo de batalla, donde se confunden los huesos de los vencedores y vencidos, donde la muerte lo iguala todo, allí impera la compasion, tiene su asiento la caridad.

Párase á contemplar á la madre un veterano de rostro tostado por el sol y bigote blanco por los años, manchados uno y otro por el humo de la pólvora, y á poco rato la dice con el tono que pudiera emplear un amigo cariñoso:—¿Que busca usted, buena mujer?

María, pues este era el nombre de aquella, que tantos rasgos de semejanza tiene con la madre del Dios hombre, María contestó como sorprendida de que hubiese quien ignorara el objeto de sus pesquisas:

—Busco á mi hijo. ¿Por acaso sabe usted dónde está?

—¿Y quién es su hijo de usted?

—¡Quién es mi hijo! ¡Quién es mi hijo! ¡Ah! añadió poco despues; ¡es verdad! usted no le conoce.

—¿A qué batallon pertenece?

—¡Qué se yo! Él ha estado aquí, no ha vuelto con los suyos...aquí debe estar.

—¡Con los suyos! ¿Con quiénes?

—Con sus paisanos, los navarros.

—¡Ah! Entónces es carlista.

—Sí, eso es, carlista. ¿Le conoce usted? ¿Le ha visto usted? ¡Ah! Dígamelo usted, dígamelo usted por lo que mas ame en el mundo.

Quedóse el veterano sin saber qué replicar á una pregunta tan sencilla como inocente, contentándose con balbucear:

—¡Pobre madre!

—¿Qué dice usted? exclamó María, á la que no se escapó el monólogo del soldado.

—¿Yo? que creo que pierde usted el tiempo y la salud corriendo de un lado para otro.

—¿Y qué he de hacer para encontrarle? ¡Oh! dígamelo usted.

—¡Qué se yo!... pero... en su lugar de usted iria al pueblo y me informaria de los prisioneros... Quizás le encuentre usted allí: si no es inútil que...

—¡Ah! Conque entre los prisioneros... Es verdad, no habia caido... Gracias. Y la madre echó á correr á la ventura.

—¡Eh! la gritó el veterano: por ahí no, por allí; y la señaló con la mano la direccion en que estaba el pueblo de Nazar.

Hallábase acampado en este pueblo el regimiento que mas se habia distinguido en la jornada de aquel dia, y á los valientes que á él pertenecian habíase encargado la custodia de los prisioneros.

Llegóse María jadeando á la entrada del pueblo, y, sin detenerse á tomar aliento, preguntó á unos soldados que encontró al paso por el punto en que estaban encerrados los prisioneros.

Dirigiéronla á la casa del ayuntamiento, en uno de cuyos mezquinos y estrechos departamentos estaban *almacenados* los veinte infelices á quienes por no haberles cabido la gloria de morir en el campo de batalla esperábales una muerte, si no menos heróica, menos digna seguramente, supuesto que debian recibirla por la espalda.

El centinela que se hallaba á la puerta del edificio aquel prohibió la entrada en él á María, sin que los ruegos, ni las súplicas, ni el llanto de la madre fuesen bastantes á hacer que quebrantara su consigna.

Quiso María saber si entre los prisioneros se hallaba su hijo; pero ni el centinela, ni ninguno de los mu-

Universidad de Deusto
Biblioteca

chos soldados que formaban la guardia pudieron decírselo, pues ignoraban absolutamente los nombres y condiciones de los prisioneros.

Á los gritos, sollozos y quejidos de María llegóse el capitan, quien, despues de haberse informado de las causas y motivos del alboroto, preguntó á la madre:

—¿Cómo se llama su hijo de usted?

—Luis, señor, contestó María columbrando en aquella pregunta un rayo de esperanza.

—Luis.... ¿de?.... Y púsose el capitan á examinar un papel, añadiendo acto continuo:

—¿Luis de Urbieta?

—Si, señor oficial, Luis de Urbieta, ese es su nombre, contestó llena de alborozo la madre, antes de que el capitan concluyera de hacer la pregunta.

—Aquí está; es uno de los prisioneros.

—¿Es eso cierto? ¡Dios mio! ¿No me engaña usted?

—¡Ba! No es el caso para bromas. Le digo á usted que esta ahí.

—¡Señor! exclamó María, levantando los ojos y las manos al cielo; Señor, ¿qué he hecho yo para merecer tanto bien?

El oficial y los soldados que rodeaban á aquella mujer mirábanla sorprendidos de oir lo que decia, pues no acertaban á comprender que una madre pudiera dar gracias á Dios de que su hijo hubiese sido hecho prisionero.

¡Ah! No sabian, no, ni los soldados, ni el oficial, que aquella madre se hubiera quizás considerado muy feliz, un momento antes, con llegar á tiempo de poder oir la última palabra, de recibir el último suspiro de su hijo.

—Usted me permitirá hablarle, señor oficial. ¿Ver-

dad que sí? dijo la madre despues de aquella plegaria elevada á Dios desde el fondo de su alma.

—Luego.

—Aunque no sea sino verle....

—Mas tarde.... Ahorá no puede ser, porque en este momento les están juzgando.

—¡Juzgando! ¡A mi hijo! ¿Y por qué?

La estrañeza del capitan llegó á su colmo al oir espresarse á María tan inocentemente.

—Vaya, buena mujer, luego le verá usted, fué lo único que supo decirla al volver á entrar en la casa de ayuntamiento.

Quedó María rodeada de los soldados y presa de mil dudas é incertidumbres, que no acertaba á descifrar.

—¡Juzgándole! murmuraba por lo bajo. ¡Juzgándole! ¡Oh! El dirá, si, él dirá que le llevaron á la fuerza.... Esa es la verdad. Luego él no es culpable. ¿No es cierto? añadió en voz alta dirigiéndose á los soldados, ¿no es cierto que le dejarán libre?

Y los soldados la miraban callados, creyéndola loca.

Sentóse María, rendida, en el escalon de la entrada, repitiendo entre dientes.

—No, no es culpable.

No hacia cinco minutos que se hallaba María ensimismada en su dolor, puestos los codos en las rodillas y las manos en la cabeza, recorriendo, allá en su imaginacion, la vida toda de su hijo, desde el dia en que vino al mundo, cuando oyó á su lado una voz que decia:

—Mañana á las seis los fusilan.

Levantóse María, como movida por un resorte, giró su vista estraviada, sin fijarla en punto alguno, y dió un paso hácia el interior del edificio, quizás sin darse ella misma cuenta de lo que hacia, pues allí estaba el

Universidad de Deusto
Biblioteca

centinela, que como la vez primera la detuvo en el umbral de la puerta.

—¿A quién fusilan mañana, muchacho? preguntó la madre á un tambor granuja que salia de la casa, y que fué quien la habia sacado de su meditacion.

—A los prisioneros; ¿á quién han de fusilar? fué la contestacion del muchacho, que echó á correr, sin cuidarse del efecto que habia hecho su respuesta en el ánimo de María.

Faltáronla á esta las fuerzas por la primera vez durante aquel terrible dia, y tuvo necesidad de apoyarse contra el muro del edificio para poder tenerse en pié.

Un copioso sudor frio inundó su rostro; agitado y encendido hasta entonces por la excitacion y carrera que habia traido desde el campo de batalla, tornósele pálido, blanco, mas bien. Dos cintas amoratadas hacian aun mayores sus grandes ojos negros, inyectados de sangre. Asomóse á sus lábios espuma sanguinolenta; flaqueáronla las piernas, y, estendiendo los brazos hácia adelante, sin dar un grito, sin exhalar una queja, cayó de bruces sobre el enlosado del portal.

Los soldados que estaban mas cerca de María se apresuraron á acudir en su auxilio, y la condujeron solícitos á una cantina que estaba allí mismo, en la plaza.

Merced á los remedios que la propinaron, volvió en sí la pobre madre, pronunciando lo primero de todo el nombre de su hijo.

Luego se tranquilizó algun tanto y recuperó parte de las fuerzas perdidas, merced al alimento que la hizo tomar la cantinera; recorrió en su memoria, estraviada hasta aquel momento, todo cuanto le habia

acontecido aquel dia, y, por último, ó quizás antes de todo, la situacion en que se encontraba su hijo.

Hizo un esfuerzo, é incorporándose sobre un mal jergon, en que se hallaba tendida, preguntó á la cantinera:

—¿Está alojado lejos de aquí el general?

—El general no está en este pueblo; ha marchado á Cábrega.

—¿Hay mas desgracia? ¡Dios mio! ¿Y está lejos de aquí Cábrega?

—A un cuarto de legua.

—¡Ah! entonces voy allá.

—¿Qué es lo que está usted diciendo? Si apenas podrá usted tenerse en pié.

—Aun tengo fuerzas; ¿lo vé usted?

Y para hacerlo ver, púsose efectivamente en pié.

—Vaya, no se canse usted, porque eso no es posible.

—Me marcho. Dígame usted lo que la debo.....

—¿Qué me ha de deber usted?

—Yo ya se que no puedo pagar á usted el favor que me ha hecho; mas lo que he tomado.

—No hablemos de eso: pero usted no puede irse.

—Ahora mismo.

Y, al dar el primer paso, flaqueáronla las piernas y tuvo que volver á sentarse en el jergon.

—¿Lo está usted viendo? dijo la cantinera; buena está usted para andar un cuarto de legua de noche, y con mal camino. Está usted espuesta á quedarse en mitad de él.

—¿Y qué he de hacer? ¡Dios mio? ¿qué he de hacer?

Y María, que no encontraba ya lágrimas que verter, se agitaba convulsa, llevándose desesperada las manos á la cabeza.

Universidad de Deusto
Biblioteca

La cantinera, á quien habian contado los soldados la causa del desmayo de María, trataba de consolarla de la mejor manera posible.

—Vamos, cálmese usted, la decia, todavia faltan muchas horas, y ¿quién sabe lo que podrá suceder hasta entonces?

—¡Oh! ¡No, no hay remedio para él!

Fuese por curiosidad, fuese por distraer á María, la interrumpió la cantinera diciendo:

—Debe ser jóven su hijo de usted, porque usted.....

—¡Un niño, amiga mia, un niño!

—Pues entonces, ¿cómo ha estado en las filas enemigas?

—Le llevaron, le arrebataron de mis manos. Yo no queria dejarlo ir; pero él, ¡cosas de jóvenes! en lugar de resistirse á marchar, se empeñó en ir, creyendo que le iban á hacer oficial lo menos. Ya vé usted, no tiene mas que diez y seis años.

—¡Pobre criatura! exclamó la cantinera, dejándose llevar de su buen corazon.

Y aquella exclamacion tan espontánea como sencilla produjo en María un torrente de lágrimas, que alivió extraordinariamente su corazon, oprimido con un círculo de fuego.

—¿Por qué no vá usted, la dijo al cabo de un rato la cantinera, á ver al coronel? Es una persona muy buena. Puede ser que él la diga á usted lo que debe de hacer.

—¿Y dónde vive el coronel? preguntó María enjugándose el llanto apresuradamente, al columbrar una esperanza, por remota y efímera que fuese.

—A dos pasos de aqui: en esa casa que está ahi en frente.

—¡Ah! Pues voy ahora mismo. Gracias, mil gracias por todo.

—No hay por qué darlas; lo principal es que consiga lo que desea.

—¡Ah! ¡si! ¡si! Dios lo haga. El guarde á usted.

—Vaya usted con Él, señora.

Y María echó á andar, casi de priesa, sostenida indudablemente por una febril esperanza.

Era efectivamente el coronel Baeza un cumplido y valiente militar. Queria á sus soldados como á sus hijos; y si en el fragor del combate se olvidaba del cariño que les profesaba para no acordarse sino del cumplimiento de su deber, acabada apenas la lucha, oprimiasele el corazon al tener noticia de la muerte de uno de los suyos.

Dotado de una alma noble y hermosa, repugnábale verter una sola gota de sangre fuera del campo de batalla.

Tal era el coronel Baeza.

En el momento en que María llegaba á la puerta de su casa, preguntando por él, hallábase sentado frente á una mesa atestada de papeles. A su lado estaba un caballero alférez de poco mas de diez y seis años, vivo retrato del coronel.

Era su hijo, que se hallaba adornado de las mismas cualidades físicas y morales del autor de sus dias: fisonomía dulce y espresiva, sangre fría y valor de un veterano, eran las circunstancias que adornaban al jóven Alberto Baeza.

El coronel acababa de escribir una carta, y la estaba repasando á sus solas.....

«Es un valiente entre los valientes, leia para sí el coronel. Si hubieras podido verle, con que serenidad y arrojo se ha puesto al frente de su compañía, cuan-

Universidad de Deusto
Biblioteca

do, heridos ó muertos sus jefes, empezaban los soldados á vacilar, le hubieras comido á besos.

«Allí, en el campo de batalla, ha colocado el general sobre su hombro izquierdo la charretera de alférez. Bien la ha ganado, te lo aseguro, y ya tu sabes que por mucho que yo quiera á tu hijo, á mi Alberto, no me ciega la pasion hasta el punto de no ser verídico y exacto en lo que te digo.

«Enorgullécete, Clara mia, tienes un hijo digno de ti y de tu apasionado—RAMON.»

En aquel momento se presentaba el ordenanza, anunciando que una mujer preguntaba por el coronel.

—¿Qué es lo que quiere? replicó este.

—No lo ha querido decir: dice que tiene que ver al coronel por precision.....

—Que pase, dijo este.

Y un minuto despues llegó María, que, sin poder articular una palabra, se echó sollozando á los piés del coronel.

Se apresuró este á levantarla, y su hijo acercó una silla para hacerla sentar.

Pasado algun tiempo sin que fuese interrumpido el silencio que guardaban los tres actores de aquella escena, mas que por los ahogados sollozos de María, díjola el coronel:

—Vamos, vamos, cálmese usted para que pueda decirme qué es lo que quiere.

—¡Señor!... fué lo único que pudo expresar la pobre madre, pues, ahogada nuevamente por la emocion que de ella se habia apoderado, no pudo seguir hablando.

El coronel esperó sin dar señales de impaciencia á que María pudiera esplicarse, mientras en el semblante de Alberto se revelaba el interés que tenia por

conocer la causa del dolor que así afligia á aquella mujer.

Trascurridos algunos instantes, pudo exclamar María:

—Señor, ¡perdon! ¡perdon!...

—Tranquilícese usted, porque no entiendo...

—¡Mi hijo! ¡mi pobre hijo!...

—¡Su hijo de usted! y bien...

—¡Está prisionero! y mañana...

—¡Ah! comprendo, comprendo.

Y el coronel no pudo añadir una sola palabra que sirviera de consuelo á la afligidísima madre.

—¡Oh! ¡perdon! ¡perdon! volvió á repetir aquella, echándose nuevamente á los piés de Baeza.

Se apresuró Alberto á levantarla, y al hacerla sentar no pudo valerse mas que de una sola mano, pues la otra la tenia ocupada en restregarse los ojos, á donde asomaba rebelde el líquido que rebosaba del corazon.

—¡Es una criatura, señor! ¡Una criatura! exclamó María interrumpiendo el silencio guardado hacia rato.—Le llevaron á la fuerza, le arrebataron de mis brazos; él no queria ir...

María mentia, quizá inconscientemente, pues antes aseguró á la cantinera que su hijo habia ingresado en las filas carlistas lleno de entusiasmo.

¿Pero qué madre no obraria del mismo modo si creia que mintiendo, no una, sino mil veces, podia disminuir en un solo ápice la falta de su hijo?

El coronel callaba, porque no acertaba con la manera de decir á la pobre madre que á él no le correspondia hacer otra cosa sino cumplir el fallo dictado por el consejo de guerra.

—Comprendo, dijo por fin, que no es esa la edad

Universidad de Deusto
Biblioteca

mas á propósito para obrar con reflexion; pero, desgraciadamente, yo nada puedo hacer por él.

—¡Nada! exclamó la madre, mirándole con los ojos fuera de la órbita. ¡Ah! Si usted fuera padre, si tuviera un hijo...comprenderia usted todo el dolor que se encierra en esa palabra.

—¿Y quién ha dicho á usted que no lo sea, y que no le tenga, y que no comprenda su dolor de usted? replicó el coronel en un tono en el que no se sabia si dominaba el reproche ó el dolor.

—¡Oh! Entonces...usted le salvará ¿Verdad que sí? usted salvará á mi hijo. ¡Hijo! ¡hijo mio!

Y al dar la madre este último grito del alma, sintióse Alberto de tal manera conmovido que, temiendo no poderse dominar, se levantó y salió á hurtadillas de la habitacion.

El coronel no hizo atencion á la ausencia de Alberto hasta un rato despues, y, por lo que hace á María, ni aun siquiera habia reparado en él, no obstante haberla ayudado á levantarse y á sentarse repetidas veces.

Seguia la madre sollozando, pendiente de una palabra de esperanza que la dirigiera el coronel; pero este, que no queria engañarla, pues sabia que no habia remedio para su mal, y comprendia que el desengaño seria aun mas terrible para aquella desgraciada, volvió á decirla:

—Siento la desgracia que sobre usted pesa; pero repito que nada puedo hacer por remediarla.

—¡Nada! Está bien; dijo la madre con voz entera y poniéndose en pié, con una fuerza superior á la que podia suponerse del estado del fallecimiento en que parecia estar.—Está bien; al menos no me negará usted, no podrá usted negarme el favor que le voy á pedir.

—Cuente usted que si de mí depende, lo haré.

—¡Oh! Si, de usted depende, de usted solo.... Quiero que me maten al mismo tiempo que á mi hijo; quiero morir con él.

—¡Pobre mujer!... ¡está loca! murmuró el coronel.

—¡Loca! ¡Loca! ja... ja... ja... ¡Dice que es padre, y me cree loca porque quiero morir abrazada á mi hijo.

Y faltándole ya lágrimas que verter á la infeliz, las sustituyó con una carcajada nerviosa.

—Vaya, vaya, tenga usted mas conformidad.

—¡Cómo!... ¿Ni aun siquiera ese favor quiere usted hacerme?... ¡Y me habian dicho que era bueno!....

El coronel empezó á dar vueltas en la estancia, tratando de sacudir el peso de plomo que oprimia su bondadoso corazon.

—¿Con qué ni aun esa gracia me quiere usted otorgar?... repetia á poco rato María, moviendo la cabeza en señal de un terrible desengaño, mientras fijaba su mirada, lánguida unas veces, amenazadora otras, en el semblante demudado del coronel.

—¡Por Dios!...

—¡Oh! No nombre usted á Dios, que es un sacrilegio llamar á Dios con la lengua y rechazarle con el corazon.

—Está usted naturalmente escitada, y necesita usted descanso. Váyase usted, y mañana.....

—¡Mañana! ¡mañana!... ja... ja... ja... Es verdad, mañana... ¡¡hijo!!

Y, atacada de una convulsion nerviosa, cayó de espaldas sobre el entarimado, haciendo temblar la casa toda.

El coronel hizo que entraran dos soldados mandándoles que llevaran á María á una de las alcobas de la casa y avisaran al físico del regimiento para que

Universidad de Deusto
Biblioteca

la medicinara, y que cuando volviera en sí trataran de buena manera de hacerla salir del pueblo, pues temia, y no sin razon, que si permanecia en Nazar en el acto de la ejecucion de los prisioneros, podia dar lugar á una escena doblemente desagradable.

Un cuarto de hora hacia que el coronel se hallaba solo, sin poder reanudar los trabajos interrumpidos con la llegada de Maria, cuando se abrió la puerta repentinamente, con grande estrépito, y apareció Alberto jadeando, húmeda la frente, los pelos en desórden, la levita medio desabrochada y cubierto de piés á cabeza de lodo y fango.

El coronel se levantó sobrecogido al ver á su hijo en aquel estado, y quizás pasóle por la imaginacion que el enemigo estaba á las puertas, cuando en el primer momento echó mano á las pistolas, que estaban sobre la mesa.

—¿Dónde está?—Fué lo único que pudo decir Alberto, tendiendo la vista alrededor de la estancia.

—¿Quién?... replicó el coronel sin comprender á su hijo.

—¡Esa mujer!... ¿Papá, dónde ha ido?

—¡Ah! la madre...¿Y á qué conduce esa manera de entrar?

—¡El perdon! ¡el perdon!... y enseñaba á lo alto un papel que tenia en la mano.

El coronel lo cogió y lo leyó apresuradamente.

«Conmuto la pena de muerte en la de libertad absoluta al prisionero..... (seguia un blanco).—Cábrega 29 de diciembre de 1834.—El general Oráa.»

No adivinaba aun el coronel el sentido todo de aquel escrito, hasta que, repuesto el jóven de la escitacion con que se habia presentado, repitió á su padre en pocas palabras cómo habia llegado á su poder aquella órden del general, que se referia al hijo de la infeliz Maria.

—Apenas, dijo, salí de esta sala, conmovido con el dolor de esa mujer, formé el propósito de salvar á su hijo. Ensillé tu caballo y marché á escape á Cábrega. Presentéme al general y le hice mi peticion.

Observando yo que el general vacilaba para contestarme, añadí:

—Mi general, hagamos un cambio; yo doy á V. E. la charretera que me ha concedido sobre el campo de batalla por la vida de ese pobre muchacho.

Entonces el general se levantó, me alargó la mano y me dijo:

—Merecia usted otra charretera por este rasgo.

Y cogió la pluma y púsose á estender el perdon.

—¿Cómo se llama el prisionero? me preguntó.

—Lo ignoro, mi general, respondí yo.

—¡Cómo! replicó sorprendido; pide usted la vida de un hombre que ni de nombre le conoce...

—Conozco á su madre, mi general.

Y le conté la escena que habia presenciado aqui.

Apenas acabé de hablar, me entregó ese papel, para que llenase el blanco con el nombre del prisionero, y casi sin darle gracias eché á correr, pudiendo asegurarte, papá, que el caballo que te han dado en cambio del que te mataron esta mañana es un hermoso y noble animal; no ha tropezado una sola vez en todo el camino; verdad es que yo creo que no ha puesto los piés en el suelo, pues no ha corrido, sino volado. Conque ¿dónde está esa mujer?

El coronel, antes de contestar á su hijo, dióle un beso en la frente.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Este volvió la cabeza para que no observara su padre el efecto que habia hecho en él aquella muda, pero expresiva recompensa, otorgada á su noble accion.

—Allí dentro debe estar aun la infeliz, dijo el coronel.

—Voy á decirla...

Y Alberto echó á andar hácia la puerta.

—Espera, es necesario prepararla. Si llega á saberlo repentinamente, quizás hiciera en ella la alegria el efecto de un rayo.

—Bien, comunícale tú la noticia como mejor te parezca, pero estoy porque las buenas nuevas, cuanto antes se sepan es mejor.

El coronel llamó y se informó del estado de María: díjole el ordenanza que en aquel momento estaba insistiendo en que queria ir á ver á su hijo.

Mandó que la hicieran entrar.

María se presentó sostenida por dos soldados, pues apenas podia tenerse en pié.

El coronel la hizo sentar, y cuando se quedaron solos empezó á animarla y á darla algunas esperanzas.

María oyó al coronel, animándose á medida que este hablaba, y cuando Baeza la aseguró que la ejecucion no tendria lugar de ninguna manera al siguiente dia, cayó de hinojos, levantando las manos y los ojos al cielo en actitud de gracias á Aquel que le otorgaba tan señalado favor.

—¿Cómo se llama su hijo de usted? la preguntó Alberto, á quien se le hacia tarde el momento de decirla que estaba perdonado.

María volvió la cara al oir la voz del jóven, y fijó

una mirada dulce y amorosa en la expresiva y candorosa fisonomía del mancebo.

Era la primera vez que habia reparado en él, é involuntariamente le echó los brazos al cuello, y, separando su cara de la de Alberto, para poderle ver de frente á la luz de la vela que alumbraba aquella sala, exclamó:

—¡Ah! ¡Así es mi Luis; asi es! repetia dándole un cariñoso beso.

Y como si con este esfuerzo se hubieran agotado todas sus fuerzas, volvió á dejar caer los brazos lánguidamente.

—¿Con qué se llama Luis?... dijo el coronel, mientras Alberto trataba de reponerse de la impresion que habia producido en él el beso de María.

—Luis... repetia la madre, como el eco de la última palabra del coronel.

—¿Luis de?... preguntó este.

María quedó un instante recapacitando lo que deberia contestar, y por fin, como si recobrara la memoria perdida, dijo:

—Luis... eso es, Luis de Urbieta.

«Luis de Urbieta,» escribió el coronel, llenando el blanco del salvo-conducto expedido por el general.

—Ahora bien; ¿quiere usted verle?...

—¿A quién? ¡A mi hijo! ¿Que si quiero verle? ¡Dios mio!... ¡Con el alma y la vida! Señor... Pero... ¿es eso verdad?

Y María se puso en pié, en señal de que estaba dispuesta á marchar.

—No se mueva usted, haremos que venga acá.

El padre entregó el papel al hijo y este salió en

Universidad de Deusto
Biblioteca

busca del prisionero, no sin que antes le alargara María ambas manos, que Alberto se apresuró á estrechar afectuosamente.

¿Cómo podré yo describir, siquiera sea pálidamente, las dudas, la incertidumbre, el temor, la alegría, el sobresalto, las mil distintas sensaciones, en fin, que esperimentaba la pobre madre, mientras aguardaba al hijo de sus entrañas?

Silenciosa, muda, con una mano colocada sobre el corazon, como si quisiera imponer silencio á las palpitaciones que se sucedian cada vez mas rápidas y fuertes; su oido, su mirada, su pensamiento, su alma, en fin, estaba fija, clavada allí, en aquella puerta por donde deberia entrar su vida, reconcentrada toda en el hijo de sus entrañas.

No atendia al coronel, que trataba de calmar su impaciencia y hasta iba indicándola poco á poco que era probable pudiera obtenerse el perdon de Luis, y era tal su escitacion, que se levantó maquinalmente de la silla varias veces, haciéndosele ya largo el tiempo trascurrido desde que salió Alberto.

De pronto sintiéronse pasos acelerados, movióse el pestillo de la puerta, y en el momento en que, abriéndose esta, apareció en primer término el jóven carlista, quiso María correr á su encuentro; pero faltáronle las fuerzas, y, á no haberse apresurado Luis á recibirla en sus brazos, hubiera aquella caido desplomada.

No encuentro yo colores en la paleta y es demasiado tosco mi pincel para pintar, ¡qué pintar! para poder bosquejar este cuadro en que todo es cariño,

amor, pasion, sin que haya en él una sola figura, un solo rasgo que lo descomponga.

El coronel Baeza, de pié, contempla todo conmovido el grupo que forman madre é hijo, confundiéndose sus cuerpos en un estrecho abrazo y sus almas en un mismo pensamiento.

La madre es toda para su hijo; el hijo es todo para su madre.

Alberto se ha detenido, apoyado en la jamba de la puerta, sin que acertara á entrar, ni á pronunciar una sola palabra que pudiera hacer menos elocuente y sublime esta escena en que callan las lenguas, para dejar hablar á los corazones.

Dos lágrimas que ruedan por sus mejillas, dicen mucho mas de lo que pudiera decir su boca.

En el silencio que reinaba en aquella pobre estancia, alumbrada ténuamente por una miserable vela de sebo, dejábanse oir claros é inteligibles los sollozos de la madre y la ahogada respiracion del hijo.

Fuera de eso, nada, ni un grito, ni un ¡ay! nada, en fin, que interrumpiera aquel descompasado respirar, mezclado con el gemido, remedo del hipo de la muerte.

Algun tiempo trascurrió antes de que la madre pudiera exhalar un ¡ay! que diera á conocer que la fuerza vital, reconcentrada hasta entonces en el corazon, iba ya extendiéndose por todo su cuerpo.

El coronel creyó llegado el momento de poder comunicar la grata nueva, y dijo con el tono mas indiferente que le fué posible modular:

—Luis de Urbieta está perdonado, y en absoluta libertad.

Sacudió María la cabeza, hundida hasta aquel ins-

Universidad de Deusto
Biblioteca

ante entre los pliegues del capote de su hijo, y, clavando en el coronel sus hermosos ojos negros, empapados de una dulzura celestial y llenos tambien de un amor puro en que se reflejaba todo un mundo de gratitud, exclamó:

—Señor, ¿á quién, despues de Dios?...

Antes de que acabara la frase, señaló el coronel con el dedo á su hijo, que permanecia aun inmóvil en el vacio de la puerta, y, cogiendo María al suyo de la mano, le arrastró con una fuerza sobrenatural á los piés de Alberto, exclamando:

—¡De rodillas, de rodillas, hijo mio, ante tu ángel salvador! ¡Que Dios quiera concederte un dia la gracia de poder pagar *la deuda del corazon* que acabas de contraer!. . . . . .

. . . . . .

Poco despues, el coronel Baeza escribia al pié de su carta la siguiente post-data:

«Te he dicho, Clara mia, que nuestro hijo es un valiente entre los valientes.

»Aun es mucho mejor que eso. Aun posee otra cualidad que le hace mucho mas digno de tí.

»Es bueno entre los buenos.»

II.

Paso del puente de Bolueta.

El ejército carlista, compuesto de un escuadron y de dos batallones de navarros, al mando del general

Maroto, fué atacado en sus posiciones de Arrigorriaga, en la mañaua del 11 de Setiembre de 1835, por la vanguardia del cuerpo isabelino, mandada por el general en jefe D. Baldomero Espartero.

Fuése que los carlistas se encontraran sorprendidos por lo brusco del ataque, ó que viesen que tras la vanguardia seguia el resto del ejército enemigo, compuesto de las columnas de Ezpeleta y Evans, es lo cierto, que el futuro conde de Luchana se apoderó de las posiciones enemigas á muy poca costa, haciéndose dueño, despues de un escaso fuego de fusileria, de la casa fuerte en que se habia fortificado una compañia de carlistas.

Unas horas despues de alcanzada esta ventaja sobre el enemigo, el general Espartero dispuso volver á Bilbao, de donde habia salido; con tanto mas motivo, cuanto que tuvo noticia, por los prisioneros, de que el grueso del ejército carlista, con D. Carlos á la cabeza, habia salido de Durango, en direccion tambien de Bilbao.

Púsose, pues, en movimiento, disponiendo las fuerzas en sentido opuesto al adoptado por la mañana, esto es, la columna de Evans formando la vanguardia, Ezpeleta el centro, y él la retaguardia.

Apenas fué iniciada la retirada, las tropas carlistas, que hasta entonces habian estado á la defensiva, cargaron impetuosamente sobre la columna del general Espartero, sin que le diesen el tiempo preciso de poder organizar sus fuerzas en plan de batalla.

Cuidóse por el momento el general isabelino nada mas que de defenderse en retirada, esperando confiadamente que, lo mismo Ezpeleta que Evans, avanza-

Universidad de Deusto
Biblioteca

rian en cuanto tuvieran conocimiento de que estaba empeñada la accion.

Pero estos dos generales, confiados en que, despues de la victoria tan fácilmente alcanzada por la mañana, el ejército enemigo no tendria ni el valor ni las fuerzas bastantes para atacar á su vencedor, se dirigieron á Bilbao, viéndose sorprendidos al ser ellos mismos atacados por una columna enemiga, de la que no tenian noticia, y con tal ímpetu, que apenas les quedó mas tiempo que el preciso para entrar en la villa, no muy bien parados.

Espartero seguia batiéndose por escalones, juzgando siempre que muy pronto veria reforzadas sus fuerzas por las del centro, cuando al llegar al alto de Ollargan y tender la vista sobre la carretera, quedó tristemente desengañado, al ver que el único punto por donde deberian pasar sus tropas se hallaba en poder de las del enemigo.

Comprendió lo terrible de su situacion, pero sin darlo á conocer á los suyos defendió el terreno palmo á palmo, hasta quemar el último cartucho.

Mientras la columna reconcentrada toda se disponia á abrirse paso por entre las tropas enemigas, que se habian posesionado de la carretera, el general, que vió habia llegado el momento de morir con gloria, arremetió, lanza en ristre, á la cabeza de su guardia de honor, contra el grueso del ejército carlista.

Una descarga cerrada diezmó á los que á su derredor marchaban, y fué él mismo herido en un brazo.

La esperanza, que hasta aquel momento habia sostenido el ardor del soldado isabelino, creyendo que muy en breve seria socorrido por la columna Ezpeleta, tornóse en desaliento, al conocer la triste realidad. Dióse la voz de «sálvese el que pueda», y lo que hasta aquel instante habia sido ejército disciplinado, se volvió una turba de hombres desbandados, que no escuchaban otra voz de mando, ni tenian mas ley ni norma que el deseo y afan de escaparse de una muerte probable.

Una compañia de cazadores sostenia aun impávida el fuego contra el enemigo. Cuando aquellos valientes traspasaron la cima del monte de Ollargan y vieron la completa derrota de sus compañeros, cundió tambien el pavor y la indisciplina en ellos; pero repuestos inmediatamente de aquel primer movimiento de indecision, merced á las voces de mando de su jefe, formaron, sin que faltara uno solo, en columna de batalla, y dispusiéronse á vender caras sus vidas.

Grandioso é imponente era el espectáculo que presentaba aquella masa de hombres; con el fusil inclinado, armada bayoneta, esperando nada mas que oir la voz de mando para correr á matar y morir.

Y era mas imponente y grandioso aun, al observar que el jefe que guiaba á aquellos bravos era un jóven subteniente, casi un niño, pues no representaba tener arriba de diez y siete años.

Habia reemplazado al capitan y teniente de la compañia, muertos durante la lucha que venian sosteniendo hacia ya mas de cuatro horas.

El alférez púsose al frente de los suyos, y, señalando con el dedo el ejército enemigo que les esperaba á corta distancia, á la cabeza del puente de Bolueta, exclamó:

—¡Soldados! ¿Los veis? Allí están ¡cobardes! espe-

Universidad de Deusto
Biblioteca

rando á que nos ataquen por la espalda. Antes que esto suceda, vamos á buscarles. ¡Si me seguis unidos, veremos quien es el guapo que se nos pone por delante! ¡A ellos, muchachos!

A este grito, que, repetido por aquellos mártires, ahogó por un momento el ruido del cañon, arremetió el jóven con la espada en una mano y una pistola en la otra, en direccion á un cuerpo de ejército diez veces mayor que sus cien escasos hombres, que de cerca le seguian.

El choque fué terrible: la muralla de carne humana que se puso delante fué abierta en brecha á impulsos de aquel ariete formado de puntas de acero.

De los cien valientes que se habian arrojado con la furia de cien leones en el fuego de la calentura, no llegaron á rebasar cincuenta la línea del enemigo.

El jefe que los guiaba, que habia salido, gracias á la pistola de dos tiros, nada mas que con su capote, agujereado por varias partes, conservó la sangre fria y serenidad bastantes para ver que al extremo allá del puente estaba formada otra columna enemiga, y, volviendo la cara hácia atrás, vió tambien que quedaban ya pocos de los suyos para acometer de frente, por mucho que su valor fuese, contra los que les esperaban á pié firme.

Hizo un cambio rápido hácia el flanco izquierdo, y tomó la márgen de la ria.

Una descarga cerrada diezmó nuevamente las filas de los cazadores.

No habia tiempo que perder; solo era ya cuestion de poderse librar de los disparos que les hacian por la espalda. Pero eran estos tan certeros, que pocos

quedaban ya de aquellos valientes que pudieran contar tan terrible jornada.

Por fin llegó el alférez con treinta de los suyos á un bajo del sendero que seguian, en donde, por hallarse á cubierto de los disparos enemigos, pudieron descansar unos minutos y tomar aliento para emprender nuevamente su marcha en direccion á Bilbao.

Formada tenia ya el alférez su escasa fuerza y dispuesto estaba á echar á andar, cuando instantaneamente se encontró rodeado de una columna enemiga que parecia haber brotado de la tierra.

—¡Alto, ó sois muertos!

A esta voz, que fué lanzada por el jefe de la columna carlista, los soldados isabelinos dieron á huir en direcciones encontradas, siendo muchos los que se arrojaron al rio, buscando una muerte segura antes que consentir en rendirse.

El alférez, que habia ya reemplazado su pistola descargada por otra cargada hasta la boca, contestó á aquel grito con un disparo á quemaropa contra el primer enemigo que se le puso delante.

Aquel tiro, disparado en el momento en que no podia esperarse ni la mas pequeña resistencia, obtuvo por contestacion una descarga, y dos balas atravesaron el brazo y muslo del alférez, haciéndole morder la tierra.

No habia aun acabado de caer el jóven oficial, cuando un granadero de jigantesca estatura y de hercúleas fuerzas arremetió contra él con bayoneta calada, y, clavándosela por el muslo, le lanzó, dando vueltas por el aire, acabando por zambullirle en el rio.

En el instante mismo en que el subteniente caia en

Universidad de Deusto
Biblioteca

el Ibaizabal, volviendo la cara hácia el enemigo como si tratara aun de desafiarle, un jóven sargento carlista que habia presenciado como todos los suyos las vueltas que aquel habia dado en el aire, arrojó el fusil al suelo de improviso, quitóse el capote casi al mismo tiempo, lanzó una mirada al cielo, y exclamó:

—¡Madre mia! ¡protéjeme! y se lanzó al rio de cabeza.

Mientras los soldados carlistas, sin comprender la accion del sargento, seguian con la vista todos sus movimientos, nadaba este con tales brios y tan maestramente en direccion al sitio en que se hallaba sumergido el alférez isabelino, que en breve se encontró próximo á él.

En aquel momento asomaba el oficial la cabeza á la flor del agua; mas cuando el sargento se avalanzó á agarrarle, desapareció de la vista.

Zambullóse el sargento como pudiera hacerlo un pez, y un minuto despues sacaba fuera del agua una de las manos, de la que colgaba la cabeza del oficial, y acto continuo asomó la suya el carlista.

Pero apenas volvió aquel á tomar aliento recobrando sus fuerzas enervadas en el fondo del rio, se agarró con ambas manos al cuello del carlista, y desaparecieron ambos de la vista de los circunstantes atónitos, que eran todos los compañeros del sargento.

Largo rato trascurrió sin que las superficies de las aguas tuvieran ni el mas pequeño movimiento que diera á conocer el punto en que estaba trabada aquella lucha á muérte; y cuando todas las miradas estaban fijas en el sitio en que los combatientes se habian sumergido la última vez, apareció el sargento á

corta distancia de la orilla opuesta, llevando al alférez cogido del cuello con su mano izquierda, mientras con la derecha nadaba desembarazadamente hacia tierra.

Durante la escena que acababa de tener lugar no se oyó un juramento, ni una voz, ni un grito, nada, en fin, que pudiera dar á conocer la causa que habia impulsado al carlista para ir á buscar al isabelino.

Llegaron ambos á tierra, ó mas bien, llegó el sargento arrastrando tras sí al oficial, amoratado, vertiendo sangre de sus heridas, y al parecer sin vida.

Permaneció el jóven carlista contemplándole un breve instante, colocó luego su mano sobre el corazon del que yacia tendido en tierra, y retirándola inmediatamente, cargóle sobre sus espaldas, echando á correr rápidamente, como si no llevara carga ninguna, en direccion á Bilbao.

Atónitos quedaron los que presenciaban esta escena, y cuando empezaron á pensar que la conducta del sargento tenia todas las apariencias de una traicion, hallábase ya este lejos del alcance de las balas que pudieran enviarle, y casi, casi, fuera del alcance de la vista.

Corria, corria el carlista sin tregua ni descanso atravesando por medio de los soldados isabelinos que, dispersos y derrotados, huian sin cuidarse del sargento, pues aparte de que nada tenia de particular el que llevase á un herido, allí, donde eran tantos los heridos trasportados en hombros de sus compañeros, el jóven carlista iba en mangas de camisa, y con la cabeza descubierta, y no habia, por consiguiente, quien pudiera sospechar de él fundadamente.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Así llegó á Bilbao, jadeando, mojado de piés á cabeza, y sudando, no obstante, por cada pelo una gota. Y sin detenerse mas tiempo que el preciso para preguntar por la direccion del hospital, entró en este, pidiendo con desenfado y hasta en tono de mando una cama en donde poder acostar al herido.

Diéronsela, y púsose á desnudar al oficial, enfadándose con todos los que no lo hacian á medida de sus deseos.

Sentóse luego á la cabecera del que mas bien que herido parecia un cadáver, y cuando llegaron los facultativos y reconocieron las heridas y el estado general del paciente, escuchó atentamente y hasta con avidez el diagnóstico y pronóstico que formularon.

Resultaba del primero, que la herida del muslo, que pudo ofrecer algun peligro, habia mejorado en condiciones, debido al bayonetazo que la rasgó en disposicion de hacer que la bala pudiera ser extraida fácilmente.

La herida del brazo no habia interesado hueso alguno.

Y por lo que hace al estado general, la sangre que en abundancia habia vertido el oficial contribuyó en gran manera á que no tuviera lugar la asfixia por completo.

En una palabra, el estado del herido, si bien grave, no era desesperado, y, salvo un acceso ó una gran debilidad, podia esperarse su curacion.

Dos horas despues, que el sargento las pasó sentado al lado del enfermo ó bien practicando los remedios recetados por los facultativos, opinaron estos que el herido habia entrado en una reaccion franca.

. . . . . .

A la caida de la tarde del 21 de setiembre hallábase un jóven vestido con el capote pardo de los soldados carlistas arrodillado frente á una sencilla cruz de madera, elevada en tierra, en el Campo santo del pueblo de Averniz.

—¡Madre mia! exclamaba con los ojos húmedos del *sudor del alma*, ¡madre mia! regocíjate; he pagado la *deuda del corazon* que contragimos tú y yo hace nueve meses.

. . . . . .

La victoria de Vad-Ras, alcanzada por las armas españolas el 23 de marzo de 1860, agregaba un floron mas á la corona de Castilla, y daba una tumba gloriosa al coronel D. Alberto de Baeza y al comandante D. Luis de Urbieta.

FIN DE LA BATALLA DE NAZAR.

Universidad de Deusto
Biblioteca

LA BATALLA DE ARQUIJAS.

I.

Un año antes.

A principios del año de 1833 habia en uno de los batallones de la Guardia Real, un teniente que representaba tener veinticinco años, pero que por su carácter formal y sério se le conocia entre sus compañeros con el nombre de *el viejo*.

Efectivamente, jamás se le habia visto tomar parte en las bromas y diversiones tan comunes entre los jóvenes militares. Las horas, fuera del cumplimiento de su deber, pasábalas completamente solo ó en compañía del coronel, hombre encanecido en el servicio de las armas.

Sin embargo, no habia entre sus compañeros uno solo que no le apreciara, á la vez que le respetara de todas veras.

Y era que siempre que se veian en algun apuro, bien fuese por falta de metálico, bien por algun desliz en el cumplimiento de la ordenanza, D. Luis Ramirez, que este era el nombre del teniente, era el paño de

Universidad de Deusto
Biblioteca

lágrimas en que enjugaban lás suyas sus compañeros de armas.

En resúmen, D. Luis Ramirez era un cumplido caballero y un pundonoroso militar.

No habia sido, no, su carácter en otro tiempo, tétrico y taciturno como lo tenia por entonces.

Alegre, espansivo, decidor, fué, no hacia muchos años, uno de los jóvenes mas alborotados de la villa y córte de Madrid. Pero los acontecimientos de su vida privada, hicieron que sufriera el cambio tan notable que en él se observaba.

A la edad de 22 años habia contraido matrimonio con una jóven tan linda como pobre. Empero, como no contara con el asentimiento de su padre para dar este paso, ó mas bien, como lo diera á despecho de la opinion de este, vióse precisado á tener que pensar en adquirir una posicion en la sociedad, que le garantizase la independencia en que quiso colocarse. Gracias á sus buenas relaciones, pudo obtener una charretera en el cuerpo á que ahora pertenece.

Un año despues murió su padre sin querer perdonarle, llevando hasta mas allá de la tumba el rigor con que le tratara en vida. Dejóle desheredado completamente, legando todos sus bienes á otro hijo que tenia de sus segundas nupcias, celebradas cuando D. Luis era todavia un niño.

Sintió mas que la pérdida de sus bienes la conducta observada por su padre para con él, y si no podia dejar de serle dolorosa su muerte en cualquiera época, lo fué mas con aquellas circunstancias, pues comprendia que solo en fuerza de una obcecacion, ó mal aconsejado, podia su padre haberle olvidado en sus

últimos momentos, á él, que no habia dejado de amarle entrañablemente un solo instante.

Envióle Dios, por aquellos dias precisamente, un ángel encargado de mitigar gran parte de los acerbos dolores qne sufria. Una niña hermosisima, á quien puso por nombre Consuelo, vino á secar con sus tiernas manitas las lágrimas que de continuo derramaba por la memoria de su desgraciado padre.

En el amor filial habia encontrado una compensacion del desvio ó tédio con que le tratara aquel á quien él debia el ser. ¡Qué mucho que se mirara en las niñas de los ojos de su ángel de redencion!

Los dias felices no corren, que vuelan. Un año pasó como un soplo en la vida del alférez. Al cabo de este tiempo, tuvo que ausentarse de la córte con una comision que debia durar dos meses, y aun cuando, en recompensa del servicio que iba á desempeñar, le habian ofrecido cambiar la charretera del hombro izquierdo al derecho, marchó con el corazon oprimido. Temia, sin saber por qué, el paréntesis que iba á abrir en su vida de felicidad doméstica.

Sus tristes vaticinios no pasaron, sin embargo, de pueriles temores. Cumplida su mision satisfactoriamente, tornó al lado de su adorada hija, que la encontró mas alegre y hermosa que la habia dejado, y de su querida esposa que la halló mas linda y graciosa que nunca.

Al cabo de algunos dias, creyendo observar, no obstante, en esta, menos espansion y jovialidad que en otro tiempo, no pudo resistir al deseo de preguntarla cariñosamente:

—¿Qué tienes, Dolores?

Universidad de Deusto
Biblioteca

—¡Yo! nada.

—No es cierto. A ti te sucede algo que me ocultas.

—¡Qué tontería! ¿Qué me puede suceder á mí que no lo sepas tú?

—Francamente: yo encuentro en tí un no se qué, que me hace creer que no me amas como antes.

—¡Es lo único que me faltaba! Que tú me echaras en cara lo mismo que yo debiera echártelo.

—No comprendo...

—Pues bien claro está. Yo no comparto mi amor, mientras que tú...

—¿Acaso lo comparto yo? ¿Con quién?

—¿No lo guardabas antes entero para mí?

—Ciertamente que sí. Y ahora...

—¿Ahora no lo repartes entre tu hija y yo? Luego...

—Ja, ja, ja!...

—¡Te ríes!

—¿Pues no quieres que me ria al ver que tienes celos de un pedazo de tus entrañas?

—No, no tengo celos, pero...

—Vamos, confiesa que necesito tomarlo á risa.

—Haces bien, porque de este modo te evitas un mal rato.

—Ven aquí, pobre mujer. ¿No conoces que el cariño que tengo á mi hija refluye en tí? Que si la amo tanto, no es solamente porque es hija mia, sino porque tambien lo es tuya? ¡Ah! ¡Doy gracias á Dios porque á tan poca costa me ha querido sacar de la penosa incertidumbre en que me encontraba! Porque espero, ¿quién lo duda? que te convencerás muy pronto de que cuanto mas ame á Consuelo mas te idolatro á tí.

No fué esta la única esplicacion que medió entre

ambos esposos. Reprodújose repetidas veces, pero sin que por esto dejase de ir en aumento la melancolía y tristeza de Dolores.

El teniente, fiel observador de su obligacion, acostumbraba asistir al cuartel á las horas que le señalaba la ordenanza. Un dia que volvia mas temprano que otras veces, se halló cara á cara, en las escaleras de su casa, con su hermano consanguíneo.

—¡Qué busca este hombre aquí!—pensó; mas antes de que se hiciera esta pregunta á sí mismo, pasóle por la imaginacion hacer con él lo que se hace con un bicho venenoso. La memoria de su padre, contuvo el primer impulso de su corazon.

Aquella misma noche, estando en el café con varios amigos, llamóle uno de ellos aparte. Era el tal una cabeza deshecha, que en otro tiempo habia sido compañero de correrías de D. Luis. Las relaciones se habian enfriado, desde el dia en que Dolores prefirió á este antes que á él, que tambien tuvo pretensiones á su amor, y casi concluyeron completamente desde que D. Luis hacia la vida de hombre honrado. Chocóle, por tanto, al teniente aquella llamáda, pero no hizo una sola pregunta sobre el objeto de ella.

—Te he llamado á solas, le dijo su antiguo amigo, porque quiero comunicarte un secreto que te interesa.

—¿Qué es ello? preguntó D. Luis en tono indiferente.

—Ya te he dicho que es un secreto de interés para tí.

—Bueno. Pero dilo pronto porque no estoy de correa para oir majaderías.

—¿Me prometes que no te enfadarás?

—¡Dále! No puedo prometerlo, porque me estás enfadando desde este momento.

Universidad de Deusto
Biblioteca

—Es que no quisiera que luego...

—¡Vaya!... Buenas noches.

Y el teniente se levantó con intencion de volver á la otra mesa.

—¡Espera, hombre! Yo queria prepararte, pero... ya que te empeñas lo diré sin preámbulos.

Y bajando la voz de modo que solo pudiera oirlo D. Luis, añadió:

—¡Luis! ¡Tu mujer te es infiel!

—¡¡Mientes!! ¡Vil difamador!—fué la respuesta del teniente Ramirez, acompañada de un bofeton tan ruidoso que se oyó en todo el café.

—¡Uno de los dos tiene que morir! gritó el ofendido públicamente, agarrando del cuello de la levita al que habia sido su amigo.

—¿Quién lo duda? pero, ¡chiton sobre la causa del duelo, porque si se descubre, no me bato, te asesino!

Casi todos los concurrentes al café, acudieron presurosos á presenciar la escena que debia seguir al bofeton; pero con sorpresa general, se oyó decir á D. Luis Ramirez, con la mayor naturalidad del mundo:

—Sean ustedes testigos, señores, de la satisfaccion que doy á mi amigo D. Ricardo Torregal por la ofensa que acabo de inferirle, dimanada de una equivocacion. En vista de esta justificacion, que hago pública, no dudo me otorgue nuevamente su amistad.

—Tiene razon mi amigo D. Luis Ramirez; ese bofeton iba dirigido á otro; por consiguiente, salvo la señal que puede aun existir en mi mejilla, pero que desaparecerá muy pronto, no queda ya rastro de él. En prueba de la sinceridad de lo que digo, venga esa mano, Luis. ¡Mozo! dos copas de ponche.

En este apreton de manos, sellaban aquellos dos hombres un juramento de muerte.

Pocas horas despues se estaban haciendo los preparativos de un duelo, á un costado de las tapias de la Fuente Castellana.

Fueron completamente inútiles las observaciones hechas por los padrinos de ambos contendientes, para que la cuestion se dirimiese amigablemente.

D. Luis no quiso oir proposicion de ninguna clase; y por su parte D. Ricardo creia que la ofensa que habia recibido no podia borrarse sino con la sangre de su adversario. Cargáronse cuatro pistolas; dos para los adversarios, las otras dos para los padrinos.

Se midieron diez pasos. La noche estaba oscura y no podian verse los combatientes. Convinieron en avanzar hasta el momento en que quisieran hacer uso de las armas.

Dáse la señal del combate, y avanzan los enemigos hasta llegar á distinguirse completamente. Apenas se hallan separados por cuatro pasos. Un minuto despues se ilumina la escena por dos fogonazos, é instantáneamente se oyen dos tiros que casi se confunden en uno por la simultaneidad con que se dispararon. Ambos combatientes permanecen de pié un instante despues de las detonaciones; pero antes de que los padrinos se acerquen á cerciorarse del resultado de aquellos, cae de bruces D. Luis, atravesado el pecho de un balazo.

Metiéronle en un coche llevado á prevencion y le condujeron á su casa, falto completamente de conocimiento.

Al cabo de tres dias que permaneció en este esta-

do, perdida muchas veces la esperanza de salvarle, volvió en sí, balbuceando el nombre de su hija.

¡Llamábala vanamente! La noche del duelo, momentos antes de que fuese conducido D. Luis á su casa, mortalmente herido, habia huido de ella su esposa, llevando consigo al amor de los amores de Don Luis.

Los primeros dias se le tuvo engañado, pretestando que las habian mandado fuera á la madre y á la hija por el grave estado en que él se hallaba. Pero cuando llegó á conocer la verdad de lo ocurrido, no pudo resistir con ánimo sereno al dolor que le causaban su deshonor y la pérdida de lo que mas amaba en el mundo.

Estraviósele la razon completamente, y sabe Dios hasta cuándo hubiera continuado en tal estado, sin los cuidados de sus números amigos, unidos quizás á la esperanza de volver á hallar á su hija idolatrada.

Aprovechando cuatro meses de licencia que obtuvo para convalecer, corrió inútilmente toda España en busca de su Consuelo. En cambio halló una amargura mas. Supo que el vilipendiador de su honra era su hermano consanguíneo.

Desde entonces datan su carácter tétrico y taciturno y las huellas de los sufrimientos de su ánimo.

II.

El dia de la batalla.

Tres horas há que se halla empeñada la batalla de Arquijas.

Indecisa está la victoria, merced al bizarro teson de unos y otros combatientes. Caras se venden allí las vidas. No hay uno solo de aquellos héroes que no comprenda que un momento de indecision puede ser causa de su muerte, de su deshonra. El suelo se enrojece: mézclanse los vapores que despide la tierra con el humo de la pólvora. ¡Huele á sangre! Hay momentos en que no se dispara un solo tiro; ni aun casi se oye el ruido del choque acerado de las armas blancas. ¡En aquella horrible y encarnizada lucha, empeñada entre hijos contra padres, y entre hermanos contra hermanos, se desgarra, se despedaza, se muerde! Una hora mas y... cantará victoria el último que quede con vida.

Entre las figuras que se destacan en aquel horrible cuadro, hay un grupo formado por un oficial carlista y un granadero de la Guardia Real. Herido el primero en el pecho, y puesta una rodilla en tierra, trata de sostener aun una lucha desigual con el soldado de Isabel II. Levanta este el fusil agarrado por el cañon para dejarlo caer con toda su fuerza, aumentada por la rábia de verse detenido un solo instante por un enemigo á quien consideraba ya vencido. Fáltanle á este las fuerzas totalmente en aquel momento, por la mucha sangre vertida de la herida, y esclamando con voz ahogada:—¡hijos mios!—dá con la cabeza en tierra, en el momento en que el arma del enemigo iba á hacérsela saltar en pedazos, dando por resultado que es esta la que salta al chocar contra el suelo.

Auméntase el coraje y encono del granadero, y se abalanza al caido, con ánimo resuelto de ahogarle en

Universidad de Deusto
Biblioteca

sus brazos....; en este instante se siente agarrado por la espalda y oye una voz que le dice:

—¡Déjale, Juan! ¿No has oido que tiene hijos?

—Pero, mi capitan, si es que...

—¡Anda adelante! allí encontrarás quien te haga frente,—le interrumpió el capitan señalándole el enemigo.

—¡Tiene usted razon! ¡qué diablo!—replicó el soldado despues de un momento de indecision,—este ya poco puede dar de sí. Vamos á ver caras nuevas. ¡Viva la Reina!—y marchó al centro del combate.

Dudaba el capitan D. Luis Ramirez qué partido tomar respecto al enemigo que se hallaba en tierra. Ni sabia con seguridad si vivia aun. Resuelto estaba ya á abandonarle, pues no veia medio de poder prodigarle socorros, cuando acertaron á pasar á corta distancia cuatro soldados con una camilla vacia.

—¡Eh! ¡Muchachos! cargad con este hombre y llevádosle;—y dicho esto, sin esperar á ver si era cumplimentada su órden, corrió á ponerse al frente de su compañia.

Era ya anochecido, y persuadidos sin duda los combatientes de que no podian hacerse dueños del campo, se replegaron en buen órden; Oráa con sus tropas á Zúñiga, Zumalacárregui con las suyas á Orbiso.

Tal fué el resultado de la batalla de Arquijas, dada el 15 de diciembre del año de 1834, entre los dos bandos en que se hallaba dividida por entonces la nacion española.

No hubo allí vencedores ni vencidos: pero hubo sangre derramada á torrentes, como que costó la vida á mas de doscientos de los combatientes, y pasaron de mil los heridos de mayor ó menor gravedad. Hiciéronse por una y otra parte un insignificante número de prisioneros. ¡Pobres víctimas que debian ser inmoladas, para sostener vivo, y aumentar si posible era, el ódio que mútuamente se profesaban liberales y realistas, negros y blancos, cristinos y carlistas, españoles y..... españoles!

Cuando hubieron llegado á Zúñiga las tropas de Isabel II, D. Luis recordó á su recomendado el oficial carlista. Aunque no confiaba mucho en que hubiesen sido cumplimentados sus deseos, por los críticos momentos en que fueron dictados, y confiaba menos aun de que hubiesen podido trasportar al oficial con vida, preguntó por él. Supo con gran sorpresa que era uno de los pocos prisioneros hechos en aquella jornada, y que, si la herida no le mataba aquella misma noche, debia morir fusilado al siguiente dia.

—Hubiera valido mas que le hubiese dejado matar, pensó el capitan.—¡Pobres criaturas!—y casi sin pensarlo se dirigió hácia la casa en que se hallaba el prisionero. En la puerta se encontró á un sacerdote, que salia de administrarle los auxilios espirituales. Llegó á la alcoba, y aunque comprendia que aquel infeliz á quien veia postrado en un mal jergon, no estaria en disposicion de hablar largo rato, juzgó que, pues debia morir muy pronto irremisiblemente, no podia serle perjudicial su visita, y que, por el contrario, podria quizás servir á consolarle en tan tremendos momentos.

Se acercó á la cabecera de la cama. El carlista tenia los ojos abiertos, pero no los fijó en el capitan. Estuvo este vacilando unos segundos sin resolverse

Universidad de Deusto
Biblioteca

á hablarle, hasta que por fin, casi involuntariamente, le preguntó á media voz:

—¡Tiene usted hijos! ¿verdad?

Volvió el herido la cabeza, y miró de hito en hito al capitan, pero no contestó una sola sílaba á la pregunta que le hacia.

Costábale al capitan trabajo reproducirla, pero conociendo que los momentos aquellos eran supremos, volvió á decir:

—¡Caballero oficial! ¡Tiene usted hijos y se acuerda de ellos! ¿no es cierto?

El carlista por única respuesta, alargó la mano al capitan Ramirez y dejó correr dos gruesas lágrimas por sus mejillas.

—¿Tienen madre?

Movió el moribundo la cabeza en sentido negativo, y metiendo la mano con gran trabajo en el bolsillo, alargó al capitan una carta teñida en sangre.

Era de Tolosa, dirigida á D. José María de Aguirre, y estaba fechada el 10 de aquel mes.

Comunicábasele en ella el fallecimiento de su esposa, y le decia su criada, de quien era la carta, que quedaba al cuidado de los niños, esperando que dispusiera de ellos.

—¿Tiene usted algun pariente que se encargue de esos niños?...—¿Tampoco?—Está bien. Quedan bajo mi amparo,—añadió con el tono mas natural del mundo.

El herido hizo un esfuerzo para tratar de echarse en brazos de aquel á quien debia mas que la vida, pero no pudiendo satisfacer su deseo, levantó las manos al cielo, y murmuró:

—¡Dios mio! ¡llévame á tu lado para que pueda pedir por él!

—¡No, no pida usted por mí! ¡pida usted por mi pobre hija!—exclamó enternecido el capitan.

No debió ser oida esta súplica por el moribundo, pues apenas acabo de hacer aquel esfuerzo supremo, quedó profundamente aletargado.

Pocos momentos despues, salia de la alcoba el capitan, preñados los ojos en lágrimas.

Al poner el pié en la calle, encontró al soldado á quien habia pedido por aquella vida que ya no debia prolongarse arriba de algunas horas, y le llamó diciendo:

—¡Escucha, Juan!

—Mande usted, mi capitan.

—Vengo de esa casa, de ver á un hombre que está acabando... ¿adivinas quien es?

—Son tantos, mi capitan, los que están dando su alma á Dios, que no es posible... Sin embargo, comprendo que debe ser algun amigo de usted por la cara que trae. ¡Cómo ha de ser! Hoy ellos y mañana nosotros.

—Pues te equivocas; porque no es mas que un conocido. ¿Te acuerdas de aquel á quien querias matar esta tarde?

—¡Han sido tantos los que!... Pero ya, ¡ya caigo! Usted se refiere al oficial aquel, por quien se me rompió el fusil, ¡un fusil inglés! ¡Pobre diablo!... A estas horas ya estará en el mundo de la verdad.

—Pues te equivocas tambien, porque aun está en este mundo de mentiras y de miserias.

—¿Y cómo sabe usted?...

Universidad de Deusto
Biblioteca

—¿No te he dicho que acabo de verle en este instante? Está en esa casa que ves ahí, y aunque supongo que el infeliz no necesitará ya de muchos auxilios, yo te agradeceria que de vez en cuando fueses á verle, y le dieses aunque no sea mas que un poco de agua, pues es muy probable que tenga sed.

—¡Bueno! Si no es mas que eso...

—Nada mas. ¡Ah! Y como puede suceder que no tengas donde dormir, podias pasar la noche en su cuarto.

—¡Demonio! Exige usted mucho de mí, mi capitan. Sin embargo, si usted lo manda...

—No, yo no lo mando; no hago mas que suplicártelo, porque creo que haciendo bien á nuestros semejantes, es el mejor medio de que Dios nos perdone las atrocidades que cometemos.

—¡Bueno! ¡Qué remedio!

—No, no quiero que lo hagas á la fuerza; si te cuesta trabajo lo dejas.

—No señor; haré como usted lo dice.

—Toma para que puedas remojar la boca con vino, mientras mojas la del pobre herido con agua;—y sacando un napoleon del bolsillo lo alargó al soldado.

—Deje usted, mi capitan... Yo haré lo que ha dicho.

—Bien, hazlo. Pero eso no quita para que yo quiera hacerte este regalo. Marcho mañana y Dios sabe cuando nos volveremos á ver.

—¿Con qué es cierto que nos deja usted mañana? Ya me lo habian dicho, pero no queria creerlo.

—Sí, mañana mismo.

—¡Lo siento! porque le habia á usted tomado ley.

—Ya lo sé. Tambien yo te aprecio, porque sé que

eres bueno. Vaya, toma esto, y echa una copa á mi salud.

—¡Corriente! No quiero que diga usted que soy un desagradecido. Por lo que hace al herido, déjele usted á mi cuidado.

—No te molestará mucho; porque si no muere esta noche, mañana.....

—Es verdad, que de un modo ó de otro tiene poca vida el pobrecillo. ¡Cómo ha de ser! No hay mas remedio que conformarse con la voluntad del que manda.

—Vaya, hasta otra vez, Juan.

—Páselo usted bien, mi capitan; ya sabe usted, si se ofrece algo: «A Juan Castañas, en la compañía de granaderos del primer batallon de la Guardia Real, ejército del Norte.»

Castañas fué á cumplir el compromiso contraido, y el capitan á su alojamiento.

D. Luis Ramirez, capitan hoy, merced á su bizarro comportamiento en el campo de batalla, abandona efectivamente mañana el campamento militar. ¿A dónde vá? A buscar el *Consuelo* que perdió hace un año.

Hace un mes que recibió la noticia del fallecimiento *ab intestato* de un tío suyo, venido de Indias. El fuerte capital que ha dejado pertenece á D. Luis y á su hermano consanguíneo, pero, como no se sabe el paradero de este, entra aquel á disfrutarlo por completo. Obtenida ya la licencia absoluta que habia solicitado, marchaba al siguiente dia á San Sebastian y desde allí á Francia para hacerse cargo de la herencia y correr luego tras su esperanza, que no queria, que no podia perderla.

Agregado á una columna que marchaba á la capi-

Universidad de Deusto
Biblioteca

tal de Guipuzcoa, salió D. Luis al siguiente dia del pueblo de Zúñiga.

No habia aun perdido de vista las últimas casas de este, cuando llegó á sus oidos la detonacion de una descarga.

Don Luis oró por el alma de D. José María de Aguirre, y volvió á ofrecer el cumplimiento de la obligacion con él contraida. Tornó entonces á su imaginacion, con nuevo vigor, el recuerdo de su pobre hija, y sin poderse contener, exclamó:

—¡Pobres criaturas! ¡Ah! pero á vosotras os queda un padre! mientras que á mi...

No pudo continuar: la emocion embargó su voz.

En Tolosa colmó de besos á sus nuevos hijos, niño el uno de cuatro años y de dos su hermanita.

—¿Cómo te llamas? preguntó á esta.

—María,—contestó aquel ángel, retrato vivo del que iba buscando.

—Tú te llamarás Consolacion, dijo D. Luis volviendo á llenarla de besos mezclados de lágrimas.

—¡Papá!—exclamaron las dos inocentes criaturas, abrazándose al cuello del capitan.

¡Ah! Mucho tiempo hacia que no habia llorado el capitan lágrimas tan dulces y consoladoras como las que lloraba en aquel momento. Desde entonces veia ya recompensada su buena accion.

Marchó á San Sebastian acompañado de su nueva familia, y desde allí pasó á Francia. Dejó á los niños en Bayona, al cuidado de una señora, y despues de hacerse cargo en Burdeos del capital que heredara, corrió y corrió, cual otro Judío errante, toda Europa, tras el tesoro que le habian arrebatado.

¡Empeño inútil! Nada halló, ni aun rastro de lo que buscaba. Volvió á Bayona al cabo de dos años de ausencia, y las caricias de sus hijos adoptivos fueron la mayor, la única satisfaccion verdadera que experimentó en todo aquel tiempo.

Desde aquel momento cuidó, como pudiera hacerlo con sus propios hijos, de la educacion de aquellos que debia á la Providencia.

III.

Quince años despues.

D. Luis Ramirez se estableció en Madrid á fines del año 1848, concluida ya la educacion de sus hijos adoptivos. Al cabo de este tiempo, no tuvo por qué arrepentirse una sola vez de su generosa accion. Si bueno y consecuente fué para ellos, modelo de hijos fueron para él, Manuel y Consolacion.

Presentólos D. Luis en la sociedad como hijos legítimos; y por tales se tenian aquellos, porque jamás quiso decirles que la holgada y hasta ventajosa posicion que disfrutaban, la debian á la caridad. Temia avergonzarles, y temia, sobre todo, perder su sincero cariño filial.

Habia perdido la esperanza de recuperar á su verdadera hija, empero como no podia borrarla de la me-

moria, muchas veces sorprendiéronle los prohijados con el rostro inundado de lágrimas, sin que nunca quisiera decirles la causa que las motivaba.

A los tres meses de su residencia en Madrid se encontró un dia con una citacion á juicio ante uno de los jueces del partido. Una expresion de alegria, imposible de describir, asomó al rostro de D. Luis al leer el nombre del demandante. Sus hijos al verle pasear á grandes pasos por la casa, y que no cesaba de articular palabras cuyo significado no comprendian, creyeron por un momento que se habia vuelto loco. Pero él calmó por fin la ansiedad de estos, contestando á las reiteradas preguntas que le hacian:

—Vosotros no sabeis, vosotros no podeis saber la noticia que para mi encierra este papel. Ya os lo diré mañana, mañana mismo, cuando sepa donde está, porque lo sabré ¿quién lo duda? Si no... ¡ay de él!

No quiso acostarse aquella noche, ó tal vez la escitacion nerviosa le obligó á andar constantemente de un lado á otro de la casa, porque se hacia la ilusion de que de este modo llegaria mas pronto la hora de la cita.

Poco despues de rayar el dia se dispuso á salir. Manuel se empeñó en acompañarle, porque le parecia que no debia dejarle salir solo á aquellas horas y en aquel estado, pero D. Luis se opuso á ello resueltamente.

¿A dónde iba tan sobrescitado y á hora tan intempestiva? ¡Siempre á lo mismo! ¡En busca de su hija! Porque el juicio á que estaba citado era con su hermano consanguíneo, que venia sin duda á reclamarle la parte de la herencia de su tio. Pero ¿qué le importaban todos los bienes del mundo, si en cambio de ellos encontraba el bien que mas apreciaba, su Consuelo! Porque él le diria ¡oh sí! él le diria donde la habia dejado; qué era de ella. Sí, él se lo diria, aun cuando fuese á trueque de toda su fortuna, y si no, tomaria una venganza atroz, horrible, una venganza de que no hubiera ejemplar.

Llegó á la audiencia, cuando todavia faltaban algunas horas para que se abriesen las puertas. Su impaciencia por ver satisfecho su anhelo de tantos años, le hizo creer por un rato, que si se hallaban cerradas las puertas, consistia en que habia llegado demasiado tarde.

Por fin, despues de esperar mucho tiempo, que le pareció toda una eternidad, abriéronse las puertas y empezó á llegar gente. A cada uno que veia, pasábale revista de piés á cabeza, y cuando conocia que no era el que buscaba, se desesperaba progresivamente.

De pronto, cogiéndo del cuello de la levita á un hombre en cuyo rostro se veia retratado el genio del mal, exclamó fuera de sí:

—¡¡Mi hija!! ¿Dónde está mi hija?

—¡Qué quiere este hombre! dijo su hermano tratando de desprenderse de la mano que le sujetaba.

Pero D. Luis, sin soltarle, volvió á decir con mas fuerza que antes:

—¡Quiero á mi hija! ¿Has oido? ¡A mi hija! que me robaste hace diez y seis años.

—¿Qué me importa á mí su hija de usted, ni que tengo yo que ver con ella?

—¿Qué te importa? ¡Ah! ¡O me dices qué hiciste de ella! ¡infame ladron! ó te ahogo sin remedio.

Y uniendo la accion á las palabras, le empujó contra la pared, apretándole el cuello con ambas manos.

—¡¡Socorro!! ¡Que me ahog!...

No pudo concluir la palabra, pues los dedos crispados de D. Luis apretaban de tal modo su garganta, que aquel bribon, ya cárdeno, con los ojos inyectados de sangre fuera de su órbita y jadeando, parecia próximo á dar el último aliento.

Acudieron presurosas las gentes que allí habia, y con grandísimo trabajo pudieron desprender la argolla que apretaba y apretaba el cuello del seductor.

Afortunadamente para este, aun llegaron á tiempo de salvarle de una muerte próxima.

Cuando separaron á D. Luis, se hallaba con un verdadero ataque de cólera. Daba contra todos, pues ni veia ni oia nada de cuanto pasaba. Fué necesario sujetarle y llevarle con gran trabajo á su casa.

Sus hijos no sabian á qué atribuir la causa de su furor contra el hombre á quien, segun se les dijo, trató su padre de ahogar.

D. Luis, pasados los primeros momentos de arrebato, cayó en una extrema debilidad. Un mes estuvo casi sin poder dar razon de lo que le habia acontecido; y, cuando convaleciente ya, estaba calculando á sangre fria las consecuencias de la reclamacion de su hermano, vinieron á notificarle la sentencia del tribunal.

Segun esta, no solo tenia que devolver la mitad de la herencia de su tio, sino que además era deudor á su hermano del interés del capital que á este correspondia.

Comprendió que la sentencia era justa é irrevocable. Se hizo cargo de los bienes que le quedaban despues de cumplida, y viendo que tenia que reducirse á vivir muy estrechamente, creyó ya indispensable participar á sus hijos toda, absolutamente toda su historia.

Los llamó á su lado, y con voz y ánimo serenos, les hizo una relacion circunstanciada desde el dia en que él se casó, hasta aquel momento.

Cuando Consolacion supo que no era hija suya, se echó en sus brazos anegada en llanto, exclamando:

—¡Padre mio! ¡padre mio! ¡Yo seré siempre su hija de usted, como usted será siempre mi padre!

Manuel no dijo una sola palabra, pero apretó la mano de su bienhechor, saltándosele dos lágrimas, por mas que trató de reprimirlas.

—Manuel, le preguntó D. Luis, ¿en qué piensas? No estás contento con tu suerte ¿verdad?

—¡Señor! Seria la criatura mas ingrata del mundo, si no me creyese en este instante la mas feliz de todas las que en él existen.

—¡Feliz!... y en este instante. No te comprendo.

—¡Si, señor! Yo tengo una deuda inmensa que pagar, y yo la pagaré, ¡lo juro por mi padre que está en el cielo! y por usted ¡padre mio! á quien quiero y debo parecerme.

—No, Manuel; á mí no me debes nada. La recompensa la tengo ya, desde el momento en que habeis sido tan buenos hijos para mí.

Una hora despues, las diez de la mañana, salia Manuel de casa, encargando á su hermana que cuidase, si posible era, mas que otros dias, de su padre; y que aun cuando él no volviese á la hora de costumbre, no

lo estrañase, pues iba á ver si encontraba una colocacion, con el fin de no ser gravoso á su bienhechor.

Media hora mas tarde, tocaba Manuel en el cuarto principal de una casa de la calle de los Baños.

—¿El señor D. Juan Ramirez?—preguntó al criado que salió á abrir.

—Está aun en la cama.

—¿Pues á qué hora se levanta ese... caballero?

—Hasta la una no se le puede ver.

—¡Ah! no puedo esperar tanto tiempo. Aun no han dado las once...

—Usted hará lo que quiera. Si quiere usted volver...

—No, no puedo. Es necesario que le pase usted recado inmediatamente, porque tengo que hablarle de un asunto que le interesa.

—No es posible, caballero; tiene dada órden rigurosa de que no se le llame hasta esa hora.

—¡Enhorabuena! Veremos quien paga el daño que pueda venirle por no haberle pasado recado;—y dió media vuelta como si tratara de marcharse.

—¡Caballero! Espere usted un momento. ¿Quién le diré que quiere hablarle?

—Es inútil que diga usted mi nombre, porque no me conoce. Pero puede usted decirle que hay una persona que le busca para un asunto de sumo interés.

El criado marchó, volviendo luego para rogar á Manuel se sirviese pasar al gabinete de su amo.

No fué mucho tiempo el que tuvo que esperar; cinco minutos despues entró D. Juan Ramirez, preguntando en tono desabrido:

—¿Qué era lo que tenia usted que decirme, caballero?

Manuel dejó que se sentara, sin contestar una palabra, y enseguida le preguntó á su vez:

—¿Me conoce usted, caballero?

—No señor.

—Soy Manuel Ramirez.

—Sea muy enhorabuena. ¿Pero eso qué importa para el asunto de tanto interés de que.....

—He dicho á usted que me llamo Ramirez.....

—Vamos, ya caigo. Usted vendrá á reclamar alguna parte de la herencia que he adquirido, creyendo sin duda, que porque tiene el mismo apellido que yo, tiene derecho á incomodarme. ¡Y su desvergüenza de usted ha llegado hasta el extremo de hacerme levantar para!... ¡Vaya, no sé cómo me contengo! Pero espere usted un momento, que va usted á salir mas de priesa que ha entrado.

Y dicho esto, alargó la mano para tirar del cordon de la campanilla.

—¡Eh! ¡Poco á poco, señor... ladron! ¡Si dá usted un solo grito ó hace el mas pequeño movimiento que pueda ser causa de que vengan sus criados, mando á usted á los infiernos!—Y al mismo tiempo sacaba dos pistolas, con las que se puso á apuntar al pecho de D. Juan.

—¡Pero qué busca este hombre!—balbuceó D. Juan, todo trémulo.

—Busco á mi hermana, y usted va á decirme donde está.

—¡Su hermana! ¡Su hermana! ¿Y quién es su hermana de usted, señor?

—No ponga usted á prueba mi paciencia, haciendo que se lo cuente á usted todo, para que llegue á sa-

ber quién es mi hermana, porque entonces no respondo.....

—¡Pero esto es un vil asesinato!...

—¡¡Silencio!! ¡si no quiere usted que esto acabe mas pronto que le conviene! ¿Dónde está mi hermana?

—He dicho á usted que no sé quién es su hermana de usted y me lo puede usted creer,—dijo con voz apagada por el miedo, aquel miserable tan bravucon al principio.

—Será la primera vez que ha dicho usted la verdad. Enhorabuena. Mi hermana es la hija de aquella mujer á quien usted sedujo; mas claro, su sobrina de usted; ¿qué digo? no; es la hija de D. Luis Ramirez. Ahora bien, ¿qué hizo usted de ella?

—¿Y cómo quiere usted que yo sepa al cabo de tantos años?...

—Está visto; este hombre se ha propuesto que le mate,—y Manuel dió dos pasos hácia él, en ademan de disparar.

—¡Espere usted por Dios! ¡Espere usted! Yo le diré lo que sé...

—Acabemos ya de un modo ú otro ¿Qué ha sido de ella?

—¿De quién? ¿De Dolores?

—No. Yo no pregunto por la mujer; pregunto por la niña. ¡Vamos! ¿Dónde está?

—Lo único que puedo decir á usted, es que yo dejé á madre é hija en la Habana...

—¡En la Habana! ¿Y cuándo?

—¡Oh! Hace ya mucho tiempo. Un año despues que marchamos allá, me separé y...

—¡Pronto fué, en verdad! Ya no dudo que sea cierto lo que acaba usted de decirme... porque esa conducta es muy propia de usted.

—Ciertísimo, si señor.

—¡Ah! si no lo fuera, seria cuestion de que mandara á usted á los infiernos dentro de un año, en lugar de mandarle ahora. Este plazo me tomo para averiguar la verdad: si al cabo de él resulta falso el dato que me ha dado, está de más el que le diga lo que haré con usted.

Dicho esto salió, dejando á aquel hombre mas muerto que vivo, sin saber lo que le pasaba.

De vuelta á su casa, tuvo Manuel una larga conferencia con su hermana, despues de la cual entró á ver á su bienhechor.

—Padre mio, le dijo, vengo á despedirme de usted, porque me marcho.

—¡Te marchas! ¿Y á dónde?

—A la Habana, señor.

—¡A la Habana! ¿Y á qué vas tú á la Habana? ¡A buscar fortuna acaso!

—Voy... sí; voy á buscar un tesoro.

—¡Ah! ¡Tambien eres tú de los engañados!

—No lo creo. Si así fuera ¡oh! entonces juro á Dios que le mataria.

—No te entiendo lo que quieres decir, Manuel.

—Señor, acabo de estar hace un momento con..... ese hombre que lleva su apellido de usted, es decir, el nuestro, y he podido sacarle con amenazas que su hija de usted, Consuelo, mi hermana, fué llevada á la Habana, cuando la arrebataron de sus brazos de usted.

—¡Ah, entonces vamos allá!—exclamó D. Luis con

Universidad de Deusto
Biblioteca

tales brios, que no parecian suyos en el estado de debilidad en que se hallaba.

—Es preciso, sin embargo, que no nos hagamos ilusiones, porque ese... hombre la perdió de vista un año despues, y ¡sabe Dios lo que luego!...

—¡No hay remedio,—dijo D. Luis, como si hablase consigo mismo,—tengo que matar á ese hombre!

—Yo marcho á buscarla, padre, con una sola condicion que exijo de usted.

—¡Una condicion¡ ¿Cuál puede ser?—preguntó Don Luis en tono de sorpresa al oir que su hijo le imponia condiciones.

—Es necesario que me prometa usted esperarme un año, sin que durante ese tiempo dé usted un solo paso para tomar venganza de ese hombre.

—¡Oh! ¡Eso es exigir demasiado, Manuel!

—Si el primero de Abril de 1850 no estoy de vuelta, queda usted autorizado para buscar á ese hombre y pedirle satisfaccion de todos los agravios, absolutamente de todos, suceda lo que suceda.

—Largo es el plazo.

—Es el límite del que me tomo para buscar á Consuelo.

Despues de un momento abrazó D. Luis á Manuel, diciéndole:

—¡Ah! ¡tienes razon, hijo mio! Si encuentras á mi hija, á tu hermana, todo lo olvido, todo; si no... juro por su memoria que ese villano no vive un dia mas!

En el correo de aquella misma noche partió Manuel para Cádiz, dejando encargado á su hermana, repetidas veces, que cuidase mucho de su bienhechor. Recomendacion oficiosa, pues desde el momento en que

supo Consolacion que lo debia todo al bondadoso corazon de D. Luis, se habia propuesto darle pruebas inequívocas de su sincero agradecimiento.....

Un mes despues se hallaba ya Manuel en la capital de la isla de Cuba, dando los primeros pasos para averiguar el paradero de su hermana por afinidad.

Manuel juzgó desde un principio que debia buscar á Consuelo en la clase mas baja de la sociedad, entre la hez del pueblo. Porque su educacion debió desgraciadamente haberla conducido al estado de la mendicidad, tal vez del crimen! Esta idea le repugnaba, pero como su mision era encontrarla, donde quiera que estuviera, se dedicó día y noche á frecuentar las tabernas y los lupanares mas hediondos y despreciables de la Habana.

Cuando veia alguna de aquellas mujeres, jóven de edad, pero vieja en el vicio, se informaba minuciosamente de dónde era, cómo se llamaba, quiénes eran sus padres y todas cuantas noticias podian conducir al logro de sus deseos.

Preciso es confesar que cuando estas no coincidian con la historia de los primeros años de Consuelo, consolábase él de ello muy pronto. Porque creia que valía más haberla perdido para siempre, que tener que rehabilitarla á los ojos del mundo.

Seis meses muy largos hacia ya que buscaba, con toda la voluntad de que es capaz una naturaleza jóven y robusta, el único tesoro con que podia pagar la deuda de gratitud que tenia contraida con su bienhechor. No le faltaban fuerzas, por mas que hubiese abusado de las suyas concediendo muy pocas horas al descanso y alimentándose en pobres y miserables

Universidad de Deusto
Biblioteca

figones, de comidas poco sanas y nutritivas. Pero empezó á conocer que iba á tener necesidad de fondos antes de que llegase el logro de sus deseos, ó antes de que terminase el plazo que habia fijado para su vuelta. Y era que con el fin de averiguar la vida y milagros de todas aquellas infelices mujeres, entre las que pudiera estar Consuelo, tenia indispensablemente que ser pródigo y hasta espléndido con las personas que le proporcionaban las noticias que necesitaba.

Obligado á frecuentar aquellas moradas de la ociosidad y del vicio, haciéndose quizás sospechoso á los ojos de los antiguos parroquianos de ellas, nunca salia de casa sin las dos pistolas que tan buen efecto causaron en la visita que hizo al hermano de su bienhechor. Además, muchas veces habia pasado por su imaginacion, la idea de que su señor tio podia tratar de armarle una celada con el fin de descartarse de él impunemente; y este era un nuevo motivo para que estuviese siempre en guardia.

Marchaba un dia, ya anochecido, por las afueras de la poblacion, haciendo calendarios sobre la manera de poder pasar los cinco meses que le restaban de pesquisas, sin abandonar estas un solo momento, mas bien redoblándolas si posible era, cuando creyó oir gritos en demanda de auxilio.

Paróse un instante para cerciorarse de donde partian los gritos, é inmediatamente creyó distinguir un bulto que se dirigia á todo correr hacia donde él estaba. Se adelantó á salirle al encuentro y le detuvo á la voz de ¡alto! Entonces un negro de formas atléticas se encaminó hacia el jóven con ademan hostil, dejando antes en tierra un bulto que llevaba en brazos. Manuel le dejó acercarse, y cuando le tuvo á distancia de dos pasos, levantó los gatillos de sus pistolas apuntando sereno al pecho de su adversario.

Al oir este el ruido del hierro y ver el ademan resuelto de Manuel, soltó un formidable grito, y dando un brinco mas formidable aun, desapareció con la rapidez de un perro galgo.

Dirigióse Manuel entonces al punto en que creyó estaba el objeto abandonado por el negro, y antes de que tuviera tiempo de reponerse de la sorpresa que habia esperimentado al hallarse con una jóven tendida en tierra, y completamente privada de conocimiento, volvió á oir nuevos gritos de

—¡Socorro! ¡Ladrones! ¡Asesinos! ¡Socorro! ¡Que matan á mi hija!—y otros á este tenor.

Indeciso entre socorrer á la jóven ó correr en defensa del que pedia auxilio, pasaron cortos momentos, los suficientes, sin embargo, para que, el que tan desaforadamente gritaba, llegara jadeando á donde estaba Manuel. Tan ciego iba, que ni reparó en este, y probablemente hubiera pasado adelante, á no haberle cogido Manuel del faldon de la levita, diciéndole:

—¡Caballero! ¡Caballero! Cálmese usted que...

—¿Por dónde?—preguntó el caballero, respondiendo al pensamiento que llevaba fijo, y tratando de desprenderse de Manuel.

—Espere usted un poco y cálmese, su hija...

—¿Quiere usted dejarme con mil diablos?..... ¡Socorro!

—¡Silencio! Su hija de usted está aquí.

—¡Mi hija! ¡Ah! ¡Me la han robado para asesinarla!

—¡Asesinarla! No, no lo creo, venga usted y veremos.....

Y antes de que tuviera tiempo el caballero de saber lo que hacia, le llevó Manuel delante de la jóven.

No pueden referirse las demostraciones de alegria, de locura puede decirse mas bien, que hizo aquel hombre al ver á su hija y al cerciorarse de que solo era un desmayo pasagero lo que la tenia en aquel estado. Dábala mil y mil besos, y abrazaba á Manuel con toda la efusion de su alma.

—¡Usted es mi ángel tutelar! le decia. ¡Debo á usted mas que la vida! usted no sabe, usted no puede figurarse cuánta es mi gratitud hácia usted. Pida usted, caballero, pida usted lo que quiera; todo lo que tengo es de usted; porque me ha devuelto usted todo lo que yo poseo de mas precio en este mundo! ¡Mi hija! ¡mi pobre Maria!

Cogieron en brazos á la jóven y metiéronla en el coche del caballero, que llegó en el momento mismo en que iban á buscarlo. No pudo Manuel escusarse de acompañarlos, porque el padre y la hija, que habia vuelto ya en sí, se lo suplicaron encarecidamente.

Contáronle en el camino que tres negros se habian abalanzado al coche, y cogiendo el uno al cochero y sujetando el otro al caballero, habia echado á correr el tercero arrebatando á la jóven. Que cuando este último dió el grito á la vista de las pistolas de Manuel, habian los otros dejado su presa, marchándose cada uno por donde pudo. Que entonces el padre se adelantó, sin esperar al coche, por ver si podia alcanzar á su hija.

Habia parado el coche delante de una magnífica casa. El caballero, dueño de ella, instó á Manuel para que subiera á descansar, pero como este rehusase, le suplicó que le diese las señas de la casa, á fin de ir á verle. ¡De su casa! No la tenia Manuel, porque su ocupacion no le permitia vivir en un punto fijo. Limitóse á entregar una tarjeta con su nombre al caballero; y este á su vez le dijo:

—Yo suplico á usted que tome posesion de esta su casa, calle del Obispo, número 20. Cuadrado Aguirre y Compañia es el nombre con que se la conoce. Yo invito á usted para que mañana se sirva acompañarnos á comer.

—No sé si mis ocupaciones me permitirán.

—Caballero, dijo la jóven mezclándose en la conversacion; yo uno mis ruegos á los de mi padre, y no dudo que será usted bastante amable que acceda á ellos.

—Ya no puedo escusarme, señorita. Volveré, sí, volveré aun cuando solo fuera por saber de su salud de usted.

—Pero á comer, ¿estamos? replicó aquella con un metal de voz que llegó al alma del jóven.

—Bueno; á comer.

—A las seis es la hora, dijo el caballero; pero aun cuando venga usted mas temprano, no será usted despedido.

Aquella noche no pudo Manuel cerrar los ojos, pensando en el acontecimiento en que habia él hecho el primer papel, y pensando mas aun en la jóven á quien tan milagrosamente habia salvado.

—Yo la he visto en alguna parte, se decia; pero, ¿dónde ha sido, señor? Esa cara y aun ese metal de

Universidad de Deusto
Biblioteca

voz, creo yo conocerlos.—Pero por más que hizo para recordarlo, no daba con la época y sitio en los que había visto á la jóven, antes de entonces.

Una hora mas temprano que la fijada para comer, se presentó en la calle del Obispo, número 20; quizás no sabía darse él mismo cuenta del deseo que abrigaba su corazon por volver á ver á sus nuevos conocidos.

—Bien venido, aunque se ha hecho usted esperar, como persona de valía;—le dijo el caballero apenas le vió, dándole al mismo tiempo un estrecho abrazo.

—Sin embargo, he venido una hora antes de la cita.

—¡Una hora! ¿Y le parece á usted mucho? ¡Ingrato!

—¿Y esa señorita?...

—Está descansando para tener el gusto de comer en compañía de usted.

—¡Oh! Yo se lo agradezco infinito, exclamó Manuel con toda la efusion de su alma.

—Señor Ramirez,—dijo despues de un rato el caballero,—ayer no pude preguntar á usted si era habanero.

—No señor, soy español.

—¡Ah! ¡español! Tambien yo lo soy. Y ¿hace mucho tiempo que está usted en la Habana?

—Medio año, poco mas.

—¿Le ha traido á usted algun asunto?... Perdone usted, D. Manuel; pero mi deseo de poder serle útil me hace quizás ser impertinente.

—¡Oh! No señor. Al contrario, deseo que todo el mundo conozca la causa de mi viaje á la Habana, porque es el mejor medio de que yo pueda conseguir el objeto de él. Vine hace seis meses, y tengo pensado

marcharme dentro de otros seis, haya ó no encontrado el tesoro que busco.

—¡Un tesoro! ¡Y en tan poco término! En verdad que no le comprendo á usted.

—Ese tesoro que busco incesantemente hace medio año, es una jóven.

—¡Ah! Vamos, ahora lo comprendo. Algunos amores...

—No señor. Ni aun siquiera conozco á la mujer que busco.

—Caso muy raro es, en verdad. Pero tendrá usted sus señas, algun dato...

—Ninguno. Solo tengo una voluntad decidida de salirme con mi empeño, y una fé ciega en la Providencia que querrá concederme esta gracia, pues con ella pago una inmensa deuda de gratitud.

—Difícil es el caso. No obstante, cuente usted desde ahora con mi apoyo para el logro de sus deseos.

—Mil gracias, caballero.

—Y esa jóven...

—Es una hermana mia, señor. Hace diez y seis años que la arrebataron de brazos de su padre. Era tan niña, que no puede la infeliz tener el mas pequeño recuerdo de él. Figúrese usted que aun se alimentaba de los pechos de su madre. ¡De su madre! ¡Ah! no debiera yo darla tal nombre, á la mujer que no supo ser buena esposa.

Mientras Manuel hacia esta relacion, el caballero parecia respirar con dificultad.

—¿Y dice usted,—repuso con voz ahogada,—que hará próximamente diez y seis años que vino á la Habana?

—Si señor. La jóven tendrá ahora diez y siete cum-

plidos, es decir, en el caso de que viva, porque yo temo que con la vida tan miserable como debe haber tenido su madre, no haya podido resistir...

—¡El nombre, caballero! ¡El nombre de esa!...

—Dolores.

—¡No! no pregunto por el de la mujer: el de la niña.

—Consuelo.

—¡Ah! ¡sí! ¡ella es!

—¡Cómo! ¿usted sabe? ¡Oh! digame usted dónde está, en nombre de lo que mas ame en el mundo, ¡digamelo usted!

—No, yo no puedo hacer este sacrificio,—decia el caballero, como hablando consigo mismo.

De repente, Manuel se levantó de la silla en que estaba sentado, y dándose un golpe en la frente exclamó como iluminado:

—¡Cielos! ¡Esa mujer que yo busco es la jóven que salvé anoche!

—Yo no he dicho...

—No puedo engañarme, no. Torpe de mí, que no la conocí anoche pareciéndose tanto á su padre.

—Pero usted no la llevará ¿es cierto? Usted no querrá arrebatarme mi Consuelo, mi amor, todo lo que yo poseo en este mundo.

—¡Su padre la espera hace diez y seis años!

—Pero, yo iré con ella y viviremos juntos. En vez de un padre tendrá dos. ¡Esto no puede negárseme!

—Juntos iremos á España, sí señor, juntos viviremos eternamente. Pero..... quiero verla, quiero abrazarla, quiero decirla....—y Manuel iba marchando hácia la puerta del pasillo.

—¡Espere usted, por Dios! Necesito prepararla. ¿No conoce usted que esta noticia dada asi, exabrupto, podria serle funesta?

—¡Ah! Tiene usted razon. Corra usted, señor, corra usted y aqui espero con impaciencia el momento en que pueda llamarla ¡hermana mia!...

El caballero salió con las lágrimas en los ojos mientras Manuel esclamaba fuera de sí;

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Qué feliz vá á ser mi bienhechor!

Cerca de un cuarto de hora esperó Manuel, y cuando empezaba ya á sospechar que podia haber sido engañado, se abrió una puerta que habia á su espalda. Antes de que pudiera volverse, se encontró abrazado por la jóven que anegada en llanto, solo sabia decir:

—¡¡Hermano!! ¡¡Hermano mio!!

Manuel era parco en palabras, para manifestar sus emociones. Todos sus sentimimientos los reconcentraba, por decirlo así en sí mismo. Se contentó con llorar como un niño, echados los brazos al cuello de Consuelo, y allá, en el fondo de su alma, dedicó un recuerdo á su padre. Estaba ya pagada la deuda de gratitud que este habia contraido al despedirse del mundo.

Como si ambos jóvenes se hubiesen comunicado sus sentimientos, desprendiéronse instantáneamente para ir á echarse en brazos del caballero que les contemplaba mudo, y en cuya fisonomía se veia impresa una mezcla indefinible de placer y de dolor.

Al oir que le llamaban ¡padre! ¡padre mio! rompió el estado de marasmo en que estaba, con una copiosa lluvia de lágrimas que alivió su corazon oprimido.

Universidad de Deusto
Biblioteca

—¿Cuándo partiremos?—fué lo primero que dijo Manuel, despues de aquellos primeros momentos de espansion.

—Inmediatamente, replicó el caballero. Hace ya mucho tiempo que tenia dispuesta mi partida, y dos años há que la hubiera realizado, sino porque mis negocios se enredaron de modo que me impidieron hacer el viaje.

—¡Dios mio, qué feliz vá á ser mi padre! decia Manuel con el pensamiento siempre fijo en su bienhechor, y quizás en su verdadero padre.

—¡Oh! ¡Sí, muy feliz! más feliz que yo seguramente, —contestá el caballero casi maquinalmente,—porque él encuentra su hija mientras que yo....

—Usted no la ha perdido, no.... padre mio, esclamaba Consuelo volviendo á abrazar á su bienhechor.

—Por el contrario, tendrá tres hijos en vez de uno. Porque yo tengo otra hermana que le amará tanto como le amo yo, tanto como le amas tú.

—¡Gracias! ¡Gracias hijos mios! ¡Si usted supiera, jóven, si vosotros supierais ambos, lo que en este instante siento aquí, en el fondo del corazon!....

Al cabo de largo rato, pasado en un silencio mas elocuente que todas las palabras del mundo, Manuel preguntó:

—Pero aun no sé yo á que casualidad se debe el que Consuelo haya vivido bajo su amparo de usted.

—¡Casualidad! no: ¡esto es Providencia! repuso el caballero mas bien como si hablara consigo mismo, que si tratara de contestar á la observacion de Manuel.

Poco despues de un momento, en que puestas las manos en la frente parecia querer reconcentrar todos sus recuerdos, continuó:

—Yo soy español y vascongado. El año cuarenta vine á América, habiendo perdido en mi pátria lo que mas amaba en el mundo: ¡Mi esposa!.... ¡mis hijos! si, ¡tambien perdí á mis hijos! Entré de dependiente en la casa de la que hoy soy jefe, y al cariño de don Pedro Cuadrado, cabeza de ella entonces, debí muy en breve participacion en los negocios.

Marchaba yo una noche á hora avanzada, á fin del año cuarenta y tres, á la casa en que me hospedaba, con el pensamiento y el corazon en España y en los séres queridos que en ella habia dejado, cuando oí una voz dulce que me pedia limosna. Era una niña. ¡La Providencia la enviaba á mi indudablemente! Aquel dia estaba yo obligado á hacer una buena accion, y no la habia aun hecho. Era el aniversario del dia mas grande de mi vida. ¡El quince de diciembre! ¡Aniversario de la batalla de Arquijas!

—¡Ah! ¡estuvo usted en la batalla de Arquijas!—le interrumpió Manuel sin poderse contener.

—¡Que si estuve! Allí..... pero dejemos esto. Pregunté á la niña de dónde era.—Española,— me contestó con una voz que me recordó más y más la voz de otro ángel. ¡Española! ¡Oh! ¡ven! ¡ven conmigo, hija mia! ¿Tienes madre?—Si señor, ¡pero está en el hospital, muy mala hace mucho tiempo!

La llevé á mi casa, y á la mañana siguiente fuí con ella al hospital á ver á su madre; allí me refirió esta infeliz..... ¡Quiera Dios haberla perdonado! Al siguiente dia de mi visita, habian acabado todas sus penas en este mundo.

Así que mi principal supo la adquisicion que yo habia hecho, quiso encargarse de sufragar los gastos de la educacion de María, que es como yo llamé á la niña desde el primer dia; y á su muerte, acaecida hace dos años, la dejó un legado de cien mil pesos, á condicion de que volverian á sus parientes mas cercanos, si María moria sin sucesion.

De ahí viene el que aquellos hayan tratado de cojerla y hacerla desaparecer para reclamar su dote, y de ahí nace tambien el que, gracias á usted, haya encontrado su verdadero padre.

Apenas falleció el Sr. Cuadrado, traté de realizar mis fondos para volver á España; pero un bribon, corresponsal nuestro en Matanzas, huyó, al hacer la liquidacion, con cincuenta mil pesos. Suspendí el viaje con ánimo de rehacerme, pero siempre con el pensamiento en mi pátria, porque en ella tengo yo que buscar mi tesoro, como usted lo buscaba en América.

Esta relacion fué interrumpida muchas veces por las muestras de ternura y cariño que Consuelo manifestó mientras su bienhechor hablaba, y así que la concluyó totalmente, Manuel, deseoso de saber algo de aquel á quien él debia el ser, preguntó:

—Ha dicho usted que estuvo en la batalla de Arquijas, ¿no es cierto? ¿en qué filas?....

—Fuí oficial del ejército de Zumalacárregui.

—¡Ah! Entonces quizás conociera usted á mi.... á un pariente mio muy cercano, que pereció en ella.

—¿Cómo se llamaba?

—Aguirre.

—¡Aguirre! Ese es mi apellido y no conocí ninguno..... ¿Que señas son los suyas?

—No puedo dárselas á usted. Lo único que sé, por lo que he oido á mi padre, que era un valiente.

—Esas, amigo mio, son las señas de todos los que lucharon en aquella sangrienta accion.

—En ella pereció peleando por su causa.

—Muchos fueron los que allí murieron; yo mismo me salvé milagrosamente. Horrible dia fué aquel para muchos, y yo soy uno de los que no pueden olvidarlo jamás. Una hora ántes de empezar la accion recibí la noticia de la muerte de mi esposa.....

—¡Cielos! ¡Qué rara casualidad!

—¡Muy rara! seguramente.

—No, no es eso, sino que recuerdo una notable coincidencia..... ¿y despues?—añadió Manuel lleno de ansiedad.

—¿Cómo despues?

—Si... en la accion ¿fué usted herido?

—Cierto, pero ¿quién ha dicho á usted?

—Por favor; yo suplico á usted que continúe, replicó Manuel con voz ahogada.

—Herido mortalmente, quise todavía luchar, porque allí nadie volvia la espalda al enemigo. Un soldado de Isabel II se abalanzó á mi: despues no sé lo que pasó.

—¡Ah! Yo me ahogo,—espresó Manuel con el gesto, mas que con la voz, y abrió un balcon maquinalmente porque creia ahogarse en realidad.

—Usted está indispuesto dijo Aguirre acercándose al jóven, y viéndole desencajado.

—No, no es nada. ¡Pobre de mí que al oir su rela-

Universidad de Deusto
Biblioteca

cion de usted me figuré trasportado al campo de batalla.

—No sé el tiempo que trascurrió hasta que desperté de aquel letargo.

—¡Ah! Con que es decir que usted recuerda lo que sucedió á luego de su herida?

Manuel pronunció esto con frases tan cortadas, con una voz tan bronca y con una respiracion tan lenta y trabajosa, que Consuelo le dijo cojiéndole las manos:

—¡Hermano mio! ¡Tú tiemblas y tus manos queman!.... ¿Qué tienes?

Manuel callaba, y callaba porque no podia decir una palabra; por fin, haciendo un esfuerzo sobrehumano, dijo á media voz al caballero:

—Continúe usted su relacion, continúe usted hasta el fin.

—Es que si usted se siente malo no debo.....

—No, por Dios, es achaque de mi carácter demasiado sensible. Me interesa.

—Postrado en un mal jergon, dispuesto á comparecer ante Dios, con la conciencia tranquila pero el ánimo afligido, pensando en los séres queridos que dejaba completamente abandonados en este mundo, apareció un hombre, no, digo mal, fué un ángel enviado por Dios para decirme: «descansa en paz, tus hijos son mios desde este instante.»

Un grito que lo mismo podia significar júbilo que terror, un grito que pareció salir de las entrañas de la tierra, pero que en realidad salió de las entrañas de Manuel, vino á dejar muda la lengua y suspenso el corazon de Aguirre. Consuelo corrió á sostener á su

hermano, porque veia que se tambaleaba, pero este le hizo señas con la mano de que se tranquilizara.

Pocos segundos despues abrió los brazos para echarlos al cuello de Aguirre, que le miraba y remiraba no atreviéndose ó quizás no pudiendo moverse, y que por fin abrió los suyos, casi maquinalmente.

Cuando aquellos dos hombres permanecieron algun rato abrazados, y sintieron palpitar sus corazones el uno junto al otro, se oyeron simultáneamente, como dos ecos, estas dos voces:

—¡¡Padre!!—¡¡Hijo!!. . . . . .

. . . . . .

Las preguntas y respuestas se sucedieron como un torrente desbordado á aquella escena tierna y consoladora. El padre, que hacia un momento se hubiera dado por muy satisfecho con haber encontrado á uno de sus dos hijos queridos, á quienes consideraba perdidos para siempre, ya no se creyó completamente dichoso hasta que tuvo noticias minuciosas de María.

Por las rápidas esplicaciones que se dieron mútuamente, supo Manuel que su padre habia sido abandonado, creyéndole muerto, por las tropas de Isabel II cuando abandonaron á Zúñiga, el mismo dia en que debió haber sido fusilado con sus compañeros de armas. Unos vecinos del pueblo, observando que vivia aun, lo recojieron y cuidaron de él, sacándole á salvo.

Cuando pudo buscar á sus hijos, ya no los halló; buscóles inútilmente por espacio de mucho tiempo.

Sabido es que su padre adoptivo los tenia educando en el extranjero.

Estrañándose Aguirre que su hijo Manuel no se

Universidad de Deusto
Biblioteca

diese á conocer por su apellido, éste manifestó que si no lo habia hecho asi, era por consideracion á su bienhechor. Creyó que haciéndose pasar por su hijo lo rehabilitaba á los ojos del mundo, lo regeneraba, por decirlo así, ante la sociedad, despues de la deshonra que habia echado sobre su frente la desgraciada esposa. Le parecia que su verdadero padre, á quien consideraba en el Cielo, testigo de sus acciones en la tierra, apreciaria su proceder en cuanto valía, pues pagaba, mientras no podia hacerlo de otro modo, la deuda que su padre habia contraido en el último instante de su vida.

Como no es posible escudriñar el corazon humano, no cabe tampoco manifestar aquí, si María sintió ó se regocijó de que Manuel no fuese su hermano. ¿Habia acaso necesidad de que lo fuese para que el corazon de María perteneciese todo entero á Manuel? . .

. . . . . .

Dos meses despues se hallaban reunidas en Madrid las dos familias, protagonistas de este episodio.

Trascribir aquí la entrevista de los dos padres con sus hijos, seria reproducir, con colores algo mas subidos aun, el cuadro presentado há un instante. Difícil, sino imposible, es dar á conocer la inmensa gratitud con que aquellos dos hombres se vieron obligados el uno hácia el otro.

Porque si D. José María de Aguirre debia su vida y quizás la de sus hijos á D. Luis Ramirez, D. Luis Ramirez debia á D. José María de Aguirre su honra y quizás la honra de su hija. ¡Qué mucho que se considerasen remunerados el uno y el otro de sus sacrificios recíprocos!

Aguirre reconoció en el hermano consanguíneo de Ramirez, al corresponsal que habia huido de Matanzas llevándose sus cincuenta mil pesos; por lo que demandado D. Juan, tuvo que entregar á su acreedor todo cuanto poseia. Tal aire habia dado aquel á la herencia de su tio, que á duras penas pudo satisfacer con lo que de ella le restaba, la mitad de la cantidad que le reclamaban.

IV.

CONCLUSION.

La mañana del 15 de Diciembre de 1849, un grupo de gentes salia de la iglesia de San Sebastian, por la puerta que dá á la calle de Atocha.

Consuelo y Manuel, que habian entrado en ella siendo hermanos, salian despues de haberse jurado fidelidad eterna ante Dios y los hombres.

En el momento en que los nuevos esposos, acompañados de sus padres, hermanos y amigos, iban á subir en los coches que esperaban á la comitiva toda, dejóse oir hácia la calle de Cañizares una algarabía infernal de voces, gritos, silbidos, y ladridos. Poco

Universidad de Deusto
Biblioteca

despues llegaba á la calle de Atocha una caterva de chiquillos que servian de batidores á varios Guardias Civiles, rodeados de un centenar de hombres y mujeres que insultaban y escarnecian á dos hombres maniatados.

D. Luis Ramirez tuvo que hacer un esfuerzo supremo para no caer, cuando reconoció en uno de los presos á su hermano consanguineo.

Repuesto ya de la primera impresion que hizo en él aquella escena, para la que no estaba prevenido, quiso saber la causa de la prision de aquel desgraciado, y se dirigió al sargento, jefe de los Guardias Civiles, cuyo rostro tostado por el sol y tal cual chirlo impreso en él, daban á conocer que era un veterano.

—¿Por qué llevan presos á esos dos hombres, sargento?

—Yo diré á usted. Han asesinado en una casa de la calle de la Magdalena á una pobre vieja, con objeto de robarla los pocos cuartos que tenia. Ya hacia algun tiempo que estábamos al ojeo, pero cuando hemos llegado ha sido algo tarde para impedir el crimen, si bien bastante á tiempo para cojer esos dos pájaros.

—Era natural, su carrera debia terminar así, dijo D. Luis conmovido y como hablando consigo mismo.

—¡Calle! Yo creo conocer á usted, dijo el sargento fijándose en Ramirez. No, no me equivoco, á fisonomista no me gana nadie. Por eso en la Guardia Civil... ¿Toma! ¡Toma! Ya caigo, usted es mi capitan.

—¿Castañas?

—¡Presente! Cuando digo yo que una vez que vea á un hombre no se me despinta nunca; decia el sargento orgulloso de su buen golpe de vista.

—Tenia deseos de ver á usted, mi capitan.

—Yo tambien tengo una verdadera satisfaccion.

—Es que, yo tenia que decir á usted que el encargo que me dió al despedirnos, lo cumplí con toda exactitud. ¡El pobrecillo no me dió mucho que hacer! Ya sabrá usted de quien hablo, del herido que en la batalla de Arquijas...

—Ya, ya lo sé.....

—Mire usted, me dió tal lástima, que cuando ví que lo iban á fusilar, conociendo que de todos modos no le quedaban mas que algunos minutos de vida, ¡parece que le estoy viendo! le eché la sábana por la cara y despues de rezado un Padrenuestro, salí de la alcoba, diciendo que no habia que molestarse. Lo mismo hubiera sido, pero en fin, sepa usted que no le fusilaron. Hubiera sido una lástima, porque tenia cara de hombre de bien.

—Ya lo sé.

—¿Pues quién se lo ha dicho á usted?

—¿Conoce usted al señor? preguntó Ramirez señalando á Aguirre.

—No, no recuerdo haberle visto...

—Ya se vé, como tenia la cara tapada con la sábana, no tiene nada de particular que no me conozca usted, dijo Aguirre, alargándole la mano, y estrechando fuertemente la del veterano.

—¡Cómo!... ¿usted es?... Vaya, esa no cuela.

—Si, Juan, gracias á usted, es hoy D. José María de Aguirre mi mayor amigo, mas aun, casi mi hermano.

—Vamos, si lo que no se vé en este mundo, decia Castañas mirando de hito en hito á Aguirre.

—Hoy se celebran las bodas de nuestros hijos, venga usted á comer con nosotros, Castañas.

—¿A qué hora se come?

—A las seis, en esta misma calle, número 17.

—No faltaré, aun cuando no sea mas que para echar un párrafo sobre aquellos tiempos en que nos matábamos valientemente, eso si, pero tambien muy tontamente; aunque no sea mas que para renegar de ellos, y maldecirlos tambien.

FIN DE LA BATALLA DE ARQUIJAS.

DOS VALIENTES.

I.

Un duelo á muerte.

Escribo este episodio bajo la impresion que ha producido en mi ánimo su relato, hecho por uno de los protagonistas que en él figuran.

Quisiera poderlo trascribir íntegro, con las mismas palabras, con el tono mismo, con el gesto, con el *chic* con que me lo ha referido su *autor*.

No puedo hacerlo, y á fé que lo siento, pues sé á ciencia cierta que mi trasunto no será una fotografía del original: gracias si consigo hacer un pobre bosquejo.

Lástima es, seguramente, que haya caido en lapidario de tan torpes manos una piedra tan preciosa; pero como el que no se consuela dicen que es porque no quiere, consuélome yo pensando que á no desenterrarlo del olvido en que yacia 40 años há, es mas que posible, es probable que continuara oculto por los siglos de los siglos.

Dicho lo dicho, ya sabes, lector, que lo malo de es-

Universidad de Deusto
Biblioteca

te episodio es original mio, lo bueno pertenece á Pedro Boliba, que es quien me lo ha contado. . . . .

. . . . . .

A mediados de Marzo de 1835, hallábanse acampados á corta distancia de Bilbao, dos pequeños destacamentos, carlista el uno, isabelino el otro, posesionado aquel de varias casas situadas en la falda al Norte del monte de Archanda, y este del fuerte de Banderas, emplazado en lo mas alto de la cumbre de aquella cordillera.

Frente á frente ambos bandos enemigos, en la época en que la guerra civil se hallaba mas que nunca encarnizada, compréndese bien que no estarian ociosos, y que, por via de pasatiempo, se ocuparian en hacerse cuanto daño pudieran recíprocamente.

Así es en verdad: de uno y otro lado se habian ya disparado un centenar de tiros, que merced á la distancia de doscientos metros que cuando menos les separaba, y á lo bien guarecidos que los soldados se hallaban, no habian surtido el efecto que estos se habian propuesto con aquel tiroteo; efecto que es facil adivinar cuál seria, cuando los que tiroteaban se tenian declarada guerra á muerte.

Entre el ruido de los disparos, á guisa de paréntesis, oíanse los improperios é insultos mas subidos que encierra el Diccionario de la lengua, y aunque la mayor parte de las voces se perdian en el espacio, ó se confundian con el estrépito producido por la explosion de la pólvora, ni unos ni otros cejaban en sus desafueros, ni los cristinos ni los carlistas dejaban de seguir insultándose á boca llena, mientras las bocas de los fusiles vomitaban el plomo fratricida.

Una hora ó mas hacia ya que habia empezado aquella broma digna de salvajes, que no de gente civilizada, cuando de pronto cesó el tiroteo de la columna carlista y vióse ondear en la ventana de una de las casas en que esta se hallaba guarecida, un pañuelo blanco atado á la punta de un fusil.

A esta señal, con la que se pedia una tregua á las hostilidades, cesó tambien el fuego del fuerte de Banderas, dando á entender al mismo tiempo, con otro pañuelo blanco, que se aceptaba el armisticio propuesto.

Trascurrieron unos cinco minutos, sin que fuera interrumpido el silencio que mútuamente se habian impuesto los dos bandos enemigos, silencio que era mas imponente quizás que el ruido del cañon y el vocerio desordenado de los combatientes: pues aquella repentina calma parecia presagiar una terrible tempestad.

Pasado aquel tiempo de muda transaccion, abrióse la puerta de la casa, en una de cuyas ventanas habia ondeado la bandera blanca, y asomó un soldado carlista, con capote y pantalon pardo, recogido este á las piernas por albarcas, boina roja, canana á la cintura, y el fusil al hombro, calada bayoneta, y un pañuelo blanco en la punta.

Era el tal mas bien alto que bajo, esbelto, de cuerpo ágil, de fisonomía risueña, de mirar franco, de cabello rubio, sin pelo alguno de barba.

Pedro Boliba se llamaba aquel jóven vizcaino, de edad de veintiun años.

Avanzó á paso regular y aire marcial hácia el campamento enemigo, y cuando llegó á corta distancia de él, exclamó con voz sonora y acento pausado:

—Si hay alguno entre vosotros que se atreva á batirse conmigo, que salga; aquí le espero.

Aun no habia acabado de extinguirse por completo el eco producido por la última palabra pronunciada por el carlista, cuando desde lo alto de la muralla en donde se hallaban agrupados los isabelinos, salió una fuerte voz diciendo:

—Allá voy yo.

È inmediatamente saltó al campo un soldado de alta talla, corpulento, de tez morena, de negro y espeso bigote y de mirada arrogante y un si es no es fiera.

Vestia capote y pantalon azul, ceñido este por el extremo con polainas negras, morrion, cartuchera al costado y fusil al hombro.

Juan Cabezas era el nombre de este cerverano, y podria tener la edad de su contrincante, poco mas ó poco menos.

Se adelantó hasta incorporarse con el bravo que habia arrojado el guante, y cuando estuvo á su lado, le alargó la mano, diciéndole de modo que pudieran oirle desde los dos campamentos:

—Estoy á tus órdenes.

El carlista cogió aquella mano que se le tendia, como leal enemigo, y mientras la estrechaba y sacudia, contestó con voz clara y sonora:

—Así me gustan á mí los hombres.

Miráronse los dos soldados uno al otro, de piés á cabeza, y despues de aquel rápido exámen, dijo el isabelino:

—¿A cuántos pasos?

—A los que tú quieras.

—Pues andando.

—Andando.

Y ¡cosa singular! sin dirigirse una palabra mas, sin manifestar su pensamiento, ni por el gesto, ni aun por la mirada, al mismo tiempo que el soldado isabelino se dirigia hácia el campamento carlista, el soldado carlista marchaba en direccion al campamento isabelino.

Apenas anduvo cada uno de ellos diez pasos, cuando pararon los dos á un mismo tiempo, y como si obedecieran á una voz de mando, giraron á un tiempo tambien sobre sus talones, y pusiéronse frente á frente.

Aquellos dos valientes, al volver repentinamente la espalda al campamento enemigo, daban á entender que ni temian el amaño ni la traicion. ¿Cómo habian de caber en corazones tan bravos pensamientos tan bastardos y cobardes?

Un aplauso general, unánime, espontáneo, resonó en el mismo instante en ambos campamentos; aplauso tan espontáneo é hijo del corazon, que no hacia distincion entre los dos combatientes, pues así iba dirigido el victor de los isabelinos al carlista, como el de los carlistas al isabelino.

Mientras los soldados de uno y otro bando se agrupaban, los unos en las trincheras ó sobre la muralla, y los otros en las ventanas ó sobre los tejados de las casas, á fin de presenciar mejor aquel duelo á muerte, los protagonistas cargaban cada uno su fusil, con las mismas reglas y en los mismos tiempos que si se tratara de hacer el ejercicio.

Concluidos aquellos primeros preparativos, miráronse mútuamente, y á imitacion de los gladiadores

romanos, saludáronse con un movimiento de cabeza, diciendo el vizcaino al cerverano:

—Tira.

—Tira tú primero, contestó el isabelino.

Levantó el carlista su fusil, lo apoyó horizontalmente en el hombro derecho, apuntó con la calma con que pudiera hacerlo un cazador á una liebre acostada en su lecho, y salió el fogonazo, é inmediatamente despues el tiro, y con el tiro la bala, apuntada al corazon del cerverano.

Hallábase este de frente á su enemigo, cuadrado, en correcta formacion; y fija en él su mirada arrogante y casi fiera, permaneció impasible al ver el fogonazo, al oir el tiro y al sentir el silbido de la bala.

Dejóse oir un aplauso en la cumbre del monte; aplauso que significaba la enhorabuena que enviaban sus compañeros al isabelino.

—Ahora me toca á mí, dijo este con voz llena.

—A tí te toca, contestó el vizcaino con sereno é inmutable acento.

Levantó el cerverano su arma, con gran agilidad y destreza, y despues de un instante en que estuvo haciendo la punteria, durante cuyo tiempo fijaba el carlista su mirada, naturalmente risueña, en la boca del fusil, vomitó este la bala fratricida.

El proyectil se llevó por delante la borla de seda que de la boina pendia sobre el hombro izquierdo del carlista; é hizo este maquinalmente un movimiento imperceptible de cabeza hácia aquel lado.

Volvióse á oir otro aplauso, pero este salia de la falda del monte para subir hasta cerca de la cima, como

una muestra de la parte que tomaban los suyos en favor del carlista.

Cargaron nuevamente los combatientes sus fusiles, con el aplomo y la serenidad con que pudieran haberlo hecho en un simulacro, y trascurrido apenas un minuto, despues de aquella operacion preliminar, dijo en alta voz el soldado carlista:

—Allá vá.

—Tira, contestó el cerverano, cuadrándose, arma al brazo, para esperar á que su enemigo le enviase quizás la muerte.

Salió el tiro, y la bala pasó rozando su oreja izquierda.

El cerverano la oyó silbar tan próxima al oido, que no pudo prescindir de hacer un movimiento de cabeza.

Hubo un pequeño intérvalo entre el estampido del tiro y los aplausos que nuevamente resonaron en el fuerte de Banderas, porque en el primer momento temióse que la bala hubiese dado en *el blanco*.

—Prepárate, gritó nuevamente el isabelino.

—Cuando quieras, contestó el carlista con la mayor naturalidad, apoyándose en su fusil, su mirada en la boca del arma homicida y con su sonrisa de costumbre asomada á los labios.

Salió el tiro y con él la bala, y casi simultáneamente volviéronse á dejar oir los aplausos en la falda del monte.

En el momento mismo en que cesaban estos, Pedro Boliba hizo un movimiento de flaqueza con las piernas, pero volvió á incorporarse inmediatamente y púsose á cargar el fusil.

Universidad de Deusto Biblioteca

Universidad de Deusto Biblioteca

Tambien Juan Cabezas cargaba el suyo; pero mientras este lo hacia con el aplomo y la calma de otras veces, aquel se apresuraba sin guardar los tiempos y el órden que habia observado anteriormente.

—Voy á tirar, dijo con voz alterada el carlista, dirigiéndose al isabelino.

—Aun no he concluido de cargar, replicó este, pero estoy á tu disposicion.

Y Juan Cabezas siguió cargando su arma, sin cuidarse de la puntería que estaba haciéndole su enemigo.

Muy breve fué esta, en verdad, comparada con la calma con que habia disparado los dos tiros precedentes.

En el instante mismo, tal vez antes de que resonara el último, flaqueáronle á Boliba las piernas nuevamente, y cayó en tierra arrodillado, mientras la bala por él disparada, perdida su direccion á impulsos de aquel movimiento, volaba á gran distancia del isabelino, que la esperaba impasible.

Un rumor de voces salidas de las filas carlistas se confundia con los aplausos y vítores que resonaban en la cumbre de Archanda.

Y era, que mientras los unos presagiaban algo grave, al ver la postura aquella del intrépido y arrogante vizcaino, los otros saludaban frenéticos al cerverano, por haber salido ileso del último tiro, y quizás, quizás, aquellos vivas celebraban tambien su triunfo.

Juan Cabezas, comprendiendo que su contrincante estaba herido, se detuvo un instante, antes de hacer la puntería; tiempo suficiente para que Pedro Boliba le dijese con voz apagada, pero con acento en que se revelaba la impaciencia.

—Tira pronto.

—No tiro, porque estás herido, replicó el isabelino.

—Tira... ó ¿es que tienes miedo de que vuelva á tirar despues de tí?

El cerverano sintióse herido en su amor propio, al oir aquel calificativo de cobarde, y apuntó por tercera vez el arma homicida al pecho del carlista.

Permaneció un instante apoyado el dedo índice en el gatillo fatal mientras Pedro Boliba de rodillas con la cabeza inclinada hácia tierra, esperaba al plomo que debia quizás acabar de derribarle.

De pronto el cerverano giró el arma en sentido vertical, y salió el tiro, perdiéndose el proyectil en la bruma del espacio.

En el instante mismo en que sonaba la esplosion cayó el carlista de bruces contra el suelo.

La fuerza de voluntad le habia sostenido hasta aquel momento; empero no pudo resistir ni un segundo mas, cumplido ya el deber que le imponia su arrogancia de esperar la tercera bala de su enemigo.

Mientras resonaban las voces y los gritos en la cumbre y en la falda del monte, gritos y voces que expresaban sentimientos diametralmente opuestos, Juan Cabezas arrojó el fusil al suelo y echó á correr en direccion de Pedro Boliba.

Llegóse á él y cogiéndole de un brazo le preguntó:

—¿Dónde tienes la herida?

El carlista levantó la cabeza pálida y demudada, hundida hasta entonces en el hueco que formaban sus brazos tendidos para adelante, fijó su mirada amortiguada hácia donde creyó percibir la voz, y sin

exhalar una queja, ni un ¡ay! ni un suspiro, volvió á dejarla caer inerte como su cuerpo.

Juan Cabezas cogió entonces por la cintura á Boliba, y con una fuerza hercúlea, le elevó en el aire, echóle como un fardo sobre el hombro izquierdo, y dirigióse hácia el campamento enemigo.

Empero apenas anduvo cuatro pasos, volvióse atrás y recogió el fusil del carlista. ¡Al levantarlo del suelo se sumergió la mano en un charco de sangre!

Al pasar por el sitio en que habia él parado durante el combate, cargó tambien con su fusil, que yacia por el suelo.

Poco tiempo necesitó el cerverano para bajar la falda del monte y presentarse con su carga en el campamento carlista.

Hizo entrega de ella y del arma que al mismo cerverano pertenecia, diciendo:

—Si sana, entregadle mi fusil; yo me llevo el suyo como recuerdo de un valiente entre los valientes.

. . . . . .

Una hora despues volvióse á oir un fuego graneado en la cima del monte de Archanda y en la pendiente que mira al Norte, fuego graneado que no se extinguió hasta otra hora despues de haberse ocultado el sol tras la cumbre piramidal del Sarantes.

II.

El desquite.

En la tarde de uno de los últimos dias del año 1837 se dirigia una columna isabelina desde el pueblecito de Plencia hácia la villa de Bilbao.

El tiempo era borrascoso. Negros y densos nubarrones vomitaban constantemente torrentes de agua, casi congelada; los relámpagos se sucedian sin interrupcion, mientras el trueno ensordecia el espacio.

Los soldados caminaban á la desbandada. Azotados sus rostros por una lluvia fria como el hielo, apenas acertaban á dar un paso que no fuera en falso, y el que tenia la dicha ó la destreza de poderse tener sin dar con su cuerpo en tierra, sumergiase hasta la cintura en agua y fango.

Una compañia de granaderos, que marchaba de vanguardia, llegó rota y maltrecha á la anteiglesia de Lújua, momentos despues de que cubierto ya el espacio por las sombras de la noche, solo podian caminar fiados en la luz de los relámpagos, que á veces servia para desorientarlos, mas bien que para servirles de brújula.

Hicieron alto los soldados, guareciéndose del temporal en la casa-fuerte del conde de Santa Ana, hoy del señor de Aurrecoechea, y despues de haber con-

ferenciado los jefes sobre lo que deberian hacer, acordaron detenerse allí mientras continuara el huracan, toda vez que, aparte del cansancio y desaliento que en los soldados observaban, era comprometido el seguir caminando por terreno desconocido y escabroso además, y con las armas de fuego inservibles, cubiertas como estaban hasta la boca de agua y fango.

Diéronse, en consecuencia, las órdenes para hacer alto, y se tomaron cuantas precauciones creyéronse necesarias para evitar un golpe de mano, que pudiera intentar el enemigo.

Despues de atrancadas bien las puertas y ventanas, colocáronse centinelas de observacion, y limpios y gobernados los fusiles, y rehecho ya el soldado, merced á un buen fuego y mejor rancho, trató cada cual de conciliar el sueño del mejor modo posible, hasta el instante de volver á emprender la marcha.

Unas horas despues reinaba en aquel vasto edificio un profundo silencio, que era solo interrumpido por la respiracion mas ó menos fuerte y comprimida de los dormidos, ó por el grito de alerta de los centinelas.

Oiase por fuera el bronco redoblar del trueno, á quien hacian coro el bramido del viento y los fuertes chubascos de agua y granizo que azotaban imponentes contra puertas y ventanas.

Seria poco más de media noche cuando, confundido con el estruendo del huracan, sonó un tiro y poco despues el toque de corneta llamando á fagina.

Cundió inmediatamente la alarma entre los soldados que se hallaban despiertos ó á quienes no habia rendido la fatiga hasta el extremo de ser sordos al to-

que gutural de la corneta. Estos despertaron á sus compañeros, y todos, mas ó menos soñolientos y sobresaltados, pusiéronse en pié, preparándose para el combate, que presagiaban muy próximo.

El disparo causa de aquella alarma lo habia hecho uno de los centinelas colocados en la boardilla de la casa, el que á la luz de uno de los relámpagos creyó distinguir no lejos de allí un grupo de hombres armados, á juzgar por la reflexion ocasionada por los cañones de los fusiles.

Los jefes dieron órdenes inmediatas para la colocacion de su escasa fuerza—apenas llegaria á cien hombres—y esperaron el resultado de la alarma producida por el centinela.

Momentos despues dejóse oir un segundo tiro disparado por uno de los centinelas colocado en una de las ventanas que hacia frente á un espeso bosque.

Ya no cabia duda de que estaban amenazados por el enemigo, y pusiéronse á la defensiva para cuando llegase el momento de obrar.

Seguia bramando el huracan y seguian sucediéndose los relámpagos y truenos, aunque corria ya un intérvalo bastante largo, durante el que volaban las nubes sin despedir una sola gota de agua.

Reinaba en la casa-cuartel un silencio sepulcral. Los jefes comunicaban las órdenes en voz baja, y el soldado las trasmitia igualmente y cumplialas como correspondia á militares veteranos, de que se hallaba formada casi toda aquella compañia.

Volvió á trascurrir un periodo, largo para el que prefiere la lucha á la incertidumbre, corto para quien prevee las fatales consecuencias de ella.

Habianse entreabierto las ventanas, y en ellas, y en la boardilla, y en los agujeros y en los resquicios todos en que podia colocarse la boca de un fusil, asomaban estos, dispuestos á vomitar la muerte en el instante mismo en que se diese la voz de ¡fuego!

El capitan, y el teniente, y el alferez, corrian de un lado á otro del edificio, para asegurarse de que cada cual estaba en su puesto, y para dirigir de paso á los suyos esas arengas sin formas oratorias, cortas pero espresivas, que, infiltrándose en el corazon del soldado, refluyen al rostro, dando á conocer que está dispuesto á morir en defensa de su bandera.

A la par, simultáneamente, con un horrendo trueno, que ensordeció el espacio, dejóse oir una descarga, que si fué debilitada por el ruido producido por aquel, dióse á conocer palpablemente por sus tristes y funestos resultados.

Cuatro soldados de los que se hallaban posesionados de las ventanas que daban frente al bosque, en donde se suponia situado el enemigo, cayeron mortalmente heridos por el plomo fratricida.

—¡Fuego el flanco derecho! gritó el capitan de la compañia, y el estruendo de veinte fusiles disparados de consuno, respondió al eco de aquella voz, haciendo estremecer en sus cimientos al edificio.

La lucha estaba ya empeñada: la sangre derramada sobre el pavimento de aquella sala, clamaba venganza. El combate que empezó por el flanco derecho hízose general: el enemigo, posesionado del campo todo que rodeaba el edificio, y de la iglesia, no lejos de este, parapetado tras de los vallados, de los árboles y de las sinuosidades del terreno, hacia un fuego tenaz y mortífero. Eran ya muchas las bajas sufridas por los granaderos isabelinos, que temerariamente habianse presentado á cuerpo descubierto en los huecos y vanos del edificio.

Dióse la órden de limitarse á la defensiva, mientras el enemigo no avanzara, pues aparte de las sensibles pérdidas que esperimentaba, corriase el riesgo de que faltasen las municiones antes quizás de que pudiera llegarles el socorro, que confiadamente esperaban.

Hizose asi, y mientras los carlistas seguian hostigándoles con un fuego vivo y graneado, los isabelinos se limitaban á alguno que otro disparo hecho á salvaguardia.

Aquella nueva táctica, observada ya hacia más de dos horas por los sitiados, impacientó á los carlistas en términos que dispusiéronse á dar un ataque simultáneo por los cuatro costados del edificio, con el fin, de derribar las puertas y ventanas y asaltar al enemigo dentro de la casa misma.

Provistos de barras, hachas, azadones y demás útiles que pudieron adquirirse, dada la señal del ataque, avanzó una parte de las tropas carlistas, mientras la otra sostenia, resguardada en sus posesiones, el asalto de aquella.

Los primeros soldados del bando carlista que osaron acercarse á la casa pagaron con sus vidas tan temeraria empresa. Empero no faltó quien reemplazase á los que se hallaban ya fuera de combate; nuevos pelotones de valientes arremetieron dando alaridos salvajes, cual lobos hambrientos, contra el único punto vulnerable de aquel edificio. Oyóse retumbar, confun-

dido con las descargas de fusileria, el ruido más imponente aun del hacha que chocaba contra la puerta, y la casa toda se estremeció como si fallara por su base. La puerta, sin embargo, resistió inquebrantable á aquella tremenda sacudida, merced no solo á su fortaleza, sino tambien á que se hallaba atrancada por dentro.

Mas bien que una lucha empeñada entre hombres, parecia aquello encarnizado combate de las furias del Averno. Los gritos, alaridos, juramentos y ayes mezclábanse con el estampido de la pólvora, con los golpes descargados contra la puerta y con el ronco retumbar del trueno. Y para que la escena fuese todo lo espantosamente horrible que pudiera ser, los relámpagos que sin cesar dominaban el espacio daban á conocer hasta en sus menores detalles la salvaje temeridad de los unos, el valor inmutable de los otros, las convulsiones de agonía de los caidos y hasta la sangre que á borbotones !ay; salia de las heridas de estos.

Cuatro soldados carlistas yacian tendidos sobre el umbral de la puerta, sin que ni uno solo llegara á poder repetir el primer golpe dado contra ella, con el hacha, la barra ó el mazo de que se habian provisto. Los tiros disparados desde las ventanas del edificio eran tan certeros, que podia considerarse inevitable la muerte del que osara presentarse á cuerpo descubierto.

Hubo un momento de tregua, durante el que los sitiados cobraban fuerzas para prepararse á nueva lucha, mientras los sitiadores buscaban un flanco por donde poder atacar con algunas mas probabilidades de éxito.

Habrian apenas trascurrido cinco minutos de completo silencio, tan completo que hasta el huracan parecia querer ser pasivo espectador de aquella calma, precursora de nueva y horrible lucha.

De pronto destacóse del grueso de la columna carlista un soldado jóven aun, quien con una hacha en una mano y una tea encendida en la otra, avanzó con paso, aunque marcial, lento en un principio, hácia el baluarte enemigo. Cuando se halló á veinte pasos de este, marchó rápido como una exhalacion en direccion á la puerta del edificio, desafiando el nutrido fuego de fusileria que de todos los huecos de la casa le hicieron, una, dos y tres veces. No parecia sino que aquel nuevo Aquiles habia trazado en su derredor un círculo invulnerable, segun le respetaban las balas, que ó chocaban unas con otras, ó rebotaban contra el suelo, despues de haber pasado rozando el cuerpo de aquel valiente entre los valientes.

Llegóse el soldado á dos pasos de la puerta, y apoyando su pié izquierdo sobre el cuerpo inerte de uno de sus compañeros, blandió el hacha, y descargó tan formidable porrazo sobre la cerradura, que saltó esta hecha pedazos. Antes de que pudiera repetir un nuevo golpe, estrelláronse contra los sillares de las jambas una docena de balas fratricidas. Volvió aquel valiente á levantar su maza de fraga, y volvió á dejarla caer con tal suerte é ímpetu tal, que la puerta, que parecia querer vacilar en el primer instante, abrióse con estruendo horrible en todo su ancho.

Giró entonces el soldado la tea que encendida conservaba en la mano izquierda, y trazando un círculo de fuego, arrojóla dentro del portal que acababa de abrir

Universidad de Deusto
Biblioteca

Mientras la tea iluminaba el espacio, salió un tiro de una de las ventanas que más próximas se hallaban al carlista, con tan buena punteria, que la bala llevó tras si la borla de la boina, que inclinada colgaba sobre su oreja izquierda. Levantó el soldado maquinalmente la vista hácia el punto de donde habia salido el tiro, y al fijarla en el cristino, antes de que tuviera tiempo de ocultar su cabeza, inclinada en direccion al carlista que le habia servido de blanco, hizo este un movimiento tal de sorpresa, que no daba lugar á duda de que habia visto ú observado algo para lo que su ánimo no estaba prevenido, pues viósele vacilar durante un corto intérvalo, á aquel que hasta entonces habia arrostrado sereno, una muerte casi cierta.

Una bocanada de humo negro y espeso salió inmediatamente por el vano del zaguan, y tras ella una llamarada de fuego iluminó el espacio de un color rojizo, muy en carácter con las escenas de sangre que iba á poner de manifiesto.

El soldado carlista arrojó lejos de si el hacha que aun conservaba en la mano, dió dos pasos en direccion á la casa, levantó del suelo con hercúlea fuerza á uno de los soldados que yacia cadáver, y guareciendo su cuerpo con el cuerpo inerte de su compañero, arrimóse de espalda á la pared, próximo á la puerta y con la vista clavada en ella.

Fué todo obra de un momento, mas corto seguramente del tiempo que se necesita para referirlo.

El incendio, que en un principio parecia reconcentrarse en el zaguan del edificio, se estendió rápidamente por todo él, y en breve viéronse espirales de

humo por cima del tejado, y poco despues varias pirámides de fuego, que fueron acercándose hasta unirse y confundirse en una sola que abrazaba todo el edificio, trasformándole en una inmensa hoguera, que lo abrasaba por entero.

Un grito de júbilo ¡qué horror! resonó en torno de aquella horrible hecatombe. ¡Debe ser inmensa la satisfaccion que se esperimente al ver perecer de un golpe cien hombres, cien españoles, cien hermanos, cuando así rebosaba del pecho de los espectadores que presenciaban aquella escena, celebrándola con victores y bravos!

Tambien entre el chasquido de las llamas y el crujir de los maderos oiase confuso rumor de aterradoras voces. ¡Ah! Era que habia llegado el momento supremo para los valientes que tan caras habian vendido sus vidas, y preparábanse ya resueltamente á desprenderse de ellas.

Momentos despues, antes de que hubiese concluido de extinguirse sordo ruido de atropellados pasos, apareció ó mas bien salió por aquella puerta, verdadera boca de fuego, un peloton de hombres, y simultáneamente una granizada de balas, disparadas á quema ropa, segó como una guadaña la vida del mayor número de aquellos héroes. El campo quedó sembrado de cadáveres esparramados aqui y acullá, más cerca ó más lejos, que no todos aquellos valientes tenian la dicha de morir en el acto mismo de ser atravesados sus pechos por el plomo fratricida.

Tras del primer peloton, apareció otro é inmediatamente tambien resonó nueva descarga aterradora. Antes de que se extinguiera en las montañas vecinas

aquel eco de muerte, el soldado carlista, que hallábase parapetado en el cuerpo inerte de su compañero, empujó á este hácia delante, y saltando por cima de los caidos, avalanzóse rápido sobre uno de los cristinos que acababan de sufrir la segunda descarga, gritando:

—¡Dáte! ¡Eres mi prisionero!

Volvióse el cristino sorprendido de su natural aturdimiento, al verse cogido por el cuello tan de improviso, y al querer hacer un esfuerzo para desprenderse vaciló, faltáronle las fuerzas y cayó en los brazos de aquel que tan fuertemente le sujetaba.

Arrojó el carlista un juramento al comprender que su enemigo estaba herido ó quizás muerto, y haciendo uso de todas sus fuerzas, unas veces á cuestas y á la rastra otras, separóle del lugar del combate, depositándole del mejor modo posible junto á un vallado, fuera, ya que no lejos de la direccion de los disparos de sus compañeros.

Allí al resplandor de la hoguera por él encendida, pudo cerciorarse de que el cristino se hallaba mal herido en un muslo, siendo tanta la sangre que vertia, que no podia restañarla, ni con su pañuelo, ni con su camisa, hecha girones con aquel fin.

El cristino caminaba hácia la muerte á pasos rápidos: no habia, pues, tiempo que perder. Colocóle sobre el vallado, y haciendo el carlista un arco de su cuerpo, bajóse para cargar el herido sobre sus dos hombros, echando luego á correr con paso firme en direccion á la casa mas próxima.

Media hora despues escuchaba atentamente el carlista el diagnóstico y pronóstico de la herida, formulados con toda la gravedad y el aplomo todo de aquel que sabe lo que se dice, por un famoso curandero de la localidad.—La herida era grave, pero otras peores las habia él curado.

—No te separes de su lado, dijo el carlista *al facultativo*, poniendo al mismo tiempo en las manos de este todo cuanto dinero llevaba en sus bolsillos, y cuando esté curado, le dirás que me llevo mi fusil y le dejo el suyo: que estamos en paz.

III.

Recuerdos.

Una mañana de fines de agosto de 1860, marchaban por la cumbre de Archanda dos cazadores, hombres ya como de cuarenta y cinco á cincuenta años. Facil era colegir por su manera de andar y por el modo que tenian de llevar la escopeta al hombro, que no eran estraños á los usos militares. Muchas y de interés eran las cosas que tenian que contarse, á juzgar por la frecuencia con que se paraban para departir amigablemente, y no debia tampoco serles indiferente el terreno que pisaban cuando tantas y tan repetidas veces tornaban la vista en derredor, para dedicar sus miradas y sus palabras á los objetos abarcados desde el punto en que se encontraban.

—¡San Agustin! decia el que precedia como marcan-

Universidad de Deusto
Biblioteca

do el camino que debian seguir.—¡San Agustin! La sangre vertida en ese convento no tiene precio. Allí; y señalaba con la mano hácia el campo de Volantin, á doscientos pasos de esas ruinas, habia una bateria nuestra, y otras dos aun mas cercanas en esa viña que ves ahí, tras de la Sendeja. Frente por frente, en la inmediacion de la iglesia de Abando, colocáronse dos más. Las cinco jugaron sin cesar varios dias contra el convento, hasta que lo convirtieron en un monton de escombros; por fin, penetramos nosotros. A mí, que siempre me toca bailar con la mas fea, me tocó tambien ser uno de los primeros en entrar. A la bayoneta disputamos la posesion de esos escombros ensangrentados, y las balas rasas y las bombas y las granadas, disparadas por cristinos y carlistas, caian mientras tanto sobre el edificio teatro de aquella horrible escena. ¡Qué tarde aquella del 27 de noviembre de 1836!

—¿Y aquella iglesia? ¿es Begoña? dijo el que iba detrás, volviendo la espalda al punto hácia donde caminaban.

—Sí, Nuestra Señora de Begoña, amparo de los intrépidos marinos vascongados. Óyese resonar su nombre en todo el inmenso espacio del Océano, porque por todas partes surcan las naves de nuestros astilleros, exclamó con orgullo el que, por su acento y entusiasmo por las glorias del pais vasco, parecia ser vizcaino neto.—Si hubieras llegado hace quince dias, habrias podido ver la famosa romeria que se celebra en torno de la iglesia. El quince de agosto tiene lugar esa romeria, una de las mas concurridas, y la mas lujosa indudablemente de las de Vizcaya.—Aquellos

escombros que ves allí, al poniente del santuario de Nuestra Señora, son los sagrados restos de la casa en que fué herido el 15 de junio de 1835 el general Zumalacárregui. Una bala casi fria bastó para matarle nueve dias despues, el 24 de junio. ¡Aquel era lo que se llama todo un hombre! No tenia mas que cuarenta y seis años, y sabia ya más que todos los generales viejos... ¡Lástima!... y mordió como para acabar la frase un coracero, vulgo cigarro de dos cuartos que sostenia entre sus colmillos.

—Buenas vistas hay desde aquí, dijo el que parecia estraño al pais que pisaba. No las recordaba yo; ya se vé, las dos ó tres veces que pasé por este monte no pensaba yo ciertamente en vistas ni en paisajes.

—Ni en Suiza, segun dicen los que han andado por esas tierras, se vé una cosa igual. Esas son las famosas vegas de Abando; estas otras las huertas de la villa, y por medio el Nervion. Allí á lo lejos el puente colgado de Burceña y al otro lado Baracaldo. ¡Se cogen en esa tierra unos melocotones y pimientos, que me rio yo de los famosos de Aragon y Rioja! Mira, á esta parte de aquí, á la derecha, se vén Lujua y Erandio, Sondica y Asua; y allá de frente en el horizonte, el mar y qué sé yo... No hay nada como esto. Y qué tiempo más fresco, ¿eh? Y eso que estamos en agosto.

—Vaya, veo que todavia sigues con tus ideas de otros tiempos, de creer que no hay nada como tu tierra.

—Y no la hay, no señor.

—Tambien te figuraste un dia que no habia otro hombre tan valiente como tú, y...

—Es verdad, me encontré contigo, que me diste lo

que merecia por fanfarron, dijo el vizcaino, dando una palmada cariñosa en el hombro de su compañero.

En estas y las otras, llegaron los cazadores al alto de Banderas, y tendiendo el brazo hácia el lado del Norte, exclamó el que delante iba:

—Allí fué, lo recuerdo como si fuera ahora.

—Sí, sí, al lado de aquella mata estabas tú; y yo veinte pasos mas allá.—Tambien se llega á ver desde aquí el sitio, y aun la casa en que si no es por ti, no la cuento.

—Calla, no lo recuerdes no; ¡ojalá, pudiera yo borrar esa noche de los hechos de mi vida y de mi memoria tambien!

Bajaron ambos interlocutores la falda al Norte de Archanda, quizás sin darse cuenta de lo que hacian, y detuviéronse casi al mismo tiempo, distando veinte pasos el uno del otro.

—Ya estamos, dijo el vizcaino, en los sitios mismos en que nos conocimos por primera vez. Ocúrreseme, añadió, que podiamos hacer un simulacro de aquél episodio.

—Me parece bien: vamos á cargar las escopetas con pólvora sola.

Y hecha esta operacion prévia, dijo el vizcaino:

—Tira.

—No, tira tú primero.

Levantó el vizcaino su escopeta, la apoyó horizontalmente en el hombro derecho, apuntó con la calma con que pudiera hacerlo un cazador á una liebre acostada en su lecho, y... arrojando el arma al suelo, echó á correr en direccion á su compañero, que le salió al encuentro con los brazos abiertos.

—¡Maldita sea la guerra! exclamaron los dos á un mismo tiempo, dándose un estrecho abrazo.

Así celebraban aquellos dos valientes el 30 de agosto, aniversario del abrazo de Vergara.

FIN DE LOS DOS VALIENTES.

Universidad de Deusto
Biblioteca

DOLORES.

El episodio que voy á escribir, es verídico en todas sus partes. Me lo refirieron sencillamente, sin exageraciones ni comentarios de ninguna clase, y yo lo trascribo tal como lo oí contar.

Creeria profanarlo si me atreviera á inventar una sola frase con la que tratara de hacer efecto. Lo bello, lo sublime del hecho depende quizás de su simplicidad. Si al leerlo, no se humedece el lagrimal de los ojos del lector, cúlpeme á mí, que por no saber colocar á buena luz este cuadro inédito de uno de los primeros pintores, ha perdido su verdadero mérito.

. . . . . .

I.

El desertor.

En un rincon del Occidente de Vizcaya, hay un pueblecito cruzado por un rio y protegido de los vientos por montañas cubiertas de una lozana vegetacion, y

Universidad de Deusto
Biblioteca

al pié de ese pueblo, que es Zalla, y en medio de su bonita vega, se asentaba en 1833 una casita humilde, tan humilde que casi pasaba desapercibida entre el espeso ramaje que la rodeaba.

Dichosos fueron un tiempo los que la habitaban, y tan alegres se encontraban en ella, que en sus oraciones diarias al Señor de todo lo creado, siempre pidieron para el afligido, nunca para ellos, que se consideraban harto pagados con las mercedes de que disfrutaban.

Pero ¡ah! que ha resonado en Vizcaya el grito de guerra fratricida, y el eco de ese grito se ha repetido de montaña en montaña, de valle en valle. ¡Qué mucho, pues, que se haya dejado sentir en la montaña de Zalla, y en la vega y en la casa que en la vega se asentaba!

Dos aldeanos, jóven y robusto el uno, niño y débil el otro, han marchado á incorporarse bajo la bandera carlista, al grito santo y patriótico de Dios y Fueros.

Desde ese dia, la tranquilidad, la paz, la dicha, en fin, huyeron de la casita en que vivian con sus padres y su hermana, de quienes eran el amparo.

Cuando los rudos y empeñados combates que tenian que sostener uno y otro dia con los soldados de la Reina, dejaban á aquellos dos valientes el tiempo indispensable para saludar el hogar en donde se hallaban reconcentradas todas sus afecciones, todas sus dichas, los débiles ancianos y la jóven les recibian con los brazos abiertos, de los que con dificultad podian desprenderse para volver á cumplir con el deber que se habian impuesto.

Empero eran tan breves aquellos instantes, que valiera mas ciertamente que no se hubieran dejado ver, pues su presencia solo servia para aumentar el dolor de una madre, el llanto de una hermana.

Ni aun tenian tiempo suficiente para referir á su padre las acciones en que se habian encontrado, para dar á conocer á su madre que estaban cumpliendo con un deber, para hacer comprender á su hermana que no todos los que iban á la guerra morian en ella.

Y sin embargo, los cortos momentos que pasaban en aquel sitio, bastaban ¡ay! para que los ojos de una madre distinguiesen claramente que el hijo querido de sus entrañas estaba débil, enfermizo.

—Quédate aquí, hijo mio, le decia siempre que volvia á verle; tú estás malo, y no es posible que nadie pueda obligarte á marchar.

—No puede ser, madre. Mientras respire, no espere usted de mí que deje de cumplir con mi obligacion.

Y á los ruegos de la madre se unian el llanto de la hermana y tal cual lágrima que se desprendia á despecho suyo por el rostro curtido del anciano.

Todo inútil. Manuel, que ese era el nombre del niño, marchaba con el fusil al hombro, que ni aun queria cederle á su hermano, mientras no perdia de vista la casita medio oculta entre el espeso ramaje del valle de Zalla.

Dos meses, que parecieron dos siglos á los habitantes de aquella casa, trascurrieron sin que hubiera la mas pequeña noticia del paradero de los dos jóvenes.

Y poco menos tiempo hacia, que todas las mañanas al despuntar el alba subia, subia, una anciana

Universidad de Deusto
Biblioteca

apoyada en el brazo de una jóven, hácia la cumbre de los Somos.

Y todas las tardes, cuando ya el sol se habia ocultado tras la cima de Gorbea, bajaban, bajaban la anciana y la jóven, tristes, pensativas, con la cabeza inclinada al suelo, articulando una oracion.

¿Qué hacian estas dos débiles mujeres en el intérvalo de aquellas largas horas? Mirar, mirar al valle, á los senderos, al bosque, á todas partes, en fin, por donde esperaban ver volver al hijo de sus entrañas, al hermano de su corazon.

Y mientras tanto, un anciano, apoyado en el dintel de la puerta de aquella casa, tan alegre en otro tiempo, dejaba apagar la pipa que llevaba maquinalmente á sus labios temblorosos.

¡Ah! ¡¡Maldita sea la guerra, y maldita mil veces la guerra civil!!

Un dia, no, sino una noche, bajaban madre é hija por el sendero que del monte conducia á su casa, tristes, llorosas, pudiendo apenas balbucear la oracion de costumbre por la felicidad de los séres queridos, tanto tiempo esperados vanamente, cuando de pronto detuviéronse las dos á un mismo tiempo, porque á un mismo tiempo tambien, creyeron oir el ruido de las pisadas de alguien que tras ellas iba.

—¿Quién vá?—preguntó la jóven, mas animosa ó menos abstraida, con el pensamiento que afligia á ambas en aquel instante.

Nadie contestó; el ruido de los pasos que creyeron distinguir hacia un momento, se habia extinguido por completo.

Clavó Dolores, así se llamaba la niña, los ojos en

la oscuridad, y creyó distinguir un bulto que luego apareció á su vista mas claro y distinto, en forma de un soldado armado.

Una idea horrible, espantosa, cruzó por su imaginacion. Figuróse que el soldado que tenia delante era su hermano Eugenio, que volvia solo, porque habia dejado á su hermano Manuel tendido en el campo de batalla.

—¡¡Eugenio!!—exclamó fuera de sí, abalanzándose hácia el sitio en que se hallaba la sombra.

—¡Eugenio!—repitió el eco que vino á confundirse con el grito ahogado de la anciana.

—¿Quién me llama?—contestó la sombra, corriendo al encuentro de Dolores.

—¡Ah! No es él,—dijeron á un mismo tiempo las dos mujeres, con un tono indescifrable de alegria y de pena.

Y permanecieron clavadas en el sitio, esperando indiferentes el resultado de aquel enigma.

—Sí, soy Eugenio, ese es mi nombre;—dijo el soldado que iba acercándose hasta llegar á reunirse con las dos mujeres.

—No, no es él,—repitieron maquinalmente estas.

Mas cuando se hubo acercado aquel, hasta dejarse ver por completo, arrojaron madre é hija un grito, abrazándose como si trataran de ampararse mútuamente.

El soldado que se hallaba á su lado era un cristino.

—No se asusten ustedes; vengo solo y... me llamo Eugenio tambien.

Las mujeres le miraron de hito en hito, y su primer

impulso fué echar á correr. Pero el soldado las detuvo, diciéndoles en tono dulce y angustioso:

—Tengan ustedes compasion de mí; soy un desgraciado. Ando todo el dia á la ventura sin saber á dónde dirigirme, y esta es la hora en que no he probado un pedazo de pan.

La jóven metió la mano en un cesto que llevaba al brazo, sacó los restos de la comida frugal que acostumbraban hacer en el monte, y se los dió al soldado sin pronunciar una sílaba.

—Dios se lo pague á usted, jóven, dijo el militar, que se puso á devorar aquellas migajas.

La anciana murmuró entre dientes:

—Usted es *negro*.

—Yo no soy nada: solo en el mundo, sacáronme de mi pueblo á la fuerza, y á la fuerza tambien me he visto obligado á batirme. Esta mañana al salir mi regimiento de Valmaseda, me he encontrado algo malo, y cuando he querido incorporarme á él, no me ha sido posible. Desde entonces ando sin saber lo que será de mí; y si ustedes no me amparan, no me queda mas recurso que entregarme y... que me fusilen.

¡Y el soldado lloraba! ¿No habia de llorar, si era un niño?

—Madre, que venga á casa; dijo Dolores.

—¡Pero, y tu padre!

—¡Ah! ¡mi padre! Mi padre es demasiado bueno, para que no se alegre de que hagamos una buena accion.

—Vaya, pues; si quiere usted venir con nosotras...

—¡Oh! si, yo no me separo de ustedes.

Media hora despues cenaban dos hombres y dos mujeres alrededor de una mesa pequeña y baja, como

lo son todas las de las aldeas en Vizcaya, cubierta con un mantel tosco, pero sin manchas como las costnmbres de sus habitantes. Era tal la confianza que allí reinaba, que nadie se hubiera atrevido á poner en duda la antigua amistad de aquellas cuatro personas.

Y sin embargo, entre ellas se hallaba el cristino Eugenio, á quien el anciano, padre de los dos soldados carlistas, le había recibido con los brazos abiertos, haciendo, para evitarle cualquiera disgusto, que vistiera el traje de uno de sus hijos.

Todo Zalla sabia ó creia saber al siguiente dia, que el jóven que se hospedaba en casa de Juan Ramon, era hijo de un pariente suyo residente en la Montaña, que habia venido huyendo de la quinta.

Quince dias despues, ya nadie se ocupaba de Eugenio; era un vecino mas: hé ahí todo.

Al cabo de ese mismo tiempo, era fácil observar que cuando Dolores subia y subia á la cumbre de los Somos á esperar á sus hermanos, no lo hacia con la diligencia y oficiosidad que antes.

El alba habia ya despuntado por completo cuando su anciana madre conseguia á duras penas hacerla salir de casa. Siempre habia un pretesto que demorase la partida. O faltaba ordeñar la vaca, ó dejar preparada la cena, ó labrar la tierra, ó regar la hortaliza. Y ¡cosa rara! si en cualquiera de estas faenas le acompañaba Eugenio, peor que peor; tardaba mas en concluirla.

Y cuando bajaba de los Somos, despues de haber esperado inútilmente la vuelta de sus hermanos, hacia andar á su anciana madre de priesa, y sin embar-

go aun no se habia ocultado el sol tras las cimas de Gorbea.

Lo diré de una vez: Eugenio habia encontrado un hueco en el corazon de Dolores, ocupado hasta entonces nada mas que por el cariño á sus padres y hermanos.

Era Dolores tan niña aun, y tan inocente, que no sabia ocultar dentro de sí misma lo que su corazon sentia. Hubiera, pues, sido preciso que Eugenio fuera de roca, para que se hiciera insensible á las muestras de atencion y de afecto que le daba Dolores un dia y otro dia. Y como además, Dolores era todo lo graciosa que puede ser una morena de diez y seis años, de aquí el que si ella amaba á Eugenio, Eugenio no amara menos á Dolores.

Quizás no pasara desapercibido á los ojos de la anciana el cariño que se profesaban los dos jóvenes; pero como Eugenio parecia un buen chico, y como la madre tenia, por decirlo así, reconcentrado todo su pensamiento en sus dos hijos ausentes, no oponia obstáculo á aquel amor aun naciente.

Corrian los dias, y muchos de ellos habian sido de llanto y de duelo para los habitantes de la casita del valle de Zalla.

Diez meses hacia ya que no se tenia noticia de los dos soldados que habian ido á batirse en defensa de los dos objetos encarnados en todos los vizcainos: *Jaungoicoa eta foruac* (Dios y fueros.)

Durante ese tiempo habian tenido lugar la batalla de Villaro, el primer sitio de Bilbao, y las acciones de Portugalete, Castrejana, Arrigorriaga, los Arcos y tantas y tantas otras.

Habia, pues, como se vé, causa sobrada para llanto y duelo en la casita del valle de Zalla.

II.

El sustituto.

Es la noche del 24 de Diciembre de 1835. Vizcaya, haciendo tregua á la guerra á muerte que está sosteniendo, celebra el natalicio del Redentor del mundo.

A juzgar por lo que se observa, los vizcainos todos han hecho voto de cenar esta noche con los suyos. Pues no hay caserío alguno, por humilde y pobre que sea, en el que no se oiga el ruido confuso de la prosaica pandereta, mezclado con la algazara, las carcajadas y los dichos agudos de los concurrentes, como un murmullo sofocado de orgia.

Aquellos cortos momentos pasados en el seno de sus familias, parece indemnizar á los vizcainos de las fatigas de todo el año, dándoles nueva fuerza y mayores brios para el año venidero.

Solo en una casita, confundida entre el espeso ramaje del valle de Zalla, reina un profundo y sepulcral silencio.

Las cuatro personas que la habitan, acaban de colocarse alrededor de una pequeña mesa, sin proferir una sola palabra, silenciosas, mudas, como verdaderos autómatas.

Dolores ha puesto sobre la mesa una cazuela de le-

Universidad de Deusto
Biblioteca

che, que ha tenido cuidado de endulzar en obsequio á la festividad de aquella noche.

El anciano se ha quitado el sombrero, y á esta señal se han persignado todos los concurrentes.

—«Venid á mí vosotros los que sufrís y estais afligidos, y yo os aliviaré,» ha dicho el Señor. Acudamos, pues, á Él, pidiéndole hoy con mas fervor que nunca que vuelvan los ausentes sanos y salvos.

Dijo el anciano, y antes de que pudiera dar principio al rezo, tuvo necesidad de pasarse la mano por la cara, para evitar que se desprendiesen dos gruesas lágrimas.

En aquel momento púsose la anciana en pié, como si hubiera sido movida por un resorte.

—Leon ladra,—dijo con voz temblorosa.

—¿Y bien?—replicó Dolores.—¿Qué importa que Leon ladre? No parece sino que es una cosa nueva.

—Es que hace mucho tiempo que no ha ladrado como ahora;—y al decir esto, trataba de imponer silencio con el dedo en la boca.

Leon seguia ladrando con mas fuerza.

—Tiene razon tu madre,—añadió el anciano, poniéndose tambien en pié maquinalmente, la mano ahuecada en la oreja y el cuerpo inclinado, como si tratara de escuchar lo que por fuera pasaba.

En este instante dieron dos fuertes golpes á la puerta. La anciana quiso echar á andar, pero no pudo. Faltáronle las fuerzas y cayó de rodillas con las manos cruzadas y apoyados los codos sobre la mesa.

—¡Dios mio!—exclamó.—Yo no puedo engañarme... Tú no querrás engañarme... ¡Dios bondadoso!

El anciano tampoco tuvo valor bastante para correr á la puerta, pero detuvo á Eugenio que corria á abrirla, y señaló á Dolores, diciendo únicamente:

—No: tú.

Volvieron á oirse golpes repetidos, y dos voces, casi á la par, gritaron desde fuera:

—¡Padre! ¡Madre!

En aquel momento se abria la puerta de la casa, y caian Manuel y Eugenio en brazos de su hermana Dolores.

Cuando desprendiéndose de esta corrian aquellos á abrazar á sus ancianos padres, no pronunciaron estos una sola sílaba, no dieron un solo paso para acortar la distancia que los separaba de sus queridos hijos.

Hallábanse mudos, estáticos, observándose solamente en ellos un movimiento convulsivo de lábios. Era que daban gracias al Señor por el inmenso favor que les otorgaba. Cumplian con el primer deber de todo buen cristiano.

Despues... despues no sé yo referir la escena que tuvo lugar en la casita del valle de Zalla.

No fué espansion, fué una verdadera locura, un verdadero *maremagnum* de preguntas y respuestas, confundiéndose las unas con las otras, hasta el punto de que nadie se entendiera.

Antes de que el órden se restableciese, observando Dolores que Eugenio se habia retirado á un rincon de la cocina, como si tratara de no descomponer el cuadro, le cogió de la mano y le llevó á presencia de sus hermanos diciéndoles:

—Aquí teneis otro hermano, que ha llorado vuestra ausencia sin conoceros, casi tanto como nosotros mismos.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Lo exabrupto de esta presentacion hizo que se suspendiese aquel torrente de preguntas y respuestas, de caricias, de lágrimas, de gritos, de confuso desórden, en fin, para dar lugar á que el padre esplicara á sus hijos cómo habia llegado el segundo Eugenio á aquella casa.

No tuvo el anciano necesidad de escitar á sus hijos, para que admitiesen al jóven como á un hermano. Como á tal le consideraban desde el momento en que supieron que estaba bajo la proteccion de sus padres.

Un apreton de manos selló entre los jóvenes el pacto de sincera y eterna confraternidad.

El mayor de los hermanos trató luego de referir la causa de su ausencia tan prolongada, pero Manuel le interrumpió diciendo:

—No, deja que la cuente yo. Tu no lo contarás bien, y añadió:

—En lo mas récio del combate de Gorbea, dado el 2 de Abril, caí en tierra, herido de un balazo que me atravesó el muslo izquierdo.

La anciana dió un grito al saber que su hijo querido se hallaba herido y se acercó á él apresuradamente.

¡Pobre madre! Hasta aquel momento no habia observado que estaba aun mas demacrado y débil que en su última separacion. Tal fué su contento en el primer instante que le vió, que ni habia advertido que andaba con dificultad.

—Eugenio me cogió en brazos—añadió Manuel—resuelto á llevarme fuera del campo de batalla, pero era tarde: rodeados de enemigos por todas partes, no nos quedaba mas recurso que rendirnos ó morir.

El jóven hizo una pequeña pausa, interrumpida solamente por los sofocados sollozos de la madre y por el aliento anheloso de casi todos los oyentes.

—Viendo Eugenio—continuó el soldado—que era inútil toda tentativa de evasion, me dejó en el suelo, y despreciando mis ruegos para que huyese solo, hizo una cruz en tierra con la punta de su bayoneta y juró por ella no moverse de aquel sitio.

Poco despues, salvado Eugenio milagrosamente de la granizada de balas que por todas partes le cruzaban, nos cogieron prisioneros á los dos, llevándonos á Vitoria, donde nos han tenido hasta hace ocho dias que nos cangearon.

. . . . . .

Si una hora antes se hacia notar la casita del valle de Zalla por el silencio que reinaba en ella, ahora descuella sobre todas por la algazara y la bulla que originan la afluencia de vecinos que acuden presurosos á saludar á los recien venidos.

Las horas de esta Noche Buena fueron breves para los habitantes todos de la casita, y los dias que siguieron hasta los primeros del año de 1836, fueron tambien mas veloces de lo que á sus deseos convenia.

La noche del 6 de Enero observó la anciana, llena de zozobra, que sus hijos hacian los preparativos para una próxima marcha.

—¡Qué! ¿Se marcha Eugenio? preguntó la anciana al mas jóven de los dos hermanos, buscando una respuesta que estaba en contradiccion con lo que veia.

—Y yo, madre; contestó el jóven con naturalidad.

—¡Cómo! ¡Tú! No es posible. En el estado en que

estás, es lo mismo que si me dijeras que vas á buscar la muerte.

—No, madre; voy... á cumplir con mi deber, y nada mas.

—¡Dios mio! ¡Es cosa de volverse loca! Yo creia que, herido como estás, nadie podia obligarte... y estaba tan contenta...

Y la pobre mujer ahogó su última frase con su delantal, en el que recogió el torrente de lágrimas que se desprendió de sus ojos.

En el rincon mas oscuro de la cocina, que era donde pasaba esta escena, se hallaba Eugenio, el hijo adoptivo, mudo, cabizbajo, pensando en su interior que tenia tambien que cumplir con un deber.

Tal vez creyó que habia llegado la hora de satisfacerle, puesto que, de pronto, salió furtivamente de la estancia y fuese derecho á buscar á Dolores.

—Es preciso que nos separemos, Dolores;—la dijo apenas la vió.

—¡Separarnos! ¿Y por qué? ¡Habla! ¡esplícate por Dios!

—Mañana marchan tus hermanos á campaña. Tu madre cree, y cree bien, que Manuel no podrá resistirla, en el estado que se halla. Pero todas las reflexiones que le ha hecho y le está haciendo para que se quede, son inútiles: tú conoces el carácter de tu hermano. Hay, sin embargo, un medio con el que puede hacérsele desistir de su idea.

—No lo entiendo,—contestó la jóven, tal vez faltando á la verdad.

—Yo voy á marchar en su lugar.

Dolores no replicó. Hubo en ella un momento de

incertidumbre, de duda; momento en que debieron luchar el cariño que tenia á Eugenio y el deber de una buena hija. Por fin se sacudió, como si se quitara un peso de encima, y cogiendo á Eugenio de la mano, que la estrechó fuertemente, le condujo á la cocina, señalándole con la otra mano á su madre, que se hallaba anegada en llanto.

—No llore usted, madre,—dijo Eugenio arrodillándose delante de ella;—no llore usted, Manuel no marchará.

Levantó la anciana la cabeza, que la tenia hundida entre sus manos, y miró á Eugenio con la vista estraviada, concluyendo por sonreirse, como si comprendiera que se trataba de burlarse de ella.

—Créame usted lo que la digo, madre; Manuel se quedará aquí con ustedes.

—He dicho que voy,—exclamó Manuel al oir la promesa de Eugenio,—y no hay nadie que me haga desistir de mi deber.

—Tu deber es recobrar las fuerzas que has perdido, y nuevos brios para entrar en campaña con las condiciones de un buen soldado; pero no creo que lo sea, ir á estorbar á tus compañeros, ocupando un lugar en el hospital.

Manuel quedó parado un momento al oir la réplica no esperada de Eugenio, y contestó en tono de despecho:

—Haciendo lo que se puede, no está uno obligado á mas. Mucho peor es hacer... lo que hacen otros, que yo conozco. ¡Pues están buenos los tiempos para andar escatimando soldados!

—Precisamente por eso, porque no quiero escati-

marlos, y porque quiero servir, no á la causa, sino á los defensores de ella que han defendido mi vida,—dijo Eugenio señalando á los dos ancianos—quiero hacer yo mas que tú. Yo voy á dar á tu causa un soldado sano y robusto por un inválido. Voy á marchar en tu lugar.

Manuel quiso interrumpirle, pero Eugenio continuó:

—Déjame concluir, y si despues de lo que yo diga sigues aun en tu idea de marchar, será inútil que insista, porque yo no trato de curar á un loco. Yo marcho en lugar tuyo, y cuando te halles restablecido vendrás á unirte con nosotros. De este modo se cumplen mejor tus deseos, de ser útil á tu rey y á tus fueros. Si no consientes, te marchas, yo me quedo; y no seria dificil que toda vez que desprecias mis servicios, me encontráras mañana frente á frente en el campo de batalla.

Calló Eugenio y no volvió á decir una sola palabra, por mas que Manuel quiso sostener, con falsas razones, el terreno que conocidamente habia perdido. Pero los ruegos de toda su familia, unidos á que comprendia que su causa, por la que era ciego, salia ganando si accedia á ellos, acabaron por hacerle desistir de su propósito.

Quedó, pues, definitivamente resuelta la marcha de los dos Eugenios para el siguiente dia por la mañana.

Convinieron estos en marcharse antes de que despuntara el alba, con el fin de evitar la despedida.

Proyecto frustrado, porque Dolores que habia pasado una gran parte de aquella larga noche rezando, y la restante llorando, les salió al encuentro.

Inmediatamente despues vino la madre, y tras de esta el resto de la familia.

La anciana llamó aparte á su hijo adoptivo, y le dijo únicamente.

—A la vuelta te espera Dolores para llamarse tu esposa, y te espero yo para llamarte mi hijo.

—¡Oh! seria preciso que me mataran para que no volviera digno de esos títulos.

Dolores no tuvo bastante valor para verle partir, y sin embargo, quiso agotar hasta el fondo el cáliz de su dolor, porque corrió á la cumbre de los Somos, para perderle de vista lo mas tarde posible.

III.

El sitio de Balmaseda.

El 8 de Febrero, el general carlista Eguia, á pesar de lo lluvioso del tiempo, atacó con denuedo la villa de Balmaseda. Muy pronto los certeros disparos de las piezas de campaña, abrieron una brecha en las murallas, si bien en muy dificil punto de penetrar, por estar defendido aquel lado por el fuego de las casas inmediatas y por los pedreros del castillo.

Mandó el general carlista que avanzasen dos piezas de grueso calibre, una de treinta y seis y otra de veinticuatro, é inmediatamente despues de empezar el fuego con ellas propuso una capitulacion, que aceptó la guarnicion de Balmaseda.

A las dos de la tarde del dia 9, en el momento en

que estaban estendiéndose las bases de la rendicion de la villa por el brigadier de ella, D. Manuel Ladron de Guevara, y D. Melchor Silvestre, brigadier de ingenieros carlistas, tenia lugar otro acontecimiento íntimamente ligado con este episodio.

En el fondo de un estrecho valle, comprendido entre Balmaseda y Zalla, á la márgen misma del Cadagua, se asientan las barriadas llamadas de la Mella y Terreros, formadas por un pequeño grupo de casas, á las que domina el palacio del Excmo. Sr. D. José de Urrutia.

En este último habia establecido un hospital de sangre el ejército carlista, que sitió y tomó á Balmaseda.

En una estensa sala, tan mal acondicionada que lo mismo penetraba el sol que el viento, estaban esparcidas varias camas, en las que se revolvian con las ánsias del dolor y tal vez de la muerte, otros tantos jóvenes, víctimas de su deber, fundado en su amor á las instituciones del país en que nacieron.

Y en una de aquellas miserables camas, compuesta de un mal jergon de paja y de una manta roja como la sangre en que se hallaba empapada, yacia Eugenio, grave, mortalmente herido en el pecho, por la primera bala quizás que se disparara de la plaza asediada.

El facultativo que acababa de reconocerle, comprendiendo que el herido tenia mas necesidad de los remedios espirituales que de los corporales, ordenó que fuera á reemplazarle un sacerdote.

Cumplidos ya por el moribundo los deberes de cristiano, díjole á su confesor:

—Padre, quisiera pedir á usted un favor.

—Lo que usted quiera: mi obligacion es cumplir la última voluntad de los que como usted van desde la tierra al cielo.

—Tengo un hermano en mi batallon y desearia verle.

—¿Su nombre?

—Uría... Eugenio.

Salió el cura á toda priesa, y el herido, agotadas sus fuerzas con la conversacion que acababa de sostener, cerró los ojos con la sonrisa en los lábios, fotografía de una conciencia tranquila, y con el pensamiento fijo, quizás en Dios, quizás en... Zalla.

Una hora despues estaba ya el otro Eugenio á la cabecera de su desgraciado hermano.

El herido despertó del letargo en que habia estado sumido, y alargó su mano, que el recien llegado se la humedeció con lágrimas.

Pasóse un gran rato sin que ninguno de los dos pudiese proferir una sola palabra.

—Dolores... quiero verla,—dijo por fin con voz ahogada, el que parecia próximo á espirar.

—¡Oh! Sí, voy á buscarla ahora mismo,—exclamó levantándose de la silla el hermano de Dolores.

Media hora habria trascurrido ya desde la partida de Eugenio, y en todo ese tiempo no dió el herido señal alguna alarmante, ni aun siquiera de malestar. Lo único que parecia traslucirse en su espresion, era la impaciencia.

No habia separado un momento la vista, que la tenia fija, clavada, en la direccion que llevó su hermano.

Cuando creyó distinguir un ruido de pasos que se

acercaba hácia él, y cuando por fin tuvo la certeza de que no era otra sino Dolores, que acudia anhelosa á su presencia, sus ojos se animaron progresivamente, su fisonomía toda llegó á adquirir una espresion de gozo indefinible, y, por último, dando un grito exhaló el último suspiro.

Puede decirse que Eugenio habia luchado aquella media hora con la muerte, y podria añadirse que la habia vencido, consiguiendo el objeto que se propusiera.

Dolores quedó un momento en suspenso; costábala mucho trabajo creer lo que veia.

Luego, sin atender á los ruegos de sus hermanos que corrian á separarla de aquel sitio, se arrodilló, enjugó las lágrimas que hasta entonces habia dejado caer sobre el rostro del hombre á quien tanto habia amado, y, serena, tranquila en la apariencia, con los ojos levantados al cielo, y el pensamiento fijo en el cadáver que tenia delante, oró por su eterno descanso, y tal vez hizo un voto cuyo cumplimiento no quiso demorar un solo instante.

Porque poniéndose en pié, poco despues, tapó la cabeza de Eugenio con la manta, y tendió la vista alrededor de aquella estancia de muerte.

En torno de una de las camas habia cuatro hombres ocupados en hacer todos los horribles preparativos inherentes á una amputacion, y se dirigió allá Dolores sin vacilar.

Cogió entre sus manos la cabeza del soldado á quien iban á cortar un brazo, y con palabras y frases dulces y consoladoras, animábale á sufrir resignado y con valor la terrible operacion.

Sus hermanos la miraban, sin atreverse á dirigirla una sola palabra. Pero cuando pasado algun rato, juzgaron que Dolores habria ya desahogado su corazon con el bálsamo consolador por excelencia, cual es la práctica de la caridad cristiana, insinuáronla que habia llegado la hora de volver á su casa paterna.

—¿A mi casa?—contestó la jóven con el tono mas inocente,—¿pues dónde estoy?

Miráronse los hermanos de un modo que revelaba, bien á las claras, el temor de que Dolores se hallase con la cabeza trastornada.

Pero antes de que tuviesen tiempo de replicar, sacóles aquella de la zozobra en que se encontraban, añadiendo:

—Mi casa desde hoy, será allí donde haya penas que mitigar, dolores que aliviar. He hecho voto ante Dios y...—señaló la cama en que se hallaba el cadáver de Eugenio—de dedicarme, mientras no me falten las fuerzas por completo, al cuidado de los desgraciados que se sacrifican en defensa de su país, y ya veis que tengo donde ensayarme—é indicó con la vista las camas ocupadas por los heridos.

En vano trataron los hermanos de disuadirla de su propósito, ó mejor dicho, de su promesa. Dolores acabó la conversacion diciendo á Manuel:

—Hace poco tiempo que solo se encontró un medio para que desistieras de volver á batirte mientras estuvieras enfermo. Ese...—y volvió á señalar la cama en que se hallaba Eugenio—marchó á morir por tí. Encuentra tú quien me reemplace á mí.

Y dicho esto se fué á la cabecera de un moribundo, y oró con toda la efusion de su alma, por el eterno

descanso del que en breve debia comparecer ante Dios.

Aun insistieron los dos hermanos con Dolores para conseguir el llevarla á casa, pero la jóven se propuso guardar un silencio tenaz, y cumplir su juramento, como si no les oyera, ó mas bien, como si no estuvieran delante, por lo que, conociendo aquellos que nada adelantarian, dejáronla en el hospital de sangre, y volvieron el uno á su casa, el otro al campamento.

. . . . . .

IV.

Dolores.

Cinco años mas tarde, cuando las tropas de la Reina se apoderaban, á la bayoneta, de los fuertes de Morella, encontraron sentada, dentro del recinto, una mujer jóven y hermosa, en cuyo regazo se apoyaba la cabeza ya inerte de un soldado carlista.

Fué necesario que se acercaran á ella para conocer que aquella mujer habia concluido su mision en la tierra; tan tranquilas y dulces eran sus facciones. Una bala habia atravesado su corazon, mas noble y hermoso todavia que su hermosisimo y noble rostro.

Yo no sabré decirte lector, si aquella mujer era Dolores; pero, como narrador verídico, te diré, que con la toma de Morella, se perdió el último rastro de nuestra heroina.

Si fué ella, su nombre abarca la historia de su vida: ¡Dolores!

FIN DE DOLORES.

LA BATALLA DE ALEGRÍA.

I.

El pozo de agua.

Un regimiento de cristinos, compuesto en su mayor parte de reclutas, habia salido de Vitoria á las cuatro de la mañana del 15 de agosto de 1834, con ánimo de cortar la retirada á un cuerpo de tropas carlistas, que venia hostigado por todo el grueso del ejército cristino, al mando del general Valdés.

Fuese que perdieran el rumbo que tenian trazado ó que el enemigo hiciera un cuarto de conversion, es lo cierto que, despues de una marcha forzada, encontrábanse ya aquellos soldados bisoños, cansados, estropeados, faltos de fuerza física y moral, y por tanto con la imposibilidad absoluta de tomar la ofensiva, y con dificultades muchas de poderse defender, si tenian la suerte, ó la desgracia mas bien, de encontrarse con el enemigo, á quien hasta entonces habian buscado inútilmente.

En vista del estado lastimoso en que se hallaban los soldados, juzgó lo mas prudente el coronel que los mandaba dirigirse en línea recta á la villa de Ale-

Universidad de Deusto
Biblioteca

gría, como punto mas próximo del lugar en que se encontraban á las dos de la tarde.

El terreno sobre que pisaban era árido; el sol bajo el que caminaban, abrasador: ni habia un árbol, siquiera fuese raquítico, que hiciera sombra, ni se sentia un leve soplo de aire, que suavizara una atmósfera de fuego que dificultaba la respiracion.

Varios eran ya los soldados que habian quedado rezagados, sin poder seguir á sus compañeros, y el regimiento todo caminaba á la desbandada.

Bañados en copioso sudor que imposibilitaba sus movimientos, jadeando, sin fuerza apénas para tenerse en pié, buscaban todos hacía ya algun tiempo, pero inútilmente, una fuente, un arroyo, un charco donde poder saciar la sed devoradora que abrasaba sus entrañas.

Dos casas habian encontrado al paso, y en ellas entraron uno tras otro casi todos los soldados, creyendo encontrar un poco de agua con que poder humedecer sus fauces, secas y correosas como viejo pergamino.

¡Vano intento! Sus habitantes habian huido, previendo quizás aquella visita, y se habian llevado consigo todo cuanto pudiera servir de alivio á los sufrimientos de los huéspedes, sus enemigos.

La desesperacion llegaba ya al colmo en estos, cuando un grupo de soldados que caminaba á la cabeza, alcanzó á ver otra casita, y, ó era vana ilusion de sus deseos, ó creyeron tambien distinguir en el umbral un ser viviente.

No se equivocaron; era un aldeano que, confiado sin duda en su avanzada edad y tranquilo en su conciencia, veia acercarse aquella masa de hombres sin apariencia alguna de temor, ni de asombro siquiera.

—¡Agua! ¡¡Agua!! ¡Dáme agua! ¡Dános agua!

Tales eran las voces ó los gritos, mas bien, que se dejaron oir mucho antes que el aldeano, á quien iban dirigidos, pudiera comprenderlos.

Llegaron por fin los primeros soldados á pocos pasos de distancia del aldeano, que permanecia apoyado un hombro en el quicio de la puerta, con la pipa en la boca, arrojando bocanadas de humo y contemplando aquella escena, impasible en la apariencia y sin darse cuenta de lo que veia y oia.

—¿No has oido? dijo con voz bronca un fornido gastador; y ayudando con la accion á la palabra, sacudió fuertemente el brazo del aldeano.

—¿Qué es ello? replicó este, sin alterarse por el tono y manera con que era tratado por todos ó casi todos los soldados que le rodeaban ya en aquel momento.

—¡Agua! ¡Queremos agua! ó te hacemos trizas.

—Pues si quereis agua, bebedla ¡qué diablo! contestó el anciano, largando en aquel momento una espiral de humo, producto del tabaco de Virginia que consumia en su pipa de barro.

—¡Rayo de Dios! exclamó el gastador; si no bebo agua, beberé tu sangre. Y dió dos pasos hácia atrás preparando el fusil, calada bayoneta, en ademan de clavarla en el vientre del inmutable anciano.

—¡Matarle! dijeron á un tiempo cuatro ó seis soldados que oyeron la contestacion del aldeano.

—¡No le mates! ¡No le mateis, se apresuraron á

Universidad de Deusto
Biblioteca

gritar otros, hasta que diga donde encontraremos el agua!

En esta lucha de pareceres distintos, en que alguno de los que opinaban por la próroga de la pena de muerte detuvo el brazo, pronto á descargar el golpe de gracia, se presentó un jóven capitan, que enterándose en el momento del motivo de las voces y alboroto aquel, hizo que callasen aquellas y se apaciguara este, y dirigiéndose al que era causa de ello, díjole en tono, no de mando, sino de súplica:

—Buen hombre, tenga usted la bondad de decirnos si hay por aqui cerca algun arroyo ó manantial donde podamos mitigar la sed que nos devora.

Despues de mirar el aldeano al capitan, de un modo que manifestaba á las claras que hacian mas mella en él la peticion que las amenazas, contestó:

—Jóven, ya pueden dar á usted gracias sus compañeros por el agua que van á beber, pues lo que estoy dispuesto á hacer por usted, no lo hubieran conseguido ellos con su manera de pedir. Sígame usted.

El capitan se colocó al lado del aldeano y echaron á andar seguidos de casi todo el regimiento, que se habia enterado de que iba á satisfacer el principal, el único deseo de todos: la sed devoradora que abrasaba sus entrañas.

No bien habrian andado como cinco minutos, cuando el aldeano se detuvo al pié de una colina escueta y árida, como todo el terreno que abarcaba la vista.

Levantó el anciano á duras penas una gran piedra que se hallaba allí, como arrojada al acaso, é instantáneamente vióse brotar un manantial de agua, algo

enturbiada, á causa sin duda de haberse removido el fondo al arrancar la piedra que cubria aquel.

Como lobos hambrientos ó buitres que se ceban en la presa, arrojáronse los soldados al pozo, que no parecia contener caudal bastante de líquido, para dejar satisfechos á una docena de buenos bebedores.

Todos lo eran seguramente en aquel momento, y trabajo costó á los jefes ordenar sus huestes para que fueran acercándose al *manú* por pelotones formados de á ocho ó diez soldados, á fin de que pudieran saciar con mas comodidad su sed voraz.

Aquellos que no eran los primeros á beber, temblaban por el temor de que el agua se consumiera, al observar que habia soldado que parecia haberse quedado dormido con la boca y las narices metidas dentro del pozo de agua.

Felizmente el manantial conservaba siempre el mismo nivel: todos, los unos despues de los otros, pudieron beber una, dos y tres veces, y algunos muchas mas.

Sin calma suficiente para dejar reposar el líquido, á fin de que cobrase sus propiedades de limpieza y trasparencia, manteníase siempre el agua con un color amarillento, turbio; pero no eran aquellos momentos oportunos para reparar en cosa tan efímera, cuando todos, salvo excepciones contadas, la encontraban riquísima, y todos sin excepcion habian, por decirlo así, resucitado, recuperando sus fuerzas perdidas y el humor y la alegría, y por consiguiente el valor.

Media hora hacia ya que los soldados, guarecidos los unos á la sombra de tal cual peñasco que se destacaba ruinoso y escueto sobre el árido terreno que

pisaban, tendidos otros en tierra, arrostrando los abrasadores rayos del sol, digerian, por decirlo así, el líquido de que se habian atracado, á fin de volver á emprender la marcha con nuevos brios, cuando vinosele á comunicar al jefe que gran número de soldados habian sentido fuertes dolores de estómago, y que no pocos se hallaban, al parecer, gravemente enfermos.

La alarma cundió rápida en el regimiento todo, al ver que, séase que en realidad se sintieran la mayor parte enfermos, ó que el miedo influyera en el ánimo de algunos, quedaban pocos, muy pocos que se encontrasen en disposicion de poder asistir á los más. No solo eran los soldados rasos los que se sentian con síntomas mas ó menos alarmantes, sino que entre los jefes y oficiales habialos tambien que se sentian realmente indispuestos.

Una voz ó quizás una palabra, ó mas bien un sentimiento que no hubo necesidad de expresarlo, se propagó con la rapidez de la electricidad en aquella masa de hombres. ¡¡Envenenados!! fué el grito, ahogado en un principio, pero que salió muy luego de los lábios de los que se revolvian con las ansias que parecian de muerte, ó de los que esperaban temblorosos, el momento en que deberían empezar á sufrir idénticos ó mayores dolores que esperimentaban sus compañeros.

Así trascurrió algun tiempo, que sirvió para que se serenaran los que al cabo de él aun permanecian ilesos, y para que se tranquilizaran algun tanto los que, creyendo próxima su última hora, observaban que el mal no pasaba de cierto límite.

En medio de esta incertidumbre pasóse tanto ó mas tiempo que en buscar el remedio para el mal, en satisfacer la venganza contra el que tan cobarde y villanamente habia tratado de envenenarles.

Varios soldados, á la cabeza de los que marchaba el gastador que tan bruscamente habia apostrofado al aldeano, corrieron en busca de este á su casa, resueltos si, como era probable, no le encontraban en ella, á arriesgar el todo por el todo, á fin de cogerle y presentarle vivo á sus camaradas para que estos pudieran tomar una horrible venganza.

Con gran sorpresa y no menor alegria de los soldados que buscaban al anciano, halláronle en su casa sentado y fumando tranquilamente, mientras reposaba la frugal comida que acababa de hacer.

Antes de que el aldeano se apercibiera de la presencia de sus perseguidores maniatáronle fuertemente; y si pudo salvarse de un fuerte culatazo que el gastador tuvo ánimo y hasta hizo intencion de darle, debido fué, no á la caridad de aquellos que se hallaban muy dispuestos á quitar al prisionero cien vidas que tuviera, sino á la persuasion en que estaban de que seria mucho mayor la satisfaccion de sus compañeros, ver vivo, que no muerto, al envenenador (que así le llamaban) porque de este modo podrian vengarse con la horrible satisfaccion del martirio, aplicado á todo su placer.

Es bien seguro que los soldados aquellos hubieran otorgado de buena gana mil vidas al hombre á quien llevaban preso, por el placer de podérselas quitar una á una, para que sus sufrimientos fuesen mas intensos y prolongados; y sin embargo, si el trayecto que tu-

Universidad de Deusto
Biblioteca

vieron que recorrer entre la casa y el campamento no hubiera sido tan corto, es tambien ciertísimo que el aldeano hubiera perdido su débil existencia en el camino, por los malos tratamientos de que fué víctima.

Haciasele largo al gastador el tiempo que pudiera tardarse en condenar á muerte al prisionero, y si, merced á la intervencion de los demás soldados, pudo llevar este al campamento, no se libró de rudos y repetidos golpes aplicados entre blasfemias y gritos descompasados.

El aldeano que se oia llamar ¡ladron, asesino, envenenador!... y con mil otros dicterios que se le ocurria á cada uno de los que le custodiaban, no parecia comprender la causa de su aprehension; y al querer pedir esplicaciones y sincerarse ante los que así le trataban, sus palabras y quejas eran ahogadas por los gritos de los soldados, ó lo que todavía era peor, por algun rudo golpe descargado sobre sus espaldas.

Así llegó, ó mas bien así lo condujeron á la vista del regimiento, que corrió en masa á su encuentro, olvidándose muchos de los soldados de los dolores que experimentaban en aquel momento, ante la satisfaccion de la venganza.

Presentáronle al coronel, y no sin que costara trabajo oir su voz (tales eran los gritos de ¡muerte! ¡venganza! que estallaban en torno del anciano), ofreció á sus soldados hacerle juzgar inmediatamente.

—¡No, no! ¡Empalarle! ¡Quemarle! vociferaban los soldados queriendo imponerse á su jefe.

—¡Silencio! gritó este con voz de trueno; y un rumor sordo, como de lejana tempestad, dejóse oir vergonzante entre los soldados, que sin atreverse á desobedecer el mandato de su coronel, costábales no obstante, trabajo acceder á él sin protestar.

El coronel, veterano en la milicia, comprendió que lo primero y mas urgente en aquellos momentos era hacerse respetar de los suyos, é inmediatamente mandó tocar llamada á la carrera, ordenando á los jefes de las respectivas compañías que solo dispensaran la presentacion en las filas á aquellos soldados que por su enfermedad del momento no estuvieran en disposicion material de poderse tener en pié.

Pronto, muy pronto hallóse formado el regimiento, salvo excepciones contadas, con sus oficiales al frente; y despues de una arenga breve, pero enérgica, del coronel, haciendo comprender que la insubordinacion en el soldado se castiga con la pena de muerte, llamó á su segundo y á los capitanes, y díjoles que podian ya juzgar al presunto reo.

Sentáronse el teniente coronel y seis capitanes sobre tambores, formando un semicírculo, en cuyo centro habia otro tambor que servia de banquillo para el acusado.

Llamaron á este, y en medio de un silencio sepulcral, en el que se destacaba lejano tal cual ¡ay! acusacion viva, irrefragable, lanzada contra el reo por los que aún sentian los efectos del agua proporcionada por este, dijo el presidente:

—Acusado, puede usted sentarse.

Sentóse el presunto reo efectivamente, tranquilo en la apariencia, pero como hombre que no comprende de lo que se trata.

Universidad de Deusto
Biblioteca

—¿Su nombre de usted? preguntó aquel.

—Juan Blas de Larreategui.

—¿Edad?

—Sesenta y cuatro años.

—¿Profesion?

—Labrador.

—¿Dónde vive usted?

—Aquí, muy cerca, camino de Alegría, en la casa misma en que me han encontrado ustedes.

Hubo un momento de pausa, que sirvió para que el que hacia oficios de secretario escribiera la contestacion del acusado.

—Juan Blas de Larreategui, ¿usted sabe de qué se le acusa? preguntó por fin el presidente.

—Lo ignoro absolutamente, por mas que he oido que se me llamaba asesino, envenenador...

Un rumor de voces sordas hizo eco á las últimas palabras del reo, y el coronel tuvo necesidad de hacer comprender á sus soldados que se hallaba resuelto á fusilar en el momento al primero que tratara de imponerse al tribunal.

El silencio fué nuevamente interrumpido por la voz del presidente, que se dejó oir sonora é imponente, cuando, dirigiéndose al reo, díjole sin ambajes ni rodeos:

—Juan Blas de Larreategui, es usted acusado de habernos querido envenenar.

El anciano púsose repentinamente en pié, como si la última palabra del teniente coronel hubiera hecho en él el efecto de un resorte, y contestó con voz entera y acento claro é inteligible para el último soldado de la columna:

—¡Miente quien lo diga! Soldado fuí en la guerra de la Independencia de nuestra patria, y si bien maté á los enemigos de ella, siempre lo hice frente á frente, nunca á traicion. ¿Cómo, pues, puede acusárseme de valerme de armas cobardes, para los que, si son mis enemigos, son tambien mis hermanos? ¡Miente, repito, mil y mil veces, quien tal afirme!

Pasaron algunos minutos, que si sirvieron para que se repusiera el anciano, tampoco fueron infructuosos para que cada uno de los jueces que tenia en su conciencia escrita la sentencia de muerte contra aquel, vacilara ya al oir su espontánea y franca recusacion.

El presidente, despues de haber esperado breves momentos á que el reo se limpiara el sudor que bañó su frente al oir la acusacion que sobre él pesaba, más aún que por el esfuerzo que hizo para rechazarla, volvió á continuar el interrogatorio, diciendo:

—Juan Blas de Larreategui, se acusa á usted de haber envenenado el agua que hemos bebido de aquel pozo; y señaló con el dedo el charco fatal.

Una risa sarcástica, de mofa manifiesta, fué la contestacion del anciano, contestacion que, recorriendo las filas de los soldados, fué á estrellarse contra los peñascos, á cuya sombra exhalaban aun sus quejas los doloridos.

Aquella risa estridente despertó el odio reconcentrado de los soldados, que habian esperado ver convicto y confeso al aldeano del crimen que se le imputaba; pero la mirada imponente del coronel ahogó en sus lábios el grito de muerte que rebosaba en sus corazones.

Los jueces creyéronse heridos en su amor propio al

Universidad de Deusto
Biblioteca

oir la respuesta significativa de desprecio, y hubo en ellos un movimiento de impaciencia.

No obstante, el presidente, repuesto de la primera impresion que produjo en él, como en todos, la contestacion del reo, más significativa que las más elocuentes frases, dijo con dignidad:

—De nada vale ese alarde de mofa á la acusacion que sobre usted pesa, Juan Blas de Larreategui. Pruebas, pruebas son las que necesita el tribunal para que no se vea en la necesidad de imponer el castigo que merece un crimen tan horrible, que si no ha tenido consecuencias mas fatales, bien se comprende que no habrá sido por falta de deseos de quien lo ha consumado.

Quedóse el anciano perplejo, sin poder coordinar, en medio de su aturdimiento, las que se le exigian para exhibir su inocencia, cuando un capitan, el mismo á cuya intercesion se debió que el aldeano enseñara el pozo de agua, levantóse del tambor en que se hallaba sentado, formando parte del tribunal, y exclamó con el acento del náufrago que se abraza á una tabla de salvacion:

—¡Pruebas! Yo las tengo, y suplico al tribunal que me dispense si prescindo del respeto que se merece ante el temor de que pueda llegar á cometer un crimen.

Al oir aquella defensa inesperada, hecha tan á rajatabla, levantáronse los capitanes por un movimiento espontáneo, y una exclamacion escapada involuntariamente de sus lábios fué á confundirse con el sordo rumor producido por una agitacion maquinal en las filas de los soldados.

El aldeano fijó sus ojos extraviados en la mirada serena é impasible de su defensor, y esperó, pendiente de sus lábios, la prueba que debia decidir de su suerte.

Mientras tanto el presidente del tribunal, sin olvidar ni un instante la gravedad del puesto que ocupaba, increpó al capitan que tan bruscamente acababa de cambiar la escena del drama que allí se representaba, diciéndole:

—Capitan, debe usted comprender la responsabilidad que sobre sí se ha echado. La Ordenanza...

—No importa: yo arrostro tranquilo las consecuencias del paso que he dado, cuando con él puedo ¿qué digo? evito un crimen próximo á perpetrarse, haciendo que se vea clara, manifiesta, la inculpabilidad ó la inocencia mas bien del desgraciado á quien íbamos á condenar.

Siguióse á este exordio del defensor un silencio profundo, que daba á conocer que era esperada por todos la prueba que echára por tierra todas las sospechas, ó evidencias mas bien, que pesaban sobre el presunto envenenador.

El capitan, despues de un instante de respiro, é imponiéndose, por decirlo así, á la incertidumbre que parecia fluctuar en el ánimo de todos los que le escuchaban, continuó con voz y acento pausados.

—Prescindo, señores, de dos pruebas que, si no son irrefragables, son cuando menos muy atenuantes, en favor del presunto reo. ¿Quiso este proporcionar el agua? No. Despreciando las amenazas que para obtenerla se le hicieron, solo accedió á las súplicas. Este hecho, y la respuesta que nos ha dado, al tener conocimiento del crimen de que se le acusa, me han

Universidad de Deusto
Biblioteca

hecho comprender que este hombre tiene un gran corazon. ¿Cuándo se le ha aprehendido? Una hora despues de haberse separado de nosotros. ¿Dónde se le ha encontrado? En su casa, sentado tranquilamente, segun lo han declarado los mismos que le aprehendieron. ¿Cabe en ningun delincuente un cinismo tan... absurdo? Pues no merece darle otro nombre. Dejo que la conciencia de todos vosotros dé la contestacion á esta pregunta.

El anciano, que hasta aquel momento no habia dado señal alguna de debilidad, dejó correr por sus mejillas, tostadas por el sol, dos gruesas lágrimas en testimonio de gratitud hácia aquel que le tendia un cable de salvacion, á él, náufrago arrollado hasta entonces por el ímpetu de la terrible acusacion que amagaba inminente á su existencia, y con ella á su honra.

—Pero no es ninguna de esas, no, la prueba que, espero en Dios, dé testimonio de la inocencia de ese hombre. Hay otra mas clara, mas evidente, que, ó la hará palpable á los ojos de todos, ó será el castigo merecido que la Providencia tenia reservado á quien, si debe ser condenado, no debe morir como un criminal cualquiera. Aplíquesele la pena del Talion. Que Juan Blas de Larreategui beba de la misma agua que todos nosotros hemos bebido, y que la beba en cantidad tal, que á poco veneno que contenga, baste y aún sobre para que experimente sus efectos, y concluya su existencia, no de una vez, y quizás instantáneamente, sino con idénticos y aun mayores dolores que los sufridos por el que mas de nuestros soldados.

Apenas acabó de hablar el capitan, dirigióse el anciano á él, y cogiéndole ambas manos entre las suyas callosas, le dijo con acento entrecortado:

—¡Ah! Aun es usted mas bueno de lo que yo me figuré cuando le ví por primera vez.

El tribunal estaba indeciso, entre aceptar ó no la prueba ofrecida por uno de sus compañeros; pero no habia trascurrido un minuto, cuando se dejó oir un clamoreo unánime, salido de las filas de los soldados, que expresaba:

—¡Que beba! ¡Que beba!

Volvióse el coronel, resuelto á castigar con mano fuerte á quien así desobedecia sus órdenes; pero comprendiendo que era inútil sobreponerse á aquel arranque maquinal del soldado, que pedia, no ya el castigo del reo, sino la prueba de su inocencia, peticion que por otra parte estaba muy acorde con sus ideas, se contentó con expresar en tono de persuasion mas que de mando:

—¡Orden!

Y en medio del silencio del desierto, dejóse oir la voz pausada del presidente del tribunal, que dijo:

—Oido el parecer unánime de los señores capitanes que componen el consejo de guerra, el tribunal condena á Juan Blas de Larreategui, presunto reo de envenenamiento, á que beba, del pozo mismo en que el regimiento ha bebido, la cantidad de agua que el tribunal considere suficiente para su rehabilitacion ó su muerte inevitable.

—¡Oh! ¡Sí, sí! exclamó el anciano en medio del rumor de asentimiento producido por los soldados al oir la sentencia dictada contra él. ¡Oh! ¡Sí, sí! Yo be-

Universidad de Deusto
Biblioteca

berá la cantidad de agua que querais. Es buena, muy buena: ¡si jamás ha hecho daño á nadie!

Y escoltado por cuatro soldados y seguido del tribunal, marchó sereno y hasta risueño hácia el pozo, en que deberia estragarse de agua.

Antes de que fuera impulsado por la fuerza ó por mandato alguno, se echó de bruces sobre el pozo, cuyo líquido se hallaba trasparente y límpido, merced al reposo en que estaba hacia ya cerca de una hora.

El anciano púsose á sorber el agua con entusiasmo, con fruicion, como aquel que toma la panacea que ha de curarle los males que padece.

No satisfizo, empero, al tribunal aquel alarde de valor, y menos aun cuando se oyó decir al gastador, que era uno de los cuatro soldados que se encontraban al rededor del reo.

—No bebe, no: es un engaño manifiesto lo que está haciendo.

El infeliz anciano, que obraba con la conciencia del mártir, volvióse hácia el soldado, que parecia ser su mala estrella, y le dijo:

—¿No tienes padre?

El soldado se encogió de hombros, sin comprender lo que queria decirle con aquella pregunta tan sencilla.

El presidente del consejo de guerra hizo seña al anciano para que cesara de beber y se levantara, y ordenó al gastador que llenase de agua una marmita de las del rancho y la trajera al punto en que habia sido juzgado el reo, para que este la bebiera en presencia de todos los soldados, que se hallaban impacientes por ver de cerca aplicada la sentencia impuesta.

Así se hizo. En breve llegó el gastador con la marmita llena del líquido hasta el borde, y la entregó al presidente, que se hallaba ya sentado en su sitio, rodeado de los capitanes, y en medio de todos, sentado tranquilamente, el anciano Juan Blas de Larreategui.

Pero vió con sorpresa que, en lugar de las buenas condiciones líquidas del agua que habian llamado la atencion de todos los que há poco habian acompañado al aldeano al pozo, la contenida en la marmita estaba amarillenta ú oscura mas bien, y mucho mas cenagosa y súcia que aquella con que mitigaron su sed los soldados.

El presidente preguntó al soldado la causa de la variacion que notaba entre el agua del pozo y la de la marmita, y este contestó con la mayor naturalidad del mundo, y con voz potente á fin de que le oyeran todos sus compañeros:

—He removido el fondo, porque allí será donde se encuentre el veneno.

Parecióle al jefe fundada la observacion, por mas que la considerase poco caritativa, y entregó al soldado la marmita para que se la llevára al reo, que fija la mirada en el capitan, su defensor, parecia indicarle que no tuviese cuidado por su suerte.

Cuando el gastador acercó la marmita á Juan Blas, díjole este casi al oido:

—Para tí y para los demás, será un bien que cuanto antes te saque Dios de este mundo. Él te perdone, como te perdono yo.

Y cogiendo la olla de hierro con pulso seguro, llevó el borde á sus lábios, y se puso á beber sin verter

Universidad de Deusto
Biblioteca

una sola gota, con todo el sosiego y la calma toda del glotón que saborea un esquisito manjar. No parecia sino que el contenido de la marmita era un néctar delicioso que le devolvia sus fuerzas debilitadas, segun la satisfaccion y el placer que rebosaba en el semblante del anciano al paso que consumia el líquido que estaba condenado á beber.

Dos ó tres veces separó la marmita de sus lábios, con el fin de descansar y tomar aliento para continuar su libacion interrumpida.

A la tercera interrupcion hizo el presidente que le llevaran la olla para informarse de la cantidad de agua consumida ya por el reo, y vió que no quedaba en el fondo mas que un resto insignificante.

El anciano habia ya bebido más de dos azumbres de agua.

—Si al tribunal le parece, dijo el presidente, creo que basta ya con la prueba hecha, para conocer la culpabilidad ó inocencia del reo. No creo que soldado alguno haya bebido tanta cantidad de agua.

Los capitanes fueron del mismo parecer, pero, con gran sorpresa de todos, el aldeano se acercó al sitial del presidente, y cogiendo la marmita con una mano, dijo dirigiéndose al capitan su amigo:

—A vuestra salud.

Y agotó hasta la última gota del fondo.

Casi no habia ya duda, á la vista de este rasgo, de la inocencia del anciano; pero dejósele, no obstante, con centinelas de vista, hasta el momento en que el regimiento resolviera emprender la marcha.

El aldeano, que se hallaba rodeado de casi todos los soldados de la columna, no cesaba de repetir:

—Es un agua muy buena; jamás ha hecho daño á nadie, y es bien seguro que tampoco os hubiera hecho daño á vosotros, si la hubiérais bebido despues de descansar breves instantes, y nó que la bebísteis sudando y con el estómago vacio.

—El caso es, replicaban los soldados, que habian ya empezado á familiarizarse con el anciano Larreategui, que aun hay mas de cincuenta de los nuestros que están con una cerrazon que, si no la descargan, revientan como pellejos viejos.

—El sargento Berrugas, añadió un tambor granuja, está revolcándose por el suelo, que no parece sino que se ha tragado un ciento de culebras.

El aldeano dejó asomar una sonrisa á sus lábios, mientras decia al granuja:

—Si quieres que se ponga bueno antes de media hora, dale media docena de cabezas de manzanilla; ahí las tienes á mano en cualquier parte. Que las masque y trague la saliva, y yo te respondo del éxito.

Asi se hizo con todos los que aun padecian de resultas del atracon de agua que se habian dado, y media hora despues no quedaba un solo soldado que no estuviera en disposicion de marchar.

Llegó ya el momento de emprender la marcha, y los soldados se despedian de Juan Blas de Larreategui, como de un antiguo amigo, en desagravio de las ofensas que le habian inferido, y sinceramente arrepentidos los más de la conducta que con él habian observado.

El anciano se adelantó por medio de las masas hasta llegar al lado del capitan á quien debia su vida y su

honra, y cogiéndole ambas manos, le dijo temblando por la emocion que sentia:

—Capitan, perdone usted si me atrevo á ofrecerle... Y sacando una pipa nuevecita de uno de los bolsillos de la chaqueta, añadió:

—Tómela usted, no por lo que ella vale, sino por lo que la estimo. Es un regalo de mi hijo. Yo no puedo pagar á usted el bien que me ha hecho, pero tenga usted la seguridad de que él pesará en la balanza de Dios.

El capitan guardó la pipa, y le dió un apreton de manos en el momento que mandaba:

—¡De frente, paso redoblado, marchen!

II.

El dia de la batalla.

Los generales Osma y Figueras salieron de Vitoria al amanecer del 28 de Octubre de 1834, con unos tres mil infantes, algunos caballos y tres ó cuatro piezas de artilleria, con ánimo de salvar un resto de doscientos hombres que de la derrota sufrida el dia anterior por la division del general O'Doyle se hallaban refugiados en Arrieta.

Zumalacárregui tomó posiciones y trabó la accion, que en breve se hizo general y sangrienta.

Entusiasmados los soldados carlistas con el triunfo

de la vispera, apenas dieron lugar á que jugaran las armas de fuego, y fué tanto su coraje y su arrojo tanto, que se metieron en medio de las masas enemigas, resueltos á morir ó vencer, cuerpo á cuerpo, al arma blanca.

Horrible fué la confusion que reinó durante largo rato en las filas de unos y otros combatientes. El ronco redoblar de los tambores, el agudo tocar de las cornetas, el estridente resonar de las músicas, mezclábanse con una algarabia infernal de voces y aullidos salvajes, mientras por cima de este estruendo confuso é indescriptible se destacaba sonoro, vibrante, el chocar de las espadas, de los sables, de las bayonetas, unidos al ¡ay! lastimero del que caia—para no levantarse quizás—herido por una mano fratricida.

¡Oh! ¡Cain debió reirse á mandíbula batiente en aquellos momentos, porque no pudo figurarse nunca que fueran tantos y tan dignos descendientes los suyos!

—«Basta, basta, muchachos; dad cuartel á los vencidos, exclamaba Zumalacárregui, metiéndose entre las primeras filas de los suyos; porque, embriagados estos con la sangre, se mostraban más y más sañudos cada vez.

»Pero si Zumalacárregui concedió la vida á dos mil soldados que aumentaron las filas de D. Carlos, fué sacrificado O'Doyle con varios oficiales más, en represalias de los fusilados por Rodil (1)».

Poco despues de terminada aquella horrible lucha, que en los anales de la guerra civil se conoce con el

(1) Pirala: *Historia de la guerra civil.*

Universidad de Deusto
Biblioteca

nombre de batalla de Alegria—nombre que parece un sarcasmo arrojado á la frente de los que en ella tomaron parte—la misma tarde, hallábanse en el campo en que tuvo lugar aquella mortífera accion un gran número de oficiales cristinos, heridos los unos, estropeados muchos, ensangrentados los más, y tristes y silenciosos todos, rodeados por una fuerza carlista con bayoneta armada.

¡Pobres prisioneros! Facil era de prever su suerte futura, en aquella época en que no habia cuartel para el vencido.

Pronto, quizás dentro de brevísimas horas, irian á reunirse todos ó casi todos aquellos valientes con sus compañeros de armas, que habian tenido la gloria de morir luchando, y á los que dábaseles sepultura á su vista, sin mas trámites funerarios que la abertura de una zanja que apenas bastaba á contener el cuerpo del desgraciado.

¡Pobres madres! ¡No las quedaba ni el triste consuelo de poder depositar una flor sobre la tumba ignorada del hijo de sus entrañas!

¡Pobres huérfanas! ¡No podrian derramar ni una amarga lágrima sobre aquella tierra mal apisonada que cubria las cenizas de su idolatrado padre!

¡Los oficiales! Difícil era saber cual era el grado, la categoria de cada uno de los que allí estaban, porque todos, sin excepcion alguna, se hallaban en mangas de camisa, hecha esta girones en muchos de ellos, descalzos, ó con simples alpargatas los más, y no pocos con pantalones prestados, puesto que ni por su forma, ni por sus dimensiones, ni por su clase, podian pertenecer á los jefes de un cuerpo organizado.

Y era que en aquella guerra á muerte no se limitaban los vencedores á dársela al enemigo; antes ó despues era necesario despojarle de todo cuanto llevaba puesto: era preciso además escarnecerle, humillarle, rebajarle, en fin, á la categoria del humilde proletario. Que no era otro el aspecto, la apariencia, ó la situacion mas bien, de aquellos desgraciados.

Uno de estos, jóven, de noble y franca fisonomia, á pesar de tenerla cubierta en parte con la sangre que despedia una herida de la cabeza, mal vendada con un pañuelo que fué blanco, pero que ahora se halla teñido de rojo, ese oficial tendia la mirada á uno y otro lado, como el que busca alguna cosa. Comprendiendo sin duda que su vista no alcanzaba á ver lo que deseaba, empezó á dar vueltas en torno de aquel circo humano, cuya valla la formaban un ciento de hombres con el arma al brazo.

Llevaba colocada en sus lábios el jóven oficial una pipa notable en su clase, por las labores de que se hallaba adornada. Era de simple barro; pero, merced á las incrustaciones que en ella se habian hecho, aparecian estas destacadas claramente sobre el fondo, con un color negro de ébano, mientras el resto claro, lustroso, cubierto de vetas, parecia una pieza de ágata. Al rededor de la caja ó depósito del tabaco se leia en letras tambien negras como el azabache, una inscripcion que decia: «No me olvides.»

El oficial buscaba indudablemente un poco de fuego con que poder satisfacer el goce de aspirar el humo del tabaco, ya que era permitida tan inocente distraccion.

Al pasar por frente á uno de los carlistas mas jó-

Universidad de Deusto
Biblioteca

venes que se hallaban haciendo guardia, ó mas bien centinela, miró este al oficial de un modo tan sobresaltado, é hizo un movimiento maquinal tan expresivo de querer abalanzarse á él, que el oficial se detuvo, como quien busca una esplicacion á aquel alarde de hostilidad.

—¡Esa pipa!... fué lo único que dijo, ó que quiso decir el soldado carlista, pues, mas que por la frase, comprendió el oficial por el ademan que hizo aquel para arrancársela, que se trataba de ella.

—¿Tambien quiére usted quitarme lo único que me han dejado? Tómela usted, hombre; bien sabe Dios que hubiera deseado devolvérsela al que me le regaló.

—¿Dónde la cogió usted? añadió el carlista con voz bronca, acabando su frase primera, sin atender á la respuesta que habia dado el oficial cristino.

—¿No le he dicho á usted ya que es un regalo?

—¡Regalo! ¡Regalo!... Y prorumpió entre dientes: Si no fuera porque te queda poco tiempo de vida, ya te daria yo un regalo con la punta de la bayoneta.

Y terminado aquel coloquio, arrancó bruscamente la pipa de manos del prisionero, y guardándosela en el bolsillo, despues de un rápido exámen, exclamó con balbuciente voz y los ojos inyectados de sangre por el furor que le cegaba:

—¡Juro á Dios que si su dueño!...

Echóle el cristino una mirada de desprecio, ó de lástima mas bien, por aquella amenaza hecha por un niño, pues apenas tendria el carlista diez y ocho años, á él, que momentos antes hubiera podido ahogarle fácilmente en sus brazos.

Pero en el momento en que iba á separarse de su

lado, temiendo dejarse llevar de un arrebato de amor propio ofendido, dijo, como respondiendo á la vez á la amenaza del carlista, y á una idea que pasó por su imaginacion.

—¡Su dueño! Debe vivir cerca de aquí.

—¿Usted le conoce?

—¿A quién? ¿A Juan Blas de Larreategui?

—¡Es mi padre!...

Detúvose un momento el oficial sin poder acertar con la respuesta que podría dar á una exclamacion tan espontánea, y se contentó con decir sencillamente:

—Jóven, entregue usted esa pipa á su padre, y dígale usted que siempre que beba agua en el pozo, se acuerde del capitan. Él lo entenderá.

El carlista metió maquinalmente la mano en el bolsillo, y sacó la pipa, con ánimo, al parecer de devolvérsela al capitan; pero este se habia ya incorporado á sus compañeros de desgracia, á quienes se mandaba formar en aquel momento para emprender la marcha.

Como el diálogo anterior tuvo lugar en mucho menos tiempo del que se ha tardado en trascribirlo, pasó completamente desapercibido para cuantos se hallaron próximos al lugar de la escena.

Momentos despues caminaban los prisioneros entre dos filas de soldados carlistas hácia Alegría, donde deberian ser sentenciados, que no juzgados, pues en la conciencia de todos estaba ya el desenlace del drama cuyo primer acto habia tenido lugar á la vista de aquel pueblo.

. . . . . .

Universidad de Deusto
Biblioteca

III.

El cadáver del capitan.

De luto visten los campos de Alegria: negro manto cubre la tierra, bajo la que reposan unidos, besándose quizás, los que no há mucho eran enemigos á muerte... Esta los ha reconciliado para una eternidad.

Es media noche, y noche horrorosa por cierto. No parece sino que los elementos todos protestan colectivamente de las víctimas inmoladas horas antes.

Los vientos chocan en tropel, empujando con impetu violento negros nubarrones que cubren el cielo en toda su extension. Ráfagas de fuego cruzan el espacio, y á un relámpago y otro se suceden los truenos sin interrupcion, á semejanza del rodar de gruesa artilleria.

Espesas gotas de agua, que al introducirse en la tierra levantan un vapor cálido y denso, hacen pensar que el infierno se desprende del centro de ella para pedir cuenta de tanta sangre inocente derramada en aquel mismo dia.

La luz que se desprende del chocar de las nubes deja ver rápida, pero harto frecuentemente, el terreno, lugar del combate, y esparcidos aquí y allí restos de armas y pertrechos, y jirones de ropa, y charcos de oscuro liquido sanguinolento, y mas allá... mas

allá la fosa comun, donde yacen, mal encubiertos por una débil capa de tierra esparcida á impulsos del huracan, los que no há mucho eran padres, hijos, hermanos, consuelo de sus deudos, esperanza de la pátria.

Y allá en el fondo, negro fantasma, informe, oscuro, mas oscuro aún que la misma noche, se levanta aterrador, imponente, como testigo irrecusable de la horrible hecatombe consumada á su presencia, y bajo el amparo de su nombre. Es el pueblo de Alegria, sobre el que una bandada de buitres, atraidos por su voraz instinto, bate sus negras alas, graznando con el placer que sienten al ir á saciarlo en aquel banquete de carne humana.

En el piso bajo de la casa ayuntamiento del pueblo de Alegria se hallan once desgraciados que, con vida exuberante aún, tienen, no obstante, muy limitadas y cortas sus horas de existencia. Aquella es su última morada.

¡La última morada! No. La última donde deberán esperar el premio á su martirio, será para ellos el humilde campo-santo de aquel humilde pueblo. Allí están ya abriendo las fosas en que deberán descansar para una eternidad.

Un tribunal compuesto de un jefe carlista superior y seis subalternos, han juzgado uno á uno á aquellos infelices, cuyo enorme crimen consistia en haber ganado bien y honradamente los títulos de capitan, comandante, coronel ó general. Porque todos los que se hallaban comprendidos en esas categorias fueron, sin mas forma de proceso, condenados á la última pena. Así era como se juzgaba en aquella malhadada

Universidad de Deusto
Biblioteca

época: asi se dejó diezmada en breve tiempo á la pobre nacion española.

Un capitan, que al presentarse ante los jueces que debian sentenciarle dijo llamarse Ricardo Baltierra, se encuentra á la media noche del 28 de Octubre de 1834 encerrado entre cuatro estrechas y sucias paredes, que constituyen uno de los departamentos del piso bajo del municipio de Alegria.

Acaba de cumplir con el primero y último deber de todo verdadero cristiano, cuando se halla en artículo de muerte, pues su mal no tiene remedio en lo humano. Mañana, hoy, dentro de ocho horas, habrá dado irremisiblemente su alma á Dios, y su cuerpo al mísero sepulturero de aquel pueblo.

Un anciano y venerable sacerdote ha llenado su alma de santa uncion, y ha infiltrado en su desfallecido cuerpo nuevos bríos para poderse presentar en la última escena con el verdadero valor del soldado: modesto, pero digno, sin alardes, ni jactancia; sereno, con la conformidad del justo, con la esperanza del inocente.

Solo ya, hasta el instante en que deberá, juntamente con sus compañeros de desgracia, recibir los Santos Sacramentos, último alimento que ha de fortalecerles en su viaje eterno, agólpanse á su imaginacion todos los recuerdos mas dulces de su vida. Su madre, sus hermanas, sus amigos mas íntimos, giran en confuso tropel en su cerebro calenturiento. ¡Ah! ¡Él ha sido siempre bueno y cariñoso con todos esos séres mas queridos de su corazon, y sin embargo aun no creia haber cumplido con ellos como bueno! ¡Si pudiera estrechar su mano, darles el último adios,

despedirse!... Seria el colmo de la felicidad en aquellos amargos momentos, en que se encuentra solo, aislado, sin nadie que le alargue una mano amiga, que le tienda una mirada de compasion.

Hace un largo rato que sentado Baltierra en una silla desvencijada, y apoyado un codo en una tosca mesita, únicos muebles que adornan aquel miserable aposento, iluminado apenas por la débil y rojiza luz de una vela de sebo, descansa su frente, vendada aún y calenturienta, en una de sus heladas manos: aquel hombre siente frio y calor á un mismo tiempo. Y no es que el capitan sea un cobarde, no; pero tiene miedo á la muerte: tiembla ante la idea de ese mas allá que se llama la justicia divina. ¡Él, que ha sido toda su vida modelo de hijos y hermanos, ejemplo de amigos, digno y pundonoroso militar!

Hallábase el pensamiento del capitan en aquel momento lejos, muy lejos de allí, engolfado en los brazos de su querida madre, de sus cariñosas hermanas, de sus buenos y consecuentes amigos, cuando la campana de la iglesia parroquial de Alegría dejó oir, en medio del horrísono retumbar del trueno, su acompasado y lánguido sonar, una, dos... hasta doce veces. Y aquella hora que anuncia al reo las pocas que le quedan ya de vida, hace que despierte de sus dulces ilusiones del momento, tornándolas en la triste y amarga realidad.

Poco despues un ruido confuso de voces y pasos á la puerta del calabozo le recuerda que allí, á muy corta distancia, hay quien espia el menor de sus movimientos; quien tiene el derecho de muerte sobre él, si abrigara la loca pretension de querer prolongar su

Universidad de Deusto
Biblioteca

vida un minuto mas del tiempo que graciosamente se le ha otorgado. Es el centinela, que solo tiene una obligacion: la de matar.

En ese mismo instante llegaba un aldeano con una carga al hombro á la puerta de la casa ayuntamiento. El centinela, que estaba á la parte de adentro, guareciéndose del huracan que azotaba furioso, echóle el alto, á que el interpelado contestó con la frase sacramental de:

—¡Gente de paz!

Dada la órden de ¡adelante! se acercó el aldeano hasta el umbral de la puerta, diciendo:

—Bueñas noches.

—Buenas... ¿A dónde vá usted? preguntó el centinela, viendo que el que habia llegado echaba á andar hácia el zaguan.

—Adentro, replicó este.

—No se puede entrar ni salir con bultos.

—Tengo pase.

—Entonces, espere usted á que venga el jefe.—¡Sargento!

Se presentó este, preguntando sencillamente:

—¿Qué ocurre?

—Aquí, este paisano que dice que tiene pase para poder pasar un colchon.

El sargento miró al aldeano, y exclamó.

—¡Hola, Juan Blas! ¿Qué se ofrece?

—Traigo un colchon para uno de esos pobres diablos. Aquí está el pase.

Y el veterano, porque lo era á juzgar por su edad, cogió el papel que le alargaba Juan Blas, y se acercó á la ténue luz de un farol de aceite, que apenas alumbraba una cuarta parte de aquel zaguan, y leyó y releyó, aunque no con gran facilidad, ni correccion de estilo seguramente, lo que en él decia.

—Está bien, dijo al cabo de un rato; y añadió, sacudiendo bruscamente á un hombre, que, con un gran manojo de llaves en la mano, se hallaba soñoliento, sentado al extremo de un banco.

—Pedro, acompaña á Juan Blas al calabozo que él te diga, donde puede dejar ese colchon.

El carcelero se levantó desperezándose, y se dirigió hácia el interior del edificio. Uno de los soldados, que sentados ó echados en aquel súcio portal estaban el ojo y el oido atentos á todo lo que en él pasaba dijo, al ver que el aldeano entraba tambien con el colchon al hombro.

—La consigna deberia ser igual para todos.

—¡Me dirás tú á mí, replicó el sargento, herido en su amor propio, me dirás tú á mí lo que dice la consigna!

—¿Y para quién es eso? preguntó otro de los que allí estaban.

—¿No lo has oido? replicó aquel que habia querido dar al sargento lecciones de Ordenanza militar; para esos señoritos. Esta tarde nos han hecho volver los uniformes que les habiamos quitado...

—Y bien quitados interrumpió otro de los circunstantes.

—¡Ya lo creo! ¡Como que para eso recibí yo un sablazo que todavia me dá que rascar, y á ver como está el cabo Hormillas, entre si las lia ó no las lia, que por ir á desnudar á uno de esos perros judíos, que

Universidad de Deusto
Biblioteca

hacia el muerto, le arrimó un confite de á onza, en salvo la parte!

Y señaló en su cuerpo el sitio donde debió haber sido herido aquel su amigo.

—Pues bien, continuó despues de una breve pausa; nos han mandado que devolvamos, no solo los capotes, sino los pantalones, las camisas, todo, hasta las botas. ¡Mala peste! ¡Y qué bien me estaban las que yo pillé!—Porque dice el coronel que es preciso que sean fusilados con sus grados y condecoraciones, para que no se crea que son unos rancheros.

Y, efectivamente, por un alarde de amor propio, que no de caridad, habian devuelto á los infelices prisioneros condenados á muerte su vestuario completo.

—Dicen que los devolverán despues de la funcion, repuso uno de los de la guardia.

—¿Para qué? ¿Para cribas? Que los escabechen. Y ahora, por si acaso no están aun contentos esos caballeros de levita, ya veis que les traen colchones para que duerman descansados. ¡Es lástima que no les traigan tambien mantas y sábanas!...

—¡El que te puso á ti el nombre de Jabalí, ya te conocia, ya! dijo el sargento interrumpiéndole.

—Pues digo bien.

Mientras tanto, el carcelero y Juan Blas habian llegado á la entrada de un corredor, donde se paró el primero, diciendo al que le seguia:

—¿Para quién es?

—Hombre, no sé como se llama: es el capitan á quien ha asistido D. Domingo. Este es el que me ha dicho...

—El párroco ha confesado lo menos á cuatro. ¿Es uno ya viejo?

—No; jóven, rubio, con una herida en la cabeza...

—¡Ah! Ya sé quien es. Por aquí.

Y tomó por un corredor estrecho que se hallaba á mano izquierda.

Así que llegaron á la tercera puerta, de las cuatro que á uno y otro lado contenia el corredor, se detuvo el carcelero, diciendo:

—Aquí es.

En el corredor, que era muy angosto, tropezó el carcelero con un centinela que estaba allí arma al brazo, y dijo al aldeano:

—Juan Blas, aquí tiene usted á su hijo.

—¡Hola, Juan María! ¡Estás aquí de centinela! ¿eh?

—Sí, contestó este á su padre; hasta la una, recalcando la última palabra.

—Bueno: ¡mucho ojo!

—No hay cuidado, dijo el carcelero terciando en la conversacion, mientras metia la llave por el ojo de la cerradura; las puertas son buenas, y además hay mucha vigilancia.

—Pero observo, replicó Juan Blas, que no hay cerrojo en la puerta. ¡Hombre, esto no está bien!

—¡Cá! Yo respondo, contestó el carcelero, con aire de saber lo que se decia. ¿No sabe usted que esto nunca ha sido cárcel? Ahora se ha colocado aquí á los prisioneros mas gordos, porque la cárcel está llena como usted sabe. Mas seguros están estos que no aquellos; y si no, aquí está esta buena gente (añadió poniendo una mano sobre el hombro del soldado), que

le ahorraria los gastos de viaje al que quisiera irse sin pasaporte.

—¡Ya lo creo! dijo sencillamente el soldado.

En aquel momento empujaba el carcelero la puerta que comunicaba al encierro del capitan Baltierra.

El carcelero la abrió en todo su ancho, á fin de que pudiera pasar cómodamente el bulto que conducia Juan Blas; y cuando este estuvo ya dentro del aposento, su hijo llamó á aquel para hacerle no se sabe qué preguntas sobre el número de los prisioneros en capilla, sus nombres, y hasta el delito que habian cometido, con otra multitud de noticias, que el carcelero, al que llamaban Mil-lenguas, estaba deseando soltarlas á la vez, para dar á conocer al soldado que estaba en autos.

Mientras tanto, Juan Blas llegó hasta donde estaba el capitan, que se puso en pié al sentir que se abria la puerta, creyendo que iban á buscarle para hacerle sufrir la última pena. Depositó aquel en el suelo su carga, que era un colchon muy bien liado, y miró de soslayo al capitan. Creyó este estar soñando al distinguir una cara que no le era desconocida; pero en el mismo instante en que iba quizás á prorumpir en una exclamacion, se detuvo ante la indicacion que con un dedo en la boca estaba haciéndole Larreategui, á fin de que guardara silencio.

—Vaya, ahí tiene usted donde echarse, dijo el aldeano en alta voz y con el tono mas natural del mundo.

El capitan no acertó á decir nada que pudiera manifestar indiferencia en aquel juego en que se arriesgaba la vida.

—¡Buen ánimo, y hágase la voluntad de Dios! añadió Juan Blas.

—Así sea, contestó maquinalmente el prisionero.

Miró Juan Blas hácia la puerta, y con voz ahogada y apenas perceptible para el mismo capitan que se hallaba á su lado, le dijo rápidamente:

—Sígame usted, y sujete usted la puerta hasta que avisen.

Y salió con paso lento de la prision, empujando la puerta tras él, mientras el capitan Baltierra corrió en pós, y aunque sin tener plena seguridad de haber oido bien lo que Juan Blas le habia dicho, apoyó todo su cuerpo contra aquella, sujetándola por debajo con el pié, dispuesto á no cejar, á pesar de no comprender el objeto á que conducian sus esfuerzos.

Juan Blas echó las dos vueltas á la llave de la prision; pero un atento observador hubiera podido ver que la segunda vuelta destruyó los efectos de la primera. Mil-lenguas, que se hallaba muy entusiasmado con su relato, y altamente satisfecho de la atencion que le prestaba el soldado, tomó las llaves de manos del aldeano, diciendo por conclusion:

—De esta vez Alegría va á ser un pueblo histórico; que no todos los dias se muere un Obispo, es decir, no se fusila todos los dias á un general.

Con lo cual dió por terminada la conversacion; pero, cediendo á una costumbre arraigada en él, levantó maquinalmente el pestillo de la puerta, y la empujó hácia dentro para cerciorarse de que estaba bien cerrada. La puerta no cedió, porque Juan Blas habia precavido lo que pudiera suceder.

Al echar á andar el carcelero y el aldeano, deslizó

este en manos de su hijo un objeto que el soldado se apresuró á guardar en el bolsillo.

Apenas se hubo extinguido el último eco de los pasos de aquellos, acercó el centinela su boca al agujero de la llave, y dijo con voz ahogada:

—Abra usted.

El capitan dudó de si lo habia oido bien, y no se movió de la puerta.

La misma voz volvió á decir en tono imperativo:

—¡Abra usted ya, con mil diablos!

Baltierra se separó de la puerta, y esta se abrió, sin tocarla él, presentándose el hijo de Juan Blas.

—Pronto, dijo este, sin dejar al capitan el tiempo suficiente para que se repusiera de su sorpresa; pronto, vístase usted con la ropa que encontrará dentro del colchon, y ponga usted la suya al muerto.

Y volvió á cerrar la puerta, dejando al capitan perplejo, sin comprender el sentido de las últimas palabras.

No habia, empero, tiempo que perder. La duda en aquellos momentos era la muerte, y por mas que el capitan tuvo un instante en que le faltaron las fuerzas para tomar una resolucion inmediata, se repuso, corrió al colchon y lo deslió convulso y agitado, pero no vió nada. Observó, no obstante, y tentó un bulto excesivamente largo, como que cogia el colchon todo, cubierto por el forro de este. Soltó fácilmente las primeras puntadas del cosido, y al abrir la tela para poner en descubierto el contenido, dió un paso atrás, sin poder darse cuenta de lo que á su vista se presentaba.

Lo que aquella tela á cuadros contenia, no era precisamente todo lana, como sucede en la generalidad de los colchones, no; lo que apareció ante sus ojos, faltos de fijeza, estraviados, sin poder dar crédito á lo que veian, fué un cadáver, pero tan horriblemente mutilado en su parte superior, ó sea por la cabeza, que fué la que primero habia quedado en descubierto, que no era posible distinguir una sola faccion de las que habian constituido pocas horas antes la fisonomía quizás agradable, tal vez hermosa, de aquel hombre.

Porque era un hombre, si, un soldado muerto gloriosamente en la accion de aquel dia, y exhumado por el aldeano Juan Blas con un fin humanitario.

Repuesto el capitan de aquel movimiento repulsivo, que no estuvo en sus manos remediar, fué descosiendo la tela, hasta dejar completamente en descubierto el cuerpo del desgraciado, que al parecer venia en su auxilio. Se hallaba completamente desnudo, cosa que sucedia con los enemigos y amigos todos, inmediatamente que caian en el campo de batalla, pues no era cosa de que se perdiesen las prendas de vestir, que no sobraban, por el lujo de dejárselas á aquel que no sentia ya ni frio ni calor.

Encontrábase aquel cuerpo limpio y aseado, como si realmente le hubiesen lavado poco há, y hasta la cabeza, que se hallaba horriblemente destrozada, tenia, no obstante, restañada la sangre, que en abundancia debia haber derramado.

¡Ah! Una madre hubiera dado su existencia por aquella cabeza sin forma conocida, horrible, espantosa, pero que se conocia que habia pertenecido á un jóven, por las huellas que aun quedaban intactas, y por

Universidad de Deusto Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

las formas todas del cuerpo, esbelto y bien configurado.

¡Pobre madre! ¡Estaria contando los dias, las horas que iban trascurriendo y las que aun faltaban para el instante en que deberia volver á su casa, á sus brazos, el hijo de sus entrañas.

El capitan contempló un instante el cadáver aquel, que quizás fuera de un compañero, de un amigo, y creyó verse retratado en él, dentro de muy pocas horas.

Un sudor frio inundó su frente; pasóse la mano por ella, á fin de enjugarla, y la retiró manchada de sangre, que destilaba aun su herida de la cabeza.

Conoció que le iban faltando las fuerzas, y se abalanzó á la ventana con ánimo de abrirla. Una ráfaga de viento, que le dejó completamente á oscuras, dióle á conocer que habia conseguido sus deseos. Una idea cruzó rápida por su calenturienta imaginacion. ¡Quizás pudiera saltar por la ventana, y una vez en el campo, libre!... ¡Vano intento! Fuertes y espesos barrotes impedian la salida.

Entonces volvió á recordar que su salvacion estaba allí, en aquel colchon que acababa de abandonar, y volvió á él á tientas, y á tientas tambien buscó la ropa que se le habia indicado. Halló efectivamente un lio, y al desdoblarlo un vivo relámpago iluminó la estancia, y puso de manifiesto las prendas que contenia.

Agitado de un temblor nervioso que dificultaba sus movimientos naturales, pudo al fin desnudarse, é inmediatamente despues vestirse el traje que tenia á la mano. En aquel instante una nueva exhalacion dióle á

conocer que estaba completamente disfrazado de soldado carlista.

Cogió el cuerpo, ya frio, inerte, muerto, que estaba sobre el colchon, y lo levantó en alto, con ánimo de ir colocando en él las prendas todas de que se habia desnudado, empezando por la camisa.

Abrióse en aquel momento, quedo, muy quedo, la puerta de la prision, y dejóse oir una voz ahogada, que dijo:

—¡Mil rayos! Ha apagado usted la luz.

El capitan, que se hallaba completamente abstraido en aquella horrible faena, y que con dificultad sostenia el cadáver en sus brazos, soltóle ante aquella imprecacion inesperada. Un relámpago dió colorido á tan horrible escena, y un ruido sordo dió á conocer el choque del cuerpo inerte contra el pavimento del cuarto, al que contestó como eco aterrador, casi simultáneamente, un horrísono y espantoso trueno, que hizo estremecer el edificio en sus cimientos, y que cual pila de Volta puso tambien en movimiento el desfigurado cadáver que yacía tendido en el suelo.

El hijo de Juan Blas cerró inmediatamente la puerta ante un estrépito tan inesperado, y trascurrieron algunos minutos, sin que él ni el capitan dieran señales de vida.

Volvió el carlista, al cabo de ese tiempo, á abrir la puerta, y dijo en tono de súplica:

—¡Por Dios, capitan, aligere V! Somos perdidos si no concluye V. pronto.

El capitan despertó, al oir aquella voz, del letargo en que se hallaba sumido, y haciendo un esfuerzo, levantó al cadáver y empezó á vestirle.

Universidad de Deusto
Biblioteca

La dificultad de poderlo manejar, y mucho ménos á tientas, hizo que Baltierra retardára la operacion aquella mas de lo que á las miras del centinela convenia indudablemente, pues dos ó tres veces volvió este á insistir asomando su cabeza por la puerta, por la pronta terminacion de ella.

Por fin, un nuevo relámpago, que por lo prolongado parecieron dos seguidos, hizo conocer al capitan que habia ya dado fin á su penoso trabajo.

Dirigióse entonces á la puerta, y abriéndola con mano segura, se encontró frente á frente del hijo de Juan Blas de Larreategui.

—No pierda V. el tiempo, dijo el soldado, sin perderlo él realmente, al salir toma V. á la derecha: allí espera mi padre.

—Pero V. queda aquí comprometido... replicó con voz ahogada el capitan.

—No se cuide V. de mí. Vamos, breve, que me compromete V. si tarda....

Alargó el capitan la mano que el carlista se apresuró á estrechar, y diciendo:

—¡Adios! le empujó en direccion de la salida del pasillo, sin que Baltierra pudiera espresar su reconocimiento de otro modo que con un saludo afectuoso con la mano al dar la vuelta al corredor, donde modificó el paso para evitar la menor sospecha á los que hacian la guardia del portal.

Dejó el soldado carlista que se extinguiera el eco de los pasos del prisionero, y cuando tuvo el convencimiento de que este habia ya ganado la salida, entró en el aposento donde estaba tendido el cadáver, y á la luz del corredor vióle vestido con el traje completo

del capitan, y hasta el pañuelo con que este habia vendado su herida aparecia colocado en la destrozada frente del desgraciado.

Arrastró el soldado aquel cuerpo inerte hasta atravesarlo en la puerta; y cuando lo hubo colocado segun sus deseos, sacó el objeto que le habia entregado su padre, que era un pomito, y regó de sangre fresca y encarnada el rostro, las manos y hasta la ropa del muerto, manchándose tambien la suya. Apenas necesitó un minuto para hacer todo lo que se necesita mas tiempo para contarlo. Examinó si el fusil estaba bien cebado, y, cerciorado de ello, colocó la boca del arma en la del cadáver, y mientras, con voz en que se pintaba la angustia y el sobresalto, gritaba:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡A mí!.... disparó el fusil, haciendo trizas el resto de la cabeza de aquella víctima, que fué á estrellarse en mil pedazos contra las ya sucias paredes del cuarto.

A sus voces, y más aún con el estrépito producido por el tiro, que conmovió en sus cimientos al edificio todo, acudió la guardia con bayoneta armada y los jefes y oficiales de servicio, y poco despues hasta los que se hallaban exentos de él, pero á cuyo oido llegó el ruido del tiro ó la noticia del suceso ocurrido.

Este tenia una explicacion muy sencilla.

Hallábase el soldado Juan María de Larreategui haciendo centinela en el corredor aquel, cuando al dar uno de sus paseos por frente al encierro del capitan, abrióse la puerta repentinamente, abalanzándose el cristino al cuello del carlista,—que lo enseñaba amoratado,—con ánimo decidido de ahogarle. Tan de improviso le cogió la accion, que solo tuvo tiempo de

Universidad de Deusto
Biblioteca

gritar ahogadamente; pero viendo que el capitan no cedia, hizo fuego nada mas que con el fin de llamar la atencion, queriendo su suerte que lo dejase cadáver.

La cosa era la mas natural y sencilla del mundo, y estaba dentro de la Ordenanza militar y de las atribuciones del centinela, no habia pues, otra cosa que hacer que enterrar al muerto, y esa fué la sola disposicion que se tomó.

Jabalí dijo en tono de chunga, dando á conocer que su corazon debia ser tan negro como su cara:

—Ese ha ido á buscar alojamiento para cuando lleguen sus compañeros.

E hizo gracia el chiste, que se comentó en la guardia de la casa ayuntamiento entre los que no tenian otra cosa que hacer que cuidar de que no se escaparan esos desgraciados viajeros á que se habia referido Jabalí.

. . . . . .

A las ocho de la mañana de aquel mismo dia, miéntras el capitan D. Eduardo Baltierra referia á sus compañeros de guarnicion en Vitoria el modo milagroso con que pudo salvar su vida, perdian la suya sus compañeros cogidos en la batalla de Alegria.

FIN DE LA BATALLA DE ALEGRIA.

LA SORPRESA DE DESCARGA.

I.

Una deuda.

Las divisiones de Alava y de Vizcaya y la brigada auxiliar de Navarra, que se hallaban respectivamente á las órdenes del baron del solar de Espinosa, del conde de Mirasol y del coronel Ulibarri, acampaban la tarde del 2 de Junio de 1835, siendo general en jefe de todas D. Baldomero Espartero, en el alto de Descarga, entre Vergara y Villarreal de Zumárraga.

El punto escogido era muy á propósito para el descanso de un cuerpo de tropas respetable; porque situado en la márgen del camino de Francia, sobre una eminencia que dominaba completamente los llanos de Villarreal de Zumárraga y de Vergara, hallábase cubierto el suelo de una lozana vegetacion, como alfombra tendida por el espacio, propia de aquel pais, lozana y rica además en aquella época de primavera.

En el semblante de los soldados veíase retratada una confianza ciega, y los que no se entregaban al reposo, charlaban y cantaban al rededor de las foga-

Universidad de Deusto
Biblioteca

tas que habian encendido, esperando que amaneciera un nuevo dia, en el que conquistaran frescos laureles, salvando á Villafranca, asediada por Zumalacárregui.

No lejos, ó mas bien muy cerca de estas tropas, acampaban sus enemigos, bajo las órdenes del jefe carlista D. Francisco Benito Eraso. Sin los rodeos del camino y sin las sinuosidades del terreno, hubieran podido avistarse los unos con los otros, pues la distancia que separa del alto de Descarga á Villareal de Zumárraga, que era donde se hallaban estos últimos, no llega á tres kilómetros.

No ignoraban, en verdad, los jefes de ambos bandos la proximidad del enemigo. El carlista quiso, empero, cerciorarse de la posicion y fuerza del contrario, y con este fin destacó un escuadron de lanceros de Vizcaya y el batallon de Guias de Alava, al mando todos del coronel Bengoechea.

Tan corto fué el trayecto que tuvieron que recorrer los exploradores, que cuando menos lo esperaban, se encontraron en medio del campamento contrario.

Los primeros soldados de la Reina con quienes dieron de manos á boca los carlistas, corrieron en confuso tropel hácia sus compañeros. Tropezando con estos, cayeron sobre las armas que en pabellon estaban, y apoderándose de casi todos, en estos momentos de confusion y desórden, un terror pánico, oyóse el tremendo *«sálvese quien pueda»* que difundió, con la velocidad del rayo, la alarma en el resto del ejército cristino.

Los mas serenos quisieron dar cara al enemigo, pero era tal la confusion y tan grande el desórden,

que se vieron arrollados por sus mismos compañeros.

La oscuridad de la noche, aumentada por una niebla densa y húmeda, convertida mas tarde en menuda lluvia, hizo tambien que tomaran á los suyos por enemigos, y hubo momentos en que se cruzaron las armas, entre los defensores de una misma causa.

Un valiente, con las insignias de coronel, arremetió con sable en mano, mezclándose desesperado entre los carlistas, y batiéndose cuerpo á cuerpo con ellos.

Parecia que le importaba poco hallar la muerte ¿qué digo? la buscaba indudablemente entre los aceros enemigos, como si no quisiera sobrevivir á aquella afrenta inesperada.

Loco, con la sangre agolpada á la cabeza, no veia ni oia lo que á su alrededor pasaba. Repartia mandobles á diestro y siniestro, sin observar que iba quedándose solo de entre los suyos, y que, cual otro Horacio Cocles, tenia que luchar contra todo un ejército.

Pocos momentos despues, nadie se batia allí. Ocupábanse los carlistas únicamente en prender á mansalva á los cristinos, y los restos del ejército de la Reina entraban en Vergara, heridos y estropeados unos, desarmados los mas, y todos ó casi todos apoderados de un terror pánico, consecuencia natural del desastre sufrido.

. . . . . .

Es mas de media noche, y en la eminencia en que no ha muchas horas se habia visto la alegria y la algazara retratadas en los semblantes y lenguaje de miles de hombres, y poco despues se percibieran los gritos, las voces de mando, las imprecaciones, y los alaridos

de esos mismos hombres, reina ahora un profundo y sepulcral silencio.

En uno de los barrancos en que estriba la falda de Descarga, hallábase tendido un hombre, teñido su rostro en sangre y cubierta su ropa de lodo y fango.

Cuatro horas hacia ya que se hallaba en aquella situacion, falto completamente de sentido. Tal vez creyéronle muerto los que á su lado pasaron.

Hondos y ahogados suspiros y un movimiento convulsivo, dieron empero á conocer que no habia volado aun el alma de aquel hombre á la mansion de los justos.

Poco despues alargó los brazos tratando de hacerse cargo del terreno, y apoyándose con una mano, púsose en pié, y fijando la vista á uno y otro lado, y palpándose en todo su cuerpo, parecia querer recordar el sitio en que yaciera, la causa del estado en que se encontraba, y todo cuanto pudiera contribuir á orientarle de la posicion y del estado en que se hallaba.

Los últimos fulgores de una de las fogatas, que así habian servido para iluminar las escenas de broma y algazara de los soldados de la Reina, como su desórden y su derrota; los últimos fulgores, digo, de una de esas fogatas, iluminaron el rostro del coronel, que prefiriendo á la deshonra la muerte, la habia buscado inútilmente en medio de las armas enemigas.

Sacudió la cabeza para salir de su letargo y dió un paso hacia adelante, como si buscara, entre el tropel de ideas que se agolpaban á su mente el medio de despejarlas.

Volvió á detenerse incierto y pensativo. Largo rato permaneció dudando el partido que deberia tomar,

hasta que balbuceando entre dientes—¡sea lo que Dios quiera!—echó á andar de nuevo resueltamente hácia adelante, como si real y efectivamente supiera á donde iba, siendo así que no conocia un palmo del terreno que pisaba.

Tan oscura y negra era la noche, como negros y oscuros eran los pensamientos del coronel, y así como aquella le hacia perder terreno, estos le hacian perder la serenidad y valor necesarios para caminar.

Una hora escasa, que al infeliz le pareció un siglo largo, caminaba á tientas, tropezando á cada paso, cayendo aquí y acullá, y perdiendo progresivamente sus fuerzas, en aquella lucha desesperada.

En el momento mismo en que empezaba á rayar el dia, cuando rendido de fatiga, falto de sangre y perdida la esperanza caia en tierra y se echaba en brazos de Dios, pidiéndole con todo el fervor de su alma pusiera fin á sus horribles padecimientos, creyó distinguir á corta distancia, una casita blanca envuelta entre las nieblas de la montaña, cual faro de salvacion, en la borrasca porque estaba pasando.

Hizo el último esfuerzo para ponerse en pié, y con la vista fija en el punto en que aparecia la casa, sin mirar al suelo, tropezando unas veces y cayendo otras, llegó, mas bien á arrastras que á pié, hasta la puerta de aquella.

Quiso llamar y no pudo: quiso gritar y faltáronle las fuerzas. Hubo un momento en que creyó que habia llegado el último de su vida, y cruzando las manos en el pecho, dejóse caer de rodillas en el umbral de aquella puerta, detrás de la cual habia esperado el alivio á sus terribles padecimientos.

Universidad de Deusto Biblioteca

Sintióse en aquel mismo momento, el ruido del cerrojo que se descorria por dentro, é inmediatamente se abrió la puerta, apareciendo en el hueco de ella, una mujer jóven, robusta, con esa fisonomía de franca y agradable jovialidad, tipo esencialmente guipuzcoano.

El lector suplirá la descripcion que haria, si me fuera posible, de aquel tiernísimo cuadro.

Yo me limitaré á decir sencillamente, que el hombre que, hacia muy pocas horas aun, habia hecho frente á todo un ejército, se hallaba ahora de rodillas, implorando los auxilios de una débil mujer. Permaneció esta muda y estática largo rato, delante del coronel, pues no podia darse cuenta de lo que veia.

Por fin, la pobre aldeana dió un grito, que lo mismo podia haber sido arrancado por el terror, que por la compasion, y corrió hácia dentro llamando á alguien en vascuence.

El coronel inclinó la cabeza contra el quicio de la puerta, y permaneció en el mismo sitio y en el mismo estado: no parecia sino que estaba petrificado.

Un anciano, venerable por la edad y por la nobleza de sus facciones, apareció á poco rato acompañado de la jóven. Se acercó al coronel y le dirigió algunas palabras en vascuence.

El interpelado contestó con voz ahogada, haciendo un esfuerzo sobre-humano:

—¡Sufro mucho, Dios mio, sufro mucho!

Volvió el aldeano á dirigirle nuevamente la palabra, pero no obtuvo respuesta. Entonces se acercó al militar: púsole la mano en la frente, y la halló bañada de sudor frio.

El anciano comprendió que el hombre que tenia delante habia perdido el sentido; le cogió en brazos con una fuerza superior á la de muchos jóvenes, dió algunas órdenes á la muchacha que se hallaba á su lado, mas muerta que viva, y se encaminó adentro con aquella carga, que no parecia muy pesada para él, segun la facilidad con que la manejaba.

Dejó al coronel en una silla, y mientras cuidaba de desabrocharle la levita, á fin de que respirara mas libremente, la muchacha trajo un poco de agua mezclada con unas gotas de vinagre, con la cual restañaron las heridas del militar, y humedeciéronle la boca que la tenia seca como un corcho.

—Me habeis vuelto á la vida, dijo el coronel, fijando una mirada de inefable reconocimiento, en la mirada tierna y compasiva de los aldeanos.

Dirijiéronse estos varias palabras en vascuence, y como resultado de esta conversacion, sin duda, se atrevió á decir la jóven haciendo un movimiento con los hombros.

—*No entiendes nosotros.*

—¡Oh yo si! esclamó el coronel con toda la fuerza de que era capaz, cogiendo al mismo tiempo las manos callosas de sus libertadores. ¡Yo sí entiendo que os debo la vida! Yo entiendo que sois buenos ¡oh sí! muy buenos, cuando así tratais á un enemigo vuestro.

Los aldeanos le escuchaban, comprendiendo quizás por el tono espresivo del coronel, lo que queria manifestarles.

De aquí el que la jóven llevára á sus ojos la punta del delantal, y que el anciano volviera la cara para

pasarse la manga de la camisa por entre la frente y las mejillas.

Volvieron á hablarse el anciano y la joven, y salió esta para entrar á poco rato con un lio de ropa.

Solos otra vez los dos hombres, hizo el anciano que el coronel se despojara de su uniforme húmedo y enlodado, y le ayudó á que vistiera un traje completo de aldeano vascongado.

Acto continuo dióle á entender que debia echarse en la cama, y cerrando la ventana y puerta le dejó solo.

La fatiga de la noche anterior y las fuertes emociones sufridas, habian rendido al militar, en términos que tardó muy poco en quedarse dormido.

Algunas horas despues despertó sobresaltado, acosado de un ensueño pertináz, representacion viva de todos los acontecimientos en que habia tomado parte hacia poco tiempo.

Al abrir los ojos creyó ver á la cabecera de su cama dos soldados carlistas, y suponiendo que continuaba el sueño ó mas bien el delirio, cerró los ojos esclamando:

—¡Siempre los tengo delante! ¡lo mismo soñando que despierto!

Abrió de nuevo los ojos al cabo de un rato, y volvieron á presentarse ante su vista las mismas figuras, mudas é inmóviles como si fueran de mármol.

—¡Basta ya! gritó fuera de sí incorporándose en la cama.—Es necesario que esto tenga fin. ¡Acabad de una vez conmigo, pero no me mateis á alfilerazos!

Los dos soldados, mozos, de estatura y formas atléticas, permanecieron sin hacer el mas pequeño movimiento.

Por entre los hombros de ambos apareció la cabeza del anciano, quien articuló algunas palabras en vascuence dirigiéndose al coronel, pero este no solo no comprendió lo que le queria decir, sino que hasta dudaba fuera verdad aquella voz que creia oir.

Convencióse, por fin, al cabo de un gran rato, de que estaba despierto, y por consiguiente guardado por dos soldados carlistas.

La idea de que le habian vendido cruzó por su imaginacion, y en aquel momento pensó vender cara su vida. Pero hallábase tan débil que apenas tenia fuerzas suficientes para levantarse de la cama, y salir á la habitacion próxima, por indicacion del aldeano.

Allí se encontró con una mesa cubierta de un mantel limpio, y en ella colocó la jóven inmediatamente una cazuela con sopas.

El coronel se puso á comer maquinalmente: tenia verdadera necesidad de alimentarse.

Pero cuando observó que el anciano no probaba bocado, y que los dos soldados carlistas continuaban en pié á su lado, guardando el mismo sepulcral silencio de siempre, esperimentó un estremecimiento convulsivo.

Pasóle por la imaginacion la idea de si tratarian de envenenarle.

La fisonomía noble y simpática del aldeano, y la franca y jovial de la jóven, á la vez que cierto no sé qué, digno y respetuoso de los dos soldados, alejaron de su mente aquel temor, y concluyó por desecharle como un mal pensamiento.

La comida era aseada, y aunque frugal, la mas á propósito quizás para el estado de debilidad en que se encontraba el coronel. Hízola este los honores debidos, sin proferir una sola sílaba, y sin que se oyera tampoco proferirlas á ninguno de los circunstantes.

Así que el coronel concluyó de comer, púsose en pié el anciano, y con un lenguaje espresivo y á veces con tono acalorado, dirigió á los dos soldados, que le escuchaban atentamente, apoyando sus barbas sobre sus manos, y estas en las bocas de los fusiles, una plática que tuvo todas las trazas de una verdadera alocucion.

Algunas horas despues, que las pasó el coronel en medio de crueles dudas é incertidumbres, cuando ya el sol se habia ocultado tras la cumbre de Campanzar, hízole entender el anciano que habia llegado la hora de partir.

En aquel mismo momento volvian á aparecer en la puerta de la sala los dos soldados carlistas, como si fueran dos autómatas.

El anciano cogió del brazo al coronel, que vacilaba sobre lo que debia de hacer, y le puso en medio de los dos centinelas, señalándole con la mano la puerta de la casa.

No podia ser mas clara la insinuacion.

Dió unos pasos hácia adelante, pero se detuvo al observar que en un rincon del portal, se hallaba la jóven clavados los ojos en él, con muda pero expresiva tristeza.

Decididamente iba á ser entregado en manos de sus enemigos, ó tal vez... Erguió su cabeza, y como el hombre que no puede esperar ya nada de este mundo,

salió de la casa con paso firme y seguro y aire resuelto; último alarde de lo que se llama valor en la sociedad.

Uno de los soldados se adelantó á ponerse delante, mientras el otro se colocaba detrás.

¿Podia darse mayor prueba de que lo llevaban como prisionero de guerra?

Ya hacia rato que caminaban de este modo, y aunque el coronel hizo intencion, mas de una vez, de preguntar á sus guardadores, á donde le llevaban, desistió inmediatamente de su intento, porque comprendia que nada adelantaba con ello, cuando era indudable que no entendian el castellano, y hasta podia creer que fueran mudos, pues no les habia oido pronunciar una sola sílaba.

Durante la marcha que duraba ya una hora larga, habia anochecido por completo, y hubo momentos en que el prisionero pensó en aprovecharse de aquella oscuridad para avalanzarse sobre uno de los soldados, arrancarle el fusil de improviso, y perder si era necesario su vida en una lucha desesperada.

Pero las escasas fuerzas con que se encontraba, y la idea de que lo mas que podria sucederle, era, que fuese á engrosar el número de los cogidos la víspera en Descarga, le hicieron desistir de aquel pensamiento.

Observaba que siempre que habia un mal paso que salvar, y esto sucedia con frecuencia, pues caminaban por senderos estraviados y terreno escabroso, se detenia el soldado que iba delante, como para indicarle que tuviera cuidado donde pisaba.

—Decididamente, pensaba el coronel para sí, estos individuos quieren entregarme á sus jefes en buen es-

tado de conservacion, para que no se diga de ellos que me han cogido prisionero cuando estaba fuera de combate. Todos tenemos nuestro cachito de amor propio.

Embebido en estas ideas y en otras mas tristes, tropezó con el soldado de delante que se habia parado hacia un momento.

Cogióle este por el brazo, y antes de que el coronel tuviese tiempo de volver de la sorpresa que esta accion le ocasionaba, le dijo el carlista señalándole una masa informe que se levantaba á cien pasos de distancia:

—¡Vergara!

La venda que hasta entonces habia cegado al coronel, cayó de improviso al oir el nombre del pueblo que tenia delante.

¡Se hallaba libre! ¡Libre, merced á la sublime generosidad de aquellos dos hombres, á quienes habia hecho la ofensa de considerarles como á sus verdugos!

Hubiera deseado el coronel poder expresar con una accion, con una sola frase, toda su inmensa gratitud y todo el remordimiento que sentia por el agravio que mentalmente les habia inferido, pero no encontraba ninguna palabra que estuviera á la altura de aquel rasgo tan noble: no hallaba accion alguna que pudiera expresar todo el fondo de sus pensamientos en aquel instante.

De pronto, tal vez sin darse él mismo cuenta de lo que hacia, metió las manos en el pecho, y desprendiendo un cinto que llevaba repleto de oro, púsolo en manos de sus libertadores.

Devolviéronsele estos, siempre sin proferir una sola palabra, y dieron dos pasos hácia atrás con ánimo de separarse.

—¡Oh! ¡Esperad, esperad! exclamó el coronel fuera de sí. ¡Teneis razon! ¡¡Soy un miserable!! Esta es la segunda leccion que me dais. Entrad conmigo en Vergara: yo os presentaré á mi General, y cuando este os conozca, y cuando todo el mundo sepa lo que valeis, podreis marcharos acompañados de las bendiciones de mis compañeros de armas, y de mi eterno reconocimiento.

Por única contestacion señaláronle nuevamente los soldados la masa informe que se hallaba en frente, y volviéronle la espalda, desapareciendo de la vista antes de que el coronel tuviera tiempo de detenerlos.

Pocos momentos despues el coronel D. Ramon Cienfuegos se hallaba entre sus camaradas los soldados de la Reina, refiriéndoles la estraña casualidad, ó mas bien, la accion noble y generosa á que debia su vida, y haciendo solemne juramento de no olvidarse, por larga que fuera esta, de la deuda de gratitud que habia contraido.

II.

El finiquito.

A la caida de la tarde del 1.° de Junio de 1860, paraba frente á la mejor posada de las muchas que por aquel tiempo habia en Villarreal de Zumárraga, un co-

che de viaje, del que se apeó poco despues un caballero como de unos cincuenta á sesenta años.

—Sube el baul, Antonio,—dijo al muchacho que habia abierto la portezuela del coche.

La llegada de un vehiculo de aquella categoria, puso en movimiento á la gente de la posada, y antes de que el caballero hubiera concluido de subir la escalera, salióle al encuentro el ama de la casa que se apresuró á decir el pleonasmo usual de

—Suba usted arriba, caballero. Haga usted el favor de pasar aqui. ¿Sí?—añadió la dueña apenas el huésped pisó la habitacion.—Están preparando la mejor alcoba que tiene la casa, porque como acaba de marcharse el *Director inginiero prencipal del carro-ferril*, no ha habido tiempo.

Conociase por la voz campanuda de la patrona, que se hallaba muy satisfecha de haber hospedado al Ingeniero Director del ferro-carril del Norte.

—No se moleste usted mucho,—replicó el caballero,—porque yo marcharé mañana por la mañana, y una noche se pasa en cualquiera parte.

—Haga usted *favor* caballero: tome usted asiento, y descanse usted un momento en esta sala, mientras le preparan la alcoba,—y el ama introdujo al caballero en una espaciosa sala.—Pronto concluyen. ¿Cena usted?

—No; tomaré una jícara de chocolate, si lo hay bueno.

—¡Oh! Eso, si señor, de lo que toman los *inginieros* franceses.

En el centro de la sala, ó mas bien salon, en que habian hecho entrar al caballero, habia una gran mesa de comedor, y en un estremo de ella y á la luz de un velon, hallábanse tres hombres tan distraidos con unos legajos de papeles que tenian delante, que ni repararon en la presencia del forastero.

—Esta partida no está bien,—decia en aquel mismo instante uno de aquellos tres hombres.

—¿Pues qué falta encuentra usted?—contestaron casi simultáneamente los otros dos.

—Aquí dice 288 metros cúbicos de silleria á 251 reales uno=72,298 reales, y debe decir=72,288.

—Nos ha asustado usted, hombre. Si cuando ha dicho usted que no estaba bien la partida, nos hubiera dicho que la equivocacion consistia en diez reales...

—Diez reales aqui, diez reales allí, hacen un cirio pascual,—contestó el primero en tono desabrido.

—*Hastora* pues no ha *buscado* usted mas que una *errata chiquita*, y no creo que *buscará* usted muchas mas, pues además de que nosotros hemos revisado todas *los* cuentas, el *esquibriente* tambien muy listo *es*, *y*...

En aquel instante vinieron á avisar al caballero que el cuarto se hallaba ya arreglado.

Hallábase este situado tabique por medio de la sala en que habia estado hacia un momento, asi es que á pesar suyo, oia distintamente la conversacion de los vecinos.

—Esos hombres que están en la sala deben ser contratistas de obras, sin duda ¿no es eso?—preguntó el caballero á la patrona, apenas se hubo instalado en su habitacion.

—Si señor. Dos de ellos son canteros de aqui cerca, de Anzuola. Al tercero no le conozco, pero me pa-

rece que tambien debe ser del oficio. Han hecho dos ó tres puentes en el camino *ferril*. Lo que es los dos hermanos son buena gente, muy trabajadores, y que saben su obligacion, segun dicen. Así es que creo que han ganado buenos cuartos. Mire usted ya lo merecen, porque desde la mañana hasta la noche, que llueva, que truene, que *granisee*, no se han apartado un momento...

—Cuando esté el chocolate me lo trae usted,—dijo el caballero, interrumpiendo aquel granizo de palabras de la buena doña Polonia, que así se llamaba la patrona.

—Al momento está aquí.

Efectivamente; faltando á la regla general que rige en casi todas las posadas, de hacer que los momentos se trasformen en tormentos para al viajero infeliz que espera y desespera, vino el chocolate, un instante despues.

—¿Quiere usted alguna otra cosa?—preguntó doña Polonia muy oficiosa.

—No señora. El muchacho... que cene.

—¡Ah! por supuesto... Vaya, pues, que usted pase buenas noches.

—Gracias.

—Hasta mañana.

Media hora despues estaba ya el huésped no solo acostado, sino soñoliento, oscilando entre el sueño y la vigilia, entre la vida y la muerte; momentos supremos de los que se pasa con la mayor facilidad al letargo ó al insomnio.

Un tremendo golpe, acompañado de un juramento mas tremendo aun, hizo en el caballero el efecto de

un resorte. El ruido y la blasfemia provenian de la sala vecina. Al mismo tiempo oyó clara y distintamente una voz, que reconoció ser la del hombre que poco antes hacia las observaciones á los otros dos, que decia:

—¡No paso por eso! ¡A robar á Sierra Morena!

—Aquí no robar nadie, ni... ¡Bueno está, pues, esto!—contestó otro que por el acento y concordancia, conociase que era de la tierra.

—Pues sino se trata de robar, hagamos las cuentas como Dios manda.

—Usted mucho hablar de robar y no sé pues...

—Tenga usted cuidado con las indirectas, porque no respondo de lo que pueda suceder.

—Usted diretas tambien, pues, ya dice, y á mí con mas buapo que usted tambien yamos visto.

—Juan Anton, calla,—dijo un tercero, y luego añadió algnnas palabras en vascuence.

—Hablad en cristiano para que se entienda.

—No es dificil de entender, dijo el que habia mandado callar á Juan Anton. Usted tiene una tercera parte en nuestro remate, y nosotros otra tercera en el de usted. Es así que...

—¡Es falso! ¡qué empeño! yo interesaba la mitad en ambos.

—Usted recordará que en el acto de hacer el remate *convenimos*...

—En que llevariamos mitad por mitad.

—No hay tal: y hasta podia traerle á usted testigos.....

—No los necesito. Basta que yo lo diga.

—No basta *desir* usted, porque yo tambien *ya dise* y

mi hermano tambien y tan buenos *somos* como usted, —replicó el tercero.

—¡No faltaba mas sino que me dejara quitar de un golpe treinta mil reales!

—No es quitar. Además de que quien deberia quejarse somos nosotros.

—¡Qué! ¿Quiere usted cojerlo todo?

—No. Pero nosotros presentamos una ganancia de cerca de seis mil duros, mientras que usted nos presenta una pérdida de mas de tres mil; siendo asi que las obras que usted ha tenido eran...

—¿Qué hay que tachar á mis cuentas?... ¡Atrévase usted á decirlo!... ¡Vamos!...

—Nosotros no decimos nada en cuanto á eso; solo que debiendo abonar á usted mil duros próximamente por las pérdidas sufridas por usted, y dos mil de nuestras ganancias, resultan á favor de usted tres mil duros, solo con alguna pequeña *diferiencia* que la sacaremos al momento.

—No señor; ¡ca! No me conformo. Treinta mil reales que tiene usted que satisfacerme por la pérdida, y sesenta mil por la ganancia, son noventa mil reales los que me ha de dar usted. Esa es la cuenta; y ¡juro á Dios!...—y oyóse otro tremendo porrazo sobre la mesa.

El caballero no perdia una sola silaba de aquella polémica, con tanto mas motivo, cuanto que no podia recobrar el sueño con la bulla que metian los contendientes.

—Vaya José Mari. Dále tres mil duros ó lo que sea, y si no se *contienta* que no se *contiente*.

—Si creeis que voy á pasar por eso, muy equivocados estais.

—Puede usted acudir á donde le dé la gana. La cuenta es 61,224 reales con 25 céntimos, y aquí los tiene usted.

Y allí debia tenerlos efectivamente, pues se oyó el ruido vibrante y metálico del oro que en la mesa rodaba.

—No doy recibo.

—Si recibo no dar, no dar nosotros ni un *rial*,—dijo el que peor, pero mas categóricamente hablaba.

—Lo daré, pero diciendo que no me conformo con la liquidacion.

—Eso, en su derecho está usted.

—¡Ah! eso sí, la *opunion* á nadie...

—Mejor harás callar si no quieres que te arregle la cuenta de otro modo.

—¿Usted á mi? Usted muchas roncas tiene y... puede ser que...

—Anda: sal á la calle: te voy á dar una *mojada*.

—Si por cierto.

Y acto continuo se sintió el ruido de sillas que rodaban, gritos de la patrona, y la voz de uno de los hermanos canteros que decia al otro:

—¡Juan Anton! ¡A ver como te estás aquí quieto!

El caballero saltó de la cama con ánimo de ir á apaciguar á los alborotadores, pero mientras se vestia, observó que decrecia la bulla, y que el llamado Juan Anton, que era el desafiado, prometia á su hermano no volver á chistar en toda la noche.

Y así debió suceder, porque el huésped, que volvió á acostarse, en vista de que no hacian falta sus oficiosos servicios, pudo dormir sin que sintiera moverse una mosca.

Cuando despertó á la mañana siguiente creyó estar oyendo la bulla, á cuyo rumor se habia dormido la víspera.

Fijó el oido y conoció que la algazara provenia de la calle.

Parecia una asonada, segun las voces descompuestas y tumultuosas de hombres y mujeres, los gritos de los chiquillos y el ladrido de los perros.

Picada en alto grado la curiosidad del huésped, saltó de la cama y asomó lo cabeza por una ventana que daba á la calle.

Grande fué su sorpresa al distinguir que, rodeados de una multitud de gentes de todas edades y clases, y enmedio de una pareja de guardias civiles, traian maniatados á dos hombres, que por sus trazas parecian naturales del país. Y su admiracion subió de colmo, cuando creyó conocer en los presuntos reos á los dos hermanos canteros.

El delito ó crimen de que se les imputaba debia afectarles extraordinariamente, pues marchaban con la cabeza inclinada hácia el suelo, y tal vez, desprendianse de sus ojos algunas lágrimas, arrancadas no se sabe si por el remordimiento ó por la vergüenza de verse en aquel estado.

Poco despues de retirarse el caballero de la ventana, cuando ya los presos se habian perdido de vista, entraba en la alcoba la patrona, toda llorosa y sofocada, diciendo:

—¿Ha visto usted señor? ¿Quién lo habia de decir? ¡Ca! Si parece mentira; á no verlo...

—¿Por qué llevan presos á esos dos hombres?

—Mire usted; le aseguro á usted caballero, que ni

por pienso sospechábamos nada de lo que iba á suceder. Como despues quedó todo tan tranquilo y tan...

—Pero ¿quiere usted hacerme el obsequio de decir cuál es el delito que se les atribuye?

—¿El delito dice usted? ¿Eh? ¡Ay! Si señor. ¡Un delito! Vamos, aquí nunca se ha visto una cosa igual. ¡Y en mi casa!.. Es decir, ¡no digamos que en mi casa! pero como el *prencipio* fué aquí, ¡ya vé usted!

—Con qu.e.. cuando quiera usted decirme lo que ha sido—volvió á repetir el caballero con la mayor calma.

—¿Con qué no lo sabe usted?

El huésped debia ser hombre inalterable, cuando no tiró á la cara de doña Polonia la jícara del chocolate de la víspera.

—Estoy esperando á que usted me lo cuente, y sino, se lo preguntaré á mi criado, que me figuro lo sabrá tambien.

—¡Ay! No señor,—replicó la patrona muy apurada, temiendo perder aquella ocasion en la que podia lucir su oratoria dramática.—Yo se lo diré á usted todo lo que ha habido, con pelos y señales.

Y despues de una pausa durante la que mi buena de doña Polonia, se ha restregado los ojos, se ha sonado y ha tosido, cuenta el hecho poco mas ó menos en los siguientes términos:

—Ya oiria usted la disputa de anoche, me figuro.

—Sí, seguramente; no perdí ni una coma, á pesar mio.

—Pues bien, no pasó de palabras afortunadamente, gracias á José Mari, el hermano mayor, que se conoce que tiene mucho juicio. Es decir, Dios me perdo-

Universidad de Deusto
Biblioteca

me, vamos... yo no puedo creer todavia... pero ya se vé, tambien si está tan claro... Pues como iba diciendo, nada, todos cenaron en paz y en gracia de Dios, y despues se fueron cada uno á su cama. Mire usted, parece que me lo estaba diciendo el corazon. Al toledano, porque el muerto es toledano, luego lo hemos sabido; al toledano le puse en un estremo de la casa, y á los dos hermanos en el otro lado: yo estaba en medio; ya vé usted no podian...

—¡Ya! es claro.

—Pero como no puede una estar en todas partes, y el diablo la enreda, esta mañana, antes de amanecer, que es cuando se han marchado los tres, cada uno por su lado, es decir, los dos hermanos juntos, han debido encontrarse á la salida del pueblo, y sobre si yo no te tengo miedo, ni yo tampoco á tí; tú eres tal y tú cual... digo, me figuro que pasaria esto, es el caso, que se ha encontrado muerto al toledano, con toda la cabeza machucada. De tal manera le han dejado, que sino hubiera sido por la chaqueta de pana, y por la *boleta* de vecindad que llevaba en el bolsillo, *ni conocérsele hubiera hecho.*

Momentos de pausa.

—Y otra cosa dicen tambien.

—¿Hay mas todavia?

—Si señor, mas hay. Dicen que no se le ha encontrado ningun dinero, y esto ya vé usted que es peor que peor, porque eso ya no es riña, sino matar para robar. Mire usted, pues, señor, si no lo hubiera visto, no lo hubiera creido.

—¡Qué! ¿Usted ha visto el robo?

—¡Ca! No señor, no por cierto; sino que es un decir, que como les han cojido, y todo el mundo dice que son ellos, ya vé usted, no puede una menos...

—Bueno; hágame usted el obsequio de traer el chocolate, y diga usted á mi criado que suba.

—Voy enseguida. ¡Vaya! ¡cosa como ella!

Poco despues subió el muchacho Antonio, á quien el caballero dijo que preparasen el coche para dentro de una hora, que irian á Vergara.

Cuando estaba disponiéndose á marchar, llegó un recado del Juez de primera instancia, por el que se le prevenia al caballero pasara al Juzgado á dar una declaracion.

—¡Una declaracion! ¿Yo? ¿Y sobre qué asunto?

—No le podré decir á usted,—contestó el hombre que hacia oficios de alguacil.

—Diga usted al señor Juez que allá voy.

Algunos instantes despues se hallaba el caballero en el despacho del Juez.

Supo allí que el asunto que motivaba su presencia en aquel sitio era el asesinato del toledano, pues al tomar declaracion á doña Polonia, citó á su huésped como uno de los testigos que mas datos podia suministrar.

El caballero refirió sencillamente lo que habia oido la víspera por la noche, y al estender su nombre en la declaracion, súpose que se llamaba D. Ramon Cienfuegos, brigadier retirado.

Concluida la mision para que habia sido llamado, bajaba la escalera del Juzgado, pensando en su interior en el suceso que se ha visto obligado á jugar un papel, cuando antes de llegar al zaguan creyó oir ru-

Universidad de Deusto
Biblioteca

mor de voces, y gritos de mujer y niños que parecian arrancados por el dolor.

—Decididamente, pensó el brigadier, no salgo de Scila, cuando entro en Caribdis. ¿Si querrá Dios. que llegue á un punto en que reine tranquilidad y sosiego?

Al poner el pié en el último escalon, se detuvo, apoyándose en el pasamano, ó mas bien agarrándose de él, y por el cambio repentino que habia experimentado su fisonomía, conocíase que necesitaba de aquel apoyo, para no dar de bruces en tierra.

Se hallaba completamente lívido, y un temblor nervioso agitaba todo su cuerpo.

Se pasó varias veces las manos por los ojos, y fija su vista en un grupo de gentes que habia en el portal, balbuceaba:

—¿Es un sueño? ¡Dios mio! ¿Es un sueño?

En medio del grupo de gentes que en el zaguan habia, llamaba la atencion de todos un anciano, cuya avanzadísima edad, sin duda, le tenia tan encorvado, que á fin de conservar el centro de gravedad de su cuerpo, inclinado en dos terceras partes hácia delante, lo apoyaba en un nudoso baston de castaño, lleno de bajos relieves hechos á fuego, y en el hombro de una aldeana, como de cuarenta años, alta, robusta, y con esa fisonomía sencilla é inocente, tipo característico de la mujer del campo.

Dos niños de ocho á diez años, anegados en llanto, se agarraban á las sayas de la mujer y al baston del anciano.

Doña Polonia, que se hallaba colocada en el sitio preferente del grupo, llevaba la palabra poco mas ó menos en los siguientes términos:

—¡Cómo ha de ser! Es preciso tener conformidad. Dios nos envia estos trabajos en este mundo para recompensarnos en el otro. Además de que muchas veces las apariencias engañan, ¿y quién sabe? puede ser que...

Y en seguida mezclaba frases y aun oraciones enteras en vascuence que hacian gran efecto en el auditorio, segun las muestras de aprobacion que se notaban.

Empero, los mas interesados en el asunto que ocupaba á toda aquella gente, que eran el anciano, la mujer y los niños, no fijaban seguramente la atencion en las observaciones de la dueña de la posada, ó si la fijaban, no influian gran cosa en su ánimo, toda vez que no cesaban de llorar y articular frases y palabras en vascuence, que destruian por la base todas las reflexiones de doña Polonia.

El caballero brigadier acabó de bajar el último escalon y se fué derecho al grupo. Haciéndose lugar con ambos codos, llegó, con algun trabajo, á aproximarse hasta el anciano, á quien despues de mirarle un rato de hito en hito, le dijo con voz inmutada:

—¿Me conoce usted?

El aldeano se abalanzó á él, y cogiéndole las manos articuló algunas palabras en vascuence, en tono de súplica.

—¡Ah! Me alegro que no se haya usted olvidado de mi,—replicó lleno de satisfaccion Cienfuegos, interpretando las muestras de afecto del anciano á medida de sus deseos.

Doña Polonia vino á echar por tierra la satisfaccion del brigadier, traduciendo las palabras del aldeano.

Universidad de Deusto
Biblioteca

—Pregunta—dijo—si es usted el Juez que ha de juzgar á sus hijos.

—¡El Juez! ¡Ah! ¡Pluguiera á Dios que lo fuera!

La aldeana tenia la vista clavada en el caballero, y á poco rato dijo, con los ojos arrasados en lágrimas:

—¡Ay! Yo ya *conoces* á usted.

—¡Ah! Con que se acuerda usted, que hace hoy mismo precisamente veinticinco años...

—*Bay jaunà* (1) y mi marido tambien..... y ahora pues.....

Y no pudo continuar, porque el llanto embargaba su voz, y redobláronse los alharidos de los niños, y los ahogados suspiros del anciano.

Cienfuegos indicó á doña Polonia que hiciera comprender á aquellas pobres gentes que fueran á la posada, y que allí con calma se estudiaria el medio de salvar á los presos.

Hízolo así la dueña de la posada, y como para entonces supiera el anciano quién era el caballero, púsose delante de él, casi de rodillas, pidiéndole que no les abandonara.

—¡Confiad en mí! Yo venia á buscaros para daros una prueba de que no me olvido, que os debo la vida, y Dios ha querido indudablemente poner en mis manos la única moneda con que podia pagaros. ¡Tened ciega confianza en mí! yo no me separo ya de vosotros mientras no os vuelva el reposo y la felicidad que habeis perdido.

Instaláronse todos en casa de doña Polonia, á quien,

(1) Si señor.

el caballero, despues de haber contado el episodio de la guerra civil, á fin de que se hiciera público, y los ánimos algo estraviados volvieran á favor de los presos, encargó que cuidara á sus protegidos como á él mismo, corriendo por cuenta suya todos los gastos que ocasionaran.

El episodio acaecido hacia veinticinco años, aquel mismo dia precisamente, á D. Ramon Cienfuegos, voló con la velocidad del rayo por todo el pueblo, y llegó por consiguiente á noticia del Juez antes de que el brigadier, á fin de ganar terreno para su causa, fuera á referírselo.

Estaba ya dado el primer paso en favor de los presuntos reos, y como quiera que ellos jurasen una y mil veces que eran inocentes del crímen que se les imputaba, la opinion pública, dispuesta en los primeros momentos á juzgar por lo peor, empezaba ya á vacilar, ó casi, casi, juzgando con la misma ligereza que al principio, á creer á los presos completamente inocentes.

El brigadier conocia, empero, que estos no eran sino paliativos que en poco ó nada influirian, para el resultado definitivo de la causa. Érale preciso encontrar la verdad del hecho, no la temia, no; la buscaba con fé, con ahinco, porque comprendia que la verdad tenia que conducirle irremisiblemente al triunfo.

Corrian dias, y los dos presos fueron conducidos á la cárcel de Vergara, y tras ellos marchó tambien el brigadier Cienfuegos acompañado de la familia de los presuntos reos, instalándose todos en el parador.

El brigadier, acordándose del juramento solemne que habia hecho hacia veinticinco años, de no olvi-

Universidad de Deusto
Biblioteca

darse de la deuda de gratitud que habia contraido, trabajaba sin descanso para poderla pagar.

Puestos ya en comunicacion los dos canteros, siempre que iba á verlos juraban y perjuraban que eran inocentes.

No habia podido encontrárseles mas dinero que el que les habia quedado despues de finiquitadas las cuentas con el toledano, y por consiguiente no habia pruebas irrefragables del robo.

Verdad es que tampoco las habia del asesinato, pero los indicios todos eran tan vehementes, tan claros, que el Juez, á quien dolia en estremo condenar á dos hombres de tan nobles y honrados antecedentes, conocia que no podria prescindir de hacerlo.

De la sustancia de la causa resultaba únicamente en favor de los reos, que el muerto habia sido un hombre muy mal quisto por su genio irascible y carácter vengativo de que habia dado repetidas pruebas, habiendo dejado pendientes muchas deudas entre los operarios que tuvo á sus órdenes.

Encerrado en su cuarto, pasaba el brigadier horas enteras, recogiendo datos, sacando congeturas mas ó menos halagüeñas, haciendo proyectos, y concluyendo por confiar solo en un indulto, ó por echarse en brazos de Dios.

El infeliz anciano, padre de los presuntos reos, y la pobre aldeana, esposa del llamado José Mari, no tenian mas amparo, ni mas esperanza que su protector. Así es que sus impresiones en el curso de la causa, estaban pendientes de las que esperimentaba el brigadier. Si este parecia satisfecho, satisfechos es-

taban tambien ellos; y si triste y pensativo, daban rienda suelta á su dolor.

Hallábase el brigadier una noche, como todas, encerrado en su cuarto, forjando allá en su imaginacion mil medios á cual mas disparatados para sacar á salvo á sus protegidos. Sentado unas veces, paseando otras, articulaba palabras inconexas, que mas bien parecian dictadas por la mente de un loco, que por la de un hombre en sana razon.

—¡Oh! ¡sí! ¡Son inocentes!—decia.—Dios lo sabe, y yo lo sostendré en el mismo patíbulo. ¡El patíbulo! ¡Ah! no ¡mil veces no! Seria necesario que me arrancaran... ¡Dios mio! ¡Dios mio! Enviame un rayo de luz en esta oscuridad que me rodea.

Y puesto de codos sobre la mesa y los puños en la frente, permaneció un gran rato sin proferir una sola frase.

Pero sus ojos no se apartaban ni un momento de un papel que leia ya por la milésima vez, en el que estaba escrito poco mas ó menos lo siguiente:

«El testigo Martin Goyena, operario en el ferro-carril del Norte, afirma haber visto en la mañana del 2 de Junio, algunas horas despues que debió haberse cometido el asesinato, al Agustin Gomez (así se llamaba el toledano), á dos leguas próximamente de Zumárraga, camino de San Sebastian.»

—¡Oh! Si este hombre vive—exclamó de pronto el brigadier, arrancándose en el acceso de exaltacion en que estaba, un mechon de pelos que se habia enredado entre sus dedos.—¡Si este hombre vive, yo le encontraré aunque sea en los infiernos!

Y se puso á escribir; pero con priesa tal, que no comprendia él mismo lo que escribia.

—Vamos,—dijo el brigadier, haciendo pedazos el pliego que tenia delante, y acercando otro,—para hacer las cosas en regla, es necesario hacerlas con cachaza.

Y volvió á empezar á escribir con toda la moderacion posible, de la que se olvidaba á lo mejor, para dar rienda suelta al furor que trataba de dominar.

Varias fueron las cartas que escribió, y asi que las cerró y puso los sobres, tiró del cordon de la campanilla, que sonó tan estrepitosamente que la criada del parador acudió toda sofocada, temiendo que pasara algo.

—¿Se ha puesto usted malo? quiso decir al entrar, pero antes de que expresara su intencion le salió al encuentro el brigadier diciendo:

—Que suba al momento mi criado Antonio.

—¡Qué! ¿Ocurre algo?

—¡Dále! No: absolutamente nada: pero necesito de mi criado.

—Al momento, si señor, al momento vendrá.

Y Antonio se presentó efectivamente poco despues ante su amo.

—Manda preparar el coche, le dijo el brigadier, porque vás á marchar en él inmediatamente...

—A donde usted quiera, mi amo.

—A Madrid.

Media hora despues salia el coche del parador y en él se daba aires de señor el criado Antonio, que era portador de las cartas que habia escrito momentos antes, su amo, el brigadier Cienfuegos.

Aquella noche y el siguiente dia daba este muestras de buen humor, y el contento se comunicaba in-

voluntariamente al semblante de sus protegidos.

Pero segun iban pasando los dias desde la marcha del criado y era ya el sexto que no se tenian noticias suyas, la fisonomia del brigadier iba recobrando su habitual tristeza, llegando por último á dar muestras inequivocas de desasosiego y hasta de mal humor que no podia ó no trataba de reprimir.

Los infelices aldeanos no se atrevian á preguntar la causa de aquellas demostraciones y ahogaban en silencio sus crueles dudas y temores.

Por fin el sétimo dia se oyó el ruido de un carruaje y antes de que se detuviera frente del parador se apeó de él, el criado Antonio.

El brigadier esperó á que subiera este á la habitacion, pero no tuvo calma bastante para esperar á que entrara en ella. Salióle al encuentro y le preguntó apresuradamente:

—¿Traes eso?

—Si señor, aquí estan: y el criado entregó á su amo un paquete.

—Está bien, puedes ir á descansar.

Encerrado Cienfuegos en su habitacion, rompió el sobre del paquete, y aparecieron media docena de periódicos.

Cogió el primero que se le vino á las manos y buscó rápidamente la seccion destinada á gacetillas.

En la primera de estas se leia lo siguiente:

«*Una herencia*: Un amigo nuestro que acaba de llegar de las Californias, nos dá conocimiento de la siguiente:

Don Pedro Gomez, español, natural de Toledo, residente hacia mas de cuarenta años en California, hizo

entrega á la hora de su muerte, á este nuestro amigo, de su testamento, por el que nombraba como único heredero de su cuantiosa fortuna (colosal segun nuestras noticias), al pariente mas cercano, á juicio del mismo testamentario. Este, que desea cumplir religiosamente la última voluntad del finado, hace pública esta cláusula principal del testamento, á fin de que puedan presentarse la persona ó personas que crean tener derecho á aquellos bienes.

Por las noticias adquiridas cree saber nuestro amigo, que existe un tal D. Agustin Gomez, natural tambien de Toledo, sobrino del finado, pero por mas que ha hecho á fin de indagar su paradero, no ha podido hallarle.

Las personas que se crean con derecho á la herencia, pueden acudir á esta redaccion, remitiendo los documentos que acrediten su parentesco con el D. Pedro Gomez.»

Pocos dias despues recibió el brigadier varias cartas, que se apresuró á leer, haciéndolas pedazos inmediatamente, al mismo tiempo que decia:

—No es esto, no. No es esto lo que yo busco.

Pasaban dias, y todos ellos recibia nuevas cartas, que las hacia trizas, sin leerlas, contentándose solo con hacerse cargo de las firmas.

Trascurria el tiempo, y Cienfuegos, que era hombre de mucha calma, empezaba ya á dar pruebas de impaciencia, y casi, casi á preparar á sus protegidos para comunicarlos la desconsoladora nueva, de que habia perdido la esperanza de salvarlos.

La noche del 8 de Julio, le entregó el criado Antonio, como de costumbre, varios paquetes de periódicos y cartas. Despues de leidas algunas de estas, dándoles el pago que á las de los dias anteriores, rompió el sobre de una que encerraba otra escrita en papel delgado,

El timbre de la última era de Bayona. Al verle, dióle un vuelco el corazon, y se detuvo como para tomar aliento antes de hacerse cargo del contenido.

Apenas la abrió, dió un grito tan agudo y penetrante, que su criado Antonio acudió apresuradamente, creyendo que le habia sucedido algo.

—Antonio, pronto el coche—exclamó el brigadier, antes de que el criado abriera los lábios.

Acostumbrado este á obedecer sin replicar, salió á cumplir las órdenes de su amo.

El brigadier se despidió de los infelices aldeanos, asegurándoles que volveria muy pronto trayendo buenas noticias, y media hora despues salia el coche de Vergara.

Encerrado ya en él, Cienfuegos volvió á leer, por la centésima vez, la carta que motivaba aquella marcha tan repentina y rápida.

La carta decia asi:

«Bayona 30 de Junio.—Sr. Director del periódico... —Muy señor mio y de toda mi consideracion: he leido en el periódico que usted dignamente dirige, una gacetilla, en la que se anuncia que un amigo suyo se halla autorizado para entregar un legado de D. Pedro Gomez, muerto en California, á la persona á quien por derecho corresponda. Y se añade, que se supone con fundados motivos, que esa persona debe ser un Don Agustin Gomez, natural de Toledo, sobrido del finado.

Efectivamente, yo soy la persona aludida, mas co-

mo tais asuntos del momento no me permiten pasar á esa tan pronto como quisiera, me dirijo á usted á fin de que se sirva decirme que es lo que debo hacer para entrar en el goce de esa herencia, que legítimamente me corresponde.

Doy á usted gracias anticipadas, y esperando su contestacion me ofrezco suyo afectísimo seguro servidor Q. B. S. M.—Agustin Gomez.

Su casa Pont-majeur, 10, principal.»

El brigadier saboreó el contenido de la carta, é impaciente por llegar á verse con su autor, asomaba de vez en cuando la cabeza por la ventanilla del coche para decir á su criado:

—Antonio, haz que arreen esos caballos, que no parece sino que se han dormido.

Y una interjeccion del cochero, acompañada de un latigazo, hacia que los caballos partieran á escape, dejando atrás á cuantos carruages caminaban en la misma direccion.

Cuando al siguiente dia por la mañana entraba el coche en las calles de Bayona, el brigadier sacó un rewolver del bolsillo de la levita, lo examinó escrupulosamente para asegurarse de que estaba bien cargado, y volvió á guardarle con cuidado, casi podria decirse que con mimo, á juzgar por la sonrisa que asomó á sus lábios.

El coche paró en la fonda de *La Bilbaina*, y el brigadier se apeó antes de que concluyera de rodar, y por consiguiente antes de que Antonio hubiera bajado del pescante.

Cienfuegos llamó aparte á su criado y le entregó un papel, en que acababa de escribir unas pocas palabras.

—Haz, le dijo, que muden de tiro inmediatamente, y espérame con los caballos enganchados. Son las nueve, sino he vuelto á las doce, vas á buscarme á la casa cuyas señas están ahi anotadas. Aun cuando te digan que no estoy, me buscas, suceda lo que quiera.

—Está bien,—contestó el criado, para quien las órdenes de su amo no admitian réplica, ni observacion ninguna.

El brigadier se dirigió á grandes pasos á la calle de Pont-majeur, entró en el portal de la casa señalada con el número 10, y preguntó al portero si vivia allí D. Agustin Gomez, español.

El portero lo ignoraba, ó tal vez, en cumplimiento de su deber, satisfizo á la pregunta del interpelante con un

—*Je ne sais pas*, seco, sin cumplimientos ni escusas de ningun género; contestacion que heló la sangre en las venas del brigadier.

Subió las escaleras hasta el primer piso, mas antes de que pusiera la mano en el llamador, tuvo necesidad de detenérse y tomar aliento, pues la celeridad con que subió y el temor de ver defraudada su última esperanza, hacian su respiracion trabajosa.

Llamó, y los golpes dados en la puerta parecian resonar dentro de su pecho.

El minuto que tardaron en abrir fué de prueba para el brigadier Cienfuegos.

—¿Don Agustin Gomez...? preguntó antes de que la puerta se hallase abierta del todo.

El segundo que tardaron en satisfacer á su pregunta, solo podria comprenderlo el reo que sentado en el

banquillo fatal, espera el instante en que vá á pasar de este mundo al otro.

—Si señor,—fué la contestacion, en castellano castizo y puro, de la mujer que salió á abrir.

Si Cienfuegos se hubiera dejado llevar del gozo experimentado en aquel momento, hubiera comido á besos á la criada, digna sin embargo de respeto, por su avanzadísima edad.

—¿Está en casa?

—Si señor,—volvió á contestar aquella voz de plato rajado, que al brigadier le pareció la voz de un ángel.

Echó á andar maquinalmente hácia adelante, hasta que oyó á la criada que decia:

—Por aqui señor.

Poco despues abria aquella una puerta, diciendo:

—Don Agustin, un caballero pregunta por usted.

El brigadier se hallaba ya en primer término de la alcoba, antes de que la criada acabara de anunciarle.

Al ver á Gomez, un estremecimiento convulsivo agitó todos sus miembros, é inconscientemente llevó la mano al bolsillo en que guardaba la pistola.

Empero se repuso al momento, y con semblante risueño y tono melifluo, preguntó:

—¿El señor Don Agustin Gomez?

—Servidor—contestó levantándose de la silla, en que se hallaba sentado el hombre á quien el lector conoce ya.

—Tengo una verdadera satisfaccion en encontrar á usted, y en verdad que le hubiera conocido en el mismo valle de Josafat—añadió el brigadier en tono indescifrable de ironía y satisfaccion,—pues es usted retrato vivo de su tio, mi buen amigo D. Pedro.

—¡Cómo! ¿Seria usted acaso la persona encargada de?...

—Si señor, soy su testamentario, y vengo, en vista de su carta de usted al director del periódico..... á cumplir la última voluntad del finado.

—Celebro infinito conocer á usted,—replicó Gomez, respirando con dificultad por la emocion que sentia, dimanada del gozo ó quizás del temor que experimentó al encontrarse frente á frente con un desconocido. Y añadió comprendiendo su turbacion.—Ciertamente he quedado al pronto sorprendido, porque no esperaba á usted en tan breve término.

—Tengo que ausentarme inmediatamente, y como mi viaje es largo, pues vuelvo á California, no he querido, ó mejor dicho, no podia demorar mi entrevista con usted. Anhelo liquidar el asunto.

—¿Y es mucha cantidad? preguntó Gomez apresuradamente.

—Bastante. No puedo decir á usted con seguridad á cuanto asciende, pero por mi cuenta se acercará á cuatro millones. Es casi todo papel del Estado.

El toledano dió un salto en la silla al saber que iba á ser dueño de un Potosí.

—Usted tendrá algun documento que acredite su persona,—añadió Cienfuegos, recordando que se habia encontrado la cédula de vecindad de aquel malvado en el bolsillo del muerto, y gozándose del aprieto en que le ponia.

—No señor; pero haré que me envien la fé de bautismo...

—Es un documento de gran fuerza, indudablemente; pero el caso es que yo tengo el tiempo tan medido, pues es preciso que esté en Cadiz el 15, que no puedo esperar, ni me atrevo siquiera á proponer á usted que vayamos juntos á Toledo. Pero usted podrá garantizar su persona, con alguien que conozca á usted aquí.

—No señor, estoy de paso, y nadie me conoce.

—Entonces no sé como lo haremos;—y el brigadier fingió que reflexionaba, siendo asi que tenia ya pensado lo que haria.

—Vamos á ver, añadió á poco rato, si conseguimos nuestro objeto. Como mi deseo es cumplir religiosamente la última voluntad de mi buen amigo D. Pedro, podriamos, si usted quisiera, hacer una cosa.

—Usted dirá.

—Nos vamos hoy mismo á Irun, en donde haré ante un escribano, donacion de esos valores á favor de usted: pero con la condicion de que no se los entreguen á usted mientras no acredite, ante un amigo mio de Madrid, á quien daré ámplias facultades, de que es usted real y efectivamente el D. Agustin Gomez, sobrino del finado.

—Bueno; pero eso mismo que vamos á hacer en Irun podriamos hacerlo aquí.

—Usted ignora seguramente, cuan larga y... cara es la tramitacion que tendria que seguir aquí, para hacer el traspaso del legado, pues tiene que intervenir el Consulado español. Comprendo que á usted no le molestaria gran cosa el tanto por ciento que hay que abonar, sobre el capital que se realice, pero yo no puedo, repito, demorar la partida ni un solo dia:

tengo las horas contadas y estoy resuelto á marchar hoy mismo. Si á usted le conviene mas esperar mi vuelta..... la ausencia no será larga, dentro de dos años.....

—¡Dos años! exclamó asustado Gomez, al comprender que si no andaba listo, se le escapaban los cuatro millones.

—Salvo el que tenga algun contratiempo, que no es de esperar,—añadió Cienfuegos con naturalidad, conociendo el flaco de su antagonista.

Gomez quedó por un instante pensativo, y expuso al fin.

—Me parece bien la ida á Irun.

El brigadier tuvo que hacer un esfuerzo para que no rebosara en su semblante su gozo interno, y dirigiéndose hácia la puerta, indicó:

—Cuando usted guste.

—¡Ahora! exclamó Gomez de tal menera y con tono tal que solo su interlocutor, que conocia la mezcla de temor é interés que bullia dentro del pecho de aquel malvado, podia comprender que en la palabra ¡ahora! se encerraba una tormenta de afectos y deseos encontrados.

Pero la codicia, ó sea el afan de hacerse rico lo antes posible, ahuyentó de él todo temor. Púsose el sombrero, se proveyó de una pequeña maleta de viaje, y siguió al brigadier que se hallaba en la puerta de la alcoba dispuesto á todo, si aquel bribon no se dejaba coger por el engaño, pero al mismo tiempo con una fisonomía tan risueña y hasta candorosa que no daba lugar á la sospecha mas remota.

Gomez, no solo no abrigaba el mas pequeño recelo,

Universidad de Deusto
Biblioteca

sino que hasta manifestaba hacérsele ya largo el tiempo que tendria que tardar en tomar posesion de la herencia, segun la velocidad con que andaba.

El cebo arrastraba á aquella alimaña hácia el lazo tendido por el brigadier.

Salieron á la calle aquellos dos hombres, y se encaminaron hácia la Plaza de Armas. En la entrada de la fonda se hallaba el coche con el cochero en el pescante y el criado Antonio al costado de la portezuela, que la abrió apenas distinguió á su amo.

Hizo este entrar en el coche á su nuevo compañero y se sentó inmediatamente á su lado.

A un escrupuloso observador hubiera llamado la atencion el qué ni por descuido pasara nunca el brigadier por delante de Gomez. Indudablemente, ó le guardaba una marcadisima deferencia, ó lo que es mas cierto, se fiaba muy poco ó nada de su acompañante.

Ya en el coche, el brigadier Cienfuegos ordenó á su criado que matara los caballos, si preciso era, para llegar á buena hora á Irun, y cumplimentando este las órdenes de su amo, llegaba el coche á Irun cuatro horas despues de su salida de Bayona.

Faltábale la paciencia al brigadier desde el momento en que se halló en territorio español, y deseoso de concluir de una vez con la farsa que estaba representando, agena á su carácter franco y noble, se arrojó resueltamente al toledano, y sujetándole del pescuezo con toda la fuerza de que fué capaz, gritó en el lleno de su voz:

—¡Ha llegado tu hora, vil asesino!

Gomez vaciló un momento, sorprendido por lo ex-

habrupto de la acometida, pero reponiéndose instantáneamente, y haciendo un esfuerzo de jigante, consiguió desasirse de las tenazas que apretaban su laringe, arremetió frenético sobre su adversario, y colocándole un pié sobre el estómogo, buscó convulso en los bolsillos un arma con la que pudiera dar fin á la lucha entablada.

El brigadier comprendió, algo tarde, en verdad, su ligereza al querer medir sus fuerzas con aquel hércules, y mermado su brio, jadeando, amoratado, con los ojos llenos de sangre, por la pesada masa que se interponia entre su vientre y pecho, buscaba y buscaba en los bolsillos de su levita el rewolver que pudiera hacerle recobrar su superioridad, y concluir, si preciso era, el combate con aquella fiera.

Pero la levita se hallaba sujeta por el pié mismo que seguia comprimiendo su respiracion cual si fuera un torniquete.

No le quedaba al brigadier esperanza ninguna, y sus ojos se cerraban ya sin vida en el instante mismo en que el toledano sacaba á luz una enorme navaja de acero, de su tierra.

En aquel momento paraba el coche frente al primer parador de Irun, y casi simultáneamente abria el criado Antonio la portezuela.

El toledano, que hacia toda su fuerza apoyando su cuerpo en la portezuela, rodó como una pelota desde el coche al suelo, gracias á la oportunidad del criado, dejando al brigadier dueño de sus acciones y con alientos para poder gritar:

—¡Al asesino!

El criado, sin comprender quizás lo que aconteció,

Universidad de Deusto
Biblioteca

se abalanzó con ánimo de sujetar al toledano, pero deslizándose este como una anguila de las manos de Antonio, echó á correr por la plaza de Irun, navaja en mano, dispuesto á atravesar con ella al primero que se le presentara delante.

—¡A ese! ¡al ladron! ¡al asesino!—gritaba Antonio corriendo tras él, sin saber ciertamente lo que decia.

Muy pronto, Gomez se vió rodeado de un tropel de gentes, por medio de las que se abria paso, blandiendo el arma que llevaba en la mano. Pero acosado tenazmente por Antonio, llegó á un callejon sin salida; y al querer volver piés atrás para ganar el camino de Francia, se encontró con las bayonetas de dos Guardias Civiles que le intimaron la rendicion ó la muerte.

Conociendo Gomez que no tenia medio de salvarse, arrojó lejos de si la navaja y se cruzó de brazos, dejándose maniatar fuertemente por sus aprehensores.

El brigadier Cienfuegos llegaba en aquel mismo instante, respirando con dificultad, por la lucha que habia sostenido momentos antes, y más aun por la carrera que habia emprendido, temiendo que Gomez se escapara y quedaran frustrados todos sus bien combinados planes.

En breves palabras refirió al comandante de la Guardia Civil, y luego al Juez, ante quien llevaron al reo, el suceso por el que reclamaba la prision de aquel hombre. Fué tal el efecto que causó en el público el crimen cometido por el toledano, que hubo dificultad de que le condujeran ileso al coche, en el que salió acto contínuo para Vergara, acompañado del brigadier y de dos Guardias Civiles.

Algunas horas despues, á la caida de la tarde del

28 de Julio, llegaba triunfante Cienfuegos á la presencia del Juez de primera instancia de Vergara, seguido de los dos Guardias Civiles, en medio de los que iba maniatado Agustin Gomez, el toledano.

Al principio sostuvo este que era inocente del crimen que se le imputaba; pero comprendiendo sin duda lo falso de su situacion, confesó de plano á poco rato, que anhelando vengarse de los dos hermanos canteros, porque no le habian entregado la cantidad por él solicitada, sin embargo de que creia en razon de verdad que no le pertenecia, su ángel malo le presentó la ocasion de hacerlo en el momento mismo en que salia de Zumárraga. Un hombre, al parecer obrero, se hallaba durmiendo á un lado de la carretera; fuese derecho á él, é instantáneamente le descargó un garrotazo, al que le siguió otro y otros, hasta quitarle la vida. Luego lo mutiló horriblemente en disposicion de que no pudiera ser conocido; cambióle la ropa por la suya y se fugó por sitios estraviados, á fin de que se realizara su diabólico proyecto.

El lector sabe ya que, no obstante las precauciones tomadas por el toledano para ocultarse léjos del sitio en que cometió el crimen, sin que fuera visto, hubo un testigo que declaró bajo juramento haberle hallado algunas horas despues del asesinato. Declaracion que dió la luz suficiente al brigadier para pagar la deuda que tenia contraida con los infelices aldeanos.

Media hora despues de la llegada del brigadier á Vergara, abria este la puerta de la prision en que se hallaban los dos canteros, diciéndoles:

—¡Salid, corred á abrazar á vuestro padre, á vuestra familia! ¡Estais libres!

Los dos hermanos quedaron largo tiempo mudos y estáticos sin atreverse á dar crédito á lo que oian y veian. Pero cuando su libertador les refirió en pocas palabras lo acaecido, se arrojaron en sus brazos y lloraron como niños: llanto que alivió su corazon oprimido.

Aun fue necesario, sin embargo, que el brigadier les condujera de la mano fuera de la prision, y los llevara casi maquinalmente á la casa en que se hallaban ospedados su padre, su esposa, sus hijos.

Al llegar á la sala en que se encontraban estos, el brigadier Cienfuegos abrió la puerta, y señalando con la mano el punto en que se hallaba reunida la familia de los canteros, díjoles únicamente:

—¡Vergara!

Se hallaba ya saldada su deuda contraida hacia veinticinco años.

FIN DE LA SORPRESA DE DESCARGA.

LA ACCION DE VITORIA.

I.

La víspera.

La noche del 15 de Marzo de 1834, entraba en Villarreal de Alava un peloton de soldados carlistas al mando del jóven capitan D. Félix Villanueva.

Apenas se hubo este instalado en su habitacion, le participaron que se habian presentado varios paisanos, trayendo preso á uno, al parecer espía, y en cuyo poder habian encontrado un pliego cerrado, que entregaron al capitan.

—Que traigan al prisionero á mi presencia, dijo este, y acto continuo se dispuso á romper el sobre del pliego que le entregaron.

De pronto, antes de que llegara á realizar aquel primer impulso de su corazon, arrojó sobre la mesa, como si fuera un ascua, el pliego cerrado que tenia en la mano, y aguardó á que llegara el preso.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Pocos minutos despues entraron dos soldados, en medio de los cuales iba un jóven con los brazos atados á la espalda, y cuyo trage, hasta en sus menores detalles, era de aldeano vascongado.

Fijáronse las miradas del capitan en el jóven, y despues de haberle examinado de los piés á la cabeza, rápida, pero cuidadosamente, dijo dirigiéndose á los soldados que le custodiaban:

—Muchachos, haber como soltais esa cuerda y nos dejais solos.

Hiciéronlo así los soldados.

Algunos minutos trascurrieron antes de que dijesen una sola palabra, aquellos dos hombres, al encontrarse solos el uno frente al otro.

Por fin el capitan rompió aquel silencio, que debió servir á ambos contendientes para hacerse cargo de sus respectivas fuerzas, diciendo:

—¿De dónde es usted caballero?

—Yo *ser* aldeano de Arechavaleta—contestó el jóven con un acento muy marcado de hombre del campo.

—Es inútil que trate usted de disimular, haciéndose el palurdo, porque sus manos, su tez toda, y sus modales, están haciéndole traicion. Hablemos, pues, como cumple á caballeros. ¿Quiere usted decirme de dónde es?

—Yo no *entender* claro...

—Creí, en verdad, que despues de la prueba de deferencia que acabo de darle, mandando que desatasen la cuerda con que habian maniatado á usted, me corresponderia, siendo conmigo franco y esplícito. Siento haberme equivocado. Usted vé que con solo abrir ese pliego he podido saber lo que exigia que usted me lo dijera. Supuesto que, ó no ha sabido comprenderme, ó no ha querido satisfacer mis deseos, tendré que recurrir á este otro medio.

Dicho esto, cogió el pliego cerrado, y metiendo el dedo índice entre la abertura del sobre, se dispuso á romperle.

—¡Un momento, capitan! Se lo pido á usted por lo que mas amo en el mundo,—exclamó el preso abalanzándose hácia la mesa.

—Enhorabuena. Veo que nos entendemos ya. Dígame usted ¿quién es, de dónde viene y á dónde vá?

—M' nombre es ...Julian de Zárate.

—Sentiria por usted y por mi...

—¡Lo juro, le interrumpió el preso, por la cruz de mi espada de capitan!

—¡Capitan!...

—Sí señor, en el primer batallon de la Princesa, bajo la bandera de Doña Isabel II.

—¡Capitan!... ¿Y cómo siéndolo se ha encargado usted de una comision tan poco...

—Perdone usted si vuelvo á interrumpirle antes de que acabe la frase. La comision era honrosa, como que solo podia desempeñarla un valiente. Preguntáronme si me atrevia. ¡Si me atrevia! ¿Qué hubiera usted hecho en mi lugar?

—Está bien. Pero usted no ignora seguramente la suerte que está reservada á los que son aprehendidos con... comisiones como la suya...

—Si yo lo hubiera ignorado ¿qué mérito le quedaba á mi accion? Estoy preparado. Hace muy pocas horas aun, cuando mi General me entregaba ese pliego, solo puse por condicion que me dieran una hora de término para partir. Esta hora la dediqué á mi familia. Ahora solo le pido á usted que me conceda unos minutos para dedicarlos á Dios.

—Luego ¿usted no es solo en el mundo?

—No señor. Soy casado y tengo una hermana, que puede mas bien llamarse hija mia. ¡Las vidas de estas dos mujeres, están quizás pendientes de la mia!... Pero confio en Dios, que es todo misericordioso, y marcho del mundo con la seguridad de que no las abandonará.

—¿A dónde llevaba usted este pliego?

—¡Capitan! Póngase usted en mi lugar, y dígame usted por quién és, ¿contestaria usted á esa pregunta, si se viera en el caso que yo?

—Pero usted comprende perfectamente, que con solo romper el sobre puedo saber todo cuanto pregunto á usted y mucho mas.

—Es probable que averiguara usted mucho mas de lo que yo le puedo decir, pero es muy posible tambien que no llegara usted á saber mucho de lo que á mi me pregunta.

—¡Cómo! ¿Acaso ignora usted lo que aquí está escrito?

—Completamente.

—¿Me lo jura usted por... esas dos mujeres á quienes recordaba hace un momento?

—¡Lo juro por lo que mas amo en el mundo!

Antes de que el soldado de Isabel II concluyera de expresar su juramento, habia arrimado el carlista á la luz el pliego fatal, y era reducido á pavesas mucho antes tambien de que D. Julian de Zárate pudiera salir del asombro y estupor que se habian apoderado de él.

—Puede usted marcharse cuando quiera; está usted en libertad—dijo el carlista.

Zárate no se movia, parecia que le habian clavado

en aquel sitio, pero dos lágrimas que corrian por sus mejillas hiciéronle comprender al capitan carlista que aquel hombre que no se habia inmutado ante la muerte, se habia conmovido en tal grado ante su generosa accion que sus lábios no tenian fuerza bastante para poder expresar lo que sentia su ánimo.

—¡Su nombre de usted capitan! ¡Su nombre de usted!—balbuceó al fin con voz ronca, acercándose á su libertador.—¡Quiero grabarlo eternamente, aquí, en mi corazon!

—Félix Villanueva.

—¡Don Félix Villanueva! ¡Oh! Si un dia necesita usted el sacrificio de la vida de un hombre, ya sabe usted que la mia le pertenece de derecho.

—¡Gracias! Márchese usted ya, no sea que se haga sospechosa una conversacion tan prolongada.

—No trate usted de evadirse, con tanta delicadeza, de estos arranques de gratitud salidos de aquí, del fondo del alma.

Y al llevar la mano al corazon, para expresar con la accion lo que sus lábios decian, se interrumpió, metió la mano en el pecho, y sacando un pañuelo blanco del bolsillo, añadió:

—Tómelo usted. Fué un regalo que me hicieron las dos mujeres, cuyo recuerdo ha servido en mucho para que me concediera usted la vida. Yo se lo entrego á usted, D. Félix, como signo de bandera de paz entre los dos; y si un dia, que Dios no quiera, necesita usted de todo cuanto un hombre pueda hacer humanamente, enséñemele usted, y ese hombre seré yo.

. . . . . .

Pocos momentos despues marchaba un aldeano por

un sendero que desde Villarreal conduce á la villa de Salvatierra.

O aquel hombre sudaba, ó lloraba indudablemente, segun se enjugaba las mejillas con la manga de la camisa, repetidas veces.

Adivínelo el lector, sabiendo que era Don Julian de Zárate.

II.

San Julian.

Oyese el imponente toque de generala, confundido con el estruendo mas imponente y aterrador aún de las descargas de fusil, sin que basten empero ambos ruidos á ahogar por completo las voces de mando, los alharidos, las imprecaciones y los vivas entusiastas que se oyen tambien aquí y allí.

Es la mañana del 16 de Marzo de 1834, y la ciudad de Vitoria ha sido invadida por el ejército carlista, al mando del general Villarreal, bajo las órdenes de Zumalacárregui.

Si el ataque es vigoroso, la resistencia es digna de él.

Luchan unos y otros combatientes á cuerpo descubierto, y no parece aun satisfacer esto á aquellos valientes, que cansados de morder el cartucho, se arremeten á la bayoneta, con un arrojo y con una serenidad propios de la nacion de que son hijos.

La trégua, pues, que se observa en medio de las descargas, es, como se vé, mas horrible, mas espantosa todavía que el ruido atronador del fusil, porque se aprovecha para dar lugar á un pugilato á muerte.

Mientras se decide la victoria, que á juzgar por lo que está pasando hace una hora parece que no puede contarse sino con la muerte del último soldado en uno de los dos bandos, tiene lugar una escena, íntimamente ligada con este episodio, en el piso principal de una casa de la calle de la Cuchillería.

Una jóven, que si el rostro es el espejo del alma, mas bien debia ser ángel que mujer, corria, anegada en llanto, de un lado á otro de la habitacion.

Inútiles eran las reflexiones que para calmar su desasosiego le hacia un hombre, ya entrado en años, con todas las trazas de mayordomo á la antigua, criado de confianza ó cosa parecida.

—Hace una hora que no hace usted mas que lloriquear y desesperarse inútilmente, señorita Sofía. Si me hubiera usted dejado marchar, á estas horas tendria usted ya noticia de la señora. No porque yo tenga ningun cuidado por ella, no señor, sino por...

—No te canses; no me persuadirás de que no puede haberla sucedido algo. ¿Por qué no ha vuelto cuando oyó los primeros tiros? ¡Ah! estoy segura...

—De lo que yo estoy seguro es de que estará muy encerrada en casa de la señora coronela, á donde iban, segun me dijo la Pepa, á convidarla á comer, por ser hoy el santo del señorito, y allí se estará hasta que no se oiga mover una mosca.

—Si así fuera habria mandado un recado, sabiendo que yo no podia menos de estar con cuidado. No, no

es eso: María, con ese génio tan vivo que Dios le ha dado, se habrá metido aunque sea en medio del fuego y.....

—¡Válgame el cielo! Qué cosas se le ocurren á usted, señorita. Pues aunque fuera, vamos al decir, una *mozona*, que dice que se batian mejor que nosotros... Digo, mejor que yo cualquiera se habrá podido batir hoy. ¡Por vida de!.. ¡Quién hubiera dicho que llegaria un dia en que Juan *Sinmiedo*, que así me llamaban en el regimiento, se habia de estar metidito entre cuatro paredes, mientras por fuera repartian confites! Y todo por usted, porque...

—Eso es, ahora solo falta que empieces tú á gruñir y me eches la culpa de todo lo que está pasando.

—No, yo no la culpo á usted de haberme quedado en casa. La culpa de todo la tiene este pícaro corazon que Dios me ha dado, que siempre que ha oido llorar á una mujer se ha quedado mas blando que unas natillas. Pero usted no dejará de conocer que en cuanto venga el señorito, y sepa lo que ha pasado, me vá á echar una andanada de veinticinco cañones.

—Algo mas te reñiria si me hubieras dejado sola.

—¿Es decir que de todos modos tengo que sufrir la descarga? No deja de ser un consuelo...

—¿Oyes, Juan?

—Yo no oigo nada, señorita.

—Pues eso, eso es lo que yo quiero decir, que parece que ha cesado el fuego. ¿Quién habrá vencido, santos cielos?

—¡Vaya una pregunta! Cuando yo me batia nunca dudaba de salir vencedor. Verdad es que teniendo á la cabeza del batallon hombres como mi coronel, su

señor padre de usted (que en paz descanse)—y al decir esto echó mano á la gorra—ya se sabia que no habia mas que dos caminos, morir ó vencer, y así y todo, alguna vez no morimos, pero... tampoco vencimos; eso sí, fueron muy pocos estos casos.

—Pero ¡Dios mio! ¿Qué hará María sin volver á casa? ¡Ah! ¡es cosa de volverse loca!

Y Sofía volvió á llorar con mas brios que al principio.

—¡Por vida del sacristan de mi pueblo, que tocaba á misa cuando estaba pasada! ¿Por qué llora usted ahora, que segun se vé, ha concluido ya todo?

Despues de un momento de silencio, dijo por fin Sofía con tono irresoluto.

—Mira, Juan, casi, casi, creo que debes de ir á buscar á tu ama.

—Corriendito.

—Espera.

—¡Vaya! ¿Cuánto vá á que me quedo?

—No; vé, pero vuelve pronto, porque sino soy capaz de morirme de miedo.

—Vuelvo en un santiamen.

—¡Que no tardes! repetia la niña desde lo alto de la escalera, cuando ya Juan se hallaba en lo mas bajo de ella.

No hacia aun cinco minutos que habia marchado el criado, durante los cuales permanecia Sofía con el oido fijo en la puerta para ver si volvian los que esperaba con tanta ansiedad, cuando sintió pasos en la escalera. Sin dudar que fueran ellos, pues los cinco minutos se le habian hecho cinco horas, rápida como el pensamiento, abrió la puerta, que era á la vez empujada por la parte exterior.

—¡Ay! ¡Dios me valga! fué lo único que pudo decir, cubriéndose la cara con ambas manos, al ver entrar á un hombre en mangas de camisa hecha girones, el pelo en desórden y teñida la cara en sangre.

El recien llegado quedó un momento parado, como dudando si deberia entrar.

Por fin dió el desconocido dos pasos hácia adelante, y al sentirlos Sofía, ó quizás al verle avanzar, por entre las aberturas de los dedos, se echó, ó mas bien cayó á sus piés, gritando con voz ahogada:

—¡No me mate usted, por Dios, no me mate usted!

Volvió el recien llegado á detenerse, y despues de un momento de duda, cogió suavemente de un brazo á la jóven, y la dijo con una voz dulce y en tono humilde:

—No grite usted, señorita, no grite usted, soy un desgraciado de quien nada tiene que temer.

Levantó la cabeza Sofía, y al ver el rostro del desconocido empapado en sangre, y tal vez comprendiendo, con ese golpe de vista peculiar en las mujeres, que el hombre que tenia delante no era un malvado, se levantó animosamente, y con tono mas bien compasivo que suplicante le preguntó:

—¿Qué se le ofrece á usted, caballero?

—Solo pido, señorita, un momento de descanso en esta casa, y un poco de agua con que pueda mitigar la sed que me devora.

—Pase usted,—y sin atreverse á concluir la frase, echó á andar Sofía, enseñándole el camino de la sala.

Una vez allí, acercó una silla á la mesa, y antes de que el desconocido pudiese manifestar su agradecimiento, corrió á la cocina y volvió provista de un vaso de agua.

—No beba usted, que voy á traer azucarillos y un poco de rom.

El desconocido, que se hallaba con la cabeza apoyada en ambas manos, no se sabe si desmayado ó ensimismado, despertó al oir aquella voz de ángel, y viendo el vaso de agua á su lado, lo devoró.

—Gracias—fué lo único que pudo decir, y con voz tan apagada que á no haber expresado en sus ojos lo que sus lábios dijeran, tal vez pasara desapercibida para Sofía la inmensa gratitud que encerraba aquella palabra *gracias*, que parecia tan sencilla.

—Ha hecho usted muy mal beberla de ese modo, vá á hacerle daño. Pero ahora recuerdo que necesitará usted algunos trapos para la herida. Espere usted que voy á sacarlos, y tambien un poco de árnica.

—No se incomode usted, mil gracias. Es un simple rasguño.

—¿Rasguño dice usted y tiene usted toda la cara ensangrentada?...

—Es que se ha corrido la sangre; pero no vale la pena.

Y al expresarse así el desconocido, mas bien con la fisonomía que con los lábios, sacó el pañuelo y púsose á restregar la cara de un modo que indicaba claramente que el dolor no era grande.

En aquel momento se sintieron pasos en la escalera, y, acto continuo, se conoció que habian abierto la puerta de casa.

—¡Ah! ¡Aquí está María! exclamó la jóven, corrien-

Universidad de Deusto Biblioteca

do hácia la puerta, sin acordarse quizás del desconocido.

Pero este, al oirla expresarse asi, y al oir tambien las pisadas en el pasillo, corrió atolondrado á una alcoba de la sala.

En aquel mismo momento se abria la puerta de esta, y caian en brazos una de otra las dos hermanas.

—¡Maria!

—¡Sofia!... ¡Tontuela! Lo menos te has figurado que he hecho á lo vivo el papel de Juana de Arco. Ya me ha dicho Juan, cuantos calendarios has forjado ahí, en tu cabeza de chorlito.

—Eso es, ríñeme porque te quiero mucho.

—Las exageraciones nunca son buenas, pero te perdono en gracia del santo de Julian. ¡Hemos ganado una gran batalla! De hoy mas, este es un dia doblemente grato para nosotros.

—Para mí lo es ya desde el momento en que te veo buena y sana.

—Pero... ¿qué es esto?

—¿Cuál?

—¡Sangre! ¡Un pañuelo empapado en sangre! M. S. ¿Es un sueño, Dios mio? ¡Cielo santo! ¡Este es el pañuelo de Julian!

—¿Qué dices, María?

—¿Dónde está? Habla, Sofia.

—¿Pero... quién?

—¡Julian! ¡Julian! ¿No es este su pañuelo?

—¡Ay! ¡Qué horror, Dios mio, qué horror!

Y Sofia, que al expresarse así pareció querer dirigirse hácia la alcoba, cayó sin fuerzas en una silla.

En aquel momento apareció el desconocido, como la sombra del Comendador, en la puerta de la alcoba.

Al verle se levantó la jóven como una autómata, y María dió un grito agudo y penetrante que llegó á oidos de Juan.

En el instante en que casi maquinalmente exclamaban las dos mujeres, dirigiéndose al hombre que permanecia inmóvil, apoyado en el marco de la puerta. —¡Mi hermano!—¡Mi esposo!... ¿Dónde está? ¿Qué es de él? se presentaba Juan con una carabina, con la que apuntaba al pecho del desconocido, gritando á su vez:—¡Si te mueves, caminas para el otro mundo!

El hombre que era objeto de tales demostraciones no parecia fijar la atencion en ellas; parecia mas bien que su pensamiento se hallaba léjos de aquellos sitios, al oírsele exclamar una y repetidas veces:—¡Gracias, Dios mio, gracias, que tan pronto y tan generosamente has querido recompensarme!

Sofia avanzó por fin hasta coger las manos del desconocido, y con tono desgarrador volvió á gritar por la centésima vez:

—¡Ah! ¡Diga usted, diga usted por Dios, qué se ha hecho de mi pobre hermano!

Aquel grito conmovió las fibras del hombre-estátua, se sacudió como si despertara de un sueño, y contestó con voz firme y serena:

—Don Julian de Zárate se halla bueno y salvo. ¡Os lo juro!

Tal fué el efecto que estas palabras, dichas con el acento de la verdad, produjeron en el corazon de aquellas dos mujeres, que impulsadas por un mismo sentimiento cayeron de rodillas á un mismo tiempo,

y á un mismo tiempo tambien dieron gracias al Señor por el beneficio que las otorgaba.

Un torrente de lágrimas dió fin á aquella escena muda, pero expresiva.

El fusil que habia permanecido horizontal por espacio de algunos minutos, vino á quedar *en su lugar descanso.*

Todo esto pasó en mucho menos tiempo del que se tarda en contarlo; porque todo pasó á la vez.

Inmediatamente vinieron las esplicaciones.

D. Félix Villanueva, capitan en el ejército carlista (á quien el lector habrá ya conocido en el recien llegado), contó sencillamente en el tono mas natural del mundo, el suceso por el que tuvo la dicha de conocer á D. Julian de Zárate.

Durante el relato, que fué breve, descartado de comentarios y exageraciones, las tres personas que le escuchaban, se hallaban pendientes de sus lábios. Al saber el feliz desenlace del acontecimiento que debió concluir trágicamente, sin la generosa accion de aquel hombre, tuvo lugar otra escena diametralmente opuesta á la anterior.

Los sollozos que se oian, las lágrimas que se vertian, los gritos que se daban, eran sollozos de consuelo, lágrimas de satisfaccion, gritos de alegría.

Juan fué el único que en aquellos momentos pudo articular palabras inteligibles, pues al expresar su entusiasmo se le oyó gritar:—¡Vivan los valientes, aunque sean facciosos!

Restablecida la calma, contó D. Félix con la sencillez que acostumbraba usar en sus relatos, la causa que le habia llevado á aquella casa.

El capitan fué uno de los primeros que invadieron aquella mañana la ciudad de Vitoria, y fué tambien el primero en avanzar. Así, cuando llegó el momento en que su compañia tuvo que replegarse ostigada tenazmente por los Urbanos y tropas de la Reina, conoció qne era para él mas difícil volverse atrás que ir adelante, y optó por este último partido.

Bien se comprende que esto no podia hacerlo impunemente.

Su arrojo contuvo en los primeros momentos á los enemigos que mas de cerca le perseguian, pero viéndose rodeado de un número considerable de estos y comprendiendo lo inútil de la resistencia, se abrió paso á cuchilladas, y echó á correr como verdadero javalí acosado, toda vez que no habia nadie que se pusiera ante él, que no fuera arrollado á impulso de su brazo de hierro.

Corria, corria desalado por la carrera de San Francisco, perseguido, empero, por un crecido número de enemigos, á los cuales se agregaban ya en el interior de la poblacion, mujeres y chiquillos, y hasta perros, que gritaban, lloraban y ladraban, formando en coro una algarabía infernal.

Al trasponer la esquina de la calle de la Cuchillería, vió á veinte pasos de distancia, que era precisamente los que llevaba de ventaja á sus perseguidores, un carro entoldado.

En menos de un instante formó allá en su mente un plan de salvacion. Hizo el último esfuerzo, por ganar aun alguna mas ventaja á sus enemigos, y cuando estos volvian la esquina de la calle, hacia ya un segundo que D. Félix Villanueva se hallaba dentro

Universidad de Deusto
Biblioteca

del carro, envuelto en una manta que encontró en él.

Perdida la pista por los que le perseguian, dieron en correr por distintas direcciones, buscando al huido en todas partes, menos donde se hallaba oculto.

Conociendo D. Félix que su salvacion no podia ser sino momentánea, de permanecer largo rato en aquel sitio, resolvió buscar fortuna, arriesgando el todo por el todo.

Se quitó el capote, colocó el pañuelo de bolsillo en la cara á fin de ocultar la sangre que vertia de la herida que habia recibido, y salió á respirar el aire libre.

En aquel momento se hallaba desierta la calle de la Cuchilleria. Era un buen agüero.

Echó á andar á la ventura, y cuando al encontrarse con las primeras gentes, entre las cuales habia quizás mas de uno de los que hacia un momento le perseguian, observó que nadie paraba la atencion en él, faltó muy poco para que no le hiciera traicion su inmenso gozo.

Las puertas de las casas se hallaban cerradas. No podia, pues, pensar en pedir amparo en ninguna de estas.

Falto de fuerzas y aun de esperanzas, estaba ya casi resuelto á darse á conocer, cuando vió salir á un hombre de una casa cuya puerta dejó entornada. Indeciso entre ponerse en manos de aquel ó correr á meterse en el portal optó por lo último, quizás sin darse cuenta él mismo de lo que hacia.

Llegada la relacion de D. Félix á este punto, satisfizo Sofía la curiosidad de María y de Juan, refiriendo todo lo que habia pasado desde que D. Félix se presentó en aquella casa.

Cuando estaban tratando qué medio seria mejor para poner en salvo á D. Félix, opinando unánimes que debia permanecer oculto por unos dias, hasta que encontrasen una ocasion de que pudiara escaparse sin riesgo, un suceso insignificante vino á echar por tierra todos sus planes.

La criada de la casa, solícita por dar cuenta á su ama de las compras que habia hecho para la comida que se preparaba, se presentó repentinamente en la sala, sin que diera lugar á que se ocultase el capitan, por pronto que María tratara de mandarla á la cocina.

Era, pues, necesario cambiar de plan, porque, ó habia que contar con la criada para la ocultacion del capitan, exponiéndose á que aquella cometiera una imprudencia, pues sabido es que las criadas tienen por costumbre charlar todo lo que saben y aun lo que no saben, ó habia que decirle alguna mentira sobre la presencia de D. Félix en la casa, mentira que se divulgaria indudablemente, dando lugar á que se llegase á saber la verdad.

Habia, pues, que pensar en algun otro medio, que salvase estos inconvenientes.

María, dotada de un génio vivo é impresionable, propuso inmediatamente el modo, si no mas fácil, por lo menos el mas breve, de que el capitan volviese entre los suyos.

—Pepa—dijo—no conoce á Julian. Usted, D. Félix, vá á hacer el papel de mi marido por unas horas.

—¿Estás loca, María?—exclamó su hermana, sorprendida de lo que oia.

—Déjela usted que se esplique.

—Di a usted, diga usted, que el demonio me lleve,

Universidad de Deusto
Biblioteca

sino vá á decir una cosa que vale mucho:—exclamó Juan.

—He dicho y repito que D. Félix vá á reemplazar á Julian por unas horas. Nada mas que el tiempo necesario para comer con nosotros.

—¿Con quién? ¿Con la coronela y?...

—Y con el coronel, eso es, y con sus ayudantes, á quienes he convidado hace un momento. Con ellos cuento precisamente para que D. Félix se marche hoy mismo, sin esperar á mañana.

—¡Qué! ¿acaso vas á contarles?...

—¡Qué disparate! Muy léjos de eso: ya me guardaré yo muy bien. Ninguno de los convidados conoce á Julian: les diremos que ha venido de oculto, sin licencia, arriesgando su vida, por solo el gusto de estar en nuestra compañía unas horas el dia de su santo; que quiere volverse inmediatamente despues de la comida, y sacaremos un pase del coronel, con el cual le abran las puertas de la ciudad. Una vez fuera, yo espero...

—¡Magnífico! ¡Soberbio! ¡Viva la Rei!...—pero no concluyó la frase el bueno de Juan, acordándose de pronto que se hallaba delante el capitan carlista.

—¿Pero tendrás suficiente valor y serenidad para hacer lo que dices?—le preguntó Sofía.

—Yo respondo de mí. ¿Tendrás tú valor bastante?...

—Si ustedes están serenos—contestó Sofía, fijando la vista en María y mirando de soslayo al capitan,—ustedes me infundirán el valor suficiente para no hacerles traicion.

—¡Imposible!—expuso Villanueva—¡imposible! Yo no puedo, yo no debo aceptarlo.

—¡Cómo! ¿Rehusaria usted?...

—Perdóneme usted Sofía. El sacrificio que quieren ustedes hacer, es demasiado grande para que yo consienta en él; y además el juramento...

—¡Un juramento! y ¿á quién?—preguntó Sofía, antes de que D. Félix acabase la frase.

—A la causa que defiendo.

—¡A la causa! ¿Y acaso no le dice á usted otro juramento mas grande, que es el prestado como cristiano, que está usted obligado á defender su vida?—le dijo Sofía.

—¡Y qué!—expuso exaltada María—¿Y qué? ¿No será usted mas útil á esa misma causa, batiéndose mañana entre los suyos, que inmolándose hoy por una delicadeza mal entendida?

—Además, entiendo que es una cobardia...

—Dispénseme usted que le interrumpa, D. Félix,—replicó María—diciéndole que creo que es mas cobarde el no aceptar.

—Y sobre todo—añadió enfadada su hermana—es menos noble, menos...

—Pero....

—Este hombre es una roca,—dijo Sofía en tono de resentimiento.

—Basta—exclamó D. Félix—basta; me entrego á ustedes con los brazos atados.

—¡Gracias á Dios!

—¡Oh! Sí, gracias, D. Félix.

—Ea pues, D. Félix—dijo María—ahora se va usted á descansar con toda tranquilidad, y llegada la hora de comer se viste usted con la ropa de Julian, que la dejaré preparada, y se presenta usted á desempeñar

Universidad de Deusto
Biblioteca

su papel. ¡Cuidado con olvidar que se llama usted D. Julian de Zárate.

—Pierda usted cuidado, señora; no puedo olvidar con la facilidad que usted se figura, un nombre que tengo grabado en el fondo del corazon.

Pocos momentos despues, la criada, que se habia apresurado á preguntar á Juan quién era el hombre que habia en la sala en mangas de camisa, sabia ya que era el amo de la casa.

La hora de la comida se acercaba, y Maria no solo no daba muestras de vacilar pensando en lo que iba á suceder, sino que por el contrario, se la veia mas contenta y alegre que de ordinario.

Sofia no las tenia todas consigo, y hubo momentos en que pensó hacerse la enferma, si es que no lo estaba ya realmente, y acostarse, evitando de estemodo su presencia en la mesa.

Juan parecia sereno, impasible, pero pensaba allá, en su interior, que si llegaba á descubrirse la trama urdida, fusilaban por el pronto al capitan, despues á él, y mas tarde, quizás, quizás, á sus pobres amas.

Mientras tanto, D. Félix Villanueva dormia, rendido de la fatiga del dia, y soñaba que á la cabecera de su cama tenia un ángel que velaba por él.

Al despertar halló á Sofía que venia á decirle que la hora de la prueba habia llegado ya.

Hacia un corto rato que se hallaban reunidos en el comedor el coronel, su señora y dos tenientes, ayudantes de aquel, á todos los que María habia ya referido el cuento de la llegada impensada del capitan Zárate.

Poco despues se presentó D. Félix, vestido con el

uniforme de capitan del ejército de la Reina, dando el brazo á Sofia, en el que tenia esta realmente necesidad de apoyarse para no caer. Miéntras que el capitan saludaba afectuoso y hasta risueño á los concurrentes, la pobre niña, pálida, desencajada, tenia la vista fija en el suelo, temiendo que si miraba de frente le conocieran en la cara lo que pasaba en su corazon.

Afortunadamente nadie fijó la atencion en ella, pues todos los saludos y demostraciones se dirigian como era natural al recien llegado.

—Ea, señores, á la mesa; esclamó María, alegre y decidora como nunca. Usted aqui, coronel; la coronela en este otro lado. Ustedes, señores, dijo dirijiéndose á los tenientes, á ambos lados de la jefe: es el punto que por derecho les corresponde á ustedes. Yo en medio del coronel, y de mi esposo, y al otro lado de tu hermano, tú, Sofia, pues ya que trata de escaparse es necesario que le tengamos preso.

—Es verdad, dijo la coronela, que no debiera dejársele marchar hoy.

—Es usted muy amable, señora; pero pregunte usted á su esposo qué haria en mi lugar, y yo estoy dispuesto á hacer lo que él hiciera.

—Quizás, capitan, no hubiera obrado como usted, pero con seguridad que obraria como usted va á obrar.

—Tenga usted presente, coronel, que soy recien casado, dijo sonriéndose el capitan. Además he venido, como usted puede figurarse, con anuencia de mi jefe, si bien no he querido exigir de él un pase escrito, pues si yo estaba dispuesto á arriesgar hasta la vida, por tal de comer hoy en compañia de los únicos séres

Universidad de Deusto
Biblioteca

queridos que tengo en este mundo—añadió D. Félix, poniendo sus manos en los hombros de las dos hermanas,—no debia comprometer á mi jefe y mi amigo.

—Ya he dicho á su señora de usted que para la vuelta tendrá usted un pase.

—Ha hecho muy mal María, en abusar de su amabilidad de usted. Yo me hubiera arreglado.....

—No era fácil, en verdad; pues usted sabe que las puertas de la ciudad se hallan hoy cerradas.

—¡Ah! Cierto, no me acordaba. Una vez en el campo, pronto estaré entre los mios, pues se hallan acampados en Legarda.

—De todos modos, ha sido una locura lo que ha hecho usted, capitan; y no porque una vez le haya salido bien, debe repetirla.

—Ya le he dicho, expuso María, que no le agradezco la satisfaccion que nos dá, por el disgusto que nos proporciona.

Miéntras esta conversacion tenia lugar, Sofía no levantaba los ojos del plato, y tal era el miedo de que estaba apoderada, que, pálida, blanca mas bien como el mantel que tenia delante, púsose á temblar como una azogada.

Uno de los tenientes que se hallaba á su lado, observando su estado de agitacion, la preguntó si estaba indispuesta.

—No, no tengo nada, contestó Sofía mas muerta que viva.

—¡Pobre niña! dijo D. Félix con la mayor naturalidad del mundo, al oir la pregunta del teniente. Aun no se le ha pasado el susto del cuerpo, y estoy seguro de que se figura que van á fusilarme ó poco menos.

La conversacion giró luego sobre el hecho de armas de aquel dia. Todos estaban acordes en que el enemigo se habia batido como bueno. Fué una fortuna esta unanimidad de pareceres, porque de poner en duda el valor del enemigo, posible hubiera sido, que, resentido su amor propio, D. Félix cometiera una imprudencia.

Llegó la hora de los postres, y el coronel brindó por el feliz regreso del amo de la casa á las filas de sus camaradas.

Poco despues pósose en pié uno de los tenientes, y levantando en alto la copa que tenia en la mano, dijo con voz fuerte:

—¡Brindo, señores, por la destruccion del ejército faccioso!

Al oir aquel brindis, D. Félix, que se habia levantado para hacer chocar su copa con la del teniente, la arrojó léjos de sí, haciéndola saltar en mil pedazos contra la pared de enfrente, y esclamando con acento claro pero rápido:

—¡Jamás brindaré por eso!

Un grito de sorpresa, unido á otro de temor y sobresalto, resonó en el comedor, y las miradas de todos los concurrentes se fijaron en el capitan, que las afrontó impávido y sereno.

—No comprendo, capitan...—dijo al fin el coronel.

—¡Hay ofensas, capitan, que solo se lavan con sangre; gritó el teniente que habia propuesto el brindis!

—No acostumbro economizar la mia—contestó don Félix en tono digno.

María, haciendo un esfuerzo sobrehumano para sobreponerse del terror de que estaba poseida, se le-

vantó, sosteniéndose con ambas manos en la mesa para no caer de bruces, y balbuceó en tono suplicante.

—¡Haya paz, señores! ¡Yo se lo suplico á ustedes! ¡Os lo pide una dama!

Estas palabras, dichas en tono angustioso y con una voz de ángel, sirvieron para aplacar por un momento los ánimos de los contendientes.

Mientras tanto, Sofía no pudo hacer otra cosa que levantar sus hermosos ojos y fijarlos en la mirada serena é inmutable del capitan que, desafiando las amenazas que parecia le dirigian de todas partes, se encontró sin valor bastante para oponerse á la súplica, muda pero espresiva, de aquella mujer.

Aquellos segundos de tregua bastaron á María para inventar una fábula que sirviera de lenitivo á la imprudencia cometida por D. Félix.

—¡Por Dios, señores! se apresuró á decir antes de que tuvieran tiempo de reponerse del efecto causado por sus palabras. ¡Por Dios, señores, que para condenar á un reo es necesario oirle antes! Todos ustedes ignoran, seguramente, que Julian fué hecho prisionero en la accion de Mendata, y que sin la generosidad del jefe carlista no tendria yo esposo á estas horas. Y ¿por qué, pues, se ha de extrañar que no quiera la destruccion de todo el bando contrario, cuando en ese todo tiene que ir incluido indefectiblemente el hombre á quien debe la vida? Señores, pónganse ustedes en su lugar. ...

Y cayó en la silla, agotadas sus fuerzas con el esfuerzo que habia hecho.

—Ignorábamos ciertamente ese hecho,—replicó el coronel,—pero me alegraria que el señor de Zárate, capitan en las filas de la Reina, expresará su reconocimiento con un poco menos de entusiasmo.

—Yo pido á ustedes, señores, mil perdones, dijo D. Félix fijando su mirada en la mirada lánguida de Sofía, pues soy el primero en conocer que he obrado muy de ligero—y recabó estas últimas palabras.—Yo soy, señores, el primero en brindar por el éxito de nuestra causa; pero una deuda de caballero, que ustedes la comprenden ahora seguramente, me prohibe desear la completa destruccion de nuestros enemigos: además, son españoles, señores, y dia llegará en que la nacion necesite de todos sus hijos. Brindemos, pues, teniente, por el completo éxito de nuestra causa—y al decir esto le alargó la mano que el teniente se apresuró á estrechar— y tenga usted la seguridad de que nunca he ofendido á sabiendas.

—Basta, todo ha concluido; dijeron á un tiempo el coronel y sus ayudantes, y levantándose, chocaron sus copas con la de Sofía que se hallaba en la mano de D. Félix, y brindaron en coro,—¡Por el triunfo de nuestra causa!

En aquel mismo momento vinieron á anunciar al coronel, que habia en la puerta un sargento que deseaba hablarle.

Apenas salió el coronel, María recordó á D. Félix que era ya hora de que pensara en marcharse, y pareciéndole al capitan oportuna la excitacion, púsose en pié con ánimo de obedecerla.

En aquel instante volvia á entrar el coronel.

—Me marcho, coronel, dijo D. Félix dirigiéndose á este.

—¡No por Dios! No le doy mi permiso por ahora.

Va usted á hacerme el obsequio de detenerse unos instantes, porque necesito de su presencia de usted.

Estas palabras, aunque dichas con el tono mas natural del mundo, produjeron en el ánimo de las dos mujeres de la casa, y aun en el mismo D. Félix, una inquietud inesplicable. Parecia que presagiaba algun nuevo suceso.

—¿Y qué falta puedo hacer á usted yo?....—balbuceó el capitan.

—¡Ahí es nada! Quiero que vea usted á otro usted; al segundo D. Julian de Zárate.

—¡Usted se chancea!....—tartamudeó María.

—Seguramente el coronel tiene gana de broma.....—dijo D. Félix casi maquinalmente.

—No hay tal. Dentro de breves instantes estará en nuestra presencia el Sr. D. Julian Zárate.

Un rayo que hubiera caido en medio de la mesa, no hubiera hecho en D. Félix y las dos hermanas el efecto que hicieron las palabras del coronel.

Los tres quedaron como petrificados, y debió trabárseles la lengua porque no pudieron articular ni una sola sílaba.

Pasados los primeros momentos soltó D. Félix una carcajada, que mas que risa, pareció el estertor de un moribundo, diciendo confusamente:

—¡Ja, ja, ja, ya, es gracioso!...

No pudo seguir adelante; pero afortunadamente el coronel vino á sacarle del apuro interrumpiéndole.

—Pues esto, que efectivamente tiene su lado de chistoso, ha faltado muy poco para que empezara por un drama, y por último preveo que el desenlace va á ser trágico.

No habia nadie que interrumpiera al coronel; y en el silencio sepulcral que reinaba en aquella sala, no hubiera sido difícil oir los latidos de los corazones de algunos de los circunstantes.

El coronel continuó:

—Acaban de prender á un sugeto que debe ser pájaro de cuenta, pues le han echado el guante cuando ya habia escalado la muralla. Sin duda vió que no podia entrar por la puerta y quiso colarse por la ventana. Pero poco ha faltado, en verdad, para que no pagara con la vida su atrevimiento; pues le dispararon varios tiros, de los que tuvo la suerte de escapar ileso. Verdad es que, si es lo que parece, un espía, no le arriendo la ganancia. Pero lo raro en este suceso no es lo que acabo de contar, sino que el pobre diablo ha dicho á los soldados que le han prendido, que se llama D. Julian de Zárate, que es capitan del ejército y que tiene su casa en Vitoria, calle de Cuchillería, núm. 8. Es decir, señora,—dijo el coronel dirigiéndose á María—que es su esposo de usted, ó mas claro, que es usted mismo—concluyó el coronel señalando á D. Félix y soltando una carcajada.

Pálido y desencajado este, no sabia qué decir ni qué hacer, y ya casi se hallaba resuelto á confesarlo todo, cuando María conociendo quizás el sacrificio que estaba dispuesto á hacer el capitan, exclamó apresuradamente.

—Tengo curiosidad por conocer á ese hombre.

—Muy pronto quedará usted satisfecha, porque he mandado que le traigan aquí para confundirle, aunque ciertamente no habia necesidad de esta prueba, porque aparte de que la persona á quien él pensaba sus-

Universidad de Deusto Biblioteca

tituir está aquí, hánme dicho que por su traje parece un campesino.

Apenas acabó de pronunciar el coronel sus últimas palabras, se sintieron pasos y rumor de voces en el pasillo, y el coronel añadió:

—Ya está aquí.

Efectivamente, abrióse la puerta del comedor y apareció en el umbral en medio de dos soldados don Julian de Zárate, vestido con el mismo traje de aldeano con que le habian llevado á presencia de D. Félix, al prenderle en Villarreal.

—Gracias á Dios que siquiera estoy en tierra de amigos;—dijo entrando resueltamente en el comedor.

El coronel, su señora y los dos tenientes fijaron su vista con ávida curiosidad en el recien llegado, mientrás D. Félix y las amas de la casa la apartaban como si temiesen la irradiacion de sus miradas.

—Honrada veo mi casa, señores.....—añadió don Julian con desenvoltura, saludando á todos en general.

No contestaba nadie, pero Zárate que se hallaba en estremo preocupado, no fijó la atencion en aquel silencio sepulcral. Despues de un momento de pausa continuó:

—Vamos á ver si esta gente se convence ya de que no miento jamás. Esposa mia, díles que, aunque vestido de palurdo, soy..... quien soy, un caballero..... ¿No oyes lo que digo? ¿Qué aguardas?....

Y Zárate no se atrevia ni aun á acercarse á María, pues aunque no concebia lo que podia suceder, aquel recibimiento glacial le inmutó hasta el extremo de tenerse que apoyar en una silla.

María volvió la cabeza, pero no tuvo valor para mirar á su esposo, y balbuceó con voz temblorosa:

—No sé lo que quiere usted decir, porque yo no conozco á usted.

—¡Dios de Israel! ¿Qué dice esta mujer? ¡Oh! ¡Decididamente, yo me he vuelto loco!

Y tapándose la cara con ambas manos, cayó el infeliz sobre la silla en que se apoyaba. Hubo un momento en que solo se oia la respiracion fatigosa de D. Julian, y la no menos oprimida y anhelosa de las otras tres personas que mas principalmente jugaban en este horrible drama.

—¡Oh! ¡Es preciso que esto acabe de una vez!—exclamó fuera de sí aquel hombre que se veia abandonado como un réprobo; y haciendo un gigantesco esfuerzo se abalanzó á la mesa, hasta colocarse frente á frente de Sofía.

—¡Sofía! ¡Habla, dí quien soy, ó acaba de matarme, renegando de tu hermano!

Y Zárate esperó con férvida impaciencia los segundos que trascurrieron entre la pregunta y la respuesta.

Sofía contestó con una voz que parecia salir de debajo de la mesa.

—¡Mi hermano es este!

Y señaló con la mano á D. Félix, en el momento en que el carlista sacaba maquinalmente el pañuelo del bolsillo para enjugarse el sudor que corria por su frente.

D. Julian tornó la vista en direccion de la mano de Sofía, y al tropezar con la mirada de D. Félix, ó mas bien, con el pañuelo que tenia D. Félix arrojó una carcajada estridente y convulsiva, diciendo:

Universidad de Deusto Biblioteca

¡Miserable de mí! ¡Qué he creido que podia salvar mi vida representando una farsa! ¡Basta ya! Me declaro vencido; tienen razon estas señoras; ni yo soy D. Julian de Zárate, ni hay nada de lo dicho.

Y aquel hombre, que hasta ese momento habia estado inquieto y desasosegado, se sentó tranquilo y risueño en una silla, diciendo al coronel con voz serena.

—Estoy á disposicion de usted, coronel.

D. Félix y María se levantaron al mismo tiempo que se sentaba D. Julian, y esta se apresuró á decir á media voz al coronel.

—Puede marcharse Julian, si es caso que usted no le necesita para algo.

—Para nada, puesto que este hombre se ha dado por vencido.

María colocaba en el mismo momento delante del coronel un recado de escribir.

—No; iremos al cuartel á tomar declaracion,—dijo el jefe, creyendo que aquella le presentaba el tintero y papel para comenzar la sumaria del preso.

—Es para el pase.

—¡Ah! es verdad. Ya se me habia olvidado—y estendió acto continuo un salvo-conducto que entregó á D. Félix.

Dirigióse este uno á uno á todos los circunstantes estrechándoles las manos afectuosamente. Cuando se encontró delante de D. Julian vaciló un instante y hasta hizo el ademan de alargársela tambien, pero este volvió la espalda como si tratara de hacerle un desaire.

Puso D. Félix la mano en la frente de Sofía, que ni veia ni oia lo que pasaba, y concluyendo con un

¡adios señores!—salió de la sala dando tropezones seguido de María.

Pocos instantes despues entró esta, diciendo con acento marcado é intencional:

—Ya marchó; le acompaña Juan hasta las puertas de la ciudad.

Pasados unos minutos, durante los cuales María y Sofía dieron rienda suelta al dolor de que se hallaban poseidas, cuyas demostraciones no habia nadie, si se esceptúa el preso, que no las creyesen provenidas por la marcha de D. Félix, dijo el coronel á sus ayudantes, que acompañaran al prisionero hasta la puerta y lo entregaran á los soldados, para ser conducido al cuartel.

—Un momento, coronel, esclamó apresuradamente María, con fin de ganar tiempo.—Este hombre que nos ha llamado antes con nuestro propio nombre, debe conocernos. Desearia, pues, si en ello no hay inconveniente, que dijera quién es.

—Ya lo ha oido usted, espuso el coronel. ¿Quiére usted decirnos su nombre?

—¡Mi nombre! ¡Qué importa mi nombre si ha de quedar muy pronto borrado del catálogo de los vivos!

Al oir espresarse así á su hermano Julian, Sofía dió un grito espantoso y cayó sin sentido, en brazos de María.

—¡Sofía!—gritó esta—¡Sofía! ¡Ten valor por Dios!

—¡Pobre niña! dijo la coronela; lo mejor seria que se acostara. Ha recibido demasiadas impresiones, y no todos las podemos sufrir impunemente.

Mientras tanto el preso se habia acercado tambien

Universidad de Deusto
Biblioteca

á la mesa, y cogiendo un vaso de agua vertió algunas gotas en el rostro de Sofía.

Volvió esta en sí, y dirigiendo estraviados sus negros ojos, preguntó:

—¿Dónde estoy?

—En mis brazos, querida, en mis brazos.

—¿Y Julian?....

—No tenga usted cuidado por él. Para estas horas está ya en salvo,—se apresuró á contestar el coronel.

Al concluir este sus últimas palabras entró Juan, y entregó un papel á su ama.

Devoró esta su contenido, y dando un grito esclamó abalanzándose al cuello del preso:

—¡Julian! ¡Julian! ¡Perdóname! Ya está en salvo.

—¿Quién? ¡él! ¡Ah! ¡Hermano mio! ¡Perdon!—y Sofía cayó tambien en brazos de D. Julian.

Nadie acertaba á comprender aquella escena de gritos, de sollozos y de lágrimas.

—¡Benditas seais mil veces! repetia anegado en lágrimas el prisionero estrechándolas contra su seno.—¡Benditas seais! y no pudo continuar porque el llanto ahogó su voz.

Uno de los ayudantes cojió el papel traido por Juan y se lo entregó al coronel.

Decia así:

«Gratitud eterna á mis libertadores.—Félix Villanueva.»

El contenido de este papel, que descifraba en parte aquel enigma, no lo aclaraba sin embargo tanto que pudieran comprenderlo los circunstantes.

Cuando se hubieron calmado algun tanto las demostraciones á que dicho escrito dió lugar, quiso saber el coronel qué significaba todo lo que en aquella casa estaba pasando hacia una hora,—porque en último resultado, añadió, estoy temiendo que los estraños á ella hemos hecho un papel ridículo.

—Nada de eso, coronel; contestó el prisionero poniéndose en pié. En sucesos en que juegan la vida de los hombres, no puede caber el ridículo.

Y al espresarse así D. Julian, lo hizo con voz tan entera, y con ademanes tan dignos, que el coronel, colocándose ya en la posicion de jefe, dijo con tono de mando y un si es no es desabrido:

—Acabemos ya, caballero. ¿Se puede saber quién es usted?

—Mi nombre Julian Zárate; mi posicion, capitan de cazadores en el primer batallon de la Princesa, bajo la bandera de doña Isabel II.

—Concluyamos de una vez con esta farsa—replicó el coronel en tono cada vez mas irritado.

—He dicho la verdad, coronel, y voy á esplicar á usted en pocas palabras la causa que me obligó á mentir hace muy poco.

Entonces Zárate refirió lo que le habia pasado la víspera, al ser aprehendido con la comision que le confiriera su General.

María se encargó de satisfacer la curiosidad de todos, haciendo por su parte una relacion detallada desde la aparicion de D. Félix en aquella casa hasta su marcha.

—Cuando me encontré con vida—continuó luego D. Julian—y salvado el secreto que encerraba el pliego del General, gracias á la generosidad de Villanueva,

salí de Villarreal con ánimo de reunirme á mi batallon que segun me dijeron debia acampar en Salvatierra.

En el camino supe la accion que aquí se habia empeñado, y que en lugar de ser los nuestros los que se hallaban en Salvatierra, se dirigian á este punto las tropas enemigas.

En estas circunstancias crei que nada podia hacer mejor, por el pronto, que entrar en Vitoria, desde donde podria ya marchar con rumbo fijo.

Debo tambien decir, en honor de la verdad, que una de las primeras causas que me encaminaban á casa, era la zozobra en que me figuraba se hallarian estas dos pobres mujeres, si por acaso habian ya recibido las cartas que las escribí al marchar á desempeñar mi comision.

—No las recibimos—contestaron á un tiempo las dos hermanas.

—Mas vale así. Volví pues piés atrás, y provisto del pase que me facilitó el capitan Villanueva, pude atravesar sin riesgo por país enemigo.

Cuando encontré cerradas las puertas de la ciudad, creí que sin inconveniente podria salvar las murallas, confiando en que los centinelas respetarian mis señales de paz, hechas con un pedazo de camisa que corté á prevencion; pero poco faltó para que me saliera muy cara mi imprudencia.

Me trajeron aquí.... lo demás ya lo sabe usted. Tenia en mis manos la vida del hombre que habia salvado la mia; del hombre á quien habia dicho hacia muy poco tiempo aun: «D. Félix Villanueva; si un dia necesita usted el sacrificio de la vida de un hombre, ya

sabe usted que la mia le pertenece de derecho». Vi ante mis ojos el pañuelo en que estaba estampada mi deuda para con aquel hombre, y no vacilé, no podia vacilar. Estas dos débiles mujeres me daban el ejemplo. Coronel, contésteme usted con la mano en el pecho: ¿Qué hubiera usted hecho en mi lugar?

—Lo que usted, capitan Zárate. Y yo confio que la superioridad sabrá tambien tener en cuenta las circunstancias que han mediado para que usted salvase la vida de ese hombre.

Media hora despues se despedian los convidados, ofreciendo el coronel hacer cuanto pudiera para que no castigaran á D. Julian por el hecho de haber salvado la vida á un hombre.

María y el capitan acompañaron hasta la puerta á los que marcharon.

Sofía quedaba sola en el comedor. Dos gruesas lágrimas corrian por sus mejillas, pálida aun, como en las circunstancias supremas porque habia pasado hacia un momento. Tan pensativa y abstraida se hallaba, que no reparó en Juan hasta que tocándola en el hombro, la dijo:

—¡Señorita Sofía!

—¡Ah! ¿Eres tú, Juan?

—Tome usted—y la entregó un papel—del señorito D. Félix. Me encargó que le entregara á usted cuando estuviese sola.

Sofía besó el papel que tenia en la mano una y dos veces esclamando:

—¡Ah! ¡Me lo estaba diciendo el corazon! ¡Gracias, Dios mio, gracias!

Y leyó su contenido que decia: «No me olvide usted,

Sofía; espere usted hasta el dia en que pueda ser suyo para siempre.—Félix Villanueva.»

—¡Oh! Yo le esperaré, sí, yo le esperaré toda una eternidad si es necesario.....

. . . . . .

Sofía esperó un año y otro año, y aun espera al hombre que murió gloriosamente en la defensa de Morella.

Está cumpliendo su palabra, tranquila, sosegada, llena de fé en el porvenir. Su corazon, mas hermoso aun que su rostro, le dice que volverá á encontrarle allá en la mansion de los buenos, y vive con esta risueña esperanza. Y pensando en él, ha sido una segunda madre para los hijos de su hermana, y creyendo que se acerca á él, es madre misericordiosa de los afligidos.

FIN DE LA ACCION DE VITORIA.

BATALLAS Y LUCHAS.

PRIMERA ÉPOCA.

Soledad.

Es la noche del 24 de Diciembre de 1825.

Mientras el pueblo de Pamplona se retira bullicioso, concluyendo de celebrar el natalicio del Redentor del mundo, permiteme, lector, que te conduzca á un gabinete de una de las casas situadas en el centro de la ciudad.

Alli, á la tenue luz de un velon de tres candiles, se ven sentados, cabe una mesa-camilla, al capitan don Juan Perez y al alférez D. Cárlos Rentería.

Representa tener el primero 40 años cumplidos. Alto, fornido, de tez morena y ojos negros como su espeso bigote, su fisonomia y contestura toda están revelando un alma de fuego y un cuerpo de hierro.

El jóven, cuya edad frisa en los 20 años, es rubio, de ojos dulces y expresivos, de facciones agradables, pero macilentas, que dan á conocer un carácter bondadoso y una esquisita sensibilidad.

—Vamos; ya me tienes dispuesto á oirte, decia el capitan acabando de abrocharse la levita; dime ya la causa de tu visita á hora tan intempestiva.

El alférez callaba y parecia querer evitar la mirada, fija en él, de su interlocutor.

—¡Niño! exclamó éste á poco rato, observando el silencio de Rentería: ¿te parece razonable que me hayas hecho levantar para esto á media noche? O hablas, ó te marchas y me dejas dormir.

—Pues bien; vengo..... balbuceó el alférez, y concluyó diciendo: Necesito de usted para que me sirva de padrino..... y volvió á guardar silencio sin acabar la frase.

—Aun cuando no te explicas muy claro que se diga, me parece que voy comprendiendo. Vamos, acaba, decia el capitau en tono cariñoso. ¿Con quién vas á batirte?

—Pero.....

—No dudo que tendrás razon; mas es preciso que la tengas muy sobrada. Ya tú sabes cuáles son mis principios fijos en esta clase de lances: escatimarlos mucho; no tenerlos sino cuando no pueda prescindirse de ellos. Asi puede uno irse á fondo sin remordimiento de conciencia.

—Tengo siempre muy presente sus lecciones de usted; sobre todo las que á la honra atañen. Lo primero de todo es ser hombre de bien, me ha dicho usted siempre, y por eso yo.....

—Es verdad; tu eres digno hijo de..... tu padre, que era hombre honrado á carta cabal, y quien dice hombre honrado, quiere decir valiente, generoso, agradecido..... Valiente, si señor, porque el que cumple con su deber no teme la justicia de Dios, y por consiguiente no teme á la muerte. Generoso, porque el hombre honrado da, en obsequio á sus semejantes, su sangre y su vida, que valen mucho mas que todas las riquezas del mundo. Y agradecido, porque no podria ser honrado si no se honrase recordando los favores recibidos. Tu padre me leia constantemente esta cartilla, yo te la he leido á ti; ni yo he tenido nunca que arrepentirme de haberla aprendido, ni tu.....

—Es verdad, y mi visita de ahora es la mayor prueba de que la tengo presente.....

—¡Bueno! Habla, que ya te escucho.

—Señor, usted ha sido para mi un verdadero padre,

—¡Dale! Eso por sabido se calla. El tuyo te dejó encomendado á mi cuidado á la hora de su muerte— y el capitan al decir esto hizo como que tosia para tratar de ocultar la emocion que sentia con este recuerdo;—yo he cumplido lo que ofreci, y ¡santas pascuas! Al grano: dime ya lo que te trae en este momento aquí.

—Pues bien; en cumplimiento de un sagrado deber voy á..... voy á casarme.

Si hubiera estallado una bomba á los piés del capitan Perez, es muy posible que no hubiera hecho en él el efecto que hizo el vocablo. Dió un brinco en la silla, y faltó poco para que echara á rodar el velon que iluminaba aquella escena.

—¡Casarse! ¡Voto á brios! O yo no lo he oido bien, ó tú estás loco de remate.

—No señor, quiero ser un hombre honrado; hé ahi todo.

—Tambien yo lo soy ¡chiquillo de!.... ¡Dios me per-

Universidad de Deusto
Biblioteca

done! Y tengo algunos años mas que usted, y aún me conservo en estado de merecer.

El capitan no tuteaba cuando estaba realmente enfadado.

—Eso es cierto; pero usted no ha tenido ninguna falta que enmendar, y yo...

—¡Eh! No nos apresurêmos; vamos por partes. ¿Quién es la novia?

—Una mujer.....

—Tanto como eso ya lo sabia yo.

—He dicho mal; una niña.

—¡Otra te pego! Eso es peor que peor.

—Un ángel.....

—Mire usted, le advierto que no he leido nunca novelas; con que no se me venga usted con poesías.

—Iba á decir un ángel de bondad. ¿A qué le he de de hablar á usted de su figura si sabe usted ya que es la mujer á quien amo?

—¿Es rica?

—No señor, pobre.

—¿Es.. . buena hija?

—Lo ha sido: hoy es huérfana.

—¿Qué edad?

—Diez y siete años.

¡Niño, niño! ¡Ella 17 años y usted 20!.... En vez de que les echen la bendicion, yo haré que les enseñen la doctrina cristiana.

—Usted me conoce, mi capitan.....

—¡Ya lo creo!

—Pues bien; yo juro á usted, por la memoria de mi padre, que me caso hoy mismo con esa mujer.

El capitan dió un tremendo porrazo sobre la mesa,

echó á rodar la silla en que estaba sentado, y se puso á pasear á grandes pasos por el gabinete.

—He empezado por decir á usted.....

—¡Silencio en las filas! exclamó el capitan con voz ronca.

Pasaronse algunos minutos en silencio; el capitan lo interrumpió por fin, diciendo sin dejar de pasearse:

—Explíquese usted ya, caballero; veremos hasta donde llegan sus compromisos.

—Seré breve, repuso el alférez, pues el tiempo urge; diré á usted meramente lo preciso para que pueda comprenderme. Há poco mas de un año, apenas llegamos de guarnicion á esta plaza.....

—Reniego ya de ella. Siga usted.

—Cuando el servicio me llamaba al cuartel por las mañanas, encontraba siempre al paso á una jóven que me llamó la atencion por su aire modesto á la vez que aristocrático.

—Sírvase usted ceñirse á la cuestion; no malgastemos el tiempo inútilmente.

—Es verdad; pues bien: nos hablamos, nos comprendimos y nos amamos.

—Puede usted añadir y nos..... Iba á decir un disparate; adelante.

—Poco despues frecuenté su casa.

—¡Hum! ¡Hum! ¿Asi, tan pronto?.... Ya no me gusta esa muchacha.

—No fué ella, no: fui yo el que.....

—Ya, ya comprendo; usted porfiado, y ella blanda de corazon....

—No señor, tampoco fué eso. Hablando un dia de nuestros réspectivos padres, me dijo Soledad—que

ese es su nombre,—que su madre habia conocido mucho á la mia. Yo, que venero la memoria de mi madre sin haberla conocido, pues murió cuando yo empecé á vivir.....

—Eso es lo único que me agrada de todo lo que hasta ahora ha hablado usted; prosiga usted.

—Quise que me hablaran de ella. Yo no he sabido nunca si era blanca ó morena, gruesa ó flaca, y ansiaba conocerla.

—Es cierto; yo no he podido dar á usted noticias de su madre, porque mi amistad con su buen padre data desde algun tiempo despues que quedó viudo. Ella debió morir el año 6 á lo que creo, y yo conocí á Rentería en la batalla de Vitoria, el dia aquel en que les dimos á los franceses el julepe del siglo.

—Entré en la casa, hablé de mi madre con la madre de Soledad. Era una señora viuda de un capitan.

—¿Su nombre?

—Magdalena.

—No juguemos á los despropósitos, pregunto á usten por el nombre de su esposo.

—Martinez.

—Como no me diga usted el nombre de pila..... He perdido ya la memoria de los Martinez que he conocido.

—No sé más que su apellido. Dos meses despues que yo entraba en la casa, enfermó la madre de Soledad. Momentos antes de que la llevara Dios me llamó para recomendarme á su hija. «No tiene á nadie en este mundo, me dijo; no la abandone usted; sea usted un..... hermano para mi pobre hija». Juré en presencia de la imágen de Dios, que se hallaba en las manos

de la que iba á unirse muy luego con mi pobre madre; juré no solo no abandonar á aquella niña, que estaba allí á nuestro lado anegada en llanto, sino cuidar de ella, ser su hermano, su padre..... su protector, en fin, en la tierra.

Ahora bien, señor, continuó el jóven en el momento mismo que el capitan volvia á sentarse, dando muestras de que le interesaba la narracion; ¿qué diria usted del hombre que, en vez de cumplir como honrado lo que ha ofrecido, no solo ha faltado á su palabra, sino que ha?...

—¡Eh! ¡Basta! No quiero, no debo saber más. Iremos luego á ver la niña, y si es tal como tú la pintas, ¿qué remedio?...

—¡Oh! Mil veces mejor.

—Bueno. Eso allá lo veremos.

—Pero, añadió el alférez observando que el capitan no daba señales de apresurarse, creo haber dicho á usted ya que tengo pensado casarme hoy.

—¡Esa es harina de otro costal! No eres tú quien ha de disponerlo ni yo tampoco. Se pedirá la autorizacion.

—No la necesito: lea usted eso.

Y le entregó un pliego que acababa de sacar del bolsillo.

—Yo suplico á usted que no se enfade, que lo lea con calma...

Mientras tanto el capitan pasaba la vista por el pliego que habia puesto en sus manos Rentería, y conforme avanzaba en la lectura, iba mudando de color, desde el blanco mate hasta el rojo candente.

El alférez se habia puesto en pié, viendo llegar la tempestad.

Universidad de Deusto Biblioteca

—¡Pobrecillo! dijo entre dientes el capitan. Decididamente se ha vuelto loco; y con una calma que contrastaba con el furor comprimido de su rostro y con el temblor convulsivo de sus manos, acercó el pliego á la luz del velon y lo dió fuego.

—¿Qué hace usted? pudo decir Cárlos, haciendo ademan de ir á cojer el pliego.

El capitan no contestó; esperó con calma aparente á que se consumiera hasta lo último del papel. Luego, señalando la puerta al alférez, díjole con voz, tono y ademan de mando militar:

—¡Váyase usted arrestado al cuartel!

Renteria hizo un saludo marcial, y salió del gabinete sin proferir ni una sílaba.

El capitan oyó los pasos del alférez allá, en el pasillo, y sacudiéndose como si despertara de un letargo, se acercó á la puerta y llamó:

—¡Alférez Rentería!

Volvió este al umbral de la puerta, y cuadrándose con la mano derecha en la frente, contestó con voz llena:

—¡Presente, mi capitan!

—Entre usted. Se me olvidó preguntarle por las señas de la casa de... esa jóven. ¿Dónde vive?

—Arrabal de la Rochapea, núm. 15, cuarto bohardilla, primero. Ciento y ocho escalones.

—Basta. Váyase usted al cuartel.

El capitan quedaba dando vueltas en el gabinete como un loco en su celda, mientras el alférez marchaba á paso de carga.

Llegado que hubo á la esquina de la calle Nueva, se detuvo un momento, dudando el camino que deberia

seguir; pero como si comprendiera que habia perdido un tiempo precioso con aquella momentánea detencion, volvió á emprender la marcha más de prisa que antes.

Cinco minutos despues llamaba á la puerta de una modesta casa situada en uno de los barrios mas modestos de la ciudad, y en el momento que, lleno de febril impaciencia, se disponia á dar el segundo golpe *in crescendo*, se abrió la puerta y entró el alférez apresuradamente; trás él iba su asistente, que no acertaba á seguirle, temeroso de que se apagara la luz del quinqué con que trataba de alumbrarle.

En menos tiempo que se tarda en contarlo, se sentó Renteria frente á una mesa, escribió una carta, la dobló, la cerró á la ligera, y se la entregó al soldado, diciéndole:

—Perico, lleva esta carta ahora mismo, y á escape, á la señorita.

—Pero mi alférez, á estas horas estará cerrada la puerta de la calle. ¿Llamaré?

—Sí; la señorita estará levantada ya. ¡Ah! Se me olvidaba; deja abierta la puerta.

—Lo haré así.

—Y no te detengas, que puedes llegar tarde.

Inmediatamente despues, mientras Perico, con un palmo de lengua fuera de la boca, corria y corria hácia el arrabal de la Rochapea, el alférez D. Cárlos Renteria se dirigia á paso regular hácia el cuartel, en fiel obediencia de la órden recibida.

Volvamos al lado del capitan D. Juan Perez, quien despues de un rato de monólogo, y de romper una ó dos sillas, y de dejar entre dientes dos ó tres pelos

de su gran bigote, cosas todas que, al parecer, aliviaron su pecho oprimido por el furor, púsose á vestir de piés á cabeza. Y tal vez no faltaria algun suspicaz observador que supusiera que no era costumbre en el capitan D. Juan Perez acicalarse tanto como lo hacia en aquella mañana.

Concluido su *toilette*, se asomó al balcon lo menos una docena de veces, y miró al cielo, hácia el Oriente otras tantas, dando á entender que se le hacia pesada la salida del rubicundo Febo.

No tuvo, empero, paciencia bastante para esperar á que asomara su rubia cabellera, y encendiendo una linterna sorda, salió antes que dieran las seis en el relój de San Fermin.

Dirigióse sin vacilar hácia el barrio de la Rochapea. Así que estuvo en él, buscó el número 15, y cuando lo hubo encontrado y vió la puerta de la casa abierta, retrocedió maquinalmente, diciendo entre dientes:

—Si me ha desobedecido ¡voto á Sanes!.... tanto peor para él.

Despues dió unos pasos por la calle arriba, volvió á detenerse, y por último retrocedió y entró resueltamente en el portal, en cuya casa vivia Soledad, diciendo:

—Mas pronto saldré así de dudas.

Y como si realmente le urgiera la resolucion del asunto que allí le llevaba, subió los ciento y ocho escalones sin detenerse á tomar aliento en ninguno de los descansillos.

Al fin de aquellos habia un corredor largo y angosto, y á ambos lados de este, diseminadas aquí y allí, ocho ó diez puertas bajas y estrechas.

Destacaba entre todas estas, como una reina en medio de su corte, una puerta pintada de azul de cielo con un 1 en blanco colocado simétricamente sobre el dintel.

A ella se dirigió el capitan maquinalmente, por instinto, antes de reparar en el número; y despues de hacerse cargo hasta en sus menores detalles de la puerta que tenia delante, llamó cuidadosamente con el pomo de su espada.

Antes que el eco producido por estos golpes se extinguiera en aquel extrecho recinto, dejóse oir una voz dulce y simpática que preguntaba:

—¿Quién es?

—Gente de paz, contestó el capitan, atiplando cuanto pudo la suya bronca

Y no bien hubo acabado de dar este santo y seña, comun para todas las viviendas de España, abrióse la puerta con desembarazo, encontrándose D. Juan Perez frente á frente de una mujer de rostro infantil, blanco, sonrosado, gracioso, cuyos dos grandes y rasgados ojos de cielo reflejaban una confianza ciega, exenta de esa inquietud natural é involuntaria en la mujer que se encuentra á aquellas horas, y por la vez primera, en presencia de un hombre de la catadura del capitan Perez.

Soledad era lo que se llama una mujer simpática, por la regularidad y dulzura de sus facciones. Se la hubiera tomado por modelo al querer pintar la sensibilidad que nace del corazon, inherente á la criatura. Porque su voz, sus movimientos, sus menores gestos daban á conocer una alma nacida para todo lo que fuera tierno y dulce.

Universidad de Deusto Biblioteca

Era indudable que aquella mujer no podia vivir sino amando.

El capitan quedó un momento sin atreverse á pasar del umbral de la puerta ni acertar á decir una palabra, repuesto, aunque no completamente, de la impresion que habia hecho en él la presencia de aquel ángel en figura de mujer, balbuceó:

—D. Cárlos Renteria....

—No señor, no vive aquí; pero pase usted adelante, caballero, no esté usted en la puerta.

—Muchas gracias, contestó el capitan sin saber quizás lo que decia, y añadió: He querido decir que vengo en nombre de D. Cárlos para.....

—Pues con tanto más motivo..... repitió Soledad indicando al capitan Perez el interior de la casa.

D. Juan siguió á Soledad, llegando tras ella ante una puerta vidriera, adornada con cortinillas de percal verde.

Al abrirla dijo la jóven con la mayor naturalidad:

—Tenga usted cuidado, caballero, no se haga usted daño.

Y señaló al capitan el dintel de la puerta, que se hallaba efectivamente mas bajo que la cabeza de éste.

Entró Perez, haciendo una reverencia forzosa por no haberse construido aquella entrada á medida de su talla, mas que regular, y tendió una mirada investigadora en derredor.

La salita en que se encontraba era un rectángulo de unos quince piés de largo por diez de ancho, á cielo raso, pero á la altura este de la mano, á causa indudablemente de haber querido ocultar con él la pendiente del faldon del tejado.

El capitan tuvo que pasarse la mano por los ojos á fin de evitar el efecto deslumbrador del blanco-nieve de las paredes, mientras que el piso de baldosa ó ladrillo cuadrado, poniale en guardia para no dar un traspiés; pues tal era el lustre, charolado ó limpieza exagerada, que mas que un sollado de rectángulos, parecia un espejo de una pieza.

Seis sillas y un sofá de paja de Vitoria, una cómoda de nogal, una mesita de juego que hacia oficios de consola, cuatro cuadros con marcos de pino charolado de un negro ébano, y dentro de los que se veian siempre en derrota á los soldados del gran Napoleon; una Vírgen de la Soledad pintada al óleo, y debajo de ésta, colocados simétricamente, dos cuadritos, representada en el uno la fidelidad en forma de perro de aguas, bordado en cañamazo, y en el otro un retrato de militar en miniatura, era el ajuar de aquella sala, que si no competia en lujo con el gabinete de una mujer del gran mundo, tenia en cambio el sello, el *sic* del ángel que lo habitaba.

Para dar á conocer completo aquel departamento, falta decir que sobre la cómoda ostentábanse ufanos dos floreros, cubiertos de flores imitadas, hechas de mano maestra, y sobre la mesa-consola irradiaban la luz de dos bugias de cera que habian reemplazado al velon-quinqué, en obsequio al capitan seguramente.

Recibia la luz aquella sala, durante las horas del dia, por un tragaluz ó lucero abierto en el centro del techo, y colgado de la barreta de hierro que dividia los cristales de aquel, habia una pequeña jaula que servia de morada á un canario, regalos una y otro del

presunto dueño á la dueña de todos aquellos objetos.

El canario saludó con un trino la presencia del capitan, ó tal vez la de su ama, ó lo que es mas probable que estas dos versiones, la presencia de la luz; mas de todos modos, Soledad agradeció la alborada, haciéndole al paso una caricia.

Sentándose el capitan junto á Soledad, empezó la conversacion, diciendo:

—Usted extrañará mi visita á estas horas.

—No señor.

—¿Que nó? ¿Cómo?....

—La esperaba.

—¡No comprendo! ¿Usted me esperaba? ¿Pues cómo sabia usted?....

—Acaba de anunciármelo Cárl s.

—¿Cárlos ha dicho á usted que vendria yo á verla?

—Si señor, en esta esquela me dice que usted me diria la causa por qué no ha venido él. Léala usted.

—Nó; basta.....

—Suplico á usted que se entere de ella. No está bien que haya secretos entre Cárlos y su segundo padre.

Y Soledad se puso á leer en alta voz la carta de Cárlos, que decia asi:

«Querida mia: Motivos ajenos de mi voluntad me obligan á marchar al cuartel á la hora precisamente que teniamos dispuesto unirnos para siempre. No puedo explicarte por el momento la causa de mi ausencia; pero el capitan D. Juan Perez, mi padre adoptivo, te lo explicará probablemente, porque creo que irá á verte á la misma hora que debia ir yo.

«No te alarmes por esta ausencia, que será de pocas horas. Tengo la seguridad que me creerás lo que te

digo, porque sabes que no ha mentido jamás tu querido.—Carlos.»

—El capitan quedó un instante sin saber qué decir; por fin reanudó la conversacion, preguntando:

—Habrá usted tenido un mal rato al recibir esa carta, ¿no es cierto?

—He sentido con toda mi alma no verle; pero comprendo que cuando él no ha venido, ha sido porque no ha podido venir.

—¿Con que usted no ha dudado?...

—¿De quién? ¿De Cárlos? antes dudaria de mi misma.

—¿Tanto le quiere usted?

—¡Que si le quiero! ¿Comprende usted, capitan, que puede vivirse sin amar á alguien? Y yo, que no tengo en este mundo mas que á Cárlos—y la jóven se secó una lágrima que rodaba por su megilla,—tengo por precision que tener reconcentrado en él todo mi cariño. ¿Cómo, pues, he de dejar de amarle con el alma y la vida, si vivo por él y para él?

—¿Usted es sola en el mundo, segun parece?

—Si señor; perdí á mi madre hace un mes, y á mi padre siendo aún muy niña.

—Su padre de usted era militar, y se llamaba Martinez, segun me ha dicho Cárlos.

—Es verdad; sirvió de comandante en el regimiento de granaderos del Rey, y murió en la batalla de Gerona.

—Yo le habré conocido quizás; mas no recuerdo.... ¡Hay tantos Martinez!

—Aqui tiene usted su retrato.

Y la jóven descolgó el cuadro en miniatura que se hallaba colgado debajo de la Virgen.

El capitan se acercó á la luz, y apenas fijó la vista en el cuadro, soltó una exclamacion.

—¡Voto á bríos! Este es el Cid.

—No señor, le interrumpió Soledad; es mi padre.

—¡Ya! Eso sí, niña; pero en el ejército era conocido por su valor con ese nombre. No sabia yo que habia dejado familia. Yo le ví caer de cara al enemigo: verdad es que él nunca volvió la espalda al enemigo... ni al amigo tampoco.

Y como observara que Soledad se tapaba los ojos con el pañuelo, añadió acercándose á ella:

—Vamos, hija mia, tranquilícese usted. Tengo una verdadera satisfaccion en conocer á la hija del valiente entre los valientes, y ¡vive Dios! un gran orgullo de poder ponerla bajo la proteccion de... mi hijo.

Soledad no pudo darle las gracias porque tenia embargada la voz por la emocion; pero le alargó su diminuta mano, que el capitan se apresuró á estrechar entre las suyas fornidas.

—Y ¿á qué hora es la boda? preguntó el capitan tratando de distraer el ánimo de Soledad.

—Estaba dispuesta para las seis y media de esta mañana; pero...

—Pues...faltan diez minutos, dijo el capitan mirando su reloj; y ese niño será capaz de no venir para la hora.

—Ya usted ve, le detiene un asunto del servicio...

—Yo mismo iré á buscarle y le traeré de una oreja, dijo el capitan levantándose entusiasmado, y olvidándose quizá que era él el solo culpable de aquella ausencia.

Al salir por la puerta, acompañado de Soledad, tropezó con Perico, que no pudo ocultarse de su vista por pronto que quiso hacerlo. El soldado se detuvo con la cabeza metida entre los hombros, como quien espera un chubasco que no puede evitarlo.

—Es el asistente de Carlos,que ha venido con la esquela, se apresuró á decir Soledad.

—¡Presente,mi capitan! exclamó el soldado con voz entera, cuadrándose delante de su jefe, animado por el socorro que le habia llegado.

¡Ah! No le habia conocido. Pues mira, llegas á mesa puesta, añadió sin detenerse; tú puedes ir al cuartel en busca de tu amo. Díle que se presente aquí inmediatamente, antes de diez minutos, ¿has oido? de diez minutos, repitió el capitan volviendo á mirar al reloj; si no estais aqui antes de las seis y media; rompo el tahalí en las espaldas de los dos. ¡Ya estás andando!

Perico no oyó las últimas palabras del capitan, porque se hallaba ya en el primer tramo de la escalera cuando este las pronunció.

—Mientras llega ese perillan, dijo Perez disponiendo ya en Jefe, vaya usted vistiéndose para no perder tiempo.

—Estoy ya arreglada; solo me falta la mantilla.

—Es verdad; soy un camueso, no me acordaba que estaba usted de luto. Con que. . me ha dicho usted que á las seis y media, y ¿donde?

—Yo no lo sé, Cárlos ha sido quien lo arreglado todo.

Perez quedó un momento pensativo, y dijo á poco rato como vacilando:

—Vamos á ver, hablemos con franqueza, como amigos; ¿qué digo? como padre é hija.

Universidad de Deusto
Biblioteca

—Yo acepto llena de gratitud ese título, contestó Soledad enternecida.

—¿De qué vives, hija mia?

—Tengo una pequeña pension del Estado; pero como no me alcanza para mis gastos, hago flores.

—Mal oficio para las tres cuartas partes del año, que las hay naturales, y no tardará mucho sin que las haya tambien en invierno, segun se van generalizando los invernáculos. Tenemos, pues, que desde el momento que te cases no hay pension, y lo que es flores, Dios las proveerá olorosas; por consiguiente, no puede contarse sino con lo que gane Cárlos, y eso es lo lógico; mejor dicho, eso es lo que debe de ser.

—Yo le ayudaré...

—¡Pobrecilla! Pues no faltaba otra cosa...

El capitan continuó:

—Ese chico se me ha presentado esta mañana pidiendo la licencia absoluta.

—Sí, ya me habló de eso.

—¿Cómo? ¿Y tú no le has dicho que es un desatino del calibre de á treinta y seis?

—Señor, yo quiero siempre lo que quiere Cárlos.

—Eso está bien hablado; pero tu no ignoras que más ven cuatro ojos que dos, y tú...

—Yo me he acostumbrado á ver por los ojos de Cárlos.

—¡Dale! Luego si en esta casa ciega el amo de ella, ciega toda la familia.

—Cárlos me dijo que le habian ofrecido hace tiempo la administracion de una fábrica.

—¡Ah! Eso ya varia de especie. Si es así, veremos lo que conviene hacer.

En este momento se abrió la puerta de las cortinillas verdes, y Cárlos corrió á echarse en brazos del capitan Perez.

Con dificultad podia este dominar la emocion que de él se habia apoderado; pero haciendo un esfuerzo, se desprendió de su hijo adoptivo, cogió de la mano á Soledad, y presentándola, le dijo con toda la gravedad de que pudo revestirse.

—Caballero alférez D. Carlos Renteria, doy á usted por compañera la hija del soldado más valiente del ejército español. Cuídela usted, ampárela y hágala feliz, que muy digna es de ello.

Cárlos y Soledad se echaron á un mismo tiempo el uno en brazos del otro, y á un mismo tiempo tambien se desprendieron para arrojarse al cuello del capitan, exclamando:

—¡Padre mio! ¡Padre mio!

—¡Gracias, hijos, gracias! Sobre todo ser honrados, fué lo único que pudo dar á entender el capitan.

En el fondo de este cuadro, tan lleno de amor, aparecia un personaje, digno de él, oculto tras la puerta de cortinillas verdes. Perico, asistente hoy del alférez Renteria, y asistente años atrás del comandante Martinez, estaba pegándose de puñetazos, pugnando por hacer entrar dos lágrimas rebeldes dentro de sus órbitas.

. . . . . .

. . . . . .

Una hora despues hallábanse sentados alrededor de aquella mesa de juego, que hacia constantemente oficios de consola en la sala de Soledad, ésta, Cárlos, el capitan y un sacerdote.

Perico servia el chocolate con bizcochos como pudiera hacerlo un camarero consumado. Al acercarse á su ama, oyósele decir á media voz:

—¡Que sea enhorabuena, señorita Soledad!

Universidad de Deusto Biblioteca

SEGUNDA ÉPOCA.

La batalla de Artaza.

El general en jefe de los ejércitos del Norte, y á la vez ministro de la Guerra, D. Jerónimo Valdés, marchaba desde Vitoria con fuerzas respetables á socorrer á Estella el 22 de abril de 1835.

El célebre caudillo carlista D. Tomás de Zumalacárregui le salió al encuentro en los desfiladeros de Artaza, y ansiando medir sus armas con las del cristino, mandó al coronel Iturralde que avanzara á la cabeza de dos batallones de Guias.

La accion, que empezó por un vivo tiroteo, se generalizó á las dos horas de empezada, é hizose poco despues tenaz y sangrienta.

El terreno en que se batian los dos ejércitos era escarpadísimo; costábales trabajo tenerse en pié á los soldados de uno y otro bando.

El cristino ocupaba la parte elevada, y el carlista la baja.

Cuando uno de estos últimos caia herido por el plomo fratricida, veíasele hundirse en el fondo de aquella peña árida, húmeda, resbaladiza por la sangre de que se hallaba empapada, haciendo inútiles esfuerzos por sostenerse en la pendiente.

Mas ¡ah! El desquite era horrible, sangriento. Los infelices soldados de la reina que caian mortalmente heridos rodaban, y rodaban de roca en roca, hasta ser acribillados por sus enemigos.

Un mismo terreno es varias veces perdido y recobrado: allí se baten como simples soldados, como leones, como buenos, por una parte los Seoane, Cordova, Aldama...y por la otra los Villareal, Iturrralde, Zaratiegui...

No les pregunteis la causa que defienden; en aquel momento no hay cristinos, no hay carlistas: allí no se conoce otra bandera que la del honor.

Heridos gran número de jefes del ejército cristino, aún conquista este una vez más el terreno perdido, pero atacados nuevamente por los carlistas con ímpetu salvaje, ceden los unos el campo y se abren paso los otros, arrollando aun á sus contrarios, para dirigirse todos en confuso tropel hácia Abarruza.

. . . . . .

Ha empezado á oscurecer, y aún no se han disparado los últimos tiros en la batalla de Artaza. Aún se oye el bélico clarin, que anima al combate; aún se escuchan las voces de mando, las imprecaciones, los juramentos de los combatientes. Y en medio de este ruido, que no tiene nombre; de este *maremagnum* indescriptible, de este caos infernal, se dejan oir confusamente los ayes de los heridos, el estertor de los moribundos, que se repite como un eco maldito por todos los ámbitos de España para ir á estrellarse en los pechos de las madres, de las esposas, de las hijas.

El general cristino ha dejado á retaguardia un batallon, al mando de un jefe de toda su confianza, para que sostenga al enemigo y proteja inmolándose, si necesario fuera, la retirada del grueso del ejército.

Bien conocia el general al coronel que habia encargado el puesto de honor de aquella jornada. Tenia la seguridad de que solo pasando por encima de su cuerpo podria el enemigo rebasar aquella línea. Vigoroso, activo, valiente hasta el heroismo, era el coronel de aquel batallon, formado de gente escogida, el militar de quien siempre se echaba mano en los momentos supremos.

Vedlos: aquel peloton de héroes, colocados en la cumbre de la montaña, contesta con un grito unánime y entusiasta al oirle decir á su jefe: «Soldados, nuestro deber aquí es hacer el oficio de estacas. Nosotros somos una valla: ni más ni ménos: mientras no la echen por el suelo y pasen por encima de ella, no puede el enmigo arremeter á nuestros compañeros. ¡Firmes, pues, en nuestro puesto! ¡Viva la reina!»

No pasó mucho tiempo despues de esta corta arenga sin que fuesen acometidos por una descarga cerrada que diezmó aquella fila de hombres, poco extensa ya desde un principio. Pero los huecos volvianse á cubrir, con un órden y una precision dignos de una revista, y una explosion atronadora fué la respuesta dada al saludo del enemigo.

Universidad de Deusto Biblioteca

—¡Bien, muchachos, bien! decia el jefe de aquellos valientes recorriendo sus filas. Por cada uno de nosotros caen diez facciosos. A este paso pronto llegaremos á ser tantos como ellos.

Pero la verdad era que el batallon iba quedándose tan reducido, merced á los acertados disparos del enemigo, que podia contarse sin gran trabajo el número de hombres que quedaban en pié.

El carlista, cansado ya de aquella lucha tenaz que imposibilitaba todos sus planes, habia arremetido á la bayoneta por dos veces consecutivas; todo fué inútil. Los cristinos, fieles á la consigna recibida de su jefe, se habian trasformado en verdaderas estacas, que solo cuando eran tronchadas por las balas enemigas dejaban un claro que volvia á cubrirse, acercándose cada vez mas los extremos de la linea.

Una hora hacia ya que aquel puñado de hombres sostenia el ataque de todo el ejército carlista, hasta que viendo este que avanzaba la noche y se le escapaba con ella el fruto que pensaba haber alcanzado de la victoria, arremetió decididamente á los 200 hombres escasos que aún quedaban en pié, y los arrolló hasta confundirse con ellos.

El arma blanca reemplazó á la pólvora, y considerándose aún demasiado alejados los unos de los otros, trabóse un pugilato á muerte.

El coronel habia ya mandado á la eternidad al primero que tuvo la osadia de avalanzarse á él con ánimo de cogerle vivo.

Detrás de éste vino un soldado veterano intimándole que se rindiera; pero la contestacion del coronel se redujo sencillamente á disparar contra su enemigo el tiro de su segunda pistola, cuya bala llevó por delante la boina de este, merced á un movimiento rápido que hizo su dueño en el momento que el cristino tiraba del gatillo.

Cogió el soldado carlista su fusil por la punta del cañon, y descargó tan terrible y descomunal golpe sobre el coronel, que á no haberse éste amparado con su espada, habria ido á aumentar el número de los que yacian por tierra.

La espada saltó hecha pedazos, conservando empero su dueño el puño de ella.

El soldado giró el arma que le habia servido de maza, y colocando la boca del fusil en la sien de su enemigo, buscó el gatillo en el momento que el coronel, que preveia su fin, gritaba despidiéndose del mundo, con todo el lleno de su voz: «¡Viva la reina!»

Hizo el carlista en aquel instante mismo un movimiento rápido, y el tiro que iba destinado á levantar la tapa de los sesos del coronel, se desvió, llevándose la bala un mechon de pelos que colgaba sobre su oreja izquierda.

—¡Ríndase usted! ¡Ríndase usted! gritó el carlista arrojando el arma al suelo, y agarrando al coronel con una fuerza hercúlea del cuello de la levita.

El coronel tendió la vista en derredor y no vió ó no pudo ver en pié á uno solo de los suyos. Respiró fuerte, como el hombre que se desprende de un peso y dijo, entregando á su contrario el puño de la espada que aún conservaba en su mano:

—Me entrego, y toma lo que ha quedado de una espada que ayudó á arrojar de España á los extranjeros. No va tan mal empleada, porque..... eres un valiente,

Universidad de Deusto Biblioteca

El carlista cogió de un brazo al coronel, que quiso desprenderse, diciendo:

—Nunca he faltado á mi palabra.

—No; no es eso, replicó el soldado comprendiendo la alusion del coronel; sino que si le ven á usted solo podrian.....

—¡Ah, ya! Y tu no podrias entregarme vivo; eres previsor, y le alargó el brazo, que el carlista cogió casi con respeto.

Pocos momentos despues era entregado el coronel en el depósito de prisioneros, y el soldado carlista que le habia presentado volvia apresuradamente hácia el lugar en que se habia trabado la accion, preguntando á cuantos compañeros encontraba al paso, por su amo, el capitan de la segunda compañia del primer batallon de Alava.

. . . . . .

Las sombras de la noche han invadido ya la cumbre de Artaza, tumba gloriosa de los valientes de uno y otro bando que allí perecieron el 22 de abril de 1835.

Algunas horas despues del destrozo del último batallon cristino, solo se oye confusamente en aquella sima tal cual ¡ay! que lleva tras sí el alma del que lo exhala; y un ruido sordo, confuso, mas horrible, mas terrorifico aún que el del cañon y el del huracan; era el graznido de las aves que acudian en tropel al banquete de carne humana.

. . . . . .

Al pié de la cordillera de Artaza hallábase emplazada una casita reducida en dimensiones, y en cuyos cuatro frentes aparecian manifiestas é inequívocas señales del combate librado aquel dia.

En una de las alcobas medio derruidas de aquella casita, humilde, pero honrosa vivienda del labrador vascongado, se encontraban algunas horas despues de la batalla un capitan y un soldado carlistas.

La conversacion, que parecia animada, sostenianla en voz tan baja, que á veces se hacia imperceptible para los mismos interlocutores.

—¿Y dices que no te ha conocido? preguntaba el capitan.

—No señor, y nada tiene de particular, porque los diez años trascurridos y este maldito sablazo..... Y el soldado señalaba una cicatriz que le cogia desde la frente á la barbilla.

—Es preciso que encontremos un medio de salvarle. ¡Oh! yo no puedo consentir que le fusilen. ¡Seria horrible!....

—Pues mire usted, mi capitan, si no andamos listos, no se que le diga á usted.

—¡No, no! ¡Antes..... sí, antes matar!.... repetia el capitan como hablando consigo mismo.

—Pues usted dirá lo que se ha de hacer. Ya sabe usted que yo...

—Sí, ya lo sé; cuento contigo, Perico. Pero ante todo es preciso averiguar las órdenes que hay. Voy á saberlo, y mientras tanto á ver si discurres algo.

—Las órdenes á que el capitan se referia habian sido ya comunicadas. Que los prisioneros fuesen trasladados á Aguilar, y averiguada la suerte que habia cabido á los carlistas presos en la ciudad de Pamplona, obrar en consecuencia.

Antes de rayar el dia púsose en marcha uno de los batallones de Alava en direccion al pueblo de Aguí-

lar, conduciendo á los 300 prisioneros cogidos en la batalla de Artaza.

Triste y penosa era la caminata que hacian los mismos que unas horas antes no doblaran su cabeza aun cuando vieran que se aplanaba el mundo.

Triste, porque se agolpaban á su imaginacion los recuerdos mas dulces de su vida: su madre, su familia, sus amigos, su casa, su hogar en fin; penosa, porque todos se hallaban más ó ménos axhaustos de fuerzas por la sangre vertida, por las fatigas sufridas, por la falta de alimento, y...:. preciso es decirlo, de abrigo y aun de calzado, de que habian sido despojados en el instante de ser hechos prisioneros.

El coronel cristino, á quien habia cabido, apenas llegado al depósito, la misma suerte que á sus compañeros de armas, se vió agradablemente sorprendido aquella misma noche con la devolucion de su uniforme completo y con el ofrecimiento de una cena que podia calificarse de expléndida, atendidas las circunstancias en que se la presentaban.

Al repartir esta entre sus camaradas de desgracia, les dijo sonriendo el coronel:

—Esto es engordar para morir. Pero ¡qué diablo! Una hora de vida es vida, y Dios se lo pague al que nos da fuerza para resistirlo.

A las nueve de la mañana del dia 23 entraba esta lúgubre procesion por la calle principal del pueblo de Aguilar.

El capitan Rentería, á quien el lector habrá ya conocido en uno de los interlocutores de la casita de Artaza, pertenecia al batallon que custodiaba los prisioneros.

Poco despues de haber sido encerrados estos, hallábase Rentería en su alojamiento, sentado unas veces, recorriendo otras en pocos pasos aquella reducida estancia, arrancándose tal cual pelo de su bigote, ó asiéndose sin piedad de sus cabellos. Así ha dejado trascurrir, una tras otra, tres horas de aquella mañana.

Hace ya un gran rato que, apoyados los puños en la frente y los codos en una mesa, ha quedado ensimismado, ó tal vez rendido de la lucha trabada consigo mismo durante tan largo tiempo.

Acaba de sonar una hora en el relój de la parroquia y el ruido de la campana ha hecho en él el efecto de un resorte.

Empero no han debido llegar á sus oidos las campanadas todas, cuando se ha apresurado á sacar su relój á fin de cerciorarse de la hora en que vive.

—¡Las doce ya! Por Dios que trascurren las horas mas veloces cuanto mas se quiere alargarlas.

Dijo, y abrió la ventana que daba á la calle, y despues de estar asomado unos cuantos minutos, como si tuviera necesidad de aire para poder respirar con facilidad, volvió á entrar, diciendo desesperadamente:

—¡Ese hombre no parece! ¿Dónde estará? ¿Qué hará?

No habia aún acabado la frase, cuando se abrió la puerta de la alcoba y caia en brazos del capitan una mujer, jóven y graciosa, pareciéndolo aún más por su espesa y rizada cabellera rubia, de la que se desprendian en desórden dos gruesos bucles que caian sobre sus hombros.

—¡Cárlos!

—¡Soledad!

Universidad de Deusto Biblioteca

Tales fueron las únicas palabras que durante un largo rato resonaron en aquella estancia. Sentíase empero, el ahogado rumor de un sollozo y la agitada respiracion que salia de un pecho oprimido.

—¿Por qué has venido? pudo llegar á decir el capitan.

—¡Señor!.... articuló una voz desde la puerta de la alcoba.

—¡Ah! Ahora lo comprendo, replicó el capitan. Has hecho mal, Perico, añadió dirigiéndose al soldado, que se hallaba á respetuosa distancia; no debiste haber dado este mal rato á tu señorita.

Perico bajó la cabeza sin articular una sola frase; pero Soledad se apresuró á decir:

—No, Cárlos, no; Perico no es culpable. Fué á sacarme de la angustia en que yo estaba hasta saber de ti despues de esa sangrienta accion, y puede decirse que yo le arranqué á viva fuerza lo que querias fuera un secreto para mí. ¿Con qué el pobre capitan, nuestro protector, nuestro padre?....

Y no pudo continuar, porque el llanto embargó su voz.

—Sí... Pero tranquilízate; tengo esperanzas de que se salve.

—¡Cómo! No comprendo...

—Cuando no ha llegado aún la órden, es seguro que no...

—¡Cárlos! ¡Cárlos! Túignoras sin duda, le interrumpió Soledad, tratando de ahogar con su diminuta mano la palabra terrible que iba á escaparse de los labios de su esposo.

—¿Qué sabes tú? ¡Dilo! ¡Oh!... Dilo pronto.

Soledad no contestaba; pero en su semblante, en

su mirada, fija en la del capitan, estaba representado el terror de que se hallaba poseida; terror que imposibilitaba el movimiento de su lengua.

—Señor, dijo el soldado con voz ahogada por la emocion, al llegar al pueblo nos han dicho que...

El capitan dió un rugido, y desprendiéndose de los brazos de su esposa, gritó en el colmo del furor:

—¡Rayo de Dios! ¡En ese caso no respondo de lo que pueda suceder!

—¡Cárlos! ¡Por la Vírgen Santísima! Acuérdate de mi, de tu pobre hijo, exclamaba Soledad agarrándose al cuello del capitan.

El soldado retirado en un ángulo de la alcoba, tomaba parte en aquella triste escena desgarrándose la herida de la cara, aún no del todo cicatrizada.

Renteria se repuso un momento al sentirse humedecido por las lágrimas que vertia Soledad, y balbuceó con voz perceptible apenas:

—¡Pobre hijo mio!

—¡Cárlos! ¡Cárlos! ¡Por Dios, mira lo que haces, ¿Vas á dejar á tu pobre hijo solo en el mundo? repetia la pobre madre sin dejar de abrazarle.

El capitan dió á su esposa un beso en la frente, rechazó suabemente los brazos que le sujetaban, y dijo dando unos pasos hácia la puerta:

—Vuelvo al instante.

—¡Júrame que volverás! exclamó Soledad avalanzándose nuevamente á su esposo.

—Es la primera vez que has dudado de mí, Soledad, dijo Cárlos en tono de reproche.

—¡Ah! Perdóname; no sé lo que he dicho: no, no dudo, no puedo dudar.

Al llegar á la puerta se volvió el capitan para decir á su asistente:

—Espérame tambien tú. Haz mientras tanto compañía á tu ama.

Soledad cayó en una silla y dió rienda suelta al llanto apenas hubo desaparecido Renteria.

El soldado contemplaba en silencio, pasándose frecuentemente la mano por la herida.

—Señorita Soledad, se apresuró á decir en un momento que ésta daba tregua á su dolor. Señorita Soledad, tenga usted confianza en Dios. ¿Quién sabe si todavía?...

—Tú lo has oido como yo: mañana... ¡Ah! ¡Cárlos será capaz!...

—¡No, no! Aquí estoy yo, que no hago falta para nada en este mundo.

—¡Tú! ¿Y qué podrás tú hacer, pobre de ti?

—¡Digo! Si acaso... Así como así la vida no es más que para una vez, y si yo pudiera pagar á usted con la mia todo lo que la debo...

—Ya me tienes pagado con usura, contestó Soledad cogiendo las manos callosas de su fiel criado.

—¡Caramba! Vale mas batirse, fué lo único que pudo decir aquel valiente.

Antes que pudieran volver á emprender la conversacion, apareció el capitan en el hueco de la puerta.

No tuvo Soledad necesidad de preguntarle qué nuevas traia; su semblante estaba revelando bien á las claras que habia perdido toda esperanza.

El capitan se dejó caer en una silla y se puso á llorar como un niño.

Soledad no quiso interrumpir su llanto, porque

comprendia que era un alivio para el dolor reconcentrado en su pecho.

Mucho rato se pasó sin que se oyera una sola palabra. El capitan fué el primero que dijo entre dientes:

—¡Es un castigo de la Providencia!

—¿Por qué dices eso, Cárlos? Pues qué, ¿has cometido tu alguna falta? ¿No has cumplido siempre con tu deber?

—Yo no debí batirme contra mis compañeros, contra mis hermanos.

—¡Ah! Es verdad. Yo tengo la culpa. Si hubieras estado solo en el mundo, si no hubieras tenido familia, habrias podido vivir sin volver á abrazar la carrera de las armas, que la habias ya abandonado; pero...

—¡Calla Soledad, calla! ¡Me haces daño!...

—Con que ¿no hay esperanzas? preguntó la jóven al cabo de unos momentos de silencio, cogiendo al mismo tiempo las manos á su esposo.

—¡Ninguna! Mañana á las seis deben ser pasados por las armas... No sé cuántos; pero sé que él, nuestro bienhechor está el primero en lista; ¡el primero!

—¡Oh! ¡No lo digas! No lo digas: exclamó Soledad tapándose la cara con ambas manos.

—Voy á verle, dijo el capitan levantándose resueltamente de la silla en que habia caido á su llegada.

—¡No por Dios! Ya sabes lo que es don Juan. Nada adelantarias con eso, y por el contrario, tal vez...

—Pero yo no debo abandonarle.

—¿Y acaso te digo yo que lo abandones? Muy lejos de eso; si pudiéramos discurrir algun medio...

Y los tres interlocutores de aquella escena pusiéronse cabizbajos, tratando de encontrar algun medio,

Universidad de Deusto
Biblioteca

por descabellado que fuera, que les sacara de la terrible ansiedad en que se encontraban.

De pronto dióse el soldado un porrazo en la frente, diciendo:

—Mi capitan, ¿toca á nuestra compañia de guardia esta noche en el cuartel?

—Sí; todo el batallon alterna para que todos puedan descansar algunas horas.

—Pues ya está hecho.

—¡Habla!

—¡Oh! Sí, explicate, Pedro, decia Soledad.

—Muy sencillo; póngame usted de centinela á la puerta del calabozo del capitan; ¡dale! digo, del coronel, y le dejo marcharse.

—¡Eso no es posible! exclamó el capitan. Lo averiguarian inmediatamente, y...

—Y no es posible, añadió Soledad, porque no es justo que tú te sacrifiques, y quizás inútilmente.

—Lo que es por eso no le importe á usted señorita. Así como así, si no hubiera sido por usted, ya estaria yo en el otro mundo, dijo el soldado señalando la cara.

—No hablemos de eso.

—Sí, veamos de encontrar otro medio.

—Pues yo creia.... insistió el soldado.

—¡Silencio! dijo el capitan.

Y los dos hombres volvieron á poner en tortura su imaginacion, mientras Soledad, arrodillada frente á un cuadrito en que se hallaba la imágen del Salvador del mundo, le pedia con todo el fervor de su alma un rayo de luz en aquella oscuridad en que se hallaban envueltos.

. . . . . .

Ya se habian comunicado las órdenes para la ejecucion, que deberia tener lugar á las seis de la mañana del siguiente dia.

¡Treinta y dos eran las víctimas que iban á ser inmoladas en aras de las represalias! ¡Uno por cada diez prisioneros! ¡Diez y seis por cada uno de los fusilados en Pamplona!

La suerte habia escogido ya entre los infelices soldados rasos los nombres de los que debian ser sacrificados. Unidos á veinticuatro de estos, ocho jefes que sentenciados de antemano no habian tenido necesidad de correr el albur de vida ó muerte, el número de víctimas se hallaba ya completo, y disponiéndose á abandonar este mundo á la edad que lo veian mas lleno de risueñas esperanzas.

El coronel D. Juan Perez ocupaba desde las once de aquella mañana en el piso bajo de la casa de ayuntamiento una alcoba tan reducida, que una pequeña mesa, una silla y un jergon raquítico bastaban para llenarla casi toda.

Sobre la mesa habia un crucifijo de talla y dos candeleros con su respectiva vela de cera, cuyas luces daban á aquel departamento el lúgubre colorido de que debia estar revestido.

Sereno imperturbable, habia oido el coronel su sentencia de muerte. Al preguntarle si tenia algo que exponer, dijo sencillamente:

—Doy gracias al tribunal por estas horas de vida que me concede.

Y despues de un saludo militar, hecho sin afectacion, salió con paso firme y rostro impasible de la sala en que habia sido juzgado, es decir, sentenciado.

El coronel púsose á escribir inmediatamente de encerrado en aquella alcolba que hacia oficios de calabozo y capilla, y pasó en tal ocupacion una hora larga. Comió moderadamente, nada mas que lo suficiente para poder conservar las fuerzas. Pidió poco despues un sacerdote con quien conferenció otras dos horas, y luego suplicó que le dejaran solo hasta media noche, que cuidaria de reconciliarse y reunirse á sus compañeros, de quienes deseaba que no le separasen ya hasta su viaje á la eternidad.

Nadie, al ver la calma y tranquilidad de aquel hombre, hubiera supuesto que solo le restaban muy pocas horas de vida.

Habiendo cumplido con el mundo y con Dios, creyó que debia cuidar de su cuerpo para poderse desprender de él lo más dignamente posible, y se echó en el jergon como pudiera haberlo hecho sobre blandos y mullidos colchones.

Las sombras de la noche iban ya invadiendo aquel miserable tabuco, haciéndole, si posible era, más triste y lúgubre que durante el dia, cuando, á juzgar por la respiracion lenta y acompasada del coronel, parecia haber conciliado el sueño.

Poco despues se estremeció convulso, empezó á agitarse y acabó por apoderarse de él un pequeño temblor.

Dió un brinco sobre el jergon, y pulsándose una de sus muñecas, exclamó:

—¡Vive Dios! ¿Qué es esto, señor coronel? ¡Miedo!... ¡No! Si no lo he tenido hace veinticuatro horas, cuando vi la muerte á un segundo de distancia, ¿lo habia de tener ahora que se halla todavia tan lejos? Debe ser frio lo que tengo; sí, eso es, ¡á la fuerza!...

Y satisfecho de haber dado con una solucion que dejara á salvo su valor, su honra, se dirigió á la puerta del calabozo y llamó:

—¿Qué ocurre? contestó inmediatamente el centinela.

—A ver si quieren darme una manta; hace frio...

Un momento despues el coronel don Juan Perez, tendido en el jergon y arropado en una mala manta, dormia con la tranquilidad del justo.

Su temblor provino, pues, de frio, que nó de miedo.

. . . . . .

. . . . . .

Con la última campanada de las diez en el relój del pueblo de Aguilar coincide un rumor de voces y pasos en el pasillo de la casa-cárcel de ayuntamiento. Es el relevo de los centinelas, á quienes se da una consigna tan severa que puede resumirse en la palabra «¡Muerte!»

Poco despues se oye el grito aterrador de ¡Centinela alerta!—¡Alerta está! repetido por todos los ámbitos del edificio; y á este grito del vigia, que va extinguiéndose pausadamente en los valles y en los montes que rodean á la poblacion, suceden una calma y silencio sepulcrales.

Los soldados carlistas descansan, abandonando sus vidas en mano de los centinelas que velan.

Tambien velan los desgraciados que dentro de muy pocas horas deben gozar del sueño eterno. Quieren saborear los momentos que aún les resta de vida; no pueden perder ni un segundo de ella. ¡Ay! Aquellos instantes de su existencia, tan horribles como son,

Universidad de Deusto Biblioteca

son tambien los mas acariciados por ellos. ¿Cómo no, si son los últimos?...

El coronel es el único de los qne deben comparecer muy luego ante la Justicia divina, que disfruta de un sueño tranquilo y sosegado, á juzgar por su respiracion tenue y pausada.

Han trascurrido quince minutos, y vuelve á oirse el ¡Centinela alerta!—¡Alerta está!

No habia aún concluido de extinguirse en el recinto del edificio el eco de la voz del centinela colocado á la puerta del calabozo en que se hallaba el coronel, cuando se abrió suavemente esta, y una voz apagada y casi imperceptible llamó por dos veces.

—¡Coronel! ¡Coronel!

El timbre de aquella voz fué á estrellarse contra los cuatro muros que cerraban aquel cuartucho miserable, sin que obtuviese respuesta de ningun género.

—¡Válgame Dios! balbuceó la voz, y asomando la cabeza que la producia por la abertura que dejaba la puerta, añadió:

—¿Será capaz de haberse dormido?

La puerta se abrió lo preciso para dar entrada á un hombre, y este midió muy quedo los dos pasos que restaban desde la puerta al jergon. Se acercó al oido del dormido y volvió á llamar con sigilo:

—¡Coronel!

Empero no bastó tampoco esto á despertarle. Solo despues de zarandearle bruscamente fué cuando el coronel, restregándose los ojos, contestó con voz natural:

—¡Qué! ¿Es la hora?

—¡Silencio! dijo el que estaba á su lado, poniéndole la mano en la boca.

—¿Qué hay? preguntó el coronel incorporándose.

—¡Vamos pronto! Ahí queda eso, y á vestirse, pero de prisa....

Y el que esto decia dejaba al mismo tiempo un lio en manos del coronel.

Quedó este un momento sin poder darse cuenta de lo que veia y oia, dudando si estaria soñando ó despierto, hasta que su interlocutor volvió á decir muy quedo:

—Múdese usted de levita y calzado, y cuando lo haya hecho llame usted á la puerta. Pero ¡por Cristo! no pierda usted un momento: y dicho esto, volvió á salir, cerrando la puerta tras él.

El coronel quedó un instante perplejo; dudaba aún si era un hecho real y positivo lo que acababa de acontecerle; pero súbitamente se desabrochó la levita, la echó sobre el jergon, vistióse el capote pardo carlista, arrojó las botas á un rincon, se calzó unas alpargatas, calóse la boina hasta los ojos, y sin dar tiempo á reflexionar, se dirigió á la puerta y llamó.

Antes que hubiese retirado la mano abrió el centinela aquella, diciéndole rápidamente:

—¡Pronto! ¡Pronto!... ¡Serenidad!

—¡Tu nombre! esclamó D. Juan sin dar un paso hácia adelante.

—¡Usted me quiere perder! ¡Márchese usted!

—¡Tu nombre! repitió el coronel. No salgo de aquí si no me lo dices. ¡Ah! Yo quiero conocerte.

—Sí; yo soy el que hizo á usted prisionero... se apresuró á decir Perico, pues era él, temiendo que el coronel retrotrajese la memoria á tiempos más lejanos.

Universidad de Deusto Biblioteca

—¡Ah! Es verdad. Pues bien; tu nombre...lo exijo.

—¡Oh! Bien...Pedro...Hernandez... Al frente está el camino de Vitoria...

—¡Adios! Pedro, no te olvides que te debo la vida; yo no lo olvidaré.

El soldado empujó al coronel hácia la puerta, poniéndole en la precision de echar á andar, é inmediatamente entró en el calabozo, hizo con la paja del jergon y la levita, morrion y botas del coronel un pelele, le acostó y tapó con la manta, y volvió al corredor en el momento mismo que se dejaba oir el grito de ¡Centinela, alerta! para contestar ¡Alerta está!

Cuando el coronel atravesaba á buen paso la plaza del pueblo de Aguilar, un hombre embozado hasta las cejas y apoyado ó más bien oculto en el derrame de una puerta, siguió mirándole fijamente hasta perderle de vista.

Poco despues ese mismo hombre se echaba en brazos de una jóven, exclamando:

—¡Se ha salvado!

—¡Gracias, Dios mio, gracias! decia Soledad, arrodillada ante la imágen del Salvador del mundo.

. . . . . .

Apenas ha sonado media noche en el reloj del pueblo de Aguilar, cunde la alarma en el edificio que sirve á la vez de casa-ayuntamiento, cuartel, cárcel y capilla.

Un prisionero, el más importante de todos, el jefe, ha conseguido fugarse. Nadie se dá cuenta de esta evasion. Todos los centinelas están contestes en que desde las seis de la tarde le han visto acostado en el jergon que le servia de cama, sin que nadie pueda asegurar cuando se hizo el cambio del coronel por el pelele.

Fórmanse inmediatamente patrullas que recorren las calles, y se destacan fuera del recinto de la villa varios grupos de soldados en persecucion del fugitivo.

. . . . . .

El cielo se ha encapotado: negras y densas nubes van cubriendo el espacio; tal cual ráfaga de fuego que se deja ver allá en el horizonte, y un calor seco, sofocante en la atmósfera que se respira, son indicios vehementes de una próxima tempestad.

De pronto el relámpago ilumina el espacio; tras él óyese un espantoso trueno, y gruesas gotas de lluvia anuncian el turbion que vá á precipitarse.

A la luz de las exhalaciones puede verse á un hombre que anda á tientas, tropezando aquí y acullá, cual si estuviera ciego ó ignorase completamente el terreno que pisa.

Es el coronel D. Juan Perez que, confiado en Dios y en su valor, camina hace dos horas, sin rumbo fijo, hácia donde le depare su destino.

En el momento mismo que una ráfaga de fuego le ciega hasta el extremo de tener que taparse la vista con ambas manos, mezclado con el eco aterrador del trueno que retumba en las concavidades de las montañas, llegan á sus oidos claras, perceptibles, las voces de ¡Alto! ¡Date, ladron! ¡Negro! á la vez que una descarga cerrada de fusileria, tras la que cruzan silbando, próximas á su cabeza, un crecido número de balas.

El coronel comprendió que se hallaba perdido si vacilaba un solo momento.

Universidad de Deusto Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

A sus pies corria desbordado un arroyo que se habia trasformado en espantoso torrente, y sin calcular la distancia que le separa de la orilla opuesta, sobreponiéndose al terror que en un ánimo menos fuerte que el suyo debia infundir el ímpetu salvaje con que corrian las aguas arrastrando todo lo que á su paso encontraban, corre á la orilla, y haciendo un esfuerzo sobrehumano se lanza por los aires.

Una docena de balas silban á su derredor y ván á estrellarse en la márgen opuesta, momentos antes que el coronel cristino cayera á diez pasos de distancia envuelto en la corriente del rio.

Con el agua hasta la boca lucha desesperadamente contra aquel diluvio que todo lo arrasa, y abrazándose fuertemente á un arbolillo que por milagro se conserva en pié en medio de aquella devastacion general, consigue ganar, medio á nado y medio á la rastra, la orilla opuesta.

El coronel, que no sabia dónde se encontraba, ignoraba si el enemigo podria cortarle el paso, anticipándose á su marcha por algun punto accesible.

No era, empero, aquel hombre de esos que pierden, vacilando en los momentos supremos, el tiempo que necesitan para obrar. Resuelto, como si supiera el camino que deberia emprender, echó á andar, ó más bien echó á correr hácia adelante. Pero al cabo de algunos minutos de una carrera en la que tropezaba á cada instante, y no pocas veces daba con su cuerpo en tierra, faltáronle las fuerzas á éste, que no al ánimo, superior en brios á su naturaleza de bronce.

Sentóse un instante para tomar aliento, y al tender la vista extraviada, casi maquinalmente, creyó distinguir, á la luz de los relámpagos que iluminaban sin tregua el espacio, hundida en la falda de la montaña, una casita; nuevo monte Ararat en el naufragio que estaba atravesando.

Llegó hasta la puerta, y hallándola nada mas que entornada, la empujó y entró sin vacilar.

En una sala en la que si no reinaba el lujo puede asegurarse que no se cobijaba la miseria, vió, á la luz de una vela de cera virgen, ó más bien á la claridad del relámpago, pues aquella quedaba constantemente amortiguada por la producida del choque huracanado de las nubes, una jóven aldeana arrodillada junto á una cuna, levantadas las manos al cielo en actitud de orar.

El coronel cerró la puerta tras sí, y antes que la mujer tuviese tiempo de volver la cara, cayó tambien de rodillas, dando al Supremo Hacedor desde el fondo de su corazon gracias infinitas, porque habia conservado su existencia hasta aquel instante.

La aldeana ahogó en su garganta, al ver la humilde actitud de aquel hombre, el grito que estaba próximo á escapársele y se contentó con decir á media voz:

—¿Qué es lo que usted quiere?

—¡Sálveme usted, jóven! ¡Dios se lo pagará á usted!

—¡Salvarle!... ¡Yo! pues... ¿Quién es usted?

—Soy cristino...

La mujer dió, por fin, un grito al saber que no pertenecia aquel hombre al bando á que por su traje parecia pertenecer, mientras el coronel se apresuraba á añadir:

—Nada tiene usted que temer, jamás he hecho da-

ño á una mujer, ¡lo juro! Y en este momento... ¡Oh! Ahora soy un desgraciado, cuya vida está en manos de usted.

—¡Esos tiros!...

—Los han disparado contra mí, sí. Me persiguen, me prenderán, y... usted puede evitar que me fusilen.

En este momento sonaron repetidos golpes á la puerta y oyóse una voz que decia:

—Juana, abre pronto, que estoy calado.

—¡Mi padre! dijo la jóven en voz baja, y añadió: ¡Allí! señalando una puerta á la que el coronel se precipitó fuera de sí.

Juana abrió la puerta del campo y acto contínuo se oyó decir:

—Apenas puede darse un paso: todo se halla inundado. Sin embargo, he llegado hasta la orilla del rio sin poder descubrir nada. Pero no hay duda que han sido tiros y no pocos.

El coronel no oyó mas palabras, pero creyó distinguir el llanto de un niño, á la vez que el canto monótono de la madre y el movimiento acompasado de una cuna.

Trató ya de hacerse cargo de la estancia en que se encontraba. A los pocos pasos tropezó con un ser viviente; era una vaca: se hallaba, pues, en un establo. Miró si habia alguna ventana ó punto accesible de salida, pero no vió nada; verdad es que se hallaba completamente á oscuras.

La luz del relámpago que precede al trueno no le deja duda alguna que la única salida de aquel aposento es la puerta por donde entrado habia.

Mientras tanto la tempestad crece imponente, aterradora. Súbito un nuevo trueno seco, estridente, conmueve el suelo, y casi simultáneamente una luz rojiza ilumina el aposento. El olor á azufre, á la vez que la densidad de la atmósfera, que van aumentándose con rapidez suma, hacen comprender al coronel que el rayo ha caido en aquella casa, que es ya presa de las llamas.

La vaca muje, tratando de desprenderse de la argolla en que se hallaba atada.

La respiracion del coronel se comprime por momentos; quiere llamar y la voz se ahoga en su garganta; corre á la puerta con ánimo de abrirla, pero no puede conseguirlo; se hallaba cerrada por fuera.

El coronel Perez, empapado en agua y en un sudor frio, da vueltas como una fiera en su jaula entre aquellas cuatro paredes que prevé le serbirán de tumba.

Con ímpetu salvaje golpea repetidas veces á la puerta; todo inútil: la puerta permanece cerrada. Se retira á algunos pasos de ella, y tomando carrera apoya ambos piés en las tablas, haciendo saltar la taravilla con que se hallaba sujeta. Una bocanada de humo negro y espeso, y tras ella una ráfaga de fuego, le hacen retroceder maquinalmente.

Convencido de la inutilidad de sus esfuerzos por salir, se detuvo y echó maquinalmente mano al bolsillo para sacar el pañuelo con que poder enjugar el sudor de que se hallaba inundado. El pañuelo estaba completamente empapado en agua.

Dió un grito salvaje, y desdoblando convulso, casi sin aliento, el pañuelo, se tapó la cara con él y se avalanzó á la estancia próxima, que se hallaba ya trasformada en un horno.

Universidad de Deusto Biblioteca

A los primeros pasos que en aquella dió, tropezó con un cuerpo extraño, faltando muy poco para que diera con el suyo en tierra. Sin cuidarse de averiguar la causa del tropiezo, á tientas, apoyándose en las paredes, llegó al escalon de la entrada á la casa. En el momento de poner el pié en él, otro cuerpo inerte le hizo perder el equilibrio y caer de bruces, escapándosele el pañuelo de la cara.

Sus ojos se fijaron sorprendidos en un cielo azul, sereno, tachonado de estrellas, y su pensamiento se elevó á Dios, á quien del fondo del corazon dábale gracias infinitas por las mercedes que le estaba otorgando.

Se habia salvado.

Púsose en pié con impaciencia febril y miró hácia atrás. El cuerpo con que últimamente habia tropezado era el de la aldeana que le habia salvado. Se apresuró á socorrerla solícito, más al cogerla de un brazo, retrocede lleno de horror. ¡Le halló carbonizado!

En el mismo instante llegó á sus oidos el débil llanto de un niño, y sin acertar á comprender la causa de aquel fenómeno, observó que una criatura se revolvia sobre el cuerpo carbonizado de la mujer.

Al coger en brazos el niño, supo darse el coronel explicacion de fenómeno que en un principio creyó un hecho sobrenatural.

La criatura se hallaba envuelta en un gran pañuelo de seda. El fluido eléctrico que habia convertido en carbon á la mujer habia respetado el cuerpo del niño.

Levantóle el coronel á la altura de sus ojos, y despues de contemplarle un corto rato le inundó de lágrimas; eran las primeras que vertia hacia ya muchos años, é hicieron en él el mismo efecto que si se hubiera desprendido de un peso que le agobiara.

—¡Oh! Juro por Dios que me escucha, que compartirás tu suerte futura con la mia, dijo estrechando contra su corazon á su protegido, y echando la última mirada á la casa, que era ya presa de las llamas, emprendió su marcha á la lúgubre claridad de aquella hoguera.

No sabia á dónde iba; pero tenia fé ciega en la Providencia, que le habia amparado hasta aquel instante, y caminaba, si no tranquilo, sosegado, acariciando sin cesar al niño que llevaba en brazos.

Dos horas estaba andando y una hacia ya que habia despuntado el dia, cuando distinguió á distancia de un tiro de fusil un cuerpo de ejército. ¡Eran cristinos!

Cuatro lanceros habian sido destacados con ánimo de acorralarle, pues se figuraron por el uniforme que Perez vestia que era un carlista. El coronel indicó por señas que se entregaba, y pocos instantes despues se encontraba entre los suyos, á quienes referia los horribles acontecimientos en que habia tomado parte durante las últimas cuarenta y ocho horas.

Mientras tanto era objeto de las caricias y cuidados de los camaradas del coronel su hijo adoptivo.

FIN DE LA BATALLA DE ARTAZA.

Universidad de Deusto Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

TERCERA ÉPOCA.

La familia del Emigrado.

Madrid aparece envuelto en un inmenso sudario. Sus casas, sus palacios, sus templos todos, se asemejan á otros tantos montones de nieve mas ó menos grandes.

La nieve no refleja los sonidos; así los coches se deslizan silenciosos como si fueran trineos por encima de una sábana de agua conjelada.

El termómetro marca seis grados bajo cero.

No parece sino que la atmósfera tiene un filo agudo y cortante de acero, á juzgar por el efecto que causa en el rostro de los transeuntes. Por eso buscan estos apresurados un abrigo contra la furia del temporal.

Si las noches como las del 24 de diciembre de 1859 son soportables y hasta gratas para los que tienen la dicha de pasarlas alrededor de un excelente fuego, ¡cuán largas son y duras para los infelices que no tienen combustible que quemar en su hogar!

En una de las casas mas humildes de la calle de Juanelo, en el más miserable de los tabucos que la constituyen, hállanse reunidos, ó apiñados mas bien, en torno del humo que despide un puñado de paja humeda, dos mujeres y un hombre.

La mayor de aquellas tiene poco mas de cincuenta años, si bien su rostro demacrado y sus cabellos blancos como la nieve que cubre el techado, la hacen aparecer sexagenaria. En medio de la decrepitud, se vislumbra en las facciones de aquella mujer una dulzura y bondad tan grandes, que la hacen ser no solo simpática, sino hasta agradable.

La menor representa tener diez y ocho años. De rostro celestial, de ojos azules rasgados, de cabellos rubios naturalmente rizados, y de mirar dulce, harian de ella un angel si su bondad y su ternura no bastaran á colocarla entre el número de los espíritus celestes.

El hombre, que habia ya vivido medio siglo largo, era de facciones agradables y expresivas; pero su color lívido, su pelo crespo, la barba espesa y descuidada, mezcla entre negra y blanca, su mirar extraviado, y mas que todo el traje que le cubria, compuesto de una camisa hecha girones, de un patalon de lienzo lleno de remiendos y una chaqueta andrajosa, hacian de él un ser poco simpático y casi temible.

A la tenue luz de una vela de sebo cosia la jóven una camisa que, por lo blanca y fina, formaba un contraste muy marcado con la ropa de los personajes y el ajuar de aquella vivienda.

Vestidos de percal que fué negro, pero que el tiempo habia trasformado en pardo rojizo, era lo que constituia la parte principal del traje de aquellas dos mujeres. La mayor cubria sus hombros con un pañuelo de yerbas raido, mientras la jóven destacaba por completo entre los pliegues de su vestido lo airoso de su talle.

Una mesa que apenas podia tenerse en pié, un pequeño armario de pino, sucio y mugriento, dos sillas desvencijadas, un banquillo, media docena de cacharros de loza de Alcorcon, rotos ó mal trechos, otros tantos cubiertos de peltre y madera, y un jergon flaco sobre el que habia una manta agujereada, formaban el mueblage todo de aquella vivienda.

Falta añadir á este inventario un cuadro colgado en uno de los lienzos ahumados de las cuatro paredes de aquel zaquizami, cuadro que representaba á la Soledad, y debajo de él una pequeña miniatura, en la que figuraba el retrato de un soldado de la guerra de la Independencia.

El hombre se hallaba en pié, cruzado los brazos, y dirigiendo su mirada vaga, extraviada, tras de las espirales del humo, que iban á perderse en el techo en declive que cubria aquel aposento.

—Deja eso, Luisa, dijo la mayor de las mujeres. No es posible que puedas coser con el frio que hace; además, hoy es Nochebuena y no quiero que trabajes.

—¡Nochebuena! ¡Nochebuena! Es verdad, decia el hombre entre dientes, añadiendo del mismo modo: ¡Hoy hace precisamente treinta y cuatro años!

—Es verdad; ¡hoy hace precisamente treinta y cuatro años! repetia la mujer, cual si fuera un eco, mientras la jóven contestaba.

—Deja que acabe esta manga, mamá. Vienen dos dias de fiesta y quisiera dejar la labor en disposicion de poderla entregar el tercer dia de Pascua.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Hubo un momento de silencio; el hombre se estremeció, como si tiritase de frio.

—No estás bueno, Cárlos, dijo la mayor de las mujeres fijando su mirada dulce, pero penetrante, en las facciones lívidas del hombre. No debiste abandonar el hospital tan pronto.

—¿Quiéres que estando con vida pasara la noche de hoy ausente de vuestro lado? Parece que no me conoces ya, Soledad.

Esta, por única respuesta llevó á sus ojos una de las puntas del pañuelo que cubria sus hombros.

—¿Por qué lloras? Me encuentro bien; un poco de frio; pero eso es natural. ¡Hace un frio tan horrible esta noche!

Y el hombre volvió á estremecerse, como si estuviera en contacto con una pila de Volta.

Soledad seguia enjugándose las lágrimas que se deslizaban por sus demacradas megillas, y la jóven habia suspendido la labor para fijar sus ojos, húmedos tambien, en los de su pobre madre.

—Y bien, Cárlos, dijo Soledad, cuando conoció que podia articular algunas palabras; ¿qué has adelantado con venir á casa? Esperáras un par de dias, y hubieras vuelto completamente restablecido.

—¡Qué he adelantado! he querido cenar hoy con vosotras; he querido que celebráramos juntos el natalicio del hijo de Dios y el aniversario de nuestra union. ¿Te disgusta acaso esto?

Soledad se levantó, y trémula, desencajada, se echó en brazos de su esposo, exclamando, ahogada por el llanto:

—¡Cárlos! ¡Cárlos!

—Vaya, ¿á qué viene ahora ese llanto? ¡Che! ¿Ves? Estás haciendo llorar á la pobre Luisa.

—¡Nó, papá! Yo no lloro, contestó esta apresuradamente, mientras trataba de contener las lágrimas que á borbotones asomaban á sus ojos.

—Vamos, Soledad, dijo el hombre con una dulzura que contrastaba sobremanera con su rudo aspecto. Vamos, no seas niña; ya hemos andado la jornada más larga de nuestra vida, y no merece, en verdad, la pena de desesperarse por lo que resta de ella. Además, hoy estamos mejor que hace un mes, que llegaste á creer que era el último dia de mi existencia. ¡Dios mejora sus horas!

—¡Oh! ¡Eso sí! ¡Dios es bueno!

Y al decir esto Soledad cubria su cabeza entre los hombros de su esposo y de su hija.

Vamos, mamaita, decia esta, levantando con sus diminutas manos la cabeza, aún hermosa, de su anciana madre; ¡ánimo! ¿Quién sabe si habrán acabado ya todas nuestras penas?

—Tiene razon Luisa, dijo Cárlos; ¡qué diablo! No faltará en este mundo quien sea más desgraciado que nosotros. Nosotros tenemos ya lo más esencial para nuestra felicidad, que es el estar reunidos.

—¡Oh! Eso sí, y para no separarnos jamás.

—Por supuesto: arreglaremos nuestro plan de vida y verás que bien lo pasamos. Yo encontraré donde trabajar, aunque sea de peon, y trabajaré lo que se llama con gusto pensado en vosotras.

Luisa se echó al cuello de su padre, exclamando:

—¡Qué bueno eres, papá!

—¡Bendito sea Dios que ha unido mi suerte á

Universidad de Deusto
Biblioteca

la tuya! dijo Soledad estrechando la mano de su esposo.

—¡Eres un ángel! Y ¡tú una santa! repuso Cárlos, dando un beso en la frente á las dos mujeres. ¡Ea! añadió á poco rato restregándose las manos; traed, traed lo que tengais por ahí para hacer colacion, aprovechemos la poca lumbre que aun resta para condimentar la cena. ¡Qué! ¿No habeis oido? Luisa, saca lo que hay por ahí escondido.

Miró esta á su madre, manifestando el asombro que le causaban las palabras de Cárlos, mientras decia con voz entrecortada:

—No sé si...

Al mismo tiempo Soledad, sin levantar los ojos, que los tenia clavados en el suelo, contestó de un modo que sus palabras perecian salir del fondo de sus entrañas.

—¡No hay nada!...

La jóven se quedó como una estátua, en la posicion que le cogió la frase de su madre, mientras el hombre, meciéndose los cabellos ó arrancándoselos más bien, dijo en tono de mofa, que hacia traicion á su rostro contraido:

—¡Ah! ¿Con qué... tan provistas estais?

—Nó, si no que... tartamudeó Luisa, sin saber quizá lo que decia.

—Es que... como... balbuceó Soledad tratando de excusarse.

—No te apures por eso, mujer. Un pedazo de pan duro sabe á jamon y aun á gloria cuando se come con apetito y rodeado de los séres á quienes mas se ama en el mundo.

Y añadió despues de un momento de indecision, alargando la mano hácia Soledad:

—Dame unos cuartos: yo mismo iré á buscarlo. Ya verás...

Sorpréndese Cárlos al ver que por única respuesta baja Soledad la cabeza, evitando su mirada, y exclama con un acento en que se retrata su angustia:

—¿Con qué... quiere decir, que no habeis comido en todo el dia de hoy?

—Nosotras con muy poco...

—Sí...

Fué lo único que pudieron expresar madre é hija.

—¡Y me lo ocultabas, Soledad! ¡Ah! Yo debí preveerlo; yo debí conocer en vuestros semblantes que no teniais pan que llevaros á la boca.

—No es eso, no; nosotras hemos comido, solo que como no te esperábamos. ¿Verdad, hija mia?

—Sí, eso ha sido.

—¡Eh! Basta ya, exclamó el hombre en un tono que no admitia réplica. No mientas, Soledad, que no sabes hacerlo. No acostumbres á tu hija á la ficcion y al engaño. Por noble y digna que sea la causa que á ello induzca, yo prefiero, porque es más digna y noble, la verdad desnuda, que el engaño con atavíos.

—Perdóname, Cárlos, replicó Soledad, cogiendo de las manos á su esposo; ya lo veo; no sé mentir.

—Y de ello me regocijo; tú sabes cuánto detesto la mentira.

—Perdónanos, papá; era por evitarte un mal rato.

—¡Como si fuera posible ocultarlo! Como si á mí pudiérais engañarme; á mí que veo vuestros corazones cual si estuvieran en un fanal!

Y añadió á poco rato, haciendo un esfuerzo por aparecer tranquilo y casi indiferente á la horrible situacion en que se encontraban.

—Vaya, vaya, no vale la pena de apurarse por tan poca cosa; nosotros cenaremos hoy. ¡Vaya si cenaremos!

Y tendiendo la vista en derredor, cogió la manta, que por lo agujereada parecia una red, y se envolviò en ella.

Hubo un momento en que solo se oia la fatigosa respiracion de aquel hombre y el llanto comprimido de las dos mujeres.

—Vuelvo al instante, dijo Cárlos con una voz que, por lo bronca, no parecia la suya, y se dirigió resueltamente hácia la puerta.

—¡Cárlos! exclamó Soledad, tratando de atajar el camino á su esposo; tú no estás en disposicion de salir á la calle.

—¡Papá! gritó la niña, agarrándose, mas ágil que su madre, al cuello del hombre.

Quedó este un breve instante como clavado en el suelo, y Luisa se aprovechó de aquel momento de vacilacion para cogerse nuevamente al cuello de su padre, gritando:

—¿A dónde vas, papá?

—A buscar de cenar, replicó este de un modo que retrataba la desesperacion de que se hallaba poseido.

—No, no, ¡detente, oye! Yo voy contigo, exclamó Soledad fuera de sí, colocándose entre la puerta y su esposo.

—No me sigas te lo prohibo, dijo el hombre con voz ronca, apartando á Soledad del paso: desprendióse bruscamente de los débiles brazos de su hija, y sus pasos inciertos dejáronse oir muy pronto en la escalera, mientras las dos mujeres caian de rodillas ante la imágen de Stabat-Mater.

No se habia aun extinguido el ruido de las pisadas de Cárlos en la escalera, cuando Soledad, aliviado sin duda su corazon por la plegaria que acababa de dirigir á la mas afligida de las madres, exclamó llena de santa resignacion:

—¡Madre mia! Hágase tu voluntad.

Y sentándose junto á las cenizas apiladas en el hogar, humeantes aún, dirigió desde el fondo del corazon la última plegaria á Aquel que dijo: «Venid á mí los que llorais y os aliviaré.»

Luisa respetó unos momentos el silencio de su madre.

Poco despues dijo á media voz:

—Cuando venga Leon yo le diré...

—¡Silencio!... Solo Dios debe saber lo que ha pasado aquí.

—Sí, pero... él podria...

—¡Calla, calla!... Eres una niña.

Luisa enmudeció.

Soledad cogió las manos de su hija y continuó:

—Oye, hija mia, cuando venga Leon es preciso que nos deje inmediatamente.

—¡Que nos deje! ¿Y por qué?

—Porque no quiero que Cárlos le encuentre aquí; conviene que tu padre lo sepa antes; todo debe saberlo.

—Papá me quiere mucho, y cuando yo le cuente...

—Sí; pero antes que vea á Leon. No me perdonaria

jamás que le hubiésemos ocultado lo que no debe ser un secreto para él.

—Pero bien, mamá; ¿no quieres que revele á Leon la situacion en que nos encontramos? El no es rico ciertamente; pero me quiere tanto, que estoy segura que nos sacaria del apuro en el momento.

Antes que Soledad pudiera contestar á la pregunta de su hija, oyéronse pasos en la escalera. En el momento en que madre é hija corrian á abrir la puerta con el pensamiento fijo quizá en dos séres distintos, dijo la primera con voz apagada y acento rápido:

—¡Silencio! Ni una palabra... Si es Cárlos, esperas á Leon...

Abrióse en aquel momento la puerta y se presentó á la vista el que era causa de aquella incertidumbre.

Era este un jóven como de 25 años, de estatura regular, rubio, de mirar dulce, de facciones agradables, de aire suelto y desembarazado; todo parecia revelar en él, mas que á un hombre del pueblo á que por su traje parecia pertenecer, á una persona educada en la buena sociedad.

—Márchese usted, Leon, se apresuró á decir Soledad, antes que aquel pudiese articular una sílaba.

—No comprendo... balbuceó el jóven deteniéndose en el umbral de la puerta.

—Cárlos... Mi esposo va á llegar dentro de breves instantes, y no quiero que le encuentre á usted aquí... á estas horas.

—Yo le explicaré la causa de mi presencia en este sitio...'

—Nó, nó; yo soy la que debo decírselo antes, interrumpió Soledad.

—Es preciso, añadió Luisa dirigiéndole una mirada tierna y expresiva.—Mañana podrás venir á cualquier hora. ¿Verdad, mamá?

—¡Mañana! ¡Ah, sí, mañana!

Y al contestar Soledad á su hija, parecia mas bien que respondia á un pensamiento que tenia fijo en su mente.

—Ciertamente que no me explico por qué no he de poder yo decir á su esposo de usted, á tu padre, que te amo desde que te conocí, y que vengo á verte desde entonces todos los dias, aquí en presencia de tu madre.

—Nó, Leon, nó, dijo Soledad resueltamente; yo se lo suplico á usted; si es preciso se lo ordeno, márchese usted antes que venga.

—En ese caso... ¡Adios! Y dió Leon unos pasos hácia la puerta.

—¡Adios! exclamó Luisa corriendo apresurada á alargarle la mano, y añadió: ¿Volveras mañana temprano?

—Si tu madre lo consiente...

—¡Oh, sí! Y se lo pido á usted tambien con toda mi alma.

Aun no habia acabado Soledad de pronunciar las últimas palabras, cuando se sintieron pasos acelerados en la escalera, y mientras madre é hija corrian presurosas á colocarse delante de Leon, que se retiró, comprendiendo la intencion de aquellas, á un rincon de la estancia, entró Cárlos; pero tan pensativo y distraido, que casi no reparó en las dos mujeres,y seguramente no vió á Leon.

Llegóse con paso incierto hasta el hogar, y echando

Universidad de Deusto
Biblioteca

á un lado la manta cubierta de nieve, dijo con voz apagada y trémula:

—¡Traed ya de cenar! Lo mas preciso... ¡Tengo hambre!

Y al mismo tiempo arrojaba sin mirar hácia atrás una bolsa, que al caer sobre el pavimento de ladrillo reveló que estaba repleta de dinero.

Dos gritos que se confundieron en uno solo; dos gritos que expresaban todo un mundo de dudas, de temores, de dolor, fué el eco que produjo aquel ruido sonoro y metálico.

Cárlos volvió maquinalmente la cabeza y se encontró frente á frente de Leon.

Un terror convulsivo agitó todos sus miembros; quiso hablar y las palabras murieron en sus lábios.

Pasados unos segundos, durante los que no hubiera sido difícil oir los latidos, ó mejor dicho, las sacudidas que daban dentro de pechos oprimidos los corazones de aquellas cuatro personas, Cárlos corrio á la puerta agitado, trémulo, la cerró de un golpe, y guardándose la llave en el bolsillo, dijo dirigiéndose á Soledad:

—¿Qué busca este hombre aquí?

Un silencio profundo, mucho mas imponente y terrible que la tempestad á que parecia preceder, continuaba reinando en aquella reducida estancia.

—¿Qué busca este hombre aquí? ¿Por dónde ha entrado? ¿Quién lé ha traido? volviò á decir Cárlos, mirando á las dos mujeres.

Despues de un momento de silencio, durante el que esperó inútilmente la respuesta á sus preguntas,

exclamó dando rienda suelta al furor de que se hallaba poseido:

—¿No hay nadie que responda?

Madre é hija corrieron á abrazarse la una á la otra como si trataran de ampararse mútuamente, ó quizá de correr unidas la suerte que el destino las deparara.

Leon avanzó dos pasos, y con voz serena, pero sin arrogancia, contestó:

—Soy un amigo de la casa...

—¡Un amigo! ¡Con que amigo!... ¡Ira de Dios!... A buen tiempo ha llegado el amigo.

Dijo soltando una carcajada estridente aquel hombre, que mas que ser racional parecia un leon en el lleno de la calentura, y avanzó hacia donde estaba el jóven.

—¡Cárlos!... ¿Cuál es tu intento?

—¡Papá! ¡Es Leon!...

Cárlos se desentendió de lo que le decian á gritos las dos mujeres, y acercándose hasta echar su aliento al rostro de Leon, le dijo mirándole fijamente:

—¿Se puede saber á qué ha venido usted aquí?

—He venido á visitar á estas señoras...

—Sí, es verdad... se atrevió á balbucear la niña.

—¡Já, já, já!... ¡A visitar! ¡Vaya que la hora no deja de ser oportuna para visitas! Aprenda usted á mentir.

—Yo no miento jamás, contestó con altivez el jóven.

—¡Hola! ¡Y altanero tambien! ¡Que me place! Con que... ¿no miente usted jamás? ¡Luego no osará usted negarme, á menos que falte usted á lo que acaba de afirmar, no podrá usted negarme que es un miserable!

—¡Yo!...

—¡Cárlos! ¡Por piedad!

—¡Papá!... ¡Leon!... exclamó Luisa dirigiéndose á uno y á otro, al ver que estaban á punto de acometerse.

—¡Atrás! dijo, ó mas bien bramó Cárlos, separando á las dos mujeres, que trataban de interponerse entre él y su adversario.

—¡Sí; un miserable! añadió acto continuo. ¿Qué buscaba usted en esta casa? Aun espero la respuesta á esta pregunta, hecha repetidas veces. A fé que no buscaria usted oro, porque sabe que no le hay. ¡Venia usted, pues, á arrebatarme la honra!

—¡D. Cárlos!...

—¡La honra, sí! Ya se ve, usted no esperaba encontrarse conmigo... Pues... se ha llevado usted un solemne petardo, porque... porque voy á aplastarle como á un reptil.

Y Cárlos levantó la mano con ánimo de dejarla caer sobre Leon.

—¡Basta ya!... exclamó el jóven al oir tanto insulto, y comprendiendo que no habia razones que oponer al furor de un loco, se preparó á la lucha, avanzando una pierna y dando á entender que estaba dispuesto á morir si preciso era; pero no á morir como el cordero, sino como el tigre del desierto.

Las mujeres hicieron un movimiento maquinal para interponerse entre ambos combatientes, y en el momento mismo que iba á trabarse aquel pujilato á muerte, resonó á la puerta un golpe seco, que daba á conocer que habia sido producido por el choque de un cuerpo duro y poco elástico, y siguió inmediatamente una voz fuerte que dijo:

—¡Abrid á la justicia!

Los cuatro personajes de aquella escena quedaron como petrificados, en la posicion misma que les habia sorprendido el porrazo dado en la puerta.

Al oir la voz, el rostro de Cárlos, hasta aquel momento cárdeno, trasformose en lívido y gruesas gotas de sudor inundaron su frente; corriéndose á las mejillas.

Las mujeres cayeron instintivamente de rodillas.

¿Fué el terror, ó la esperanza, ó el dolor, la causa de aquella plegaria *in mente*? Sábelo Dios á quien iba dirigida.

Leon se cruzó de brazos y esperó sereno el resultado.

Trascurrió un minuto, tal vez menos.

—Abrid ó echamos la puerta abajo, volvió á decir la misma voz con mas fuerza que la vez primera, y á la amenaza siguió la ejecucion, dando repetidos y sonoros golpes.

—Allá vá, dijo Leon con todo el lleno de su voz, y al mismo tiempo alargó la mano á Cárlos, diciéndole muy quedo:

—La llave.

Llevóse Cárlos la mano convulsa al bolsillo y sacó la llave, que la entregó á Leon. Es muy posible que no hubiera podido darse cuenta de lo que hacia en aquel momento: era un autómata.

El jóven metió la llave en la cerradura, y un segundo despues se abrió de par en par la puerta dando paso á tres guardias civiles.

—¡Gracias al!... articuló un sargento veterano que fué el primero á pasar; pero no pudo concluir la frase

al ver la humilde actitud de aquellas dos mujeres, que continuaban aun arrodilladas.

—En nombre de la ley, daos presos.

—¡Ah! ¡Nó, nó; es inocente! Yo lo afirmo, yo lo juro, pudo decir Soledad, echándose á los piés del sargento.

—¡Oh! No es ladron, nó; es un hombre honrado, exclamó Luisa.

—¡Hola! ¿Con qué ya sabeis, segun se vé, de lo que se trata? dijo el sargento.

—Sí tal, contestó Leon con voz serena adelantándose hácia aquel, y acto continuo, recogiendo el bolsillo que se hallaba tirado por el suelo, añadió: Tomad y... prendedme; yo soy el criminal.

—¡Él! pudo únicamente balbucear Cárlos, mientras las dos mujeres se interponian entre el sargento y Leon, locas, fuera de sí gritando: ¡Mentira! ¡Mentira! ¡Es inocente!

El sargento quedó un momento perplejo, sin acertar á tomar una determinacion decisiva, hasta que pasados unos segundos, dijo separando de su lado á las dos mujeres y dirigiéndose á los guardias:

—Cojed á ese hombre y atadle fuerte, y señalaba á Leon, que se hallaba á dos pasos de él.

Sacudióse Cárlos como si despertara de un letargo al oir las órdenes del sargento, y echando á un lado á Leon, que se disponia á dejarse maniatar, dijo con voz ronca:

—¡Alto ahí! Yo soy el ladron, y nadie mas que yo. Estoy á la disposicion de usted, sargento.

Volvió á quedar este indeciso, tanto mas cuanto que las mujeres no cesaban de exclamar: ¡Son inocentes! Pero resuelto á acabar de una vez aquella escena, gritó con tono de mando:

—¡Qué diablo! Atad á los dos.

—¡Juro á Dios que antes me matan mil veces que tal consienta! gritó Cárlos, dominando como el trueno los sollozos de las mujeres, las protestas de Leon y las voces de los guardias.—He dicho ya que soy yo, solo yo, el que ha cometido el robo, y... llevadme ya á mí solo ó ¡por Cristo, que he de hacer de modo que me saquen muerto!

—No le hagan ustedes caso: este hombre está loco, dijo con la mayor naturalidad Leon, dirigiéndose á los guardias.

—¡Nó, nó! Él... ¡Dios me perdone! Él es... y nadie mas que él es el que... Esta es la verdad.

Y sin fuerzas Soledad para poderse tener en pié despues de esta dolorosa declaracion, se dejó caer en una silla.

—¿No basta acaso que yo lo diga? ¡Ea, sargento, vámonos ya! volvió á decir Cárlos dirigiendo sus pasos hácia la puerta, y añadió: No tienen ustedes necesidad de atarme, no me escaparé.

—Atenme ustedes á mí, dijo Leon, presentándoles sus dos manos.

Miró el sargento á Leon de los piés á la cabeza, y consecuencia de su investigacion fué decir en tono resuelto:

—Nó; basta que llevemos á este pajarraco, y señaló á Cárlos: ¡Andando! Y empujando á este hácia delante, salieron seguidos de los dos guardias.

Antes que se extinguieran los pasos en el corredor, se habian echado las dos mujeres en brazos de Leon.

No dieron un solo grito, no exhalaron un sollozo ni vertieron una lágrima. Cuando el dolor excede de los límites naturales, se reconcentra todo él en el cerazon: no hiere; mata.

Soledad y Luisa no eran en aquel instante dos séres orgánicos: habian perdido todas sus facultades, no solo intelectuales, sino físicas.

Las colocó Leon en el suelo como á dos masas inertes, y tendió la vista en derededor, tratando de encontrar algo que pudiera servir para volverlas á la vida. Cogió de un rincon un cántaro desvencijado que contenia un poco de agua casi helada, y vertió unas gotas en el rostro de la madre y de la hija. Acto continuo machacó una cabeza de ajos que halló á mano y trató de hacerlas aspirar su olor cáustico, cuidando al mismo tiempo de hacer aire con la gorra.

No fueron inútiles sus afanes: Soledad empezó á dar señales de vida, y cuando girando sus ojos extraviados los fijó en Luisa, que se hallaba tendida á su lado, dió un grito agudo, penetrante, y haciendo un esfuerzo supremo, pudo extender sus brazos rodeando el cuello de la niña.

El grito de la madre hizo eco en el corazon de la hija.

—¡Madre mia!

—Hija de mis entrañas!

Tales fueron las palabras que pudieron articular, preludio de un torrente de lágrimas, verdadero *sudor del alma* que siguió inmediatamente, haciendo que se resolviera la crisis, y tomaron parte los cuerpos hasta entonces inanimados.

Apenas podian darse razon de lo que habia pasado.

Sin comunicarse sus pensamientos, tendieron madre é hija su vista en torno de aquella reducida estancia, y al encontrarse sus miradas, despues de aquel exámen, hecho más bien con el alma que con los ojos, volviéronse á abrazar arrodilladas, y rogaron á Aquel que todo lo puede, por la honra del esposo y del padre.

Leon las dejaba hacer, sin pronunciar una sola sílaba. Tal vez pedia él tambien del fondo de su corazon al Dios de la misericordia una esperanza, un consuelo para la hija y la madre atribuladas.

Pasados unos instantes, Soledad hizo una seña á Leon, y cuando apoyada en éste y en su hija, que se habia ya incorporado, pudo tambien ponerse en pié, le dijo con voz serena, alargándole la mano:

—¡Usted nos perdonará, Leon!...

—¡Yo!

—Ya lo sé; usted es bueno, ¡muy bueno! Por eso mismo comprenderá usted que no puede permanecer más tiempo entre nosotros.

—Es que ahora precisamente...

—No prosiga usted. Esta casa debe estar y estará cerrada en adelante para usted.

Quedó Leon sin saber qué contestar, y observando que Luisa se tapaba la cara con ambas manos:

—¿Qué dices tu, Luisa?...la preguntó, esperando anheloso la respuesta.

—¡Tienes razon mamá! La hija de un...

—¡Ah! ¡Calla! Tú no lo puedes decir sin que te maldiga Dios.

—¡Oh! Tienes razon, tienes razon; perdóname...

Y abrazadas nuevamente, oyóseles repetir: Dios no

querra que sea cierto; muchas veces las apariencias engañan; tengo esperanza; yo tambien confio; mientras Leon balbuceaba entre dientes: ¡Abandonarlas! ¡Eso nó! Seria una crueldad.

Pasados cortos instantes desprendióse Soledad de los brazos de su hija, y volvió á decir á Leon:

—No se canse usted; mi resolucion es irrevocable.

Y señaló la puerta con la mano al jóven, que no tenia valor bastante para oponerse á aquel ademan de mando.

—¡Adios! ¡Para siempre adios! exclamó Luisa, volviendo la cara para que no la viesen llorar.

—Nó, nó: ¡es imposible!...

—Caballero; repuso Soledad con toda la dignidad de una señora ofendida, si usted no se marcha nos marcharemos nosotras.

—Pero ¿volveré?...

—¡Nunca!

—¡Nunca! repitió como un eco la niña, haciendo un esfuerzo supremo para tragarse las lágrimas que asomaban en tropel á sus dulces ojos, á fin de que pasara desapercibido para Leon el sacrificio que hacia para poder pronunciar aquel ¡nunca!, verdugo de sus sueños, de sus esperanzas, de sus amores.

Trató Leon de volver á insistir; pero las dos mujeres á un mismo tiempo, y como movidas por un mismo resorte, señalaron mudas, pero expresivas, la puerta de salida.

El jóven se dirigió á esta y puso la mano en el pestillo.

En aquel instante mismo dejóse oir una voz que parecia salir del fondo del pasillo exterior, diciendo:

—¡Soledad! ¡Soledad!

Leon empujó resueltamente la puerta, y antes que tuviera tiempo de dar un paso hácia adelante, se encontró cogido entre dos brazos de hierro, oyendo que le decian: ¡Es usted todo un hombre de bien! ¡Gracias jóven, gracias!

Y sin que se hubiese repuesto de la sorpresa que experimentaba, llegaron á sus oidos claras, distintas, las voces de ¡Soledad! ¡Luisa! ¡Cárlos! ¡Papá! Y creia ver, sin acertar á comprender que fuera cierto, en brazos de las dos atribuladas mujeres, al hombre que hacia un momento llevaron preso.

A un lado, como guardando respetuosa distancia, estaba el sargento de la guardia civil con sombrero en mano, mordiéndose el bigote, y llevando de vez en cuando la manga de la levita á sus megillas.

—¡Si es un sueño, que no despierte nunca, Dios mio! pudo decir Soledad.

—¡No es un sueño, nó! Estais en mis brazos, Soledad, Luisa; exclamó Cárlos con toda la efusion de su alma.

—¡Qué bueno es Dios! decia Luisa mientras colmaba de besos y caricias á sus padres, que extasiados con el placer que experimentaban, no acertaban á separarse el uno del otro.

—¡Aquí falta uno! dijo de repente Cárlos desprendiéndose de Soledad, y cogiendo de una mano al sargento, lo echó en brazos de ésta, exclamando con todo el torrente de su voz:

—¡Perico, abraza á tu señorita!

Girando luego la vista en torno de la estancia, la

detuvo en Leon, que se hallaba mudo é inmóvil junto á la puerta, y añadio:

—Aquí, jóven, aquí, á nuestro lado, en nuestros brazos; digno muy digno es usted de formar parte de este cuadro.

Y antes que concluyera la frase, puso á Leon en brazos de Luisa.

Para saborearse en la dicha que experimentaba, Cárlos rodeó con sus descarnados brazos los cuellos de aquellos dos grupos.

Mucho rato se pasó antes que pudieran darse explicaciones sobre todo lo que allí pasaba.

Por fin, repuestos algun tanto los ánimos de los personajes de aquella escena, Cárlos se apresuró á satisfacer la curiosidad de todos.

—El caballero de quien era la bolsa, dijo, esperaba en la puerta de casa. La ocasion era oportuna para sincerarme. Caballero, le dije, usted no ha podido decir que le he robado, porque no es cierto. Hoy que se celebra en todo el órbe católico el natalicio del Redentor del mundo, faltábanos á mi familia y á mí un pedazo de pan que llevarnos á la boca. Yo pedí á usted una limosna; á usted le faltó serenidad para excusarse, y dejó caer la bolsa al suelo; á mí me faltó honradez por la primera vez de mi vida .. ¡Yo recogí la bolsa! Esta es la verdad. Despues... despues yo no sé darme razon de lo qne hice; pero sé que he cometido una falta, un crímen quizá y debo responder de él ante Dios y ante los hombres.

El caballero ratificó lo dicho por mí. Cogí sus manos y se las apreté agradecido.

El sargento me miró diciendo: Este hombre no es un malvado.—Soy un militar, repliqué; mis desgracias provienen de haber cumplido con mi deber. No lo siento por mí; lo siento por mi familia.—¿Y dónde ha servido usted? me preguntó este.—En las filas de Don Cárlos.—¿En qué batallon?—En el primero del regimiento de Alava...—¡Coronel!—Sí... Y Perico, porque es él, sí, Perico se echó en mis brazos llorando como un chiquillo. Me habia reconocido; ¡y yo, torpe de mí, que no le conocí!

—Ni yo, dijo Soledad volviendo á abrazar á Perico.

—Es que usted, señorita, siempre ha olvidado los favores que ha hecho, dijo Perico señalando la cara.

Perico miraba á todos lados sin poderse dar cuenta de la miseria que aquejaba á sns antiguos amos.

—¿Te sorprende, no es verdad, vernos de este modo? le preguntó Soledad, observando la sorpresa que se retrataba en el rostro de su fiel criado.

—Algo me ha contado el señorito Cárlos;—como se vé, el fiel criado llamaba á sus amos como en otro tiempo,—pero así y todo, me cuesta trabajo creer lo que veo. ¡Pobres amos mios! ¡Y yo sin saberlo!...

Y Perico se esforzaba por reprimir la emocion de que se hallaba poseido.

—Lo primero de todo, añadió así que se repuso un poco, es preciso pensar en encontrar otra casa.

—Eso es, sí; le interrumpió Leon: es preciso...

—Gracias, jóven. Es usted todo un hombre de bien dijo Cárlos estrechándole la mano.

—Si tú supieras... exclamó Soledad cogiéndole la otra mano.

—¿Crees acaso que he olvidado tan pronto que ha querido sacrificar su honra por salvar la mia?

—¡Basta, por Dios! Basta, balbuceaba Leon, confundido con tales muestras de afecto.

Luisa se habia mientras tanto arrodillado frente á la imágen de la Soledad, y allí, de espaldas al grupo que formaban aquellos séres queridos... oró y dejó correr sin duelo las primeras lágrimas dulces de su vida.

—Vaya, vaya, volvió á decir Perico; tratemos ya de cambiar esto, y echó una mirada de desprecio á la estancia.

—Lo primero de todo, Perico, dijo Cárlos interrumpiéndole, es... que nos dés de comer.

—¡Cómo! ¿Pues qué?...

—Estamos en ayunas.

—¡Por vida del dios Baco! ¿Para que no me lo ha dicho usted antes, y no que hemos perdido un tiempo precioso? ¡Pobres amos mios! ¡Y yo majadero de mí, que estoy aquí charla que charla!... Vuelvo en seguida.

—Yo voy con usted, dijo Leon; entre los dos lo hemos de hacer.

—Nó, nó; yo solo.

—Hombre, no me quíte usted este placer.

Vaciló un momento el sargento, pero al fin exclamó:

—¡Qué caramba! Tiene usted razon, jóven: no debe ser uno egoista. ¡Andando!

—En seguida estamos de vuelta, dijo Leon.

Y echaron á correr los dos sin esperar á oir que les decian Cárlos y Soledad:

—No traigan ustedes muchas cosas, por que no las comeremos.

. . . . . .

Media hora despues hallábanse los cinco personajes de esta escena en una mesa, en la que, por sus pequeñas dimensiones, apenas cabian las cazuelas y las fuentes llenas hasta los bordes, de cuanto podria apetecerse en una noche de Navidad.

—Vaya, decia Perico acercando las sillas á la mesa; ya está todo preparado.

Y como no se sentase él díjole Soledad:

—¿Y tú?

—Despues... contestó Perico, dando á entender que no habia aún olvidado la distancia que habia entre él y sus antiguos amos.

—Aquí, á nuestro lado, exclamó Cárlos haciéndole sentar, poco menos que á la fuerza, en medio de los dos.

Repuesto el veterano de la cortedad que en el primer momento experimentó al encontrase comiendo mano á mano con los que él consideraba siempre como á sus superiores, dijo tratando de animar á estos:

—¿A ver quién come mas? Yo lo voy á hacer bien, porque tengo mucha hambre.

—Tampoco á mí me falta gracias á Dios, decia Leon tomando asiento al lado de Luisa.

Esta y sus padres apenas podian articular una palabra, embargados aún sus ánimos por las sensaciones recibidas, á las que se agregaba una extrema debilidad, por la absoluta carencia de alimento durante todo el dia.

Segun comian sentian renacer sus fuerzas, y mucho mas cuando, animados por la voz de Perico, que decia:—¡Un traguito, mis amos, por la felicidad que nos espera! bebian rico vino de lo añejo.

Universidad de Deusto Biblioteca

—Vamos, decia Perico tratando de distraer á sus amos, que Dios no ha querido quitar á ustedes toda clase de felicidades, y señalaba á Luisa. Muchos habria que darian cuanto tienen por una hija como esta.

—Luisa no es hija nuestra, aun cuando yo la quiero como si lo fuera, dijo Cárlos dándola un beso.

—¡Padre mio! exclamó esta echándole los brazos al cuello.

—Luisa es un ángel que Dios ha querido enviarnos en nuestras tribulaciones. Usted lo sabe ya Leon, porque se lo dije á usted el primer dia que se presentó en esta casa.

—¡Canario! Pues yo hubiera dicho que se parece á usted, señorita Soledad.

—Vino á reemplazar á aquel ángel... dijo esta.

—¿Sabes de quién es hija Luisa? Tú conociste mucho á su padre, y Luisa es un vivo retrato de él.

—No caigo...

—Del capitan Lema.

—¿De quién? ¿Del capitan de la cuarta de nuestro batallon?

—Del mismo.

—Pues tiene usted razon: es él en cuerpo y alma, exclamó el sargento mirando á Luisa de un modo tal que la hiciera bajar los ojos.

Y pasado un minuto de silencio, durante el cual el capitan y el sargento trajeron á la memoria aquellos tiempos de gloria militar, añadió el último:

—¿Y dónde?...

El capitan levantó la mirada al cielo sin dejar al sargento concluir la frase.

Luisa se pasó la mano por los ojos, y Perico balbuceó entre dientes:

—Apenas queda ya uno solo de aquellos valientes.

—El año 48, dijo Cárlos, salimos Lema y yo de Francia y entramos en Cataluña, donde á las órdenes de Cabrera hicimos el último esfuerzo en favor de nuestra causa. Luisa, que ya no tenia madre, quedó á *cargo* de Soledad. Pocos meses despues volvia yo solo al lado de las dos... ¡Lema habia encontrado una tumba en su patria! Muchas veces he envidiado su suerte.

Las dos mujeres inclinaron su cabeza sobre el pecho, y lloraron y oraron tambien en memoria del padre y del amigo.

—Por supuesto, dijo á poco rato el sargento, inútil será preguntar por el capitan... es decir, por el coronel.

—Nada hemos sabido de él desde aquella noche.

—¡Noche es aquella de recuerdos para nosotros! ¡Pobre ángel mio! exclamó Soledad levantando los ojos al cielo.

—¡Bah! ¿Quién se acuerda ya de eso despues de veinticuatro años? dijo Perico, y añadió á poco rato:

—De fijo que está ya en el otro mundo. Si hubiera vivido, no hubieran ustedes pasado lo pasado. ¡Bueno era el capitan ¡dale! el coronel para dejar á ustedes en este estado!... ¡Les queria á ustedes mas que á las niñas de sus ojos!

—Sin embargo, ya sabes que se enfadó porque ingresé en las filas carlistas, y desde entonces...

—Pues mire usted, no tenia razon en aquello. ¿Qué habiamos de hacer despues que quemaron la fábrica los cristinos? No era cosa de dejarnos morir de ham-

bre. Además, como fueron allá todos nuestros compañeros...

—Y tú, dijo Cárlos interrumpiendo á Perico, ¿no has vuelto á ver al coronel despues que nos separamos?

—No señor, ni por casualidad: eso me hace creer que habrá ido ya á hacer compañia á los otros.

—¡Qué bueno era! ¡Cuántas veces he dicho á Cárlos que averiguara su paradero para que supiera nuestra posicion!... ¡Ah! Tengo la seguridad de que lo hubiera olvidado todo para venir á abrazarnos.

—Eso es; para que creyera que si le buscábamos era nada mas que porque le necesitábamos.

—El señorito siempre es el mismo, repuso el sargento.

—Segura estoy que ha llevado al otro mundo el sentimiento de no haber podido pagarte lo que te debia, Perico.

—Mire usted; puede ser, porque él no sabia que no lo hice precisamente por él sino por ustedes.

—¡Qué noche aquella del 23 de abril! ¡Pobre hijo mio!... decia Soledad con voz entrecortada por la emocion.

Esta conversacion entretenia en términos á las tres personas mayores de aquella escena, que bien podian los jòvenes, mientras duraba, jurarse amor eterno en todos los tonos platónicos, sin temor de que llegaran sus palabras á otros oidos que á los suyos.

Concluida la cena, quiso el sargento que en aquel mismo instante cambiaran sus amos de casa; pero opusiéronse estos á ello, contentándose con que les trajeran unos colchones para poder pasar aquella noche algo mejor que las anteriores.

Cuando Perico y Leon dejaron á sus amigos eran ya muy cerca de las once, y apenas el último llegó á la escalera echó á correr, bajándola á saltos.

El sargento bajaba sosegadamente, creyendo que el jóven le esperaria abajo, pero no fué así; y Perico, que iba alegre por haber encontrado á sus amos y haber bebido á su salud repetidas veces, se contentó con decir, despues de asegurarse que estaba solo:

—Cuando yo hacia el oso á aquella pécora de Marta, hacia lo que este jóven; pasaba con ella ratos muy largos, y con los demás muy cortos.

Así discurriendo se dirigió al cuartel, admirado de lo bien alumbrada que se hallaba la calle de Juanelo, siendo así que estaba completamente á oscuras.

. . . . . .

A las nueve de la mañana siguiente, 25 de diciembre, hallábase en una alcoba, elegantemente amueblada un teniente jóven, á quien su asistente ayudaba á ponerle la levita, cepillándola luego con el mayor cuidado, á fin de que no apareciera en ella ni la mas pequeña é invisible mota.

Apenas hubo acabado de arreglarse, dijo el jóven:

—Juan, ve á ver si se ha levantado el general.

Salió el criado, y dió el teniente unos pasos en la alcoba, dejándose á poco rato caer en una silla, apoyadas sus manos en la cabeza.

Cinco minutos tardó el asistente en volver, y todo ese tiempo permaneció el jóven militar pensativo, enajenado, hasta el extremo de que no sintiera la vuelta de aquel á la alcoba. Solo cuando oyó decir:

—El general está ya en el gabinete, fué cuando des-

perto sobresaltado del letargo en que parecia haber estado sumido.

—Está bien; puedes retirarte; contestó el teniente volviendo á guardar la inmóvil posicion de antes.

—¡Ello tiene que ser! balbuceó á poco rato, levantándose de pronto y colocando el ros en su cabeza, sin cuidar de arreglarse los pelos, que los tenia en completo desórden.

Llegóse á la puerta y permaneció un instante indeciso; por fin, abriéndola de par en par, salió de la alcoba, diciendo:

—Vale mas acabar de una vez.

Y se dirigió resueltamente hácia el interior de la habitacion.

En espacioso gabinete, sentado en un sillon de campaña al amor de la lumbre, que chisporroteaba dentro de una gran chimenea cubierta de mármol negro, hallábase un anciano, blanco de pelo, de tez morena, de mirar severo, pero franco, alto de cuerpo, no obstante la pequeña curva que los años habian impreso en su robusta musculatura, y con todas las apariencias, en fin, de que el tiempo no habia aún abierto brecha accesible en aquella naturaleza de bronce.

El aposento aquel revelaba bien á las claras que su dueño preferia las verdaderas y reales comodidades á lo supérfluo y poco útil. Buenas y espaciosas butacas, anchas sillas forradas de baqueta, una robusta mesa de caoba: todo esto en confuso tropel sobre una gruesa y esponjosa alfombra, y en las paredes, mezclados entre grandes cuadros en los que se hallaban representados con vivísimos colores la defensa

de Zaragoza, la batalla de Bailén y la rota de Vitoria, trofeos militares y panoplias cubiertas de armas de todas clases.

El general D. Juan Perez, que era el dueño de aquella vivienda, acababa de saborear el último sorbo de un café moka, cuyo aromático olor trascendia por todos los ámbitos de la sala. Echó poco despues una rápida ojeada sobre la media docena de periódicos que se hallaban revueltos sobre la mesa, tan rápida, que apenas invirtió mas tiempo que el preciso para leer sus títulos, encendió un habano, y púsose á contemplar cómo se perdia el humo del oloroso tabaco de la Vuelta de Abajo en el espacio que mediaba entre su boca y el techo del gabinete.

Puede asegurarse que su imaginacion se hallaba embebida en recuerdos que le trasportaban á remotos tiempos y á otros lugares, al oir que se le escapaban involuntariamente esta ó parecidas frases:

—Cada vez que llega el dia de hoy me acuerdo mas y mas de ellos. Tal vez... ¡Bah! ¿Qué puedo yo tardar en ir á verlos?

De pronto abrióse la puerta del gabinete, y antes que el general, de espaldas á ella, pudiera volver la cabeza, recibió un beso en la frente, y este otro saludo:

—Buenos dias, padre mío.

—¡Dichosos los ojos que te ven! fué la contestacion del anciano al teniente: pero en tono tan cariñoso y suave, que mas bien que el enojo, revelábase en su acento el placer con que le veia.

—¡Padre!

—¡Bah! Si no te riño. Bien sé yo que á tu edad to-

Universidad de Deusto
Biblioteca

das las horas son de servicio. Pero la verdad, anoche me diste un solo como para mi... solo.

—Ocupado en...

—¡Basta! No quiero obligarte á mentir; no necesito saber dónde estuviste. El caso es que te entretuviste, y que yo, ¡majadero de mí! sin acordarme que tienes veinticinco años, esperé una hora y otra hora á que vinieras despues de la que tienes por costumbre venir á leerme los periódicos. Por fin me cansé y me quedé dormido, hasta que me despertó Juan diciéndome que hacia ya un gran rato que estabas en casa. Ya ves que no se perdió mucho.

—Es la primera vez que se me ha hecho tarde, contestó el jóven.

—Ya lo sé, ya, y tengo la seguridad de que no será la última; con que ya ves que no me cojerá de susto. Mira, si he de decirte la verdad, no se me hizo larga la noche de ayer. Era de recuerdos; no se si alegres ó tristes para mi, pero es lo cierto que los traje á la memoria y repasándolos uno á uno en sus numerosos detalles, me entretuve haciendo ¡ay de mí! castillos en el aire, para tenerlos que soplar á poco rato y hacerlos desaparecer.

El general calló, y trascurrieron algunos minutos, durante los que solo se oia el chisporrotear de la lumbre.

—¿Qué es eso? volvió á decir el anciano; ¿perdiste anoche la lengua?

—No señor, sino que como usted hablaba...

—Ya sabes que me gusta no solo la verdad, sino la exactitud tambien. Yo no hablaba, hablé, lo cual no es lo mismo. Hemos pasado un gran rato en silencio, y

por eso precisamente ha sido por lo que te preguntaba si habias perdido la lengua.

—Pues bien, padre mio; hablaré, sí, hablaré, dijo el jóven arrebatadamente. No quiero, no, ocultarle lo que no debe ser un secreto para usted. Prefiero mil veces...

El jóven calló, y el general, en cuya fisonomía se retrataba la sorpresa que habian causado en él las palabras inesperadas del teniente, dijo despues de un momento de pausa que trascurrió, mirándole fijamente.

—Acaba; ¿qué es lo que prefieres?

—Señor, yo no puedo ser un infame balbuceó el jóven.

—¿Y quién se ha atrevido á decirlo, á pensarlo siquiera? exclamó el general, dando sobre la mesa un golpe que puso en grave peligro la existencia de un magnífico servicio de café.

Nueva pausa, que sirvió para que el veterano se enjugara el sudor que inundaba su frente.

—Vamos, dijo por fin el anciano, acerca esa silla mas acá; no parece sino que me tienes miedo.

—¡Miedo! ¡Ah! No señor: usted me ha enseñado á no tenerlo, replicó el jóven en tono un si es no es arrogante.

—¡Bueno! Explícate ya.

Conocíase que el anciano general estaba impaciente por conocer el secreto que encerraba el pecho del jóven.

—Usted ha sido para mi un padre complaciente y cariñoso; tal vez excesivamente cariñoso y complaciente.

—Adelante, replicó el general viendo que su hijo se detenia.

Universidad de Deusto
Biblioteca

—Pues bien; yo, olvidándome por un momento de lo mucho que debo á usted, he faltado, he buscado...

El teniente levantó la cabeza y vió á su padre que tenia clavados los ojos en él.

—Señor, continuó, levantándose de la silla en que se hallaba sentado, y separándose algunos pasos del general, no puedo seguir...

—Creo que hace un instante me decia usted que no conocia el miedo; ¿por qué, pues se detiene usted y se retira?

El que fué capitan Perez conservaba aún la antigua costumbre de no tutear en los momentos que estaba realmente enfadado.

—No temo, señor, por mí; temo por usted.

—¡Por mí! ¡Por mí!... ¿Qué podrá usted decirme, caballerito, que no haya yo visto ú oido en este mundo?

—Temo disgustar á usted.

—¡Ah! ¿No es mas que eso? replicó el general soltando una carcajada forzada, y continuó en tono sarcástico.—¡Vaya que no es poco escrupuloso el niño!

Pasado un momento de silencio, durante el cual D. Juan Perez se habia puesto en pié, lo interrumpió este diciendo:

—Acabemos ya de una vez; ¿qué es lo que usted tiene que decirme?

—Pues bien: decia á usted que, olvidándome por un momento de su cariño de usted, lo he buscado en otra parte...

—¡Y bien!...

—Y... venia á decir á usted que... que voy á casarme.

Contra lo que el jóven se esparaba, el general no

hizo exclamacion ninguna: dejóse caer en la butaca, y dijo, como hablando consigo mismo:

—¿Es providencial esto, Dios mio? ¡Hoy hace precisamente treinta y cuatro años!

Y pasados unos momentos, se dirigió al jóven, diciéndole en el tono mas natural del mundo:

—¿Y era eso todo lo que tenia usted que decirme?

—Eso... Sí señor.

—¿Y á mí que me cuenta usted? usted quiere casarse... ¡Sea enhorabuena! usted se casa, y *laus Deo*.

—Pero usted...

—¡Yo! ¿Qué? ¿A mí qué me va ni qué me viene con su bodorrio de usted? ¿O tiene usted acaso la pretension de que vaya yo en persona á pedir la novia?

—¡Ah! No señor. Deseaba únicamente su consentimiento de usted.

—¡Mi consentimiento! ¡Já, já, já! ¡Es gracioso! Resuelve casarse y despues me pide el consentimiento. ¿Y para qué lo necesita usted? ¿Qué tengo yo que ver con usted?

—Señor, usted es mi padre...

—¡Miente usted, caballero!

Y al decir esto con voz bronca, por el furor de que se hallaba poseido, el general dió tan tremendo porrazo contra la mesa, que hechó á rodar todo cuanto sobre en ella habia.

Al ruido que hizo la vajilla haciéndose trizas contra la alfombra, acudió el asistente Juan, á quien se dirigió el anciano con voz de trueno, diciéndole:

—¿Qué busca usted aquí?

—Creí que... pensé... me figuré qué... V. E. habia llamado, contestó balbuceando el criado.

Universidad de Deusto
Biblioteca

El general clavó la mirada en el soldado de un modo que no admitia réplica, y que hizo que tomara la puerta, dando traspiés y tropezando en las paredes.

Aquellos minutos de intérvalo sirvieron á calmar algun tanto la excitacion del general y á hacer que el jóven se repusiera de lo violento de la contestacion.

Hubo unos momentos de profundo silencio; el anciano permanecia con la cabeza oculta entre sus manos mientras el teniente se hallaba inmóbil como una estatua, sin atreverse á pronunciar una palabra, ni aun siquiera á hacer el mas pequeño movimiento.

Por fin levantó el general la cabeza, cuyos ojos humedecidos hacian traicion á su fiera mirada, y el teniente se avalanzó á sus brazos, exclamando:

—¡Padre! ¡Padre mio!

—¡He dicho á usted ya que no es mi hijo!... dijo el veterano rechazando lejos de sí, con una fuerza superior á la que podia esperarse de su edad, al jóven, que no esperando tan ruda acometida, no pudo sostenerse en pié y vino á dar con su cuerpo sobre la alfombra.

Vuelto este en sí del primer momento de asombro y aun de duda de lo que acababa de sucederle, púsose en pié, cogió el ros que yacia por el suelo, y fijando su mirada dulce, pero severa y hasta arrogante, en la mirada noble, aunque ruda y fiera, del anciano, le dijo, recalcando mucho cada palabra de las que pronunciaba:

—Unicamente usted, usted padre mio, tiene derecho á poner la mano sobre mí. ¡Así Dios perdone á usted como yo le perdono!

Y el jóven volvió la espalda con ánimo de marcharse.

—¡Ira de Dios! gritó el general levantándose de pronto, é interponiéndose entre el teniente y la puerta de salida; ó yo no lo he oido bien, ó usted ha dicho que me perdona. ¡Oh! ¡Yo le haré ver que aún hay fuerza en este brazo para castigar su insolencia!

El jóven no habia visto jamás á su padre en aquel acceso de furor. Creyóle verdaderamente loco, y mucho mas cuando le oyó decir:

—Señor D. Leon de... No sé su apellido, pero me es igual; va usted á darme cuenta de la ofensa que me ha inferido.

—¡Yo!

—Usted, sí; eche usted á un lado sus escrúpulos. He dicho á usted ya que no es mi hijo.

—¡Pero eso no es verdad!...

—Usted me conoce bien; sabe usted que yo no miento jamás.

—¡Imposible! ¡Oh! ¡Eso es imposible! Yo soy su hijo querido de usted sí; yo he estado toda mi vida á su lado...

—¡Bah! Si he educado á usted como si lo fuera, no he hecho mas que pagarle la deuda que contraje con su madre. Ella me salvó la vida, y yo he conservado la de usted; hé ahí todo.

—Luego... ¿Quiénes son mis padres? ¡Ah! Señor por piedad.

—No lo sé...

—Pero...

—No existen, replicó el anciano con la voz apagada por la emocion.

El teniente tuvo que apoyarse en la mesa para no dar nuevamente con su cuerpo en tierra.

—¡Oh! ¡Madre mia! balbuceó á poco rato el jóven, fijando en el cielo sus ojos preñados de lágrimas. ¡Yo cumpliré con mi deber!

Y dirigiéndose al anciano, cuyo furor se habia aplacado á la vista del efecto producido en Leon por la revelacion de su nacimiento, le dijo:

—Señor, yo pido á usted perdon por la ofensa que haya podido inferirle, y puesto que no tengo nombre que dar á la compañera que he escogido, voy á adquirirlo. Marcho hoy mismo á Africa á pelear por mi patria.

—¡Oh! ¡Bien! exclamó el general sin poderse contener.

—¡Ah! Digame usted que soy su hijo, que me quiere como si lo fuera, que me ama como me amaba hace un momento...

Y el jóven cayó á los piés del anciano, ahogando en sollozos las últimas palabras.

El general no articuló una sola sílaba; pero levantó del suelo á Leon y le estrechó contra su corazon, que parecia quererselе saltar del pecho.

—Cuando vuelva, continuó Leon animado por aquella cariñosa demostracion del anciano, cuando vuelva si es que vuelvo, será con los tres galones de capitan ganados en el campo de batalla, y entonces ¡ah! entonces... no me negará usted su cariño cuando, cumplido aquel deber, cumpla tambien con el que tengo de unirme á la mujer á quien amo.

—Marcha; y si á la vuelta sigues, que lo dudo, con las ideas de hoy, y si es honrada, y...

—¡Oh! ¡Qué si es honrada! ¡Es la mujer á quien amo! exclamó el jóven olvidándòse que hablaba con el general, para acordarse solamente que defendia á Luisa.

El anciano se hallaba tan distraido, que no prestó atencion á lo que dijo el teniente, ni mucho menos en el tono un si es no es arrogante en el que lo dijo.

Trató Leon de adquirir nuevos datos sobre su nacimiento; pero comprendiendo el estado de excitacion en que se hallaba el general, apenas se atreviò á aventurar alguna pregunta suelta.

—Vé, le dijo el general por única respuesta; haz lo que tengas que hacer y vuelve luego: necesito estar solo.

Diez minutos despues entraba el teniente en el zaquizamí de la calle de Juanelo, donde se hallaba gran rato hacia el fiel Perico, hablando en cinco minutos de todo lo que habia acontecido en veinte años, mientras sus queridos amos almorzaban un buen café con sendas tostadas de manteca, al calor de una magnífica hoguera que reemplaza al humo de la víspera.

Al ver entrar á Leon en aquel traje, á tales horas y de una manera tan desusada, pusiéronse en pié los cuatro personajes que se hallaban sentados alrededor de una mesa, sin que ninguno de ellos articulase una sílaba, embargado el ánimo y trabada la lengua en presencia de aquel á quien habian considerado siempre como á un menestral.

Antes que Luisa pudiera exhalar un ¡ay! en que se encerraba todo un mundo de amor, de dudas y de temores, y de que Perico, exacto cumplidor de los deberes militares, dejara la posicion marcial que habia tomado en presencia de su jefe, explicó este la suya concluyendo por decir:

—Vengo resuelto á cumplir con mi deber: dos ca-

Universidad de Deusto Biblioteca

minos hay; ó unirme á Luisa y dejarla para marcharme á Africa á pelear por mi patria, ó esperarme á que con la ayuda de Dios y de mi brazo vuelva á ofrecer á Luisa mi mano de capitan.

—Jóven, dijo Cárlos estrechándole las manos, es usted todo un hombre de bien. Márchese usted y vuelva cuando haya pagado á su patria la deuda que con ella tiene contraida: Luisa esperará á usted.

—Leon, exclamó esta, embargada su voz por el llanto, ya sabes que he jurado ser tuya: solo Dios puede hacer que no lo sea.

—Leon, dijo Soledad dándole un fuerte abrazo, nosotras pediremos por usted á Aquel que todo lo puede,

—Mi teniente, balbuceó Perico, si sirvo de algo, si nsted me necesita...

—Gracias, replicó Leon; y dándole una palmada en el hombro, añadió, cuide usted de sus buenos amos.

En el curso de la narracion hecha por el teniente, habia este nombrado repetidas veces á su protector.

El nombre de D. Juan Perez resonó como un eco en el oido y en el corazon de los que le escuchaban; y Cárlos, como Soledad y como Perico, mirábanse siempre que Leon pronunciaba aquel nombre; pero sin atreverse á manifestar las esperanzas que les hacia concebir.

Por fin Perico no pudo contenerse, y dijo con todo el respeto acostumbrado para con sus superiores.

—Mi teniente, usted me dispensará si le hago una pregunta.

—Diga usted lo que guste.

—El general Perez, ¿es hombre de edad?

—Le he oido decir repetidas veces que pasa de los setenta.

—¿Sirvió en la guerra civil?

—Sí; de comandante en un principio, y acabó por ser brigadier.

—Es... alto, fornido, moreno...

—Esas son sus señas.

—Como me llamo Perico que es nuestro amo, exclamó el sargento soltando al mismo tiempo una interjeccion que trató de recogerla, acordándose algo tarde, en verdad, que no se hallaba entre sus camaradas.

Tambien Cárlos y Soledad tenian el mismo presentimiento desde la primera vez que Leon pronunció el nombre de su protector; pero el temor de que sus esperanzas se disiparan mas tarde como el humo, hacia que no se atrevieran á manifestarlas.

—Voy á saberlo ahora mismo, añadió Perico girando sobre sus tacones y dirigiéndose á la puerta.

—¿A dónde vas? preguntó Cárlos, por mas que hubiese comprendido claramente cual era el intento de Perico.

—¡Toma! A salir de dudas.

—No te hagas ilusiones, replicó Soledad; si viviera ya hubiéramos tropezado con él al cabo del tiempo que vivimos en Madrid. Y tú, ¿cómo hubieras, dí, dejado de verle una y muchas veces durante estos veinte años?

Alguna fuerza hizo este último argumento en el ánimo del veterano; pero no obstante, solo sirvió para detener en el aire el pié que habia ya echado hácia la puerta, y no sirvió á hacerle retroceder de su pro-

pósito, toda vez que cogió la puerta, diciendo entre dientes:

—No importa; vale mas salir de dudas cuanto antes.

Mas la misma prisa con que, segun él, queria salir de dudas, hizo que tuviese que volver desde la calle á saber las señas de la casa del general, pues se habia olvidado preguntar por ellas al teniente.

. . . . . .

Apenas hubo salido Leon, el general D. Juan Perez, que conservaba aún su robusta constitucion y caracter impetuoso de otros tiempos, tuvo necesidad de desahogar su mal humor, comprimido mientras permaneció el jóven en su presencia, y no encontró otro medio mejor para ello que pegar una sacudida á la mesa en que se hallaban aun los restos del magnífico servicio de café, con mas una caja de habanos de la Vuelta de Abajo y los periódicos del dia, echándolo todo á rodar con un estrepitoso ruido.

Si al ponerse en pié, en el momento mismo en que rodaban por el suelo mesa, cafetera, taza, papeles y cigarros, hubiera dirigido la vista hácia la puerta, habria quizás podido observar que se movia el pestillo de esta.

Era el fiel criado, que asustado al oir el estrépito, acudia presuroso á ofrecer sus servicios; pero que al recordar el modo con que habia sido recibido hacia un instante, no se atrevió á pasar del umbral de la puerta, ni siquiera á entreabrirla, hasta tener la seguridad de que su amo necesitaba de él.

Mientras tanto el general púsose á recorrer á grandes pasos el gabinete en que se hallaba encerrado, como una fiera en su jaula.

Armado de un grueso baston de caña sacudia mandobles á diestro y siniestro, concluyendo por hacer trizas el servicio de porcelana, convirtiendo los gruesísimos tabacos en rapé, y dejando los periódicos en disposicion que no sirvieran siquiera para envolver una onza de este polvo.

Como se vé, no habia aún perdido el antiguo capitan Perez su añeja costumbre: desahogaba su bilis dando coces contra el aguijon. Pero así que hubo rendido su cuerpo con esos repetidos golpes dados á mansalva una y otra vez por espacio de un cuarto de hora, volvióse á sentar ó mas bien á dejarse caer en la butaca, repitiendo entre dientes:

—¡Es providencial! ¡Hoy hace precisamente treinta y cuatro años! ¡Todos, todos son ingratos conmigo!

Y una lágrima, siquiera fuera furtiva y vergonzante, asomó á los ojos de aquel hombre tan duro de rostro.

Cinco minutos poco mas hacia que se hallaba engolfado en sus meditaciones, recorriendo, allá en su mente, toda una historia de amor paternal, dulces recuerdos de pasados tiempos, cuando sonó muy quedo un golpecito á la puerta del gabinete.

No obstante, el general se apercibió de él, por lo que volviendo la cabeza en direccion á la puerta, preguntó en tono áspero:

—¿Quién anda ahí?

Abrióse ó mas bien entreabriose la puerta lo preciso nada mas que para dejar asomar la cabeza del criado, y dijo este balbuceando:

—Si V. E. me da su permiso...

Contestó el general con un signo de cabeza, con el

que dió á entender que podia hablar, y el fámulo, una vez obtenida la vénia, añadió:

—Un sargento de guardias pregunta por V. E. Le he dicho que V. E. no está en casa...

—Y bien...

—Me ha replicado que tiene que ver á V. E. indispensablemente. Por eso...

El general permaneció un instante indeciso, entre excusarse ó hacer entrar al que pretendia verle, y por fin se decidió por esto último, pensando quizás que si era alguna impertinencia del sargento, serviriale para desahogar sobre él su mal humor, que aún fermentaba sordamente dentro de su pecho.

El criado echó al marcharse una rápida ojeada sobre el campo de Agramante aquel en que se hallaba su amo, y dijo para su capote:

—No le arriendo la ganancia al pobre diablo que viene á ver en estos momentos al general.

Muy poco despues presentábase Perico, cuadrado, como cumple á verdaderos veteranos, en el umbral de la puerta, de par en par abierta por el criado.

—A la órden de V. E., dijo el sargento sin atreverse á pasar adelante.

—¿Qué ocurre? preguntó el general sin dignarse casi volver la cabeza, y de un modo que revelaba no estar dispuesto á prolongar demasiado la visita.

El sargento hizo un movimiento que expresaba el deseo manifiesto de avanzar; pero se contuvo, sin atreverse á satisfacerlo, contentándose con decir:

—Si V. E. me permite...

—Pero ¿qué es ello? replicó D. Juan en tono brusco, volviendo la cara hácia el sargento, que permanecia clavado como una estátua.

—¡El es! pensó este apenas hubo fijado su mirada ducha en la fisonomía muy comun, pero inalterable, de su antiguo capitan.

Y antes que este pudiera repetir su pregunta en tono subido, avanzó Perico hasta colocarse á poca distancia del general, no sin que le costara alguna dificultad marchar por entre los destrozos esparramados sobre la alfombra, sin abandonar empero su actitud marcial; y una vez colocado frente á frente de su interlocutor, díjole en tono resuelto:

—Mi general, yo tengo el honor de conocer á V. E. hace mucho tiempo.

—Muchas gracias. ¿Y qué?... Pero antes que D. Juan Perez dejase expresar su mal humor en la réplica que parecia dispuesto á dar al sargento, púsose en pié, avanzó hasta quedar en contacto con este y se interrumpió diciendo:

—¡Juro á Dios que tambien yo creo conocer á usted!

Pasóse un corto intérvalo sin que el sargento acertase á decir una palabra, durante el cual el general tenia clavada la mirada en el rostro marcial de Perico.

—¡Pedro Hernandez!... exclamó de pronto el general cogiendo una de las callosas manos del sargento.

—Fernandez... mi general.

—Siento haberme equivocado, porque crei tener bastante serenidad la noche aquella para haberlo oido bien.

—V. E. lo oyó perfectamente; pero yo no le dije la verdad, porque... porque no convenia.

—¡Oh! Gracias, Fernandez, gracias por esta visita

tan oportuna. No ha podido usted llegar á mejor ocasion.

—Mi general, yo ignoraba que V. E...

—Déjese usted de tratamientos; usted es mi amigo ¿qué digo? mas aún, puesto que á usted debo todo lo que soy.

—Nó, mi general, á mi nó.

—¡Pues digo! ¿Quiere usted decirme dónde estaria yo á estas horas si no fuera por usted? usted no se separará ya de mi lado.

—Tengo mis obligaciones...

—Desde hoy ninguna otra mas que vivir á mi lado, y su familia de usted tambien si la tiene.

—Soy solo, mi general; es decir, solo no, tengo una familia...

—Aunque sea mas numerosa que la de nuestro padre Adan, para todos habrá.

—No; no es decir que... pero... en fin, ¡qué diablo! quiere decir que, ¿usted no me conoce, mi general?

—Hombre ¿pues no he reconocido á usted inmediatamente? No, no olvido yo tan facilmente los servicios como olvido los agravios.

Y el anciano dejó escapar un suspiro, acordándose quizás en aquel instante de su hijo adoptivo.

—Eso es verdad, pero... antes, mucho antes que nos viéramos en aquella noche, conocia yo á usted mi general, y ¡vaya si lo conocia!

—¡Antes!

Y D. Juan Perez retrotrajo su memoria á sus verdes años, sin que cayera en la cuenta de la época á que se referia el sargento.

—Verdad es que en aquella época no tenia yo este

chirlo que, al parecer, me desfigura bastante, y señaló la honrosa y prolongada brecha que dividia su cara en dos.

—Tengo una idea de que no es esta efectivamente la tercera vez que le veo á usted, repuso el general; pero... vamos, no caigo...

—Allá, hacia el año veinticinco, servia yo en la compañía de granaderos, de la que era usted capitan. Yo era asistente...

—Espera, espera un poco... exclamó D. Juan interrumpiendo á Perico y dando á conocer por un movimiento maquinal de sorpresa, y por el acento con que se expresaba, que su imaginacion se habia trasportado ya á la época indicada por su subalterno.

Y de pronto, sacudiendo la frente con ambas manos, cogió convulso las del sargento, exclamando con voz bronca, ahogada por la emocion:

—¿Y mis hijos? ¿Y Cárlos? ¿Y Soledad? ¿Qué se han hecho? ¿Viven? ¿Dónde están? ¡Habla! ¡Oh! ¡Dí ya!...

—¡Viven, sí señor, viven y... se acuerdan de usted, sí y mucho que se acuerdan! contestó Perico tanto ó mas conmovido que su antiguo capitan.

Y fué preciso que pasaran algunos minutos para que el sargento pudiera contar, de modo que se le entendiera, todo lo que sabia de sus buenos amos, y preciso fué tambien que lo refiriera dos y hasta tres veces para que el general se persuadiera que lo habia oido bien la primera y segunda vez.

Aún no habia acabado Perico los últimos detalles de su relato, cuando el general, sacudiendo frenético el cordon de la campanilla, dijo al criado, que se presentó todo azorado, presintiendo una borrasca:

—¡Pronto! El coche... la levita... el sombrero... el baston. ¡Vivo!...

El criado echó á correr, con la santa intencion de dar cumplimiento á todas las órdenes á un mismo tiempo, y mientras las ejecutaba despacio porque queria hacerlo de prisa, decia D. Juan Perez, sin dejar de pasearse por el gabinete:

—Vamos, Fernandez, vamos ahora mismo á buscarles.

—Si no quiere usted molestarse, mi general, iré yo solo...

—¡Nó, que no podria esperar diez minutos, yo, que he esperado treinta y cuatro años! ¡Treinta y cuatro años! Qué rápidos han pasado y qué largos se me hacen ya los instantes que trascurren sin abrazarles.

Poco despues paraba el coche en que iban el general y el sargento frente á la casa núm... de la calle de Juanelo. A juzgar por la curiosidad manifiesta de los vecinos de la casa, no seria aventurado decir que quizás fuera aquel el primer coche que se detenia ante aquella miserable vivienda.

Apeáronse los que dentro de él iban, y D. Juan Perez, que vestia de paisano, pero que por entre la abertura del chaleco dejaba descubrir su graduacion, no tuvo inconveniente, ó mas bien dicho, se apresuró á apoyarse en el brazo del sargento de guardias, subiendo juntos, á cual mas de prisa, no obstante sus años, los ciento veinte escalones que separaban al zaquizamí del empedrado de la calle.

Paróse el general frente á la puerta, tras la que se hallaban todas las afecciones de su alma, los recuerdos mas dulces de su vida toda, y detuvo con un gesto

el brazo del sargento, que iba á abrirla. Necesitaba aquel valiente algunos minutos de respiro para hacer que cesaran los impetuosos latidos de su corazon, que parecia querérsele saltar del pecho, no por la prisa con que habian subido las escaleras, sino por la emocion creciente que de él se habia ido apoderando al acercarse mas y mas al logro de sus deseos.

Pasóse el pañuelo por la frente, inundada de sudor á pesar de lo frio de la atmósfera, puso una de sus manos en el pecho como si quisiera contener al corazon, que tan rebelde se manifestaba; respiró fuerte, tratando de echar fuera el exceso de vida reconcentrada en un solo punto de su cuerpo; hizo una demostracion á Perico, que permanecia mas tieso que un suizo esperando las órdenes de su superior, y díjole al mismo tiempo:

—¡Ya!...

Levantó Perico el pestillo de la puerta y la empujó, dejando descubierta en toda su desnudez la triste y miserable bohardilla. Y antes que el general avanzara para dejarse ver, exclamó el fiel criado lleno de alborozo, que rebosaba en su semblante, en sus movimientos y en su voz:

—¡Aquí estamos todos!

El general, aquel valiente coronel que no pestañeara al ver cernerse la muerte á un palmo de su cabeza, no tuvo ni el valor ni la serenidad bastantes para avanzar hasta donde se hallaban los séres mas queridos de su corazon.

Al verlos detúvose en el umbral de la puerta, y extendiendo los brazos, temblorosos por la emocion, exclamó con balbuciente voz:

—¡Hijos!...

—¡Padre! ¡Padre mio! gritaron é un tiempo Cárlos y Soledad, corriendo á abrazar frenéticos á su anciano protector.

Cuando al cabo de un rato que permanecieron sollozando, se desprendió el general de los brazos de sus hijos adoptivos, apenas podia tenerse en pié; conoció que sus piernas flaqueaban, y se dejó caer en la primera silla desvencijada que encontró á mano.

En el corto intérvalo que necesitaron dejar trascurrir en silencio los protagonistas de aquella escena para poderse dirigir las preguntas que necesariamente deberian sucederse, con el mismo ímpetu con que corren las aguas desbordadas de un torrente que ha roto la valla en que se hallara encauzado, acercóse Leon al general, que no habia reparado en él, y cogiéndole ambas manos le dijo:

—Yo, señor, doy gracias á Dios, desde el fondo del corazon, que ha querido indemnizar á usted pródigamente de la pérdida de un hijo con el encuentro de otros dos.

El anciano creyóse en el primer instante fascinado por un sueño; pero cuando al tratar de coordinar las ideas, amontonadas en su cerebro, oyó otra voz, dulce como la de un ángel, que decia:

—¡Bendito seas, Dios mio; bendito seas! recordó instantáneamente la relacion hecha por Perico, y arrastrado por aquel mágico acento, atrajo hácia sí al jóven teniente, le estrechó contra su pecho, y dióle por única respuesta un beso cariñoso en la frente.

Los personajes todos que se hallaban en aquella pobre estancia; pobre, sí, en atavios, pero expléndidamente rica en perfumes de uncion, necesitaron aún mucho tiempo antes que pudieran darse recíproca cuenta de su vida durante los veinte últimos años trascurridos desde la conclusion de la guerra civil.

Esta ocasionó, como es sabido, la emigracion de Cárlos, que no quiso adherirse al convenio de Vergara: por lo que hace á D. Juan Perez, que terminó la campaña con el grado de brigadier, habia alcanzado la faja de general en diez largos años, pasados bajo el mortífero cielo de las islas Filipinas.

Media hora despues hallábanse todos juntos instalados en la cómoda y desahogada casa del general, quien no sabiendo cómo expresar la satisfaccion de que se hallaba poseido, tomaba parte activa en el arreglo de las habitaciones destinadas á sus huéspedes, sin olvidarse del fiel Perico, que no permitió que se separase ni un solo instante del lado de sus amos, dándole desde aquel momento de baja en el servicio, baja que se encargó el mismo general de obtenerla definitivamente del ministerio de la Guerra.

D. Juan parecia haber rejuvenecido segun andaba de un lado para otro, dando pruebas tales de alegria y buen humor, que los criados le desconocian por completo, acostumbrados como estaban á que no les dirigiera mas palabras que las precisas.

Leon no habia aparecido por casa desde que dejó instalados en ella á sus amigos, y la verdad es que la única persona que lloraba su ausencia en aquellos momentos de aturdimiento, en que las ideas se amontonaban á la imaginacion en confuso tropel, era Luisa, la pobre niña que no podia olvidarle ni un solo instante, recordando con dolor de su alma que en medio

Universidad de Deusto
Biblioteca

de tanta satisfaccion y de tan risueño porvenir, ella, solo ella era la condenada á sufrir la ausencia de su bien amado.

Porque la partida de Leon á la guerra de Africa, aún que resuelta en época distinta á aquella en que entónces se encontraban, no habia aún sido revocada despues de la entrevista con el general, y conociéndole como ella creia conocer á Leon, tenia la certidumbre que este, pundonoroso como era, habria hecho cuestion de honra su posicion en la sociedad, dado que no era ya hijo del general, é iria á buscarla en medio de las balas africanas.

Esta idea apenábala hasta el extremo de que reflejara en su semblante, por mas esfuerzos que hacia para poderse dominar.

Mientras los tres veteranos charlaban á mas y mejor, refiriéndose mútuamente los acontecimientos todos en que habian tomado parte en los últimos veinte años, Luisa tenia los ojos rojos de llorar clavados en la puerta, mientras su pensamiento, trasportado al Africa, lo veia todo de color de sus ojos.

Soledad, que comprendia la lucha de la pobre niña, acudió á su socorro, estrechándola la mano á hurtadillas, y diciéndola quedo, muy quedo:

—¡Animo, hija mia, ánimo!

Esta demostracion de afectuoso interés hizo empero el efecto contrario á lo que con él se proponia Soledad. Luisa ocultó su linda cabeza en el pecho de su cariñosa madre, y dejó que se desahogase el suyo, dando rienda suelta al dolor que pugnaba por escaparse.

El general, observando el grupo que formaban las dos mujeres, preguntó lleno de interés:

—¿Qué es eso? ¿Se ha puesto mala?

—No..... no; no es nada, se apresuró á contestar Luisa haciendo un esfuerzo para serenarse.

—No se aflija usted, señorita, dijo Perico, comprendiendo la causa de la afliccion de Luisa; yo iré con él; á mi ya me conocen las balas.

La jóven le alargó su mano, que el veterano la estrechó hasta con efusion, apreciando aquella muda demostracion de afecto, mas seguramente que todo lo que pudiera decirle.

El general quedó un momento confuso, sin acertar aún con la causa de la afliccion de Luisa; pero cuando contestando al ofrecimiento hecho por el fiel criado dijo Cárlos:

—No, Perico; tú no estás ya en disposicion de ir á batirte, comprendió de lo que se trataba, y replicó:

—¡Bah! Si la causa de todo es la marcha de Leon, haremos que suspenda el viaje.

—¡Gracias, señor, gracias! exclamó Luisa con verdadero acento de reconocimiento; pero eso es ya imposible. El ha jurado irse, y se irá; necesita adquirir una posicion en el mundo; no podria vivir sin ella. Yo conozco á Leon.

El general no replicó: quizás pensó que él habria obrado del mismo modo á hallarse en la situacion del jóven teniente.

Y como si tratara de acallar su conciencia, que le echaba en cara su conducta anterior para con su hijo adoptivo, dijo á regañadientes:

—Es terco como el solo: bien se conoce que es vascongado de pura raza.

—¡Ah! ¿Luego usted conoció á sus padres? preguntó Cárlos. El nos ha dicho...

—Sí.. y nó: el encuentro de este... de mi hijo, porque yo no puedo prescindir de darle este nombre, fué providencial.

Y el general empezó á referir su fuga la noche aquella en que Perico abrió la puerta de su calabozo, los terribles momentos que pasó cuando se encontró perseguido tan de cerca por sus enemigos, y últimamente la situacion, mas terrible aún que todas las anteriores, al encontrarse encerrado en la cuadra de aquella casa, convertida en un volcan.

Conforme avanzaba el general en su relato, Soledad y Cárlos iban mudando de color y movianse agitados en sus asientos, como si se encontraran sentados sobre agudos pinchos. Poco á poco, maquinalmente, pusiéronse en pié; trémulos, con la vista fija y el oido atento, se acercaban al narrador, como si temieran que se les escapara una silaba, un movimiento de sus lábios.

En el momento en que el general decia: «El niño que se hallaba en brazos de aquel cadáver carvonizado vivia, vivia, merced á un chal de seda en que se hallaba envuelto...» presentóse Leon en la puerta del gabinete vestido en traje de campaña.

Soledad y Cárlos, sin darse recíproca cuenta de sus sentimientos, lanzaron un grito que, sin significacion en el diccionario de la lengua, era no obstante mas expresivo que todas las palabras conocidas, pues que encerraba toda una epopeya de amor paternal.

Arrojáronse trémulos al cuello de Leon, sin que apenas pudieran expresar claras é inteligibles estas cariñosas y elocuentes frases: ¡Hijo de mis entrañas! —¡Hijo mio!

Durante algunos minutos solo se oia allí el ronco respirar de pechos oprimidos, interrumpido únicamente por tal cual sollozo ahogado, y por el divino y mágico sonido de un beso y otro beso, eco de una de las mas puras manifestaciones del corazon, del amor filial, del amor paternal.

A pocos pasos de aquellas tres cabezas que se confundian en una sola por el mútuo placer de que disfrutaban en acercarse mas y mas, como se confundian en una sus almas para elevarlas unidas hacia el cielo, comunicándose recíprocas el inmenso gozo que experimentaban, hallábase el general D. Juan Perez con la mano apoyada en una silla, como si necesitara de ese apoyo para poderse tener en pié, y la otra sobre el corazon, cuidando de que no se le escapara hecho pedazos á impulsos de las sacudidas que daba contra las paredes de pecho, mientras su mirada, empañada por un velo del *rocio del alma*, la tenia fija, clavada en aquel grupo de genuino y verdadero amor.

Más lejos, en el fondo de aquella estancia, espléndidamente rica en perfumes de uncion, veíase arrodillada una niña, un ángel, levantados los ojos y las manos al cielo, rindiendo homenaje de gratitud á Aquel que todo lo puede.

A un lado, firme, inmóvil como una estátua, estaba

el sargento Perico, cuya mirada vagaba extrabiada entre el general y sus queridos amos.

A aquellos sentimientos de consideracion y respeto mútuos sucediéronse las palabras cortadas, las frases incoherentes, los gritos de júbilo y alegria, alegría y júbilo que borbotando en los corazones de todas aquellas gentes, tenia necesariamente que expresarse en confuso tropel de ideas y demostraciones.

Fué preciso que trascurriera algun tiempo para que pudieran entenderse, pues las respuestas se anticipaban á las preguntas, y estas y aquellas mezclabánse sin órden ni concierto, ávidos unos y otros de querer saber en un minuto todo lo que acontecido habia en mas de veinte años.

El lector no necesita, en verdad, de grandes explicaciones para dar con el cabo de este hilo.

Soledad, que vivia en aquella casita donde se guareció el coronel Perez la noche de su fuga, como punto céntrico de las operaciones militares del cuerpo de ejército carlista á que pertenecia su esposo, habia dejado á su hijo, de pocos meses, el dia aquel en que fué á ver á Cárlos despues de la batalla de Artaza. Esta coincidencia providencial la salvó indudablemente de una muerte segura. Al volver el siguiente dia á su casa la encontró convertida en un monton de ruinas, y tendido, fuera de ella, el cadáver carbonizado de la mujer á cuyo cuidado habia dejado su hijo.

Desde aquel instante no le cupo ni la mas remota duda de que habia perecido este.

Solo un milagro podia haberle salvado, y ese milagro quiso Dios realizarlo valiéndose del hombre mismo que devia su vida á los esfuerzos y á la proteccion de los padres del niño, que acogió bajo la suya.

¡Ah! Es que en el camino de la vida los individuos no marchan, sino que caen y perecen, á no ser que vayan sostenidos por el gran producto de fuerza que dá la filantropía.

FIN DE LA FAMILIA DEL EMIGRADO.

Universidad de Deusto
Biblioteca

ÚLTIMA ÉPOCA.

La gloria.

El 8 de febrero de 1860 recibió Luisa una carta. Echó una rápida mirada al sobre, y no tuvo valor para abrirla.

Aquella letra no era del hombre que estaba obligado á escribirla despues de la batalla de Tetuan. ¿De quién era, pues, aquella carta, por cuyo timbre del correo no podia traslucirse el punto de su procedencia, pero que su corazon le decia á voces que habia sido escrita allí, donde ella tenia fijo su pensamiento dia y noche desde aquella en que partió Leon para el Africa?

Antes de atreverse á salir de la penosa incertidumbre en que se encontraba, se arrodilló y pidió valor y fuerzas bastantes á Aquel que las puede dar en los trances mas críticos de esta mísera vida.

Fortalecida por este alimento del alma rompió el

sobre, y al fijar los ojos en la carta, que solo contenia un renglon mal escrito, desvanecióselo la vista y cayó desfallecida en la silla que á la cabecera de su cama estaba.

Gran rato pasó antes de que volviera en sí, y al recobrar los sentidos volvió á leer, ó quizás leyó entónces por la primera vez, el contenido todo de la carta, que aún conservaba en la mano.

Cumplido este penoso deber, cayó de rodillas y elevó al cielo con el corazon, que no con la lengua, una plegaria que por mas que no tuviera fuerzas para articularla, llegaba clara é inteligible á Aquel que todo lo vé y lo oye todo.

Púsose en pié, se arregló el pelo, que lo tenia en desórden, trató de recobrar su fisonomía habitual, y salió de su alcoba, dirigiéndose quizás mas de prisa de lo que ella se imaginaba, al gabinete del general Perez.

Entróse en él sin llamar á la puerta, faltando á la costumbre que tenia, y antes que pudiera articular una palabra, comprendió ya el general que la causa de la presencia de la que él llamaba su segunda hija debia ser muy grave; tal era el estado de excitacion en que se encontraba Luisa, á pesar de los esfuerzos que hizo para aparecer tranquila.

—¡Leon ha muerto!... Fué lo único que pudo decir la jóven, dejando caer sobre la mesa en que se hallaba sentado el general la carta recibida hacia poco, y faltándole las fuerzas para tenerse en pié, se echó al mismo tiempo en brazos del anciano, que no pudo reprimir un grito de sorpresa y dolor al oir tan infausta nueva.

Oculta la linda cabeza de la jóven en el pecho del general, oíase la respiracion fatigosa con que daba suelta al dolor, hasta entonces comprimido, mientras el general, con la vista clavada en la carta que estaba á su lado, no se encontraba con ánimo bastante para cojerla y enterarse de su contenido.

—¡Valor, hija mia, valor! dijo por fin el anciano, y faltóle á él en aquel mismo instante, y púsose á llorar como un niño.

Luisa se incorporó con un movimiento rápido al oir los sollozos del general, y clavando su mirada dulce en la empañada del anciano, volvió á echarse en sus brazos, colmándole de besos. ¡Hermosa recompensa para alma tan hermosa!

Mucho rato permanecieron aún abrazados niña y anciano, sin que les ocurriera á ninguno de los dos una sola palabra de consuelo. Alcanzó este por fin con mano temblorosa la carta, que no pudo apartar ni un solo instante de su vista, y leyó casi sin aliento.

«Señorita Luisa; venga usted pronto, pronto; el señorito Leon...»

Era todo cuanto contenia la carta, sin firma ni nombre alguno al pié, pero no lo necesitaba ciertamente: para las personas que debian leerla, impresa llevaba el sello de su autor en el estilo y en la letra: era del fiel Perico.

—¡Oh! dijo el anciano-general reanimándose; aún no he perdido yo las esperanzas: de lo que esta carta dice á lo que tú te imaginas, hay una gran distancia. Comprendo que Leon está gravemente herido; pero... no querrá Dios, nó... ¡Seria horrible!... No podria resistir este golpe la pobre Soledad.

—Marcho hoy mismo, dijo Luisa, respondiendo á la idea con que habia ido á ver al general.

—Pero ¿qué vas tú á hacer allí, pobre niña? contestó el anciano con acento cariñoso.

—No lo sé; pero se que debo ir, que quiero ir á su lado: si vive, no será inutil mi viaje: si ha muerto... ¡Ah! Si ha muerto, quiero llorar allí, donde él esté.

—Está bien, replicó el general despues de un momento de pausa, durante el cual pareció reflexionar sobre la resolucion de Luisa. Juan te acompañará; pero es preciso que Soledad ignore á todo trance lo que ocurre; que no sospeche que tu viaje...

—Lo tengo pensado. La diré que he hecho un voto... á cualquier santo, y me creerá, ¡oh! si, me creerá porque nunca la he mentido.

—Es indispensable enterar de todo á Cárlos. El es hombre y podrá resistir al dolor. Una sospecha, una duda, sería mil veces más terrible que el que se le revele la verdad. De este modo él nos ayudará á entretener á Soledad hasta... Prepárate ya para marchar.

—Un hábito de hermana de la Caridad es todo cuanto necesito. Ese manto es respetado por todos. Además, voy resuelta, si Leon vive, á consagrarme á él con el alma y la vida; sino... le encuentro, consagraré mi vida entera á lo que me obliga el hábito que voy á vestir.

—¡Oh! Nó, nó, te lo prohibo: tú tienes el deber de cuidar de tu pobre madre. Volverás ¿has oido? Prométeme que volverás.

Luisa vaciló un momento antes de contestar á la pregunta reiterada del anciano; pero comprendiendo sin duda que no podia, sin cometer un crímen, abandonar á las personas á quienes debia todo cuanto era exclamó con el acento de la conviccion:

—¡Ah! tiene usted razon, padre mio; perdóneme usted; no sé lo que he dicho: mi deber es aquí, al lado de ustedes, y yo lo cumpliré.

Aquella misma tarde, despues de haber enterado á Cárlos de todo cuanto ocurrio, púsose Luisa en camino, acompañada del asistente del general.

Mucho trabajo costó disuadir á Cárlos de que no corriese tambien al lado de su hijo; pero el estado de Soledad, á quien la marcha de Leon á la guerra habia impresionado en términos que su vida ofrecia serios temores, pudo únicamente contenerle.

Convinose en fingir una carta de Leon despues de la batalla de Tetuan, para que Soledad, que empezaba ya á sospechar del silencio prolongado de aquel, se tranquilizara por su suerte.

Esa misma carta sirvió de pié para el viaje de Luisa.

Esta dijo á su madre que habia ofrecido ir á visitar á la Virgen de Begoña de Vizcaya si Leon salia ileso de la primera batalla, y que queria cumplir su voto inmediatamente, antes que, empeñado otro combate, tuviera que arrepentirse de su morosidad.

Trascurrieron quince dias, y durante este tiempo recibió el general otras tantas cartas, que solo contenian estas dos palabras: «Aún vive».

Por fin el 25 de febrero tuvo Soledad una larga carta, para cuya lectura fué preciso disponerla de antemano.

La carta decia así:

«Madre querida: En lo mas recio de la batalla de Tetuan caí herido; al cerrar los ojos distinguí claro

Universidad de Deusto Biblioteca

una voz que decia:—¡Animo, señorito! Y al abrirlos, despues de ocho dias en lucha con la muerte, la misma voz resonó en mi oido como un eco.—¡Animo, señorito! volvió á decir, y al fijar mi mirada extraviada en la cabecera de la cama en que me hallaba postrado, vi á Perico. Sin fuerzas en la lengua para poder expresarle mi gratitud, quise tenderle la mano, y en aquel mismo instante otra voz dulce, serena, resonó en mi oido como un eco de mis recuerdos de ahí.—¡Leon... Dios vela por tí! me dijo. ¿Como nó, si tenia un ángel á la cabecera de mi cama? Luisa, Luisa habia corrido á mi lado para vendar mis heridas, para restañar mi sangre, para pedir por mi vida al Dios de las batallas. Estaba allí dulce como un ángel, serena como un mártir, hermosa... ¡Oh! Nada hay mas hermoso que ella... vestida con el sagrado manto de la caridad.

»Dijéronme mas tarde que tenia que prepararme para una operacion tan dolorosa como expuesta; iban á extraerme dos balas que aún conservaba dentro del pecho. Pero esta fatal nueva mitigáronla en parte con otra grata para mi amor... para mi amor propio. Habia ya ganado la tercera estrella; era ya capitan.

»Pedí ponerme en brazos de Dios antes de ponerme en manos de los facultativos que debian operarme, y por si sucumbia en la prueba que iba á sufrir, quise dejar mi nombre á la mujer que se hallaba allí, á mi lado, pendiente su mirada noche y dia de una palabra mia, de un movimiento, de un gesto, de un suspiro.

»Nuestros desposorios fueron tristes, es verdad; pero el placer y hasta el orgullo que experimenté al

pronunciar el *si* que enlazaba la suerte de aquel ángel á mi suerte, dióme fuerzas bastantes para salir triunfante de la operacion que, diestros, llevaron á cabo los facultativos.

»Estoy convaleciente, casi restablecido, y salgo mañana mismo para esa, acompañado de Luisa mi esposa, y de Perico, de mi hermano.

»Al general y á papá que se preparen á recibir un millon de abrazos; tú no recibirás mas que uno... sin fin de tu queridísimo hijo

LEON.»

Debajo de esta carta iban escritas estas dos lineas:

»No hay, mamá querida, en este mundo una mujer tan dichosa como tu cariñosa hija,

LUISA.»

¡Pobre niña, que no comprendia que pudiera haber un amor mas grande que el suyo, el amor de madre! ¿Qué mucho que no comprendiese, que su dicha estaba muy por debajo de la dicha de Soledad?

FIN.

Universidad de Deusto
Biblioteca

ÍNDICE.

PÁGINAS.

Introduccion. v
A los suspicaces. XIII
La accion de Gorbea. 15
¡Madre mia! 37
La batalla de Guernica. 69
La batalla de Nazar. 127
La batalla de Arquijas. 161
Dos valientes. 201
Dolores. 233
La batalla de Alegría. 255
La sorpresa de Descarga. 297
La accion de Vitoria.. 241
Batallas y luchas. 377
La batalla de Artaza.. 397
La familia del emigrado. 425

Universidad de Deusto
Biblioteca

FÉ DE ERRATAS.

Dice.	Debe decir.	Pàginas.
reunieron	unieron	25
tiempo que	tiempo á que	28
enfolgado	engolfado	32
descagriado	desgraciado	59
incertidumbre	certidumbre	65
—Paróse	.....paróse	129
contemplar	contemplarla	129
con fin	con el fin	371
sus abrigos	un abrigo	423